El apoyo mutuo

Un factor de evolución

Piotr Kropotkin



[*p e p i t a s   e d .*]

3ª edición

El apoyo mutuo

El apoyo mutuo

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net



Traducción: Luis Orsetti (revisada y corregida por Julio Monteverde y Maila Lema)

Epílogo: Carlos Varea

Grafismo: Julián Lacalle

ISBN: 978-84-15862-72-7

Dep. legal: LR-1126-2016

Agradecemos a Isabel Redondo Redondo y Elena Aguirre Jiménez, de la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), por habernos facilitado el obituario de Darwin que aparece al final del volumen.

Primera edición, noviembre de 2016
Segunda edición, abril de 2018
Tercera edición, agosto de 2020

PIOTR KROPOTKIN

El apoyo mutuo

Un factor de evolución

seguido de

Charles Darwin

Con prólogo de ASHLEY MONTAGU

Y un epílogo de CARLOS VAREA



Piotr Alekséyevich Kropotkin (1842-1921)

Prólogo

El apoyo mutuo, de *Kropotkin, es uno de los grandes libros universales. Un hecho que evidencia tal afirmación es que continúa siendo reeditado y que constantemente se encuentra agotado. Es un libro que siempre ha sido difícil de conseguir, incluso en bibliotecas, ya que parece estar en demanda permanente.*

Cuando Kropotkin decidió marchar a Siberia, en julio de 1862, la geografía, zoología, botánica y antropología de esta región eran escasamente conocidas. Allí, su trabajo de investigación en este tema fue sobresaliente. Las publicaciones resultantes de sus observaciones meteorológicas y geográficas fueron publicadas por la Sociedad Geográfica Rusa, y por este trabajo Kropotkin recibió una de sus medallas de oro. La teoría kropotkiniana sobre el desarrollo de la estructura geográfica de Asia representó una de las grandes generalizaciones de la geografía científica, y es suficiente como para otorgarle un lugar permanente en la historia de esta ciencia. Kropotkin mantuvo a lo largo de toda su vida un interés activo por esta ciencia, y además de muchas conferencias sobre el tema, artículos en revistas científicas y publicaciones de carácter general, escribió artículos geográficos en la Geografía Universal *de Reclus, la* Enciclopedia Chambers *y la* Enciclopedia Británica.

El trabajo de Kropotkin en zoología fue principalmente el de un naturalista de campo. De 1862 a 1866, año en que marchó de Siberia, Kropotkin aprovechó al máximo las oportunidades que tuvo para estudiar la vida de la naturaleza. Bajo la influencia de El origen de las especies *de Darwin (1859), Kropotkin, como nos cuenta en el primer párrafo del presente libro, buscó atentamente «esa amarga lucha por la subsistencia entre animales de la misma especie» que era considerada por la mayoría de los darwinistas (aunque no siempre por Darwin*

mismo) como la característica dominante de la lucha por la vida y el principal factor de la evolución.

Lo que Kropotkin vio con sus propios ojos sobre el terreno le condujo a plantearse ciertas dudas de importancia en lo que concierne a la teoría de Darwin, dudas que no llegarían, sin embargo, a encontrar expresión plena hasta que T. H. Huxley, en su famoso *Manifiesto de la lucha por la existencia* (titulado originalmente: *La lucha por la existencia: un programa*) le dio ocasión para ello.

Otro gran cambio operado en Kropotkin durante su experiencia siberiana fue su toma de conciencia de la «absoluta imposibilidad de hacer nada realmente útil para el pueblo por medio de la maquinaria administrativa». «De este engaño —escribe en sus *Memorias*— me desprendí para siempre... en Siberia abandoné cualquier tipo de fe en la disciplina estatal que antes hubiera podido tener. Estaba preparado para convertirme en un anarquista». Y en un anarquista se convirtió, y permaneció siéndolo el resto de su vida.

Viviendo entre los nativos de Siberia a lo largo de las riberas del Amur, Kropotkin descubrió impresionado el papel que las masas desconocidas juegan en el desarrollo y realización de todos los acontecimientos históricos. «Desde los diecinueve a los veinticinco años —escribe—, tuve que proyectar importantes planes de reforma, tratar con cientos de hombres en el Amur, preparar y llevar a cabo arriesgadas expediciones con medios ridículamente pequeños, etc. Si todas estas cosas terminaron con mayor o menor éxito lo achaco únicamente al hecho de que pronto comprendí que en el trabajo serio el mando y la disciplina sirven para poco. En todas partes se necesitan hombres de iniciativa; pero una vez que el impulso ha sido dado, la empresa debe ser conducida, especialmente en Rusia, no al modo militar, sino de manera comunal por medio del entendimiento común. Yo desearía que todos los creadores de planes de disciplina pudieran pasar por la escuela de la vida antes de empezar a proyectar sus utopías estatales. Entonces observaríamos muchos menos esfuerzos de organización militar y piramidal de la sociedad que en la actualidad».

Este pasaje es clave para la comprensión de Kropotkin como filósofo anarquista. Para él, el anarquismo era una parte de la filosofía que debía ser desarrollada mediante los mismos métodos que las ciencias naturales. Él veía el anarquismo como el medio por el cual podía ser establecida la justicia (esto es, igualdad y reciprocidad), en todas las relaciones humanas y en todo el mundo.

Aunque El apoyo mutuo *ha tenido innumerables admiradores y ha influido en el pensamiento y la conducta de muchas personas, también ha sufrido cierta incomprensión por parte de aquellos que conocen el libro de segunda o tercera mano, o que habiéndolo leído en su juventud no tienen más que un vago recuerdo de su carácter.*

Un error muy extendido es el que afirma que Kropotkin pretendió demostrar que la ayuda mutua y no la selección o competición natural es el principal o el único factor implicado en el proceso evolutivo. En un reciente libro sobre genética de un gran maestro en el tema se afirma que «el reconocimiento de la importancia adaptable de la cooperación y el socorro mutuo no contradice, de ningún modo, la teoría de la selección natural, como intentaron demostrar Kropotkin y otros». Los lectores de El apoyo mutuo *percibirán pronto lo injusto de este comentario. Kropotkin no consideró que la ayuda mutua contradijera la teoría de la selección natural. Una y otra vez llama la atención del lector sobre el hecho de que la competición en la lucha por la existencia (frase que muy correctamente critica en términos que sin duda serían aceptables para la mayoría* de los darwinistas modernos) *una y otra vez subraya la importancia de la teoría de la selección natural como la más significativa generalización del siglo* XIX. *Lo que Kropotkin encontró inaceptable y contradictorio era el extremismo evolucionista representado por Huxley en su* Manifiesto de la lucha por la existencia. *Este extremismo le iba a la filosofía de la época, el* laissez-faire, *como anillo al dedo. A Kropotkin no le gustaban sus implicaciones, ni políticas ni en lo referente a la teoría* de la evolución. *Habiendo dedicado ya varios años a reflexionar profundamente sobre esta materia, Kropotkin decidió contestar a Huxley en profundidad.*

Hoy El apoyo mutuo *es el más famoso de los muchos libros de Kropotkin. Es un clásico. El punto de vista que representa se ha abierto camino lenta pero firmemente, y en verdad no estamos lejos del momento en que se convierta en parte del canon generalmente aceptado de la biología evolucionista.*

A la luz de la investigación científica, en los muchos campos que toca El apoyo mutuo *desde su publicación, los datos de Kropotkin y la discusión que basa en ellos se mantienen en pie. Los trabajos de ecólogos como Allen y sus alumnos, de Wheeler, Emerson y otros, de antropólogos (demasiado numerosos como para nombrarlos) sobre pueblos primitivos y sin literatura, y de naturalistas, han servido cada uno en su campo para confirmar abundantemente las principales tesis de Kropotkin. Nuevos datos pueden llegar a ser obtenidos, pero ya podemos ver con seguridad que todos ellos servirán para apoyar la conclusión de Kropotkin de que «en el progreso ético del hombre, el apoyo mutuo —y no la lucha mutua— ha constituido la parte determinante». En su amplia extensión, incluso en los tiempos actuales, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más sublime de nuestra raza.*

Ashley Montagu, 1955

Prólogo a la edición de 1920

Mis investigaciones sobre la ayuda mutua entre los animales y entre los hombres se imprimieron por primera vez en la revista inglesa *The Nineteenth Century*. Los dos primeros capítulos sobre la sociabilidad en los animales y sobre la fuerza adquirida por las especies sociables en la lucha por la existencia eran respuesta al artículo del conocido fisiólogo y darwinista Huxley, aparecido en *The Nineteenth Century* en febrero de 1888 y titulado *La lucha por la existencia: un programa*, donde se pintaba la vida de los animales como una lucha desesperada de uno contra todos. Después de la aparición de mis dos artículos, donde refuté esa opinión, el editor de la revista, James Knowies, expresando mucha simpatía hacia mi trabajo y rogándome que lo continuara observó: «Es indudable que usted ha demostrado su posición en cuanto a los animales, pero ¿cuál es su posición con respecto al hombre primitivo?». Esta observación me alegró mucho ya que indudablemente reflejaba no solo la opinión de Knowles, sino también la de Herbert Spencer, con el cual Knowles se veía a menudo en Brighton, donde ambos vivían muy próximos. El reconocimiento por parte de Spencer de la ayuda mutua y su significado en la lucha por la existencia era muy importante. En cuanto a sus opiniones sobre el hombre primitivo, era sabido que estaban formadas a partir de las deducciones falsas acerca de los salvajes hechas por los misioneros y los viajeros ocasionales del siglo XVIII y principios del XIX. Estos datos fueron reunidos para Spencer por tres de sus colaboradores, y publicados por ellos mismos bajo el título de *Datos de la Sociología* en ocho grandes tomos. Basándose en ellos escribió él su obra *Bases de la Sociología*.

Sobre la cuestión del hombre respondí también en dos artículos en los que, después de un estudio cuidadoso de la rica literatura moderna sobre las complejas instituciones de la vida tribal que los primeros viajeros y misioneros no podían conocer, describí estas instituciones entre los salvajes y los llamados «bárbaros». Esta obra, y especialmente el conocimiento de la comuna rural a principios de la Edad Media (que desempeñó un papel tan grande en el desarrollo de la civilización que nuevamente renacía), me condujeron al estudio de la etapa siguiente, aún más importante, del desarrollo en Europa de la ciudad medieval libre y sus gremios de artesanos. Después señalé el papel corruptor del Estado militar en la destrucción del libre desarrollo de las ciudades libres, sus artes, oficios, ciencias y comercio, y mostré en el último artículo que, a pesar de la descomposición de las federaciones y uniones libres por la centralización estatal, estas federaciones y uniones comienzan a desarrollarse de nuevo con fuerza y a apoderarse de más amplios dominios. «La ayuda mutua en la sociedad moderna» constituyó, de tal modo, el último artículo de mi obra sobre la ayuda mutua.

Al editar estos artículos en libro introduje algunos agregados esenciales, especialmente acerca de mis opiniones con respecto a la lucha darwiniana por la existencia; y en los apéndices cité algunos hechos nuevos y analicé algunas cuestiones que, a causa de su brevedad, hube de omitir en los artículos de la revista.

Ninguna de las ediciones en lenguas europeas occidentales, y tampoco las escandinavas y polacas, fueron hechas a partir de los artículos, sino del libro, y es por ello que contenían los agregados hechos en el texto y los apéndices. De las traducciones rusas solo una, aparecida en 1907 en la editorial Conocimientos (*Znania*) era completa. Además introduje varios apéndices nuevos, basados en obras de más reciente aparición, sobre la ayuda mutua entre los animales y sobre la propiedad comunal de la tierra en Inglaterra y Suiza. Las otras ediciones rusas fueron hechas de los artículos de la

revista inglesa, y no del libro, y por ello no tienen los agregados hechos por mí en el texto o bien se han omitido los apéndices. La edición que se ofrece ahora contiene completos todos los agregados y apéndices, y he revisado nuevamente todo el texto y la traducción.

P. K.
Dmítrov, marzo 1920

Introducción

Durante los viajes que hice en mi juventud por Siberia Oriental y el norte de Manchuria, dos rasgos característicos de la vida animal llamaron poderosamente mi atención. Uno de ellos fue la extraordinaria dureza de la lucha por la existencia que la mayoría de las especies animales debían sostener allí contra la naturaleza inclemente; la enorme destrucción de vida que, debida a causas naturales, llevaba periódicamente la penuria y la despoblación a los vastos territorios que observaba.

La otra particularidad era que, aun en aquellos pocos puntos aislados en los que la vida animal se mostraba en abundancia, no encontré —a pesar de haber buscado atentamente sus rastros— aquella lucha cruel por los medios de subsistencia entre animales pertenecientes a una misma especie que la mayoría de los darwinistas (aunque no siempre el mismo Darwin) consideraban como el rasgo predominante y característico de la lucha por la vida y el principal agente de la evolución, así como la principal fuerza activa del desarrollo gradual en el mundo de los animales.

Las terribles tormentas de nieve que azotan el norte de Eurasia al final del invierno y la congelación que a menudo les sucede; las nevadas que se repiten todos los años en la primera quincena de mayo cuando los árboles están en plena floración y la vida de los insectos en todo su apogeo; las heladas tempranas y, ocasionalmente, las nevadas abundantes que caen incluso en julio y en agosto y que súbitamente aniquilan no solo a las miríadas de insectos, sino también la segunda nidada de las aves; las lluvias torrenciales provocadas por los monzones que caen en agosto y septiembre en las regiones más templadas del Amur y el Usuri

y se prolongan semanas enteras provocando inundaciones en las tierras bajas del Amur y del Sungari en proporciones tan grandes como solo se conocen en América y Asia oriental, y transformando las grandísimas extensiones de los altiplanos en pantanos comparables por sus dimensiones a estados europeos. Por último, las abundantes nevadas que caen a veces a principios de octubre, debido a las cuales un vasto territorio, igual en extensión a Francia o Alemania, se hace completamente inhabitable para los rumiantes que mueren por millares. Estas son las condiciones en las que se produce la lucha por la vida animal del Asia septentrional.

Todo ello atrajo ya por entonces mi atención hacia la extraordinaria importancia en la naturaleza de aquello que Darwin llama «limitaciones naturales a la multiplicación» en comparación con la lucha por los medios de subsistencia. Esta última, naturalmente, se produce no solo entre las diferentes especies, sino también entre los individuos de la misma especie, pero jamás alcanza la importancia de esos *obstáculos naturales a la multiplicación*. Y al ser la penuria de la vida y la falta de población —y no su exceso— los rasgos característicos de aquella inmensa extensión del globo que llamamos Asia septentrional, ya desde entonces comencé a albergar serias dudas, que más tarde un estudio más detallado no hicieron sino confirmar, respecto a esa terrible lucha por el alimento y la vida dentro de los límites de una misma especie que constituye un verdadero credo para la mayoría de los darwinistas. Del mismo modo, comencé a dudar respecto al papel central que ejerce esta clase de lucha, según las suposiciones de los darwinistas, en la evolución de las nuevas especies.

Igualmente, dondequiera que observaba la vida animal en todo su esplendor, como por ejemplo en los lagos donde en primavera gran número de especies de aves y millones de especímenes se reúnen para empollar sus crías; o en las bulliciosas colonias de roedores; o durante la migración de las aves que por entonces se producía en proporciones gigantescas a lo largo del valle del

Usuri; o durante la enorme emigración de gamos que tuve oportunidad de ver en el Amur, durante la cual decenas de miles de estos inteligentes animales huían en grandes grupos a través de un territorio inmenso ante la llegada inminente de las nevadas y se reunían en grandes rebaños para atravesar el Amur por su punto más estrecho, en el pequeño Khingan; en todas estas escenas de la vida animal que se desarrollaba ante mis ojos, decía, veía yo la ayuda y el apoyo mutuo llevado a tales proporciones que involuntariamente me hizo pensar en la enorme importancia que deben tener en la economía de la naturaleza para el mantenimiento de la existencia de cada especie, su conservación y su evolución futura.

Por último, tuve oportunidad de observar entre el ganado semisalvaje y los caballos de Transbaikalia, así como en todas las ardillas y los rumiantes salvajes en general, que cuando los animales tenían que luchar contra una escasez de alimento provocada por una de las causas arriba indicadas, todo el conjunto de la especie a la que afectaba esta calamidad salía de la prueba con una pérdida de energía y salud tan grande que *ninguna evolución progresiva de las especies podía basarse en semejantes períodos de lucha encarnizada.*

Consecuentemente, cuando más tarde centré mi atención sobre las relaciones entre el darwinismo y la sociología no pude estar de acuerdo con ninguno de los trabajos y panfletos escritos acerca de esta cuestión tan extremadamente importante. Todos ellos trataban de demostrar que el hombre, gracias a su inteligencia superior y a sus conocimientos, *puede* suavizar la dureza de la lucha por la vida entre los hombres; pero al mismo tiempo, todos ellos reconocían que la lucha por los medios de subsistencia de cada animal contra todos sus congéneres, y de cada hombre contra todos los hombres, es una «ley natural». Yo no podía estar de acuerdo con este punto de vista ya que estaba convencido de que reconocer la despiadada lucha interior por la existencia en los límites de cada especie, y considerar tal guerra como una condición del progreso, significaría aceptar algo que no solo no ha sido

demostrado todavía, sino que de ningún modo puede ser confirmado por la observación directa.

Por otra parte, la lectura de la conferencia «Sobre la ley de la ayuda mutua», pronunciada en el congreso de naturalistas rusos de enero de 1880 por el profesor Kessler, por entonces decano de la Universidad de San Petersburgo, me aportó una nueva perspectiva sobre la cuestión. Según la opinión de Kessler, además de la *ley de lucha mutua*, también existe en la naturaleza la *ley de ayuda mutua*, la cual desempeña un papel mucho más importante para el éxito de la lucha por la vida, y particularmente para la evolución progresiva de las especies. Esta hipótesis —que en realidad no es más que el desarrollo de las ideas enunciadas por el mismo Darwin en su *El origen del hombre*— me pareció tan justa y de tal importancia que desde que tuve conocimiento de ella (en 1883), comencé a reunir materiales para el completo desarrollo de esta idea que Kessler apuntó pero no pudo desarrollar antes de su muerte, ocurrida en 1881.

Solo en un punto no pude estar completamente de acuerdo con las opiniones de Kessler. Mencionaba este los «sentimientos familiares» y el cuidado por la descendencia (véase capítulo 1) como la fuente de las inclinaciones mutuas de los animales. Pero creo que el determinar cuánto han aportado realmente estos dos sentimientos al desarrollo de los instintos sociales entre los animales y en qué medida los demás instintos actuaron en el mismo sentido constituye una cuestión diferente y muy compleja, a la cual todavía no estamos en condiciones de responder. Solo después de que hayamos establecido correctamente las características propias de la ayuda mutua entre las diferentes clases de animales y su importancia para la evolución podremos determinar qué parte del desarrollo de los instintos sociales corresponde a los sentimientos familiares y qué parte a la sociabilidad, teniendo en cuenta que el origen de esta última, evidentemente, se ha de buscar en los estadios más elementales de evolución del mundo animal hasta

llegar, quizá, a los estadios «de colonia».[1] Debido a esto, dediqué toda mi atención a establecer, ante todo, la importancia de la ayuda mutua como factor de evolución, dejando para posteriores investigaciones el problema del *origen* de los instintos de ayuda mutua en la naturaleza.

La importancia del factor de la ayuda mutua —«si tan solo pudiera demostrarse su generalidad»— no escapó a la atención de Goethe, en quien de manera tan brillante se manifestó el genio del naturalista. Cuando, en cierta ocasión, Eckerman contó a Goethe — sucedía esto en el año 1827— que dos crías de reyezuelo que se le habían escapado después de matar a la madre fueron halladas, al día siguiente, en un nido de petirrojos que los alimentaban junto a sus propias crías, Goethe se emocionó mucho. Vio en ello la confirmación de sus opiniones panteístas sobre la naturaleza y dijo: «Si resultara cierto que alimentar a los extraños es inherente a toda la naturaleza como ley general, muchos enigmas quedarían resueltos». Volvió sobre esta cuestión al día siguiente y rogó a Eckerman (quien, como se sabe, era zoólogo) que hiciera un estudio más amplio, agregando que Eckerman, sin duda, podría obtener «resultados valiosos e inapreciables» (*Gespräche*, ed. 1848, t. III, págs. 219-21). Por desgracia, tal estudio nunca fue realizado, aunque es muy probable que Brehm, que tan valiosos materiales ha reunido en sus obras acerca de la ayuda mutua entre los animales, se inspirase en la observación de Goethe.

Durante los años 1878-1886 se imprimieron varias obras de importancia sobre la inteligencia y la vida mental de los animales (estas obras se citan en las notas del capítulo I de este libro), y tres

1 Aludo aquí a las etapas en que los animales más inferiores, del género *Volvox globator* o *Salp*, se reúnen en grupos. Sobre las etapas coloniales véase el ensayo de biología de August Comte en *Politique Positive*, donde resume su *Philosophie positive*; *Bases de la Biología*, de Spencer; y especialmente la obra *Colonias animales* de Perrier.

de ellas tienen una relación más estrecha con la cuestión que nos interesa, a saber: *Les Sociétés animales*, de Espinas (París, 1887); *La lutte pour l'existence et l'association pour la lutte*, conferencia de Lanessan (abril 1881); y el libro de Louis Büchner *Liebe und Liebes-Leben in der Thierwelt*, cuya primera edición apareció en el año 1881 o 1882, y la segunda, considerablemente aumentada, en 1885. Pero, a pesar de la excelente calidad de todas ellas, estas obras dejan amplio margen para una investigación en la que la ayuda mutua fuera considerada no solamente en calidad de argumento en favor del origen prehumano de los instintos morales, sino también como una ley de la naturaleza y un factor de evolución.

Espinas centró su atención en las sociedades de animales (hormigas, abejas) que están instituidas sobre las diferencias fisiológicas de estructura de los diversos miembros de la misma especie y en la división fisiológica del trabajo entre ellos, y aun cuando su obra aporta excelentes indicaciones en todos los sentidos posibles, fue escrita en una época en la que el desarrollo de las sociedades humanas no podía ser examinado con los conocimientos de que disponemos ahora. La conferencia de Lanessan tiene más bien el carácter de un brillante plan general de trabajo, en el que el apoyo mutuo es examinado empezando por las rocas a orillas del mar, y pasando desde ahí al mundo de los vegetales, de los animales y de los hombres.

En cuanto a la obra de Büchner a la que hemos hecho referencia, a pesar de que induce a la reflexión sobre el papel de la ayuda mutua en la naturaleza, y de que es rica en hechos, no estoy de acuerdo con su idea principal. El libro se inicia con un himno al amor, y casi todos los ejemplos son tentativas para demostrar la existencia del amor y la simpatía entre los animales. Pero reducir la sociabilidad de los animales al *amor* y a la *simpatía* significa restringir su universalidad y su importancia, exactamente de la misma forma que una ética humana basada en el amor y la simpatía personal conduce nada más que a restringir la comprensión del

sentido moral en su totalidad. No es el amor a mi vecino —a quien seguramente ni siquiera conozco— lo que me induce a tomar un cubo de agua y correr hacia su casa en llamas mientras la mía está a salvo. Me guía un sentimiento más amplio aunque más vago, un instinto, más propiamente dicho, de solidaridad humana; es decir, de caución solidaria entre todos los hombres y de sociabilidad. Lo mismo ocurre entre los animales. No es el amor, ni siquiera la simpatía (entendidos en el verdadero sentido de estas palabras) lo que induce al rebaño de rumiantes o caballos a formar un círculo con el fin de defenderse de las agresiones de los lobos; ni es el amor el que hace que los lobos se reúnan en manadas para cazar; como tampoco es el amor lo que obliga a los corderillos y a los gatitos a entregarse a sus juegos, ni es el amor lo que junta las crías de las aves que pasan juntas días enteros durante el otoño. Por último, tampoco puede atribuirse al amor ni a la simpatía personal el hecho de que muchos millares de gamos, diseminados por territorios de extensión comparable a la de Francia, se reúnan en decenas de rebaños aislados que se dirigen hacia un punto concreto con el objetivo de atravesar el Amur y emigrar a una parte más templada de Manchuria.

En todos estos casos, el papel más importante lo desempeña un sentimiento incomparablemente más amplio que el amor o la simpatía personal, un instinto de sociabilidad que se ha desarrollado lentamente entre los animales y los hombres durante un proceso de evolución extremadamente largo, desde los estadios más elementales, y que enseñó por igual a animales y hombres a tener conciencia de esa fuerza que pueden obtener a través de la práctica de la ayuda y el apoyo mutuos, y del placer que se puede hallar en la vida social.

La importancia de esta distinción podrá ser apreciada fácilmente por el estudio de la psicología de los animales, y más aún, por el estudio de la ética humana. El amor, la simpatía y el sacrificio de sí mismos desempeñan ciertamente un papel enorme en el

desarrollo progresivo de nuestros sentimientos morales. Pero no es ni el amor ni la simpatía aquello sobre lo que el hombre creó su sociedad. Esta fue creada sobre la conciencia —aun en estado de instinto— de la solidaridad humana y de la dependencia recíproca de los hombres. Fue creada sobre el reconocimiento inconsciente de la fuerza que aporta a cada hombre la práctica de la ayuda mutua, de la estrecha dependencia de la felicidad de cada individuo con la felicidad de todos, y sobre los sentimientos de justicia o de equidad que obligan al individuo a considerar los derechos de los otros como iguales a sus propios derechos. Pero esta cuestión sobrepasa los límites del presente trabajo por lo que me limitaré a remitir a mi conferencia «Justicia y Moral», que era una respuesta a la Ética de Huxley y en la cual me refería esta cuestión con más detalle.[2]

Debido a todo lo dicho anteriormente, pensé que un libro sobre *La ayuda mutua como ley de la naturaleza y factor de evolución* podría llenar una laguna muy importante. Cuando Huxley publicó, en el año 1888, su manifiesto sobre la «lucha por la existencia» (*Struggle for Existence and its Bearing upon Man*), que desde mi punto de vista era una representación completamente infiel de fenómenos de la naturaleza tales como los vemos en las taigas y las estepas, me dirigí al editor de la revista *The Nineteenth Century* pidiéndole dar ubicación en las páginas de la revista que él dirigía a una crítica cuidadosa de las opiniones de uno de los más destacados darwinistas, y el señor James Knowles acogió mi propósito con la mayor simpatía. También hablé con W. Bates, el gran «naturalista del Amazonas» que, como es sabido, reunió los materiales para Wallace y Darwin, y a quien Darwin, con perfecta justicia, calificó en su autobiografía como uno de los hombres más inteligentes que había conocido. «En efecto, *eso* es verdadero

2 Véase también los primeros capítulos de mi trabajo sobre ética aparecidos recientemente en *The Nineteenth Century*: «Problemas de Ética» y «Moralidad de la Naturaleza».

darwinismo», exclamó Bates. «Es indignante lo que "ellos" han hecho de Darwin. Escriba esos artículos y cuando estén impresos le enviaré una carta que podrá publicar». Por desgracia, la composición de estos artículos me llevó casi siete años, y cuando el último de ellos fue publicado, Bates ya no estaba entre nosotros.

Después de haber examinado la importancia de la ayuda mutua para el éxito y la evolución de las diferentes clases de animales, evidentemente estaba obligado a juzgar la importancia de este mismo factor en la evolución del hombre. Esto era aún más necesario ya que existen evolucionistas como Herbert Spencer dispuestos a admitir la importancia de la ayuda mutua entre los animales, pero negándola a su vez para el hombre. En el caso de los salvajes primitivos —afirman— la guerra de uno contra todos era *la* ley de la vida. En los capítulos de este libro dedicados a los salvajes y los bárbaros he tratado de analizar hasta dónde esta afirmación, que desde la época de Hobbes ha sido repetida con complacencia sin la necesaria comprobación, coincide con lo que conocemos respecto a los grados más antiguos del desarrollo del hombre.

El número y la importancia de las diferentes instituciones de ayuda mutua creadas gracias al genio creador de las masas salvajes y semisalvajes, primero durante el período de los clanes y con más fuerza durante la siguiente etapa de la comuna aldeana, así como la inmensa influencia que estas instituciones antiguas ejercieron sobre el desarrollo posterior de la humanidad hasta los tiempos modernos, me indujeron a extender mis investigaciones a períodos históricos más antiguos. Especialmente me detuve en el período de mayor interés, el de las ciudades-estado libres de la Edad Media, cuya universalidad e influencia sobre nuestra civilización moderna no han sido todavía suficientemente apreciadas. Por último, también traté de indicar brevemente la enorme importancia que tienen aún las costumbres de apoyo mutuo transmitidas de padres a hijos a través de un período extraordinariamente largo de su evolución sobre nuestra sociedad contemporánea, a pesar de

que se piensa y se dice que esta descansa sobre el principio: «cada uno para sí y el Estado para todos», principio que las sociedades humanas nunca han seguido completamente y que nunca será llevado íntegramente a su realización.

Quizá se me objetará que en este libro tanto los hombres como los animales son presentados desde un punto de vista demasiado favorable; que sus cualidades sociales son destacadas en exceso, mientras que sus inclinaciones antisociales y de autoafirmación apenas están apuntadas. Sin embargo, esto era inevitable. En los últimos tiempos hemos oído hablar tanto de «la dura y despiadada lucha por la vida» que aparentemente sostiene cada animal contra todos los otros, cada «salvaje» contra todos los demás «salvajes», y cada hombre civilizado contra todos sus conciudadanos —opiniones que se convirtieron en una especie de dogma—, que fue necesario, en primer lugar, oponer una serie amplia de hechos que mostraran la vida de los animales y de los hombres desde otro ángulo completamente diferente. Era necesario mostrar, en primer lugar, el papel predominante que desempeñan las costumbres sociales en la vida de la naturaleza y en la evolución progresiva tanto de las especies animales como de los seres humanos.

Y era necesario demostrar también que las costumbres de apoyo mutuo ofrecen a los animales una mejor protección contra sus enemigos; que hacen más fácil obtener alimentos (provisiones invernales, migraciones, alimentación bajo la vigilancia de centinelas, etc.); que aumentan la longevidad y debido a esto facilitan el desarrollo de las facultades intelectuales; que dieron a los hombres, aparte de las ventajas citadas comunes a las de los animales, la posibilidad de formar aquellas instituciones que ayudaron a la humanidad a sobrevivir en la dura lucha con la naturaleza y a perfeccionarse a pesar de todas las vicisitudes de la historia. Así lo hice. Y por ello el presente libro es un libro acerca de la ley de ayuda mutua considerada como una de las principales causas activas de la evolución, y no la investigación de *todos* los factores que influ-

yen en la evolución y su respectivo valor. Por último, era necesario escribir este libro antes de que fuera posible investigar la cuestión de la importancia relativa de los diferentes agentes de la evolución.

Ciertamente, yo sería el último que minusvaloraría el papel que desempeñó la autoafirmación del individuo en el desarrollo de la humanidad. Pero este tema, en mi opinión, exige un examen bastante más profundo que el que se ha realizado hasta ahora. En la historia de la humanidad, la autoafirmación del individuo a menudo representó, y continúa representando, algo perfectamente diferente, más amplio y profundo que esa mezquina e irracional estrechez mental que la mayoría de los escritores presentan como «individualismo» y «autoafirmación». Del mismo modo, los individuos que hicieron la historia no se limitan únicamente a aquellos que los historiadores nos presentan como héroes. Por ello, mi intención es, siempre que sea posible, la de analizar por separado y en detalle el papel que ha desempeñado la autoafirmación del individuo en el desarrollo progresivo de la humanidad. Por ahora, me limito a hacer la siguiente observación general: cuando las instituciones de ayuda mutua —la organización tribal, la comuna aldeana, los gremios, la ciudad de la Edad Media— empezaron a perder su carácter primitivo en el transcurso del proceso histórico, cuando comenzaron a aparecer en ellas las excrecencias parasitarias que les eran extrañas y debido a las cuales estas mismas instituciones se transformaron en un obstáculo para el progreso, la rebelión de los individuos en contra de estas instituciones tomó siempre un doble aspecto. Una parte de los rebeldes se esforzó en purificar las viejas instituciones de sus elementos extraños o en elaborar formas superiores de convivencia, basadas de nuevo en los principios de ayuda mutua. Así por ejemplo, trataron de introducir en el derecho penal el principio de «compensación» (multa), en lugar de la ley del talión, y más tarde, proclamaron el perdón de las ofensas, es decir, un ideal aún más elevado de igualdad ante la conciencia humana, en lugar de la «compensación»

que se pagaba según el valor de clase. Pero al mismo tiempo, otra parte de estos individuos que se rebelaron contra la organización que se había consolidado, intentaron simplemente destruir las instituciones protectoras de apoyo mutuo a fin de imponer, en lugar de estas, su propia arbitrariedad, acrecentando de este modo sus riquezas y fortaleciendo su propio poder. En esta triple lucha entre las dos categorías de individuos, los que se habían rebelado y los protectores de lo existente, reside toda la verdadera tragedia de la historia. Pero, para representar esta lucha y estudiar honestamente el papel desempeñado en el desarrollo de la humanidad por cada una de las tres fuerzas citadas, hará falta, por lo menos, tantos años de trabajo como tuve que dedicar a escribir este libro.

De las obras que examinan aproximadamente el mismo problema, pero aparecidas ya después de la publicación de mis artículos sobre la ayuda mutua entre los animales, debo mencionar *The Lowell Lectures on the Ascent of Man*, de Henry Drummond, Londres, 1894, y *The Origin and Growth of the Moral Instinct*, de A. Sutherland, Londres, 1898. Ambos libros están concebidos, en grado considerable, según el mismo plan del libro de Büchner, y en el libro de Sutherland se tratan con bastante detalle los sentimientos paternales y familiares como único factor en el proceso de desarrollo de los sentimientos morales. La tercera obra que trata del hombre y está escrita según el mismo plan es el libro del profesor americano F. A. Giddings, cuya primera edición apareció en el año 1896, en Nueva York y en Londres, bajo el título *The Principles of Sociology*, y cuyas ideas principales ya habían sido expuestas por el autor en un folleto de 1894. Debo, sin embargo, dejar por completo a la crítica literaria el examen de las coincidencias, similitudes y divergencias entre estos trabajos y el mío.

Todos los capítulos de este libro fueron publicados primeramente en la revista *The Nineteenth Century* («La ayuda mutua entre los animales», en septiembre y noviembre de 1890; «La ayuda mutua entre los salvajes», en abril de 1891; «La ayuda mutua entre

los bárbaros», en enero de 1892; «La ayuda mutua en la ciudad medieval», en agosto y septiembre de 1894, y «La ayuda mutua en la época moderna», en enero y junio de 1896). Al publicarlos en forma de libro mi primera intención fue incluir en forma de apéndices el grueso de los materiales que había reunido y que no pude aprovechar para los artículos que aparecieron en la revista, así como la discusión sobre diferentes puntos secundarios que tuve que omitir. Tales apéndices habrían duplicado el tamaño del libro, y me vi obligado a renunciar a su publicación o, por lo menos, a aplazarla. En los apéndices de este libro se incluye solo la discusión acerca de algunas pocas cuestiones que han sido objeto de controversia científica en el curso de estos últimos años. Del mismo modo, en el texto de los primitivos artículos solo intercalé el poco material adicional que me fue posible agregar sin alterar la estructura general de la obra.

Aprovecho esta oportunidad para expresar al editor de *The Nineteenth Century*, James Knowles, mi agradecimiento tanto por la amable hospitalidad que mostró hacia la presente obra en su revista apenas se enteró de su idea general, como por su amable permiso para la reimpresión de este trabajo.

P. K.
Bromley, Kent, 1902

CAPÍTULO I

La ayuda mutua entre los animales

La lucha por la existencia — La ayuda mutua, ley de la naturaleza y principal condición del desarrollo progresivo — Invertebrados — Hormigas y abejas — Las aves: sus asociaciones para la caza y la pesca — Sociabilidad — Protección mutua entre las aves pequeñas — Grullas, papagayos

LA IDEA DE LA lucha por la existencia como factor de evolución, introducida en la ciencia por Darwin y Wallace, nos ha permitido abarcar en una única generalización un vastísimo conjunto de fenómenos que pronto se ha convertido en la base de todas nuestras teorías filosóficas, biológicas y sociales. Un enorme número de los más diferentes hechos que antes explicábamos cada uno por separado, tales como la adaptación de los seres vivientes a su medio ambiente, su evolución anatómica y fisiológica o el progreso intelectual y el mismo desarrollo moral, empezaron a aparecernos como parte de un proceso común desde el momento en que fueron agrupados por Darwin en una amplia generalización. Comenzamos a comprenderlos como una serie de esfuerzos ininterrumpidos —como una lucha contra diferentes circunstancias adversas— que conduce al desarrollo de individuos, razas, especies y sociedades tales que representarían la mayor plenitud, variedad e intensidad de la vida.

Es muy posible que al comienzo de sus trabajos el mismo Darwin no tuviera conciencia de toda la importancia y generalidad de aquel fenómeno, la lucha por la existencia, al que recurrió buscando la explicación de un grupo concreto de hechos: la acu-

mulación de desviaciones individuales que se producen a partir de una especie original y la formación de nuevas especies. Pero comprendió que el término que él introducía en la ciencia perdería su verdadero sentido filosófico si era comprendido exclusivamente y de forma limitada como mera lucha entre los individuos por los medios de subsistencia. Por eso, al comienzo mismo de su gran investigación sobre el origen de las especies, insistió en que se debe comprender «la lucha por la existencia en su sentido amplio y metafórico, es decir, incluyendo en él la dependencia de un ser viviente de los otros, y también (lo que es bastante más importante) no solo la vida del individuo mismo, sino también la posibilidad de que deje descendencia».[3]

De este modo, aunque el mismo Darwin utilizó la expresión «lucha por la existencia» preferentemente en su sentido más estricto, previno a sus sucesores en contra del error (en el cual parece que cayó él mismo durante una época) que suponía la comprensión demasiado estrecha de estas palabras. En su obra posterior, *El origen del hombre*, llegó a escribir varias páginas vigorosas para explicar el verdadero y más amplio sentido de esta lucha. Mostró cómo, en innumerables sociedades animales, la lucha por la existencia entre los individuos de estas sociedades desaparece completamente, y cómo la *lucha* es reemplazada por la *cooperación*, proceso que conduce al desarrollo de las facultades intelectuales y de las cualidades morales y que asegura a cada especie las mejores oportunidades para sobrevivir y perpetuarse. Señaló que en estos casos, aquéllos que son físicamente más fuertes, más astutos o más hábiles no se revelan en modo alguno como los «más aptos», sino que lo son aquellos que mejor saben unirse y apoyarse los unos a los otros —tanto los fuertes como los débiles— por el bienestar de toda su comunidad. «Aquellas comunidades —escribió— que

3 *El origen de las especies*, inicio del capítulo III.

encierran la mayor cantidad de miembros que simpatizan entre sí, florecerán mejor y dejarán mayor cantidad de descendientes» (segunda edición inglesa, página 163).

La expresión, tomada por Darwin de la estrecha concepción malthusiana de la lucha de todos contra uno, perdió completamente su carácter limitado cuando fue transformada en la mente de un hombre que comprendía la naturaleza.

Por desgracia, estas observaciones de Darwin, que podrían haberse convertido en base de investigaciones más fecundas, pasaron inadvertidas a causa del conjunto de hechos reunidos con el propósito de ilustrar la lucha real entre los individuos por los medios de subsistencia. Por otra parte Darwin no sometió a una investigación más severa la importancia comparativa y la relativa extensión de las dos formas en las que aparece la «lucha por la vida» en el mundo animal: la lucha directa entre individuos entre sí y la lucha social de un conjunto de individuos; tampoco escribió la obra que se proponía escribir sobre los obstáculos naturales a la multiplicación excesiva de los animales, tales como la sequía, las inundaciones, los fríos repentinos, las epidemias, etc.

Sin embargo, era precisamente tal investigación la que resultaba indispensable para determinar las verdaderas proporciones y la importancia que tienen en la naturaleza la *lucha individual* por la vida entre los miembros de una misma especie de animales en comparación con *la lucha de toda una comunidad* contra los obstáculos naturales y los enemigos de otras especies. Más aún, en este mismo libro sobre el origen del hombre, donde escribió los pasajes citados que refutan la estrecha comprensión malthusiana de la «lucha», se abrió paso nuevamente el fermento malthusiano; por ejemplo, allí donde se hacía la pregunta: «¿es necesario conservar la vida de los "débiles de mente y cuerpo" en nuestras sociedades civilizadas?» (capítulo v). Como si miles de poetas, sabios inventores y reformadores débiles o enfermizos, junto a los llamados «locos» y «entusiastas de la debilidad mental», no fueran el arma

más fuerte de la humanidad en su lucha por la vida, esa lucha que se sostiene con medios intelectuales y morales, y cuya importancia expuso tan bien el mismo Darwin en los diferentes capítulos de su libro.

Lo que sucedió con la teoría de Darwin es lo que sucede con todas las teorías que tratan acerca de las relaciones humanas. Sus continuadores no solo no la ampliaron en el sentido que él deseaba, sino que la restringieron aún más. Y mientras Spencer, trabajando independientemente pero en la misma dirección, trataba hasta cierto punto de ampliar las investigaciones acerca de la cuestión de quién es el más apto (especialmente en el apéndice de la tercera edición de *Data of Ethics*), numerosos continuadores de Darwin restringieron la concepción de la lucha por la existencia hasta sus límites más estrechos. Empezaron a representar el mundo de los animales como un cúmulo de luchas ininterrumpidas entre seres eternamente hambrientos y ávidos de la sangre de sus semejantes. Hicieron resonar el grito de ¡Ay de los vencidos! por toda la literatura moderna y presentaron este grito como la última palabra de la biología.

Elevaron por propia comodidad la lucha «sin cuartel» a la altura de principio biológico al cual el hombre debe subordinarse o de lo contrario sucumbirá en este mundo basado en el exterminio mutuo. Dejando de lado a los economistas, los cuales generalmente apenas conocen del campo de las ciencias naturales más que algunas vaguedades tomadas de los divulgadores de segundo rango, debemos reconocer que aun los más autorizados representantes de las opiniones de Darwin emplean todas sus fuerzas para sostener estas ideas falsas. Si tomamos, por ejemplo, a Huxley, a quien se considera sin duda como uno de los mejores representantes de la teoría de la evolución, podemos ver como en su artículo titulado «La lucha por la existencia y su relación con el hombre» nos dice que:

desde el punto de vista del moralista, el mundo animal se encuentra en el mismo nivel que la lucha de gladiadores. Las criaturas son bien alimentadas y mandadas a la lucha. En consecuencia, solo los más fuertes, los más ágiles y los más astutos sobreviven para entrar en lucha al día siguiente. No es necesario que el espectador incline su pulgar hacia abajo; aquí no hay piedad para nadie.

Más adelante, en el mismo artículo, Huxley dice que entre los animales, lo mismo que entre los hombres primitivos:

Los más débiles y los más estúpidos están condenados a muerte, mientras que sobreviven los más astutos y los más fuertes, aquellos que mejor supieron adaptarse a las circunstancias, pero que de ningún modo son mejores en todos los sentidos. La vida es una lucha constante y general, y con excepción de las relaciones limitadas y temporales dentro de la familia, la guerra hobbesiana de uno contra todos es el estado normal de la existencia.[4]

Hasta dónde se justifica o no semejante opinión sobre la naturaleza se verá en las pruebas que este libro aporta, tanto del mundo animal como de la vida del hombre primitivo. Pero ya desde el principio podemos decir que la opinión de Huxley sobre la naturaleza tiene tan poco derecho a pasar por deducción científica como la opinión opuesta de Rousseau, el cual solo veía en la naturaleza amor, paz y armonía, perturbados por la aparición del hombre. En realidad, el primer paseo por el bosque, la primera observación sobre cualquier sociedad animal o incluso el conocimiento de cualquier trabajo serio acerca de la vida de los animales en los continentes *que aún no están densamente poblados por el hombre* (por ejemplo los de D'Orbigny, Audubon, Le Vaillant) debían obligar al naturalista a reflexionar sobre el papel que desempeña la vida social en el mundo de los animales, y prevenirle tanto de concebir la naturaleza en forma de campo de batalla general como del extre-

---

4 *The Nineteenth Century*, febrero, 1888, pág. 165. Reimpreso en su libro *Essays*.

mo opuesto que ve en la naturaleza únicamente paz y armonía. El error de Rousseau consiste en que perdió de vista, por completo, la lucha llevada a cabo con picos y garras. Huxley, por su parte, es culpable del error opuesto. Pero ni el optimismo de Rousseau ni el pesimismo de Huxley pueden ser aceptados como interpretación desapasionada y científica de la naturaleza.

Cuando comenzamos a estudiar los animales no solo en los laboratorios y museos sino en el bosque, en los prados, en las estepas y en las zonas montañosas, rápidamente observamos que, a pesar de que entre diferentes especies y, en particular, entre diferentes clases de animales se produce la lucha y el exterminio en proporciones sumamente amplias, se observa, al mismo tiempo, y en las mismas proporciones —o incluso mayores—, el apoyo mutuo, la ayuda mutua y la protección mutua entre los animales pertenecientes a la misma especie o, por lo menos, a la misma sociedad. La sociabilidad es una ley de la naturaleza tanto como lo es la lucha mutua. Naturalmente, sería demasiado difícil determinar, aunque fuera aproximadamente, la importancia numérica relativa de estas dos series de fenómenos. Pero si recurrimos a la verificación indirecta y preguntamos a la naturaleza: «¿Quiénes son más aptos, aquellos que constantemente luchan entre sí o, por el contrario, aquellos que se apoyan mutuamente?», rápidamente comprobamos que los animales que adquirieron las costumbres de ayuda mutua resultan, sin duda alguna, los más aptos. Estos tienen más posibilidades de sobrevivir como individuos y como especie, y alcanzan en sus correspondientes clases (insectos, aves, mamíferos) el más alto grado de desarrollo mental y de organización física. Si tomamos en consideración los innumerables hechos que hablan a favor de esta opinión, se puede decir con seguridad que la ayuda mutua constituye tanto una ley de la vida animal como la lucha mutua. Pero incluso como factor de evolución, es decir, como condición de desarrollo general, probablemente tiene una importancia mucho mayor que la lucha mutua ya que facilita

el desarrollo de las costumbres y caracteres que aseguran el sostenimiento y el desarrollo máximo de la especie junto con el máximo bienestar y goce de la vida para cada individuo y, al mismo tiempo, con el mínimo de desgaste inútil de energías y fuerzas.

Hasta donde yo sé, de los sucesores científicos de Darwin, el primero que reconoció en la ayuda mutua la importancia *de una ley de la naturaleza y de un factor principal de la evolución* fue el reconocido zoólogo ruso, exdecano de la Universidad de San Petersburgo, profesor K. F. Kessler. Este científico desarrolló esta idea en un discurso pronunciado en enero del año 1880, algunos meses antes de su muerte, en el congreso de naturalistas rusos, pero como muchas cosas buenas publicadas únicamente en la lengua rusa, esta conferencia pasó casi completamente desapercibida.[5] Como «zoólogo de la vieja escuela» —según sus propias palabras— Kessler se sentía obligado a expresar su protesta contra el abuso del término, tomado de la zoología, de «lucha por la existencia», o por lo menos contra la sobrevaloración de su im-

5 Dejando aparte los escritores predarwinistas como Toussenel, Fée y algunos otros, varios trabajos que contenían ideas remarcables acerca de la ayuda mutua —principalmente como ilustración de los procesos de la inteligencia animal— fueron publicados antes de esta fecha. Debo mencionar el de Houzeay: *Les Facultés mentales des animaux*, 2 vols., Bruselas, 1872; y el de Büchner: *Aus Geistesleben der Thiere*, Leipzig, 1876. Espinas publicó su muy notable trabajo *Les Sociétés animales* en 1877, y en él ya destacó la importancia de las sociedades animales y su influencia en el origen de las sociedades en general. En el libro de Espinas prácticamente se halla reunido todo lo que se había escrito hasta el momento acerca de la ayuda mutua, junto a otras útiles consideraciones. Si a pesar de ello hago mención especial al discurso de Kessler es porque él elevó la ayuda mutua a la altura de una ley de mayor importancia para la evolución que la ley de lucha recíproca. Estas mismas ideas fueron desarrolladas el año siguiente (en abril de 1881) por J. Lanessan en una conferencia publicada en 1882 bajo el título *La lutte pour l'existence et l'association pour la lutte*. La obra capital de G. Romanes, *Animal Intelligence*, fue editada en 1882, y el año siguiente apareció otra obra suya, *Mental Evolution in Animals*. Aproximadamente en la misma época (1883) Büchner editó una nuevo trabajo, *Liebe und Liebes-leben in der Thierwelt*, cuya 2.ª edición apareció en el año 1885. Como vemos, la idea estaba en el aire.

portancia. «La zoología y aquellas ciencias consagradas al estudio multilateral del hombre, continuamente insisten en la cruel lucha por la existencia, pero a menudo olvidan *la existencia de otra ley* que podemos llamar *de la ayuda mutua*, y que, por lo menos en lo que toca a los animales, tal vez sea más importante que la ley de la lucha por la existencia».[6] Señaló luego Kessler que la necesidad de dejar descendencia une inevitablemente a los animales, y «conforme más se vinculan entre sí los individuos de una determinada especie, cuanta más ayuda mutua se prestan, más se consolida la existencia de la especie y más posibilidades se dan de que dicha especie vaya más lejos en su desarrollo y se perfeccione, además, en su aspecto intelectual». Y añadía: «Los animales de todas las clases, especialmente de las superiores, se prestan ayuda mutua» (pág. 131), reforzando su idea con ejemplos tomados de la vida de los escarabajos enterradores o necróforos y de la vida social de las aves y algunos mamíferos. Estos ejemplos eran poco numerosos, como era de rigor en un breve discurso de inauguración, pero varios puntos importantes fueron claramente establecidos; y después de haber señalado que en el desarrollo de la humanidad la ayuda mutua desempeña un papel aún más grande, Kessler concluyó su discurso con las siguientes observaciones:

> Ciertamente, no niego la lucha por la existencia, sino que sostengo que el desarrollo progresivo del reino animal, y muy especialmente de la humanidad, está más promovido por la ayuda mutua que por la lucha mutua. Todos los cuerpos orgánicos tienen dos necesidades esenciales: la necesidad de alimento y la necesidad de propagar la especie. La necesidad de alimento los conduce a la lucha por la subsistencia y al exterminio recíproco, y la necesidad de propagar la especie los conduce a la agruparse para la ayuda mutua. Pero, en el desarrollo del mundo orgánico, en la transformación de unas

6 Discurso «Sobre la ley de ayuda mutua» en *Trabajos de la Sociedad de Naturalistas de San Petersburgo*, t. xi, 1.ª edición, págs. 128-9 (en ruso).

formas en otras, quizá la ayuda mutua entre los individuos de una misma especie ejerza mayor influencia que la lucha entre ellos.[7]

La exactitud de las opiniones expuestas más arriba llamó la atención de la mayoría de los presentes, y N. A. Syevertsof, cuyas obras son bien conocidas por los ornitólogos y geógrafos, las apoyó e ilustró con algunos ejemplos adicionales. Mencionó algunas especies de halcones dotados de «una disposición prácticamente perfecta para la rapiña» pero que a pesar de ello están en decadencia, mientras que las otras especies de halcones que practican la ayuda mutua prosperan. «Por otra parte —añadía—, tomad un ave tan social como el pato. En término generales está mal preparado, pero practica el apoyo mutuo y, a juzgar por sus innumerables especies y variedades, tiende positivamente a extenderse por toda la tierra».

La disposición de los zoólogos rusos a aceptar las opiniones de Kessler se explica claramente por el hecho de que casi todos ellos tuvieron oportunidad de estudiar el mundo animal en las extensas regiones deshabitadas del Asia septentrional o de Rusia oriental, y el estudio de estas regiones conduce inevitablemente a las mismas conclusiones. Recuerdo la impresión que me produjo el mundo animal de Siberia cuando exploraba las tierras altas de los ríos Oliokma y Vitim en compañía de mi amigo el destacado zoólogo Iván Semiónovich Poliakov. Ambos estábamos bajo la impresión reciente de *El origen de las especies*, de Darwin, pero yo buscaba vanamente esa aguzada competencia entre los animales de la misma especie a la que nos había preparado la lectura de la obra de Darwin, aun después de tomar en cuenta la observación hecha en el tercer capítulo de la obra (pág. 54).

«¿Dónde está, pues, esa lucha?», le preguntaba yo a Poliakov. Veíamos muchas adaptaciones para la lucha, a menudo para la lucha en común, contra las condiciones climáticas desfavorables,

7 Mismo lugar, págs. 135-6.

o contra diferentes enemigos, e I. S. Poliakóv escribió algunas páginas hermosas sobre la dependencia mutua de los carnívoros, rumiantes y roedores en su distribución geográfica. Igualmente, pude tomar nota de numerosos casos de apoyo mutuo, especialmente en la época de la emigración de las aves y de los rumiantes, pero incluso en las regiones del Amur y del Ussuri, donde la vida animal se distingue por su gran abundancia, muy raramente me ocurrió observar, a pesar de que los busqué con ahínco, casos de competencia real y de lucha entre individuos de una misma especie de animales superiores. La misma impresión brota de los trabajos de la mayoría de los zoólogos rusos, y esta circunstancia quizá aclare por qué las ideas de Kessler fueron tan bien recibidas por los darwinistas rusos, mientras que semejantes opiniones no son corrientes entre los continuadores de Darwin de Europa occidental que conocen el mundo animal preferentemente de la Europa más occidental, donde el exterminio de los animales por el hombre ha alcanzado tales proporciones que los individuos de muchas especies, que en otros tiempos fueron sociales, viven ahora aislados.

Lo PRIMERO que nos sorprende cuando comenzamos a estudiar la lucha por la existencia —tanto en el sentido literal de la expresión como en el figurado— en las regiones aún escasamente habitadas por el hombre es la abundancia de casos de ayuda mutua practicada por los animales, no solo con el fin de asegurar la descendencia, como reconocen la mayoría de los evolucionistas, sino también para la seguridad del individuo y para proveerse del alimento necesario. En gran cantidad de subdivisiones del reino animal, la ayuda mutua es la regla general. Esta se produce hasta entre los animales más inferiores, y probablemente, gracias a las personas que estudian la vida microscópica de las aguas estancadas, lleguemos pronto a conocer casos de ayuda mutua inconsciente hasta entre los microorganismos.

Naturalmente, nuestros conocimientos de la vida de los invertebrados —excluyendo las termitas, hormigas y abejas— son sumamente limitados; pero a pesar de esto, podemos citar algunos casos de cooperación completamente verificados en la vida de los animales más inferiores. Innumerables sociedades de langostas, mariposas —especialmente *vanessae*—, grillos, escarabajos (*cicindelae*), etc., en realidad se hallan completamente inexploradas, pero ya el mismo hecho de su existencia indica que deben haberse compuesto aproximadamente sobre los mismos principios que las sociedades temporales de hormigas y las sociedades con fines migratorios de las abejas.[8] En cuanto a los escarabajos, conocemos casos bien documentados de ayuda mutua entre los enterradores (*Necrophorus*). Necesitan alguna materia orgánica en descomposición para depositar sus huevos y asegurar la alimentación de las larvas; pero la putrefacción de ese material no debe producirse demasiado rápidamente. Debido a ello, los escarabajos enterradores entierran los cadáveres de todos los pequeños animales con que se topan casualmente durante sus búsquedas. En general, los escarabajos de esta especie viven solitarios; pero cuando alguno de ellos encuentra el cadáver de algún ratón o de un ave que no puede enterrar por sí mismo, convoca a otros enterradores (en ocasiones se juntan hasta seis o incluso diez) para realizar esta operación mediante la unión de sus fuerzas. Si es necesario, transportan el cadáver a un suelo más conveniente y blando. En general, el entierro se realiza de un modo sumamente tranquilo y sin la menor disputa acerca de a quién le corresponde disfrutar del privilegio de poner sus huevos en el cadáver enterrado. Y cuando Gleditsch ató un pájaro muerto a una cruz hecha con dos palitos, o suspendió una rana de un palo clavado en el suelo, los enterradores, del modo más amistoso, dirigieron la fuerza de sus inteligencias reunidas

8 Véase el apéndice I.

para vencer la astucia del hombre. La misma combinación de esfuerzos ha sido observada también en los escarabajos del estiércol.

Pero, aun entre los animales situados en un grado de organización algo inferior, podemos encontrar ejemplos semejantes. Ciertos cangrejos de las Indias Orientales y América del Norte se reúnen en grandes masas cuando se dirigen hacia el mar para depositar sus huevas, debido a lo cual cada una de estas migraciones presupone sincronización, cooperación y apoyo mutuo. En cuanto a los grandes cangrejos de las Molucas (*Limulus*), tuve la sorpresa de poder comprobar en el año 1882, en el acuario de Brighton, hasta qué punto son capaces estos torpes animales de prestarse ayuda entre sí cuando alguno de ellos la necesita. Así por ejemplo, cuando uno de ellos se dio la vuelta y quedó de espaldas en un rincón de la gran cuba donde los mantienen en el acuario, y su pesado caparazón, parecido a una gran cacerola, le impedía tomar su posición habitual principalmente porque en ese rincón se había dispuesto una división de hierro que dificultaba aún más sus intentos, los compañeros corrieron en su ayuda y durante una hora entera pude observar cómo trataban de socorrer a su camarada de cautiverio. Al principio aparecieron dos cangrejos, que empujaron a su amigo por debajo, y después de grandes esfuerzos, consiguieron colocarlo de costado. Sin embargo, la división de hierro les impedía terminar su obra, y el cangrejo cayó de nuevo, pesadamente, de espaldas. Después de muchas tentativas, uno de los salvadores se dirigió hacia el fondo de la cuba y trajo consigo otros dos cangrejos, los cuales, con fuerzas frescas, se entregaron nuevamente a la tarea de levantar y empujar al camarada incapacitado. Permanecimos en el acuario más de dos horas, y cuando nos íbamos, nos acercamos de nuevo a echar un vistazo a la cuba: ¡el trabajo de liberación continuaba! Después de haber sido testigo de este episodio, creo plenamente en la observación hecha por Erasmo Darwin de que «el cangrejo común, durante la muda, coloca como centinelas a cangrejos que no han sufrido la muda o

bien a un individuo cuyo caparazón se ha endurecido ya, a fin de proteger a los individuos que están mudando de la agresión de los enemigos marinos».[9]

Los casos de ayuda mutua entre las termitas, hormigas y abejas son tan conocidos para casi todos los lectores, sobre todo gracias a los populares libros de Romanes, Büchner y John Lubbock, que puedo limitarme a unas pocas citas.[10] Si tomamos un hormiguero, no solo veremos que todo tipo de trabajo —la cría de la descendencia, el aprovisionamiento, la construcción, la cría de los pulgones, etc.—, se realiza de acuerdo con los principios de ayuda mutua voluntaria, sino que, junto con Forel, deberemos reconocer igualmente que el rasgo fundamental de la vida de muchas especies de hormigas es que cada hormiga comparte y está obligada a compartir su alimento, ya deglutido y en parte digerido, con cada miembro de la comunidad que manifiesta su necesidad de ello. Dos hormigas pertenecientes a dos especies diferentes o a dos hormigueros enemigos, en un encuentro casual, se evitarán la una a la otra. Pero dos hormigas pertenecientes al mismo hormiguero, o a la misma colonia de hormigueros, siempre que se aproximan, cambian algunos movimientos de antena y «si una de ellas está hambrienta o siente sed, y muy especialmente si en ese momento la otra tiene el estómago lleno, inmediatamente le pide alimento». La hormiga a la cual se dirigió la demanda nunca rehúsa: separa sus mandíbulas, y situando a su cuerpo en la posición conveniente deja escapar una gota de líquido transparente que la hormiga hambrienta sorbe.

---

9 George J. Romanes: *Animal Intelligence*, 1.ª edición, pág. 233.

10 Pierre Ruber: *Recherches sur les fourmis*, Ginebra 1810; reimpresa luego bajo el título: *Les fourmis indigènes*, Ginebra 1861; Forel: *Recherches sur les fourmis de la Suisse*, Zúrich, 1874; y J. T. Maggridge: *Harvesting Ants and Trapdoor Spiders*, Londres, 1873 y 1874. Estos libros deberían ser puestos en las manos de todos los niños y niñas. Véase también: Blanchard: *Métamorphoses des insectes*, París, 1868; J. H. Fabre: *Souvenirs entomologiques*, París, 1886 y ss.; Ebrard: *Etudes des moeurs des fourmis*, Ginebra, 1864; sir John Lubbock's: *Ants, Bees, and Wasps*, y otros muchos.

La devolución de alimentos para nutrir a otros es un rasgo tan importante de la vida de la hormiga (en libertad), y se aplica tan constantemente tanto para la alimentación de los camaradas hambrientos como para la nutrición de las larvas que, según la opinión de Forel, los órganos digestivos de las hormigas se componen de dos partes diferentes; una de ellas, la posterior, se destina al uso exclusivo de la hormiga misma, y la otra, la anterior, principalmente para uso de la comunidad. Si una hormiga con el estómago lleno se mostrase tan egoísta que rehusara alimento a una camarada, sería tratada como una enemiga o algo peor. Si la negativa fuera hecha en el momento en que sus congéneres luchan contra otra especie de hormiga o contra un hormiguero extraño, caerían sobre la codiciosa compañera con mayor furor que sobre sus propias enemigas. En el caso de que una hormiga no se negara a alimentar a otra hormiga perteneciente a un hormiguero enemigo, entonces las congéneres de esta última la tratarían como a una amiga. Todo esto está confirmado por observaciones y experimentos sumamente precisos que no dejan duda alguna sobre la autenticidad de los hechos mismos ni sobre lo correcto de su interpretación.[11]

De tal modo, en esta inmensa parte del mundo animal, que comprende más de mil especies y es tan numerosa que el Brasil, según la afirmación de los propios brasileños, no pertenece a los hombres sino a las hormigas, no existe en absoluto lucha ni competencia por el alimento entre los miembros de un mismo hormiguero o de una colonia de hormigueros. Por terribles que sean las guerras entre las diferentes especies de hormigas y los diferentes hormigueros, y cualesquiera que sean las atrocidades cometidas en tiempo de guerra, la ayuda mutua dentro de la comunidad y la

---

11 Forel: *Recherches*, págs. 244, 275, 278. La descripción del proceso por parte Hubert es también admirable. A él pertenece la indicación sobre el posible origen del instinto (edición popular, págs. 158-60) Véase también el apéndice II del presente trabajo.

abnegación en beneficio común se ha transformado en costumbre, y el sacrificio en pos del bien común es la regla general. Las hormigas y las termitas han renunciado así a la «guerra hobbesiana», y han salido ganando. Sus sorprendentes hormigueros; sus construcciones que sobrepasan por la altura relativa a las construcciones de los hombres; sus caminos pavimentados y sus galerías cubiertas entre los hormigueros; sus espaciosas salas y graneros; sus campos de trigo; sus cosechas; sus granos «malteados»;[12] los asombrosos «huertos» de la hormiga umbelífera, que devora hojas y abona pequeñas parcelas de tierra con bolitas formadas con fragmentos de hojas masticadas de manera que allí solo crece una clase concreta de hongos y se extinguen todas los demás; los racionales métodos de cuidado de los huevos y de las larvas, comunes a todas las hormigas, así como la construcción de nidos especiales y cercados para la cría de los pulgones, que Linneo llamó tan pintorescamente las «vacas de las hormigas»; y por último, su coraje, atrevimiento y elevado desarrollo mental; todo esto es la consecuencia natural de la ayuda mutua que practican en cada momento de su ocupada y laboriosa vida. La sociabilidad de las hormigas condujo igualmente al desarrollo de otro rasgo esencial de su vida: el enorme desarrollo de la iniciativa individual que, a su vez, contribuyó a que se desarrollaran en la hormiga tan elevadas y variadas capacidades mentales que siempre producen la admiración y el asombro del observador.[13]

---

12 La agricultura de las hormigas es tan asombrosa que durante mucho tiempo se ha dudado de ella. Su existencia está ahora bien demostrada y ha sido puesta fuera de toda duda por los trabajos de Moggridge, el doctor Lincecum, MacCook, el coronel Sykes y el doctor Jercon. Véase la excelente recopilación de pruebas en el trabajo de Romanes. Igualmente, véase *Die Pilzgärten einiger Süd-Amerikanischer Ameisen*, de Alf Moeller, en *Botan, Mitth, aus den Tropen*, de Schimper, t. VI, 1893.

13 El principio de iniciativa personal no fue aceptado fácilmente. Los observadores anteriores a menudo hablaban de «reyes», «reinas», «administradores», etc. Pero después de que Huber y Forel hicieran públicas sus cuidadosas y concienzudas observaciones resulta imposible dudar de que en todas las acciones de las

Si no conociéramos ningún otro caso de la vida de los animales aparte de los de las hormigas y las termitas, podríamos concluir con seguridad que la ayuda mutua (que conduce a la confianza mutua, primera condición del coraje) y la iniciativa personal (primera condición del progreso intelectual), son dos condiciones incomparablemente más importantes en la evolución del mundo de los animales que la lucha mutua. En realidad, las hormigas prosperan a pesar de no poseer ninguno de los rasgos «defensivos» sin los cuales no puede pasarse animal alguno que lleve una vida solitaria. Su color les hace muy visibles para sus enemigos, y en los bosques y los prados, los grandes hormigueros de algunas especies llaman demasiado la atención. La hormiga no tiene caparazón duro, y su aguijón, por más que resulte peligroso cuando centenares se hunden en el cuerpo de un animal, no tiene gran valor para la defensa individual. Al mismo tiempo, las larvas y los huevos de las hormigas constituyen un manjar para muchos de los habitantes de los bosques.

No obstante, las mal defendidas hormigas no son un blanco fácil para las aves, ni aun de los osos hormigueros; e infunden terror a insectos que son bastante más fuertes que ellas. Cuando Forel vació un saco de hormigas en un prado, vio que «los grillos se dispersaban abandonando sus nidos al pillaje de las hormigas; y las arañas y los escarabajos abandonaban sus presas por miedo a convertirse en víctimas»; las hormigas se apoderaban incluso de los nidos de avispas después de una batalla durante la cual muchas perecieron en bien de la comunidad. Aun los más veloces insectos no alcanzaron a salvarse, y Forel tuvo ocasión de ver como las hormigas a menudo atacaban y mataban, inesperadamente, a mariposas, mosquitos y moscas. Su fuerza reside en el apoyo mutuo y en la confianza mutua. Y si la hormiga —por no

---

hormigas (incluyendo sus guerras) se ofrece a cada individuo un amplio margen para manifestar su iniciativa individual.

hablar de las termitas, todavía más desarrolladas— ocupa la cima de una clase entera de insectos por su capacidad mental; si por su bravura se puede equiparar a los más valientes vertebrados y su cerebro —en palabras del propio Darwin— «constituye uno de los más maravillosos átomos de materia del mundo, tal vez aun más asombroso que el cerebro del hombre», ¿no debe la hormiga todo esto a que la ayuda mutua reemplaza completamente la lucha mutua en sus comunidades?

Lo mismo ocurre con las abejas. Estos pequeños insectos que podrían tan fácilmente ser presa de numerosas aves, y cuya miel atrae a toda clase de animales comenzando por el escarabajo y terminando con el oso, tampoco tienen particularidad protectora alguna en lo que a estructura o capacidad de mimetismo se refiere,[14] capacidades sin las cuales los insectos que viven aislados a duras penas pueden evitar el exterminio completo. Pero, a pesar de eso las abejas, gracias a la ayuda mutua, han logrado extenderse ampliamente por la tierra, poseen una gran inteligencia y han elaborado formas de vida social sorprendentes.

Trabajando en común, las abejas multiplican en proporciones inverosímiles sus fuerzas individuales recurriendo a una división temporal del trabajo gracias a la cual cada abeja conserva su aptitud para cumplir cualquier clase de trabajo cuando es necesario, alcanzando tal grado de bienestar y seguridad que no tiene ningún otro animal, por fuerte que sea o bien armado que esté. En sus sociedades, las abejas a menudo superan al hombre cuando este rechaza las ventajas de una ayuda mutua bien planeada. Así, por ejemplo, cuando un enjambre de abejas se prepara a abandonar la colmena para fundar una nueva sociedad, cierta cantidad

---

14 Se conoce como mimetismo (imitación) a la facultad por la que muchos animales adquieren el color del medio en el que viven, salvándose así de las persecuciones de sus enemigos. Esto no existe en las abejas ni en las hormigas: su color negro no les ayuda a ocultarse de sus enemigos.

de abejas explora previamente la vecindad, y cuando logran descubrir un lugar conveniente como vivienda, por ejemplo un cesto viejo o algo semejante, se apoderan de él, lo limpian y lo guardan a veces durante una semana entera hasta que el enjambre se forma y se asienta en el lugar elegido. ¡En cambio, cuántas veces los colonos perecieron en sus nuevos países únicamente porque no comprendieron la necesidad de unir sus esfuerzos! Con la ayuda de su inteligencia colectiva reunida, las abejas luchan con éxito contra las circunstancias adversas con frecuencia completamente inusuales o imprevistas, como sucedió, por ejemplo, en la exposición de París, donde las abejas fijaron con su propóleo resinoso un postigo que cerraba una ventana construida en la pared de sus colmenas.[15] Además, no se distinguen por las inclinaciones sanguinarias ni por el amor a los combates inútiles que muchos escritores atribuyen tan gustosamente a los animales. Los centinelas que guardan las entradas de las colmenas matan sin piedad a todas las abejas ladronas que tratan de penetrar en ella; pero las abejas extrañas que caen por error no son tocadas, especialmente si llegan cargadas con la provisión del polen recogido o si son abejas jóvenes que pueden errar fácilmente el camino. De este modo, las acciones bélicas se reducen a las estrictamente necesarias.

La sociabilidad de las abejas es aún más instructiva en tanto que los instintos de rapiña y de pereza continúan existiendo entre ellas, y reaparecen en determinadas circunstancias favorables. Es sabido que siempre hay un cierto número de abejas que prefieren una vida de ladronas a la vida laboriosa de las obreras; por lo cual, tanto en los períodos de escasez de alimentos como en los perío-

---

15 Las tenían en una colmena provista de un ventanuco de vidrio que permitía ver lo que hacían dentro. El ventanuco se cerraba desde fuera mediante un postigo. Y puesto que probablemente la luz que caía sobre ellas cada vez que los visitantes abrían el postigo molestaba a las abejas, estas, después de algunos días, lo fijaron con una sustancia resinosa que se conoce como «cola de abeja» o cera (*propolis*).

dos de extraordinaria abundancia, el número de ladronas crece rápidamente. Cuando la recolección está terminada y en nuestros campos y praderas queda poco material para la elaboración de la miel, las abejas ladronas aparecen en gran número. Igualmente, en las plantaciones de azúcar de las Indias Orientales y en las refinadoras de azúcar de Europa, el robo, la pereza y, muy a menudo, la embriaguez, se vuelven fenómenos corrientes entre las abejas. Vemos de este modo que los instintos antisociales continúan existiendo, pero la selección natural debe aniquilar incesantemente a las ladronas, ya que, a la larga, la práctica de la reciprocidad se muestra más ventajosa para la especie que el desarrollo de los individuos dotados de inclinaciones de rapiña. «Los más astutos y los más faltos de escrúpulos» de los que hablaba Huxley son eliminados para dejar lugar a los individuos que comprenden las ventajas de la vida social y del apoyo mutuo.

Naturalmente, ni las hormigas ni las abejas, ni siquiera las termitas, se han elevado hasta la concepción de una solidaridad más elevada que abarque toda su especie. Pero a este respecto, se puede decir que no alcanzaron ese grado de desarrollo que tampoco encontramos entre los dirigentes políticos, científicos o religiosos de la humanidad. Sus instintos sociales casi no van más allá de los límites del hormiguero o de la colmena. A pesar de ello, Forel describió colonias de hormigas en Mont Tendré y en la montaña Saleve, que incluían no menos de doscientos hormigueros, y los habitantes de tales colonias pertenecían a dos especies diferentes (*Formica exsecta* y *F. pressilabris*). Forel afirma que cada miembro de estas colonias conoce a los otros miembros, y que todos toman parte en la defensa común. Por su parte MacCook observó en Pensilvania una nación entera de hormigas compuesta de entre mil seiscientos y mil setecientos hormigueros que vivían en completo acuerdo; y Bates describió las enormes extensiones de los campos brasileños cubiertos de montículos de termitas, en los que algunos hormigueros servían de refugio a dos o tres es-

pecies diferentes, estando la mayoría de estas construcciones unidas entre sí por galerías abovedadas y arcadas cubiertas.[16] De este modo, algunos ensayos de unificación de subdivisiones bastante amplias de una especie, con fines de defensa mutua y de vida social, pueden encontrarse hasta entre los animales invertebrados.

PASANDO AHORA a los animales superiores, encontramos aún más casos de ayuda mutua, indudablemente consciente, que se practica con todos los fines posibles, a pesar de que debemos advertir que nuestros conocimientos de la vida de los animales superiores todavía son insuficientes. Una multitud de casos de este género fueron descritos por zoólogos de prestigio, pero aún hay divisiones enteras del reino animal de las cuales no conocemos prácticamente nada.

Sobre todo, tenemos pocos testimonios fidedignos con respecto a los peces, en parte debido a la dificultad de las observaciones y en parte a que no se ha prestado a esta materia la debida atención. En cuanto a los mamíferos, ya Kessler observó lo poco que conocemos de su vida. Muchos de ellos solo salen de noche de sus madrigueras; otros se ocultan bajo tierra; los rumiantes, cuya vida social y cuyas migraciones ofrecen gran interés, no permiten al hombre aproximarse a sus rebaños. Es de las aves de las que más conocimientos hemos acumulado; y sin embargo la vida social de muchas de sus especies continúa siendo aún poco conocida. En cualquier caso, y como se verá a continuación, no tenemos motivo de queja en lo que se refiere a la existencia de casos bien establecidos. Mencionaré únicamente el hecho de que la mayor parte de estos hechos han sido reunidos por zoólogos de indiscutible prestigio —los fundadores de la zoología descriptiva— sobre

16 H. W. Bates: *The Naturalist on the River Amazons*, t. III, págs. 59 y ss.

la base de sus propias observaciones, especialmente las realizadas en América en la época en que aún estaba muy densamente poblada por mamíferos y aves. Recientemente, el gran desarrollo de la ayuda mutua observado por ellos ha sido comprobado también en el África Central, todavía poco poblada por el hombre.

No tengo necesidad de detenerme aquí sobre las asociaciones entre macho y hembra para la crianza de la prole, para asegurar su alimento en las primeras épocas de su vida o para la caza en común. Baste recordar solamente que semejantes asociaciones familiares están extendidas ampliamente hasta entre los carnívoros menos sociables y las aves de rapiña; su mayor interés reside en que la asociación familiar constituye el medio a través del cual se desarrollan los sentimientos más tiernos hasta entre los animales muy feroces en otros aspectos. Podemos agregar que la rareza de asociaciones que traspasan los límites de la familia en los carnívoros y las aves de rapiña, aunque en la mayoría de los casos es resultado del tipo de alimentación, indudablemente representa también, hasta cierto punto, una consecuencia de cambios en el mundo animal provocados por la rápida multiplicación de la humanidad. Hasta ahora se ha prestado poca atención a estas circunstancias, pero sabemos que hay especies cuyos individuos llevan una vida completamente solitaria en regiones densamente pobladas, mientras que aquellas mismas especies o sus congéneres más próximos viven en rebaños en lugares no habitados por el hombre. En este sentido podemos citar como ejemplo a los lobos, zorros, osos y algunas aves de rapiña.

En todo caso, las asociaciones que no traspasan los límites de la familia presentan comparativamente poco interés para nosotros, ya que son conocidas muchas otras asociaciones de carácter bastante más general como, por ejemplo, las asociaciones formadas por muchos animales para la caza, la defensa mutua o, simplemente, para el goce de la vida. Audubon ya mencionó que las águilas se reúnen a veces en grupos de varios individuos, y su

relato sobre dos águilas calvas, macho y hembra, que cazaban en el Misisipi, es muy conocido como modelo de descripción artístico.[17] No obstante, una de las más convincentes observaciones en este sentido pertenece a Sévertsov. Mientras estudiaba la fauna de las estepas rusas, vio en cierta ocasión a un pigargo perteneciente a la especie gregaria (*Haliaetos albicilla*: pigargo europeo) que se elevaba hacia lo alto; durante media hora el pigargo describió círculos amplios, en silencio, y repentinamente resonó su penetrante graznido. Al poco tiempo respondió a esta señal el graznido de otro pigargo que se había acercado volando, le siguió una tercera, una cuarta, etc., hasta que se reunieron nueve o diez, que pronto se perdieron de vista. Por la tarde, Sévertsov se dirigió hacia el lugar donde supuso que habían volado los pigargos y, ocultándose detrás de una ondulación de la estepa, se acercó a la bandada y observó que se habían reunido alrededor del cadáver de un caballo. Las águilas viejas, que generalmente se alimentan primero —tales son las reglas de la urbanidad entre las águilas—, ya estaban posadas sobre las parvas de heno vecinas, en calidad de centinelas, mientras las jóvenes continuaban alimentándose rodeadas por bandadas de cornejas. De esta y otras observaciones semejantes Sévertsov dedujo que los pigargos de cola blanca se reúnen para la caza; elevándose a gran altura. Si son por ejemplo alrededor de una decena, pueden observar una superficie de cerca de cuarenta kilómetros cuadrados, y así, en cuanto una descubre algo, avisa consciente o inconscientemente a sus compañeras, que se acercan y se reparten el alimento sin disputárselo.[18]

Sévertsov tuvo más tarde varias ocasiones de convencerse de que los pigargos europeos se reúnen siempre para devorar la carroña y que algunas de ellas (generalmente las jóvenes) desempe-

---

17 A. Brehm: *Vida ilustrada de los animales*, t. III, San Petersburgo, 1870, pág. 498.

18 N. Sévertsov: *Fenómenos periódicos de la vida de los mamíferos, de las aves y de los reptiles en la región de Voronezh*, Moscú, 1875.

ñan el papel de vigilantes mientras las otras comen. De hecho, los pigargos europeos, unas de las más bravas y mejores cazadoras, son en general aves gregarias, y Brehm afirma que encontrándose en cautiverio se adaptan rápidamente al hombre.[19]

La sociabilidad es el rasgo común de muchas otras aves de rapiña. El grifo halcón brasileño (el caracara), uno de los rapaces más «desvergonzados», es sin embargo extraordinariamente sociable. Sus asociaciones para la caza han sido descritas por Darwin y otros naturalistas, y está probado que si se apodera de una presa demasiado grande convoca a cinco o seis de sus camaradas para transportarla. Por la tarde, cuando estas aves, que se encuentran siempre en movimiento, se dirigen a descansar después de haber volado todo el día y se posan sobre algún árbol aislado, siempre se reúnen en bandadas poco numerosas, y entonces se juntan con ellas los pernócteros, pequeños milanos de alas oscuras, parecidos a las cornejas, sus «auténticos amigos», como dice D'Orbigny.[20] En el viejo mundo de las estepas transcaspianas, los milanos, según las observaciones de Zarudnyi, tienen la misma costumbre de construir sus nidos agrupando varios en un mismo lugar. El buitre sociable[21] —una de las especies más fuertes— recibió su nombre por su amor a la sociedad. Viven en grandes bandadas, y en África se encuentran montañas enteras literalmente cubiertas por sus nidos. Decididamente, gozan de la vida social y se reúnen en bandadas muy grandes para volar a gran altura, lo que constituye para ellos una especie de deporte. «Viven en gran amistad» dice Le Vaillant «y a veces en una misma cueva pude encontrar hasta tres nidos».[22] Los milanos urubú, en Brasil, se distinguen

---

19 *Op. cit.*, págs. 499-501.

20 D'Orbigny: *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. IV; Brehm, *Aves*, t. III, págs. 546 y ss.

21 *Atogyps auricularis.*

22 Le Vaillant: *Histoire naturelle des oiseaux d'Afrique*, 1795, t. I, pág. 70; de la cual

quizá por una mayor sociabilidad que las cornejas de pico blanco, afirma Bates,[23] el conocido explorador del río Amazonas. Los pequeños milanos egipcios (*Percnopterus stercorarius*), también viven en buena amistad. Juegan en el aire en bandadas, pasan la noche juntos y por la mañana, en grupos, se dirigen en busca de alimento sin que se produzca entre ellos la más pequeña riña. Así lo atestigua Brehm, que ha tenido la oportunidad de observar su vida en profundidad. El halcón de cuello rojo se encuentra también en bandadas numerosas en los bosques del Brasil, y el halcón rojo cernícalo (*Tinunculus cenchyis*), después de abandonar Europa y haber alcanzado en invierno las estepas y los bosques de Asia, se agrupa en grandes sociedades. En las estepas meridionales de Rusia lleva (o más exactamente, llevaba) una vida tan social que Nordman lo observó en grandes bandadas juntos con otros halcones (*Falco tinnunculus* [cernícalo vulgar], *F. oesulon* y *F. subbuteo* [alcotán europeo]) que se reunían los días claros alrededor de las cuatro de la tarde y se recreaban con sus vuelos hasta entrada la noche. Generalmente volaban todos juntos, en una línea completamente recta, hasta un punto conocido y determinado; después de lo cual volvían inmediatamente siguiendo la misma línea y repitiendo el mismo vuelo.[24]

Tales vuelos en bandadas por placer son muy comunes entre las aves de todo género. C. Dixon informa de que, «especialmente en el río Humber, en las llanuras pantanosas, a menudo aparecen

---

Brehm cita tres grandes extractos en *Vida de los animales*, traducción rusa, t. III, pág. 601.

23 A. Bates: *Naturalist on the Amazons*, pág. 151.

24 *Catalogue raisonné des oiseaux de la faune pontique*, en *Voyage de Demidof*; extractos de Brehm, traducción francesa, III, 360. Durante sus migraciones, las aves de rapiña también se reúnen en bandadas. Una bandada cuya migración a través de los Pirineos observó H. Seebohhm, presentaba una curiosa reunión de nueve milanos, una grulla y un halcón peregrino (*Falco peregrinus*). Véase *The Birds of Siberia*, 1901, pág. 417.

a fines de agosto numerosas bandadas de archibebes (*Tringa alpina*; el arenero de montaña llamado también buche negro) y se quedan durante el invierno... Los vuelos de estas aves son sumamente interesantes, puesto que reunidas en una enorme bandada describen círculos en el aire para luego dispersarse y volverse a reunir repitiendo esta maniobra con la precisión de soldados bien instruidos. Dispersos entre ellos suelen encontrarse areneros de otras especies, alondras de mar y chochas».[25]

Enumerar aquí las diversas asociaciones de caza de las aves sería prácticamente imposible: constituyen un fenómeno muy habitual. Sin embargo, es necesario mencionar al menos las asociaciones de pesca de los pelícanos en las que estas torpes aves evidencian una organización y una inteligencia notables. Se dirigen a la pesca siempre en grandes bandadas, y eligiendo una bahía conveniente forman un amplio semicírculo frente a la costa; poco a poco, este semicírculo se estrecha a medida que las aves nadan hacia la costa, y gracias a esta maniobra todo pez caído en el semicírculo es atrapado. En los ríos y canales, los pelícanos se dividen en dos grupos, cada uno de ellos formando su semicírculo, y va al encuentro de la otra, nadando exactamente igual que irían al encuentro dos partidas de hombres con dos largas redes para recoger los peces caídos entre ellas. Cuando llega la noche, los pelícanos vuelven a su lugar de descanso habitual —siempre el mismo para cada bandada— y nadie ha observado nunca que se hayan originado peleas entre ellos por un lugar de pesca o por un sitio de descanso. En América del Sur los pelícanos se reúnen en bandadas de hasta cincuenta mil aves. Una parte de estas aves se entrega al sueño mientras otra vigila y otra parte se dirige a la pesca.[26]

---

25 «Scattered among them are many odds Stints and Sanderlings and Ringed —plovers—» (C. Dixon: *Birds in the Northen Shires*, pág. 207).

26 Brehm: t. IV, pág. 392. Basándose en sus observaciones personales hechas en Egipto, hizo hermosas descripciones de la sociabilidad de estas aves inteligentes

Finalmente, cometería una gran injusticia con nuestro tan calumniado gorrión doméstico si no mencionara cuán de buen grado comparte toda la comida que encuentra con los miembros de la sociedad a la que pertenece. Este hecho era bien conocido por los griegos antiguos, y hasta nosotros ha llegado el relato del orador que exclamó cierta vez (cito de memoria): «Mientras os hablo, un gorrión vino a decir a los otros gorriones que un esclavo ha derramado un saco de trigo, y todos han ido a recoger el grano». Para mí fue muy agradable encontrar la confirmación de esta observación de los antiguos en el pequeño libro contemporáneo de Gurney, el cual se muestra completamente convencido de que los gorriones domésticos se comunican entre sí siempre que pueden conseguir comida en alguna parte. Dice: «Por muy lejos del patio de la granja que se hubiesen trillado las parvas de trigo, los gorriones de dicho patio siempre aparecían con los buches repletos de granos».[27] Cierto es que los gorriones guardan con gran celo sus dominios de la invasión de extraños, como por ejemplo los gorriones del jardín de Luxemburgo en París, que atacan con fiereza a todos los gorriones que tratan de aprovecharse del jardín y de la generosidad de sus visitantes; pero dentro de sus propias comunidades practican con extraordinaria amplitud el apoyo mutuo a pesar de que a veces se produzcan riñas, como también sucede, por otra parte, entre los mejores amigos.[28]

La caza en grupos y la alimentación en bandadas son tan corrientes en el mundo de las aves que apenas es necesario citar más ejemplos: es necesario considerar estos dos fenómenos como un

---

y sumamente pacíficas. Es imposible hacerse siquiera una idea de la cantidad de ellas que habitan los lagos de Egipto y África sin haberlas visto personalmente: toda descripción puede ser tomada como exageración. Véase también Max Perty: *Ueber das Seelenleben der Thiere* (Leipzig), 1876, págs. 87-103.

27 G. H. Gurney: *The House-Sparrow* (Londres, 1885), pág. 5.

28 Véase apéndice III.

hecho plenamente establecido. En cuanto a la fuerza que dan a las aves semejantes asociaciones, es un asunto evidente. Las aves de rapiña más grandes suelen verse obligadas a ceder ante las asociaciones de los pájaros más pequeños. Hasta las águilas —incluso la poderosísima y terrible águila rapaz y el águila imperial, que se destacan por una fuerza tal que pueden levantar en sus garras una liebre o un antílope joven— suelen verse obligadas a abandonar su presa a las bandadas de milanos, que emprenden una caza en toda regla de ellas en cuanto alguna ha hecho una buena presa. Los milanos también dan caza al rápido gavilán pescador y le quitan el pescado capturado. Sin embargo, nadie ha tenido ocasión de observar que los milanos se pelearan por la posesión de una presa arrebatada de este modo. En la isla Kerguelen, el doctor Couës ha visto como el *Buphagus* —de la familia de los picabueyes, a la que los pescadores de focas conocen como gallina marina— persigue a las gaviotas con el fin de obligarlas a vomitar el alimento a pesar de que, por otra parte, las gaviotas, unidas a las golondrinas marinas, ahuyentan a la pequeña gallina de mar en cuanto se aproxima a sus posesiones, especialmente durante el anidamiento.[29]

Los pequeños pero muy rápidos avefrías (*Vanellus oristatus*) atacan a las aves rapaces. «Verlos atacar osadamente a los busardos, a los mochuelos, o a una corneja o águila que atisban sus huevos, es un espectáculo instructivo. Se siente que están seguros de la victoria, y se ve la decepción del ave de rapiña. En semejantes casos, las avefrías se apoyan mutuamente a la perfección, y la bravura de cada una aumenta con su número». Normalmente persiguen al malhechor de tal modo que este prefiere abandonar la caza con tal de alejarse de sus atormentadores.[30] El avefría ha merecido el apodo de «buena madre» que le dieron los griegos, ya que jamás

---

29 Dr. Elliot Couës: «Birds of the Kergulen Island», en *Smithsonian Miscellaneous Collection*, t. XIII, n.º 2, pág. 11.

30 Berhm, t. IV, parte II, pág. 73.

rehúsa defender a las otras aves acuáticas de los ataques de sus enemigos. Lo mismo se puede decir acerca del pequeño habitante de nuestros jardines, la lavandera blanca, o aguzanieve (*Motacilla alba*), la cual, a pesar de que su longitud total alcanza apenas los veinte centímetros, obliga hasta al cernícalo a suspender la caza. «No bien las aguzanieves ven al ave de rapiña —ha escrito Brehm, padre—, la persiguen lanzando un grito fuerte, previniendo así a todas las demás aves y, de tal modo, obligan a muchos buitres a renunciar a la caza. A menudo he admirado su coraje y su agilidad, y estoy firmemente convencido de que solo el halcón, rapidísimo y noble, es capaz de capturar a la lavandera... Cuando sus bandadas obligan a cualquier ave rapaz a alejarse, el aire se llena de sus chillidos triunfantes y luego se separan» (Brehm, t. III, pág. 950). En tales casos, se reúnen con el fin de dar caza al enemigo, tal y como tuve la oportunidad de observar en la población volátil de un bosque que se elevaba de golpe ante el anuncio de la aparición de algún ave nocturna, y todos, tanto las aves de rapiña como los pequeños e inofensivos cantores, empezaban a perseguir al recién llegado para finalmente obligarle a volver a su refugio.

¡Qué gran diferencia entre las fuerzas del milano, del cernícalo o del gavilán y la de tan pequeños pajarillos como la lavandera blanca! Y sin embargo, estos pequeños pajarillos, gracias a su acción conjunta y su bravura, prevalecen sobre las rapaces, que están dotadas de vuelo poderoso y excelentemente armadas para el ataque. En Europa, las lavanderas no solo persiguen a las aves de rapiña que pueden ser peligrosas para ellas, sino también a los gavilanes pescadores, «más para entretenerse que para hacerles daño» afirma Brehm. En la India, según el testimonio del doctor Jerdon, los grajos persiguen al milano gowinda «simplemente para distraerse». Y Wied dice que a menudo innumerables bandadas de tucanes y caciques (ave que está estrechamente emparentado con nuestras cornejas de pico blanco) rodean al busardo-negro *urubitinga* y se burlan de ella. «El águila —agrega Wied—, normal-

mente soporta tales molestias con mucha tranquilidad; pero de vez en cuando atrapa a alguno de los burlones que lo rodean». De este modo, en todos estos casos (y se podrían citar decenas de ejemplos semejantes), observamos que los pequeños pájaros, inmensamente inferiores por su fuerza al ave de rapiña, se muestran, a pesar de ello, más fuertes gracias a que actúan en común.[31]

Con todo, los más admirables resultados de vida en común para la seguridad de los individuos, para su disfrute de la vida y para su desarrollo intelectual, han sido comprobados en dos grandes familias de aves: las grullas y los papagayos. Las grullas son sumamente sociables, y viven en excelentes relaciones no solo con sus congéneres sino también con la mayoría de las aves acuáticas. Su prudencia no es menos asombrosa que su inteligencia. Inmediatamente disciernen las condiciones nuevas y actúan de acuerdo con las nuevas exigencias. Sus centinelas vigilan siempre mientras las bandadas comen o descansan, y los cazadores saben, por experiencia, cuán difícil es aproximarse a ellas. Si el hombre consigue cogerlas desprevenidas, nunca vuelven a ese lugar sin enviar primero un explorador, y tras él una partida de exploradores; y cuando esta partida vuelve con la noticia de que no se vislumbra peligro, envían una segunda partida exploradora para comprobar el informe de los primeros, antes de que toda la bandada se decida a desplazarse. Con especies próximas, las grullas

---

31 En cuanto al gorrión doméstico, el observador neozelandés W. Kirk describe del siguiente modo un ataque de estos pájaros «desvergonzados» contra un gavilán «desafortunado». «Cierta vez escuché un rumor extraño, como si todos los pajarillos del distrito hubieran montado una riña colosal. Al salir a ver qué ocurría, observé a un gran gavilán (*C. gouldi*, que se alimenta de carroña) que estaba siendo acosado por bandadas de gorriones. Se arrojaban sobre él a decenas, al mismo tiempo y desde todas direcciones. El infortunado gavilán era completamente incapaz de responder al ataque. Por último, el gavilán se arrojó contra un arbusto y se ocultó, pero entonces el grupo de gorriones rodeó el arbusto y continuó llenando el espacio con un ruido constante». (De una exposición leída en la sesión del Instituto de Nueva Zelanda, 10 de octubre de 1891).

contraen verdaderas amistades, y en cautiverio ninguna otra ave, a excepción del no menos social e inteligente papagayo, contrae una amistad tan verdadera con el hombre.

«La grulla no ve en el hombre un amo, sino un amigo, y trata de demostrárselo por todos los medios a su alcance», dice Brehm basándose en su experiencia personal. Desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, la grulla se encuentra en incesante actividad, consagrando varias horas de la mañana a la búsqueda del alimento, en especial de vegetales. El resto del tiempo se entrega a la vida social. «Cuando tiene ganas de jugar —escribe Brehm— la grulla levanta de la tierra piedrecillas y pedacitos de madera que arroja al aire tratando de agarrarlos, tuerce el cuello, despliega las alas, danza, brinca, corre y, por todos los medios, expresa su buen humor y siempre es hermosa y graciosa—.[32] Puesto que viven constantemente en sociedad, casi no tienen enemigos, a pesar de que Brehm tuvo ocasión de ver como alguna era atrapada accidentalmente por un cocodrilo. Pero con la excepción del cocodrilo, la grulla no conoce ningún otro adversario. Su prudencia, que se ha hecho proverbial, la salva de todos los enemigos, y, en general, vive hasta una edad muy avanzada. Por eso no es sorprendente que la grulla, para conservar la especie, no tenga necesidad de criar una descendencia numerosa y generalmente no ponga más de dos huevos. En cuanto al elevado desarrollo de su inteligencia, bastará decir que todos los observadores reconocen

32 Brehm: t. IV, part. II, pág. 195: «Exceptuando a los inteligentísimos papagayos —agrega Brehm—, no hay ave alguna que entre en tan estrecha sociedad con el hombre como la grulla, que lo ayuda en toda ocupación y muestra serle en lo posible de toda utilidad». Vive en paz con los otros representantes de la familia y también con las aves emparentadas con ella. A veces la grulla se enoja y entabla luchas furiosas, pero «semejantes casos constituyen una excepción ya que las grullas no tienen ningún rasgo sanguinario... son bravas y gustan de provocar, pero no son malas, ladinas ni feroces»; pág. 196.

unánimemente que la capacidad intelectual de la grulla recuerda poderosamente la capacidad del hombre.

Otra ave sumamente sociable, el papagayo, gracias al desarrollo de su capacidad intelectual ocupa, como es sabido, el primer puesto en todo el mundo alado. Su modo de vida está tan excelentemente descrito por Brehm, que me será suficiente reproducir el trozo siguiente:

> Los papagayos viven en sociedades o bandadas muy numerosas, excepto durante el período de apareamiento. Eligen como vivienda un lugar del bosque desde donde salen todas las mañanas para sus expediciones de caza. Los miembros de cada bandada están muy ligados entre sí, comparten tanto el dolor como la alegría. Todas las mañanas se dirigen juntos al campo, al huerto o a cualquier árbol frutal para alimentarse de frutas. Colocan centinelas para proteger a toda la bandada y siguen con atención sus advertencias. En caso de peligro, todos se apresuran a volar prestándose mutuo apoyo, y por la tarde todos vuelven al lugar de descanso al mismo tiempo. En resumen, viven siempre en estrecha unión amistosa.

Y también encuentran placer en la sociedad con otras aves. En la India —afirma Leyard— los grajos y los cuervos cubren volando una distancia de muchos kilómetros para pasar la noche junto a los papagayos, en las espesuras de bambúes. Cuando se dirigen a la caza, los papagayos no solo demuestran un ingenio y una prudencia sorprendentes, sino también capacidad para adaptarse a las circunstancias. Así, por ejemplo, una bandada de cacatúas blancas de Australia, antes de iniciar el saqueo de un trigal, invariablemente envía una partida de exploradores que se distribuye en los árboles más altos de la vecindad, mientras que otros exploradores se posan sobre los árboles intermedios entre el campo y el bosque y transmiten sus señales. Si las señales comunican que «todo está en orden», una decena de cacatúas se separa de la bandada, traza varios círculos en el aire y se dirige hacia los árboles más próximos al campo. Esta segunda partida, a su vez, observa con bastante de-

tención los alrededores, y solo después de esa observación da la señal para el traslado general. Después, toda la bandada se eleva al mismo tiempo y saquea rápidamente el campo. Los colonos australianos vencen con mucha dificultad la vigilancia de los papagayos; pero si el hombre, con toda su astucia y sus armas, consigue matar algunas cacatúas, entonces estas se vuelven tan vigilantes y prudentes que desbaratan todas las artimañas de los enemigos.[33]

No hay duda alguna de que solo gracias al carácter social de su vida pudieron los papagayos alcanzar ese elevado desarrollo de la inteligencia y de los sentidos que encontramos en ellos y que casi llega al nivel humano. Su elevada inteligencia indujo a los mejores naturalistas a llamar a algunas especies —especialmente al papagayo gris— «aves-hombres». En cuanto a su afecto mutuo, es sabido que si uno de la bandada muere a manos de un cazador, los restantes comienzan a volar sobre el cadáver de su camarada lanzando gritos lastimeros y «caen ellos mismos víctimas de su amistad» —como escribió Audubon—. Igualmente, si dos papagayos cautivos, aunque sean pertenecientes especies distintas, contraen amistad y uno de ellos muere accidentalmente, no es raro que el otro también perezca de tristeza y de pena por su amigo muerto.[34]

No es menos evidente que dentro de sus asociaciones los papagayos encuentran una protección contra los enemigos incompa-

---

33 R. Lendenfeld: en el diario *Der zoologische.* Garten 1889.

34 Como ejemplo de sentimientos maternales mostrados por algunos papagayos hacia pichones extraños, Wood refiere que una hembra de papagayo gris, «Polly», habiendo visto que sus amos alimentaban a unas crías de pinzones en un rosal cerca de la casa, comenzó también a traerles alimentos, imitando la voz de los padres. Estos se asustaron del ave que nunca habían visto y huyeron. Entonces «Polly» pasó la mayor parte del día con estos pichones, los alimentó y crio. Cuando crecieron y volaron, «Polly» se entristeció mucho, hasta que encontró en algún lugar a unas currucas huérfanas, que transportó una a una a su jaula y cuidó también. Así, el caso que Eckermann refirió a Goethe no es un caso aislado. Como los monos, los papagayos de la India viven en estrecha amistad con los hijos de los indígenas.

rablemente superior a la que podrían encontrar por medio del perfeccionamiento de sus picos y garras. Muy escasas aves de rapiña y mamíferos se atreven a atacar a los papagayos —y esto solamente a las especies más pequeñas— y Brehm tiene toda la razón cuando dice, hablando de los papagayos, que ellos, igual que las grullas y los monos sociales, apenas tienen otro enemigo que el hombre; y agrega: «Muy probablemente, la mayoría de los papagayos grandes mueren de vejez y no en las garras de sus enemigos». Únicamente el hombre, gracias a su superior inteligencia y a sus armas —que también son el resultado de su vida en sociedad—, puede, hasta cierto punto, exterminar a los papagayos. Su longevidad es a todas luces resultado de su vida social. Y con toda probabilidad sea necesario decir lo mismo de su sorprendente memoria, cuyo desarrollo sin duda favorece la vida en sociedad y también la longevidad, acompañada por la plena conservación tanto de las capacidades físicas como intelectuales hasta una edad muy avanzada.

Se ve, por todo lo que precede, que la guerra de todos contra cada uno no es, de ningún modo, la *ley* dominante de la naturaleza. La ayuda mutua es una ley de la naturaleza tanto como la guerra mutua y esta ley se hace para nosotros más exigente cuando observamos algunas otras asociaciones de aves y observamos la vida social de los mamíferos. Algunas rápidas referencias a la importancia de la ley de la ayuda mutua en la evolución del reino animal ya han sido hechas en las páginas precedentes; pero su importancia se aclarará con mayor precisión cuando, citando algunos hechos, podamos sacar de ellos nuestras propias conclusiones.

CAPÍTULO II

La ayuda mutua entre los animales

(continuación)

Migraciones de las aves — Asociaciones de crianza — Asociaciones otoñales — Mamíferos: número reducido de las especies no sociables. Asociaciones de caza de lobos, leones, etc. — Asociaciones de roedores, de rumiantes, de monos —La ayuda mutua en la lucha por la vida — Argumentos de Darwin para demostrar la lucha por la vida dentro de una especie — Límites naturales a la superpoblación — La supuesta exterminación de eslabones intermedios — Eliminación de la competencia en la naturaleza

APENAS VUELVE LA PRIMAVERA a la zona templada, miríadas de aves dispersas por los países cálidos del sur se reúnen en bandadas innumerables y se apresuran, llenas de alegre energía, a ir hacia el norte para criar su descendencia. Cada seto, cada bosquecillo, cada roca de la costa del océano, cada lago o estanque de los que están repletos el norte de América, el norte de Europa y el norte de Asia podrían decirnos, en esa época del año, qué representa la ayuda mutua en la vida de las aves; qué fuerza, qué energía y cuánta protección dan a cada ser viviente por débil e indefenso que sea.

Tomad, por ejemplo, uno de los innumerables lagos de las estepas rusas o siberianas al principio de la primavera. Sus orillas están pobladas de miríadas de aves acuáticas, pertenecientes al menos a veinte especies diferentes que viven en pleno acuerdo y que se protegen entre sí constantemente. He aquí cómo describe Sévertsov uno de estos lagos:

El lago se halla oculto entre las arenas de color rojo amarillo, las talas verde oscuro y las cañas. Aquello es un hervidero de aves, un torbellino que nos marea... El aire, lleno de gaviotas (*Larus rudibundus*) y charranes comunes (*Sterna hirundo*) se conmueve con los sonoros gritos. Miles de avefrías recorren las orillas y silban... Más allá, un pato se mece con cada ola. En lo alto se extienden las bandadas de patos kazarki; y más abajo, de tanto en tanto, vuelan sobre el lago las águilas moteadas (*Aquila clanga*) y los busardos de pantano, seguidos inmediatamente por la bandada bullanguera de los pescadores. Mis ojos se fueron en pos de ellos.[35]

Por todas partes bulle la vida. Pero he aquí que aparecen las rapaces, «las más fuertes y ágiles», como dice Huxley; y «perfectamente dotadas para el ataque», como afirma Sévertsov. Se oyen sus voces hambrientas y ávidas y sus gritos exasperados cuando durante horas enteras esperan una ocasión para atrapar, en esta masa de seres vivientes, siquiera un único individuo indefenso. No bien se aproxima, decenas de centinelas voluntarios avisan de su aparición, y pronto centenares de gaviotas y golondrinas marinas inician la persecución del rapaz. Enloquecido por el hambre, esta deja de lado finalmente sus precauciones habituales y se arroja de improviso sobre la masa de aves; pero es de nuevo obligada a retirarse al ser atacada desde todas direcciones. En un arranque de hambre desesperada, se arroja sobre los patos salvajes, pero si la rapaz es un águila pescadora las ingeniosas aves sociales rápidamente se reúnen en una bandada y huyen; si es un halcón, se zambullen en el lago; si es un buitre, levantan nubes de salpicaduras de agua y sumen a la rapaz en la más completa confusión.[36] Y mientras la vida continúa pululando en el lago como siempre, la rapaz huye con gritos coléricos en busca de carroña, o de algún

---

35 N. A. Syevertsof: *Fenómenos periódicos en la vida de los animales y aves en la Provincia de Voronezh*, Moscú, 1885, pág. 251.

36 Seyfferlitz: citado por Brehm, t. IV, parte II, págs. 289-290.

pajarillo joven o ratón de campo, aún no acostumbrado a obedecer a tiempo las advertencias de los camaradas. En presencia de toda esta vida que fluye a torrentes, la rapaz, perfectamente armada, tiene que contentarse con los desechos.

Aún más lejos, hacia el norte, en los archipiélagos árticos:

> Podéis navegar millas enteras a lo largo de la orilla y veréis que todos los salientes, todas las rocas y todos los rincones de las laderas de las montañas hasta sesenta metros, y a veces hasta ciento cincuenta sobre el nivel del mar, están literalmente cubiertos de aves marinas, cuyos pechos blancos se destacan sobre el fondo de las rocas sombrías de tal modo que parecen cubiertas de cal. El aire, tanto de cerca como de lejos, está repleto de aves.[37]

Cada una de estas «montañas de aves» constituye un ejemplo viviente de la ayuda mutua y de la variedad sin fin de caracteres individuales y específicos que son resultado de la vida social. Así, por ejemplo, el ostrero[38] es conocido por su presteza en atacar a cualquier ave de presa. La aguja colinegra[39] es famosa por su vigilancia e inteligencia como guía de aves más pacíficas. El revuelvepiedras,[40] pariente de la anterior, cuando está rodeado de camaradas pertenecientes a especies más grandes, deja que se ocupen ellos de la protección de todos, y hasta se vuelve un ave bastante tímida; pero según Brehm, cuando está rodeado de pájaros más pequeños toma a su cargo el puesto de centinela en interés de la sociedad y se hace obedecer.

---

37 *The Arctic Voyages of A. E. Nordenskjöld*, Londres, 1879, pág. 135. Véase también la descripción de las islas de Sta. Kilda hecha por Dixon (citada por Seebohm), así como la descripción de cualquier viaje ártico.

38 *Haematopus.*

39 *Limosa.*

40 También llamado ruedapiedras. *Strepsilas interpres.*

Se puede observar aquí a los dominantes cisnes, y junto a ellos, a las gaviotas tridáctilas[41] extremadamente sociables y hasta tiernas, y entre las cuales, como dice Nauman, las disputas se producen muy raramente y son siempre breves. También podemos encontrar a las atractivas kairas polares, que continuamente se prodigan caricias; a las gansas egoístas que repudian a los huérfanos de la camarada muerta, y junto a ellas, a otras gansas que adoptan a los huérfanos y nadan rodeadas de cincuenta o sesenta pequeñuelos de los que cuidan como si fueran sus propios hijos. Junto a los pingüinos que se roban los huevos unos a otros, se ven a las calandrias marinas,[42] cuyas relaciones familiares son «tan encantadoras y conmovedoras» que ni los cazadores apasionados se deciden a disparar a la hembra rodeada de su cría; o a los gansos del norte, entre los cuales (como los patos velludos o coroyas de las sabanas), varias hembras empollan los huevos en un mismo nido; o los *kairas* (*Uria troile*) que, según afirman observadores dignos de toda confianza, a veces se sientan por turno sobre el nido común. La naturaleza es la variedad misma, y ofrece todos los matices de caracteres posibles, desde los más bajos a lo más elevados, y por ello no es posible caracterizarla con una única generalización. Menos aún puede juzgársela desde el punto de vista moral, puesto que las opiniones mismas del moralista son resultado —la mayoría de las veces inconsciente— de las observaciones sobre la naturaleza.[43]

La costumbre de reunirse en el período de anidamiento es tan común entre la mayoría de las aves que apenas es necesario dar más ejemplos. Las cimas de nuestros árboles están coronadas por grupos de nidos de pequeños pájaros; en nuestras granjas anidan colonias de golondrinas; en nuestras viejas torres y campana-

41 *Rissa tridactyla.*

42 También *Kaire polar, Uria broennichii.*

43 Véase apéndice IV.

rios se refugian centenares de aves nocturnas; y sería fácil llenar páginas enteras con las más encantadoras descripciones de la paz y armonía que se encuentran en casi todas aquellas sociedades que las aves crean para el anidamiento. Por otra parte, es evidente hasta qué punto tales asociaciones sirven de defensa a las aves más débiles. Un excelente observador, el americano doctor Couës, pudo comprobar por ejemplo que las pequeñas golondrinas construían sus nidos al lado de un halcón de las estepas (*Falco polyargus*). El halcón había construido su nido en la cúspide de uno de aquellos minaretes de arcilla que tanto abunda en el cañón del Colorado, y la colonia de golondrinas vivía justo debajo de él. Los pequeños pájaros pacíficos no temían a su vecino rapaz, simplemente no le permitían acercarse a su colonia. Si lo hacía, inmediatamente lo rodeaban y comenzaban a hostigarlo, de modo que el rapaz tenía que alejarse enseguida.[44]

La vida en sociedad no termina cuando acaba la época del anidamiento, simplemente toma nueva forma. Las crías jóvenes se reúnen en otoño en sociedades juveniles en las que ordinariamente ingresan varias especies. La vida social es practicada en esta época principalmente por los placeres que ella proporciona, y también, en parte, por su seguridad. Así encontramos en otoño, en nuestros bosques, sociedades compuestas de trepadores jóvenes (*Sitta*

44 Elliot Couës: en el *Bulletin U. S. Geol. Survey of Territories*. IV, n.º 7. Págs. 556, 579, etc. Entre las gaviotas (*Larus argentatus*) Poliakov tuvo ocasión de observar, en los pantanos del norte de Rusia, que los lugares donde se encuentran los nidos de una cantidad importante de estas aves siempre eran vigilados por el macho, quien advertía a toda la colonia del peligro que se aproximaba. En dicho caso, todas las aves se elevaban en seguida y con gran energía atacaban al enemigo. Las hembras, que tenían de cinco a seis nidos en cada montículo del pantano, seguían un cierto turno cuando dejaban los nidos para buscar alimento. «Nunca dejaban solos y sin protección a los pichones», completamente indefensos, que podían ser presa fácil de las aves de rapiña. («Los hábitos familiares en las aves acuáticas», en *Comunicaciones de la Sección de Zoología de la Sociedad de Naturalistas de San Petersburgo*, 17 de diciembre de 1874).

coesia), junto con diversos paros, trepadores, reyezuelos, pinzones de montaña y pájaros carpinteros.[45] En España, las golondrinas se ven en compañía de cernícalos, atrapamoscas y hasta de palomas.

En el Far West americano, las jóvenes calandrias copetudas viven en grandes sociedades, conjuntamente con otras especies de cogujadas, con gorriones sabaneros y con algunas otras especies de verderones y hortelanos.[46] En realidad, sería más fácil describir todas las especies que llevan vida aislada que enumerar aquellas especies que constituyen sociedades cuyo objeto no es cazar o anidar, sino simplemente disfrutar de la vida en común y pasar el tiempo en juegos y deportes después de las pocas horas que deben consagrar a la búsqueda de alimento.

Por último, todavía queda ante nosotros el amplísimo campo de estudio de la ayuda mutua en las migraciones de las aves, un campo que por su dimensión solo puedo mencionar aquí resumidamente. Bastará decir no obstante que las aves que hasta entonces han vivido meses enteros en pequeñas bandadas diseminadas por una superficie vasta, comienzan a reunirse en primavera o en otoño por millares. Durante varios días seguidos, a veces una semana o más, acuden a un lugar determinado antes de ponerse en camino y parlotean con vivacidad, probablemente sobre la inminente migración. Algunas especies se ejercitan todos los días, antes de anochecer, en vuelos preparatorios para el largo viaje. Todas esperan a sus congéneres retrasadas, y finalmente todas juntas desaparecen un buen día en una dirección determinada, siempre

---

45 Brehm, padre, citado por A. Brehm, t. IV, 34. Es curioso que los gateadores euroasiáticos (*Certhia familiaris*, N. del t.) sean menos sociales entre sí. Véase también White, *Natural History of Selborne*, carta XI. En el Obi, Deriúgin encontró a los trepadores de los Urales (*Sitta uraliensis*) junto con bandadas nómadas de *gaichkas* (preferentemente *Poecile cinctus*). *Trabajos de la Sociedad de Naturalistas de San Petersburgo*, t. XXIX, 2.ª edic., 1898, pág. 90.

46 Dr. Couës: «Birds of Dakota and Montana» en *Bulletin U. S. Survey of Territories*, IV, n.° 7.

bien escogida, que representa sin duda el fruto de la experiencia colectiva acumulada. Los individuos fuertes vuelan en cabeza de la bandada, cambiándose por turnos para cumplir con esta difícil tarea. De este modo, las aves atraviesan incluso los vastos océanos en grandes bandadas compuestas tanto de aves grandes como de pequeñas; y cuando en la primavera siguiente regresan al mismo lugar, cada ave se dirige al mismo sitio y en muchos casos cada pareja ocupa el mismo nido que ocupó el año anterior.[47]

Este fenómeno de migración que muestra tantas costumbres asombrosas de ayuda mutua —costumbres que requerirían de un estudio más detallado— se halla tan extendido y está al mismo tiempo tan imperfectamente investigado que me veo obligado a abstenerme de dar mayores detalles. Mencionaré solamente las reuniones numerosas y animadas que tienen lugar de año en año en el mismo sitio, antes de emprender su largo viaje al norte o al sur; y, del mismo modo, las reuniones que se pueden ver en el norte, por ejemplo en las desembocaduras del Yeneséi o en los condados del norte de Inglaterra, cuando las aves vuelven del sur a sus lugares habituales de anidamiento pero todavía no se han asentado en sus nidos. Durante muchos días, a veces hasta un mes entero, se reúnen todas las mañanas y pasan juntas alrededor de media hora antes de echar a volar en busca de alimento, quizá deliberando sobre los lugares donde construirán sus nidos.[48] Si durante la migración las columnas de aves que emigran son sor-

47 No pocas veces se ha expuesto la hipótesis de que las aves más grandes quizá transporten a las pequeñas durante la travesía del Mediterráneo; pero tal género de hechos continúa siendo dudoso. Por otra parte, se ha establecido plenamente que algunas aves más pequeñas se unen a las especies más grandes durante la migración. Este hecho ha sido observado más de una vez, y no hace mucho fue confirmado por L. Buxbaum en Raunheim, cuando vio a algunas partidas de grullas en el medio y al costado de cuyas columnas volaban calandrias (*Der zoologische Garten*, 1886, pág. 133). Véase apéndice v.

48 H. Seebohm y C. Dixon mencionan ambos esta costumbre.

prendidas por una tormenta, la desgracia común une a las aves de las especies más diferentes. La diversidad de aves que, sorprendidas por una nevada durante la migración, se estrellan contra los vidrios de los faros marítimos de Inglaterra es sencillamente asombrosa. Incluso las aves que no migran pero se desplazan lentamente hacia el norte o sur según la época del año; es decir, las llamadas aves nómadas, realizan también sus traslados en pequeñas bandadas. No se mueven aisladas para asegurarse encontrar el mejor alimento y el mejor refugio en la nueva región, sino que siempre se esperan mutuamente y se reúnen en bandadas antes de comenzar su lenta peregrinación.[49]

PASANDO AHORA a los *mamíferos*, lo primero que nos asombra al observar esta vasta clase de animales es la enorme superioridad numérica de las especies sociales sobre aquellos pocos carnívoros solitarios. Las mesetas, las regiones montañosas, estepas y depresiones del nuevo y viejo mundo hierven literalmente de rebaños de ciervos, antílopes, gacelas, búfalos, cabras y ovejas salvajes; es decir, de todos los animales que son sociales. Cuando los europeos comenzaron a penetrar en las praderas norteamericanas, las hallaron hasta tal punto pobladas por búfalos que los pioneros en ocasiones tenían que detenerse hasta dos o tres días cuando las manadas de búfalos se cruzaban en densa columna en su camino; y cuando los rusos ocuparon Siberia encontraron en ella tal cantidad de ciervos, antílopes, corzos, ardillas y otros animales que la conquista de Siberia no fue más que una expedición cinegéti-

---

49 Este hecho es bien conocido por todo naturalista que estudia la vida de la Naturaleza. Referente a Inglaterra, se pueden hallar algunos ejemplos en la obra de Charles Dixon, *Among the Birds in Northern Shires*. Los pinzones vuelven en invierno en grandes bandadas; aproximadamente en la misma época, es decir, en noviembre, vuelven las bandadas de pinzones de montaña, y los mirlos también frecuentan estos lugares «en sociedades igualmente grandes», etc.

ca que se prolongó durante dos siglos. Las llanuras herbosas de África oriental todavía están repletas de cebras, jirafas y diversas especies de antílopes.[50]

Hasta hace no demasiado tiempo, los pequeños ríos de América del Norte y de la Siberia septentrional estaban todavía poblados por colonias de castores, y en la Rusia europea toda su parte norte estaba cubierta por este tipo de colonias todavía en el siglo xviii. Las llanuras de los cuatro grandes continentes están todavía pobladas de innumerables colonias de topos, ratones, marmotas, ardillas y otros roedores. En las latitudes más bajas de Asia y África, los bosques aún son refugios de numerosas familias de elefantes, rinocerontes, hipopótamos y de innumerables sociedades de monos. En el lejano norte, los ciervos se reúnen en innumerables rebaños, y aún más al norte encontramos rebaños de toros almizcleros e incontables sociedades de zorros polares. Las costas del océano están animadas por manadas de focas y morsas, y sus aguas por bancos de cetáceos. Por último, incluso en los desiertos del altiplano del Asia Central encontramos manadas salvajes de caballos, asnos, camellos y ovejas. Todos estos mamíferos viven en sociedades y en grupos que cuentan, a veces, cientos de miles de individuos a pesar de que ahora, después de tres siglos de civilización a base de pólvora, solo quedan los restos lastimosos de aquellas incontables sociedades animales que existían en tiempos pasados.

¡Y qué insignificante es el número de los carnívoros en comparación! ¡Y qué erróneo, en consecuencia, el punto de vista de aquellos que hablan del mundo animal como si estuviera compuesto solamente de leones y hienas que clavan sus colmillos ensangrentados en la presa! Es lo mismo que si afirmásemos que toda la vida de la humanidad se reduce solamente a las guerras y a las masacres.

Las asociaciones y la ayuda mutua son la regla en la vida de los mamíferos. La costumbre de la vida social se encuentra hasta

---

50 Véase el apéndice vi.

en los carnívoros, y en toda esta vasta clase de animales solamente podemos nombrar una familia de felinos (leones, tigres, leopardos, etc.), cuyos miembros realmente prefieren la vida solitaria a la vida social, y solo raramente se encuentran, por lo menos hoy, en pequeños grupos. Además, aun entre los leones «el hecho más común es cazar en grupos», dice el célebre cazador y conocedor de los leones S. Baker.[51] Recientemente, N. Schillings, que estaba cazando en el este del África ecuatorial, fotografió de noche —al fogonazo repentino de la luz de magnesio— a varios leones que se habían reunido en grupos de tres individuos adultos para cazar en común; por la mañana, en el río al que acudían los rebaños de cebras a beber de noche durante la sequía, contó las huellas de una cantidad aún mayor de leones —hasta treinta— que iban a cazar cebras, y naturalmente nunca, en muchos años, ni Schillings ni ningún otro oyeron decir que los leones se pelearan o se disputaran presa alguna.[52] En cuanto a los leopardos, y especialmente al puma sudamericano, su sociabilidad es bien conocida y, como Hudson observó, es sin duda por ello que el puma se hace amigo del hombre tan gustosamente.

En la familia de los vivérridos, carnívoros que representan un punto intermedio entre los gatos y las martas, y en la propia familia de los mustélidos (marta, armiño, comadreja, garduña, tejón, etc.), también predomina la forma de vida solitaria. Pero puede considerarse plenamente establecido que en épocas no posteriores al final del siglo XVIII la comadreja vulgar *(Mustela vulgaris)* era más social que ahora; se encontraba entonces en Escocia y también en el cantón de Unterwalden, en Suiza, en pequeños grupos.[53]

---

51 Samuel W. Baker: *Wild Beasts*, etc., vol. 1, pág. 316.

52 C. G. Schillings: «With Flashiinght and Riffles» un *Aequatorial East Africa*, 1906.

53 Tschudi: *Thierleben der Alpenwelt*; y John Franklin: *Vie des animaux*, citado en la traducción francesa de Brehm, 1, 620.

En cuanto a la vasta familia canina (perros, lobos, chacales, zorros y zorros polares), su sociabilidad, sus asociaciones con fines de caza pueden considerarse como un rasgo característico de muchas variedades de esta familia. Es por todos sabido que los lobos se reúnen en manadas para cazar. Tschudi, investigador de la naturaleza de los Alpes, dejó una descripción excelente de cómo, disponiéndose en semicírculo, rodean a la vaca que pace en la pendiente montañosa y, luego, saltando súbitamente y lanzando un fuerte aullido, la hacen caer por el precipicio.[54] Audubon, en 1830, vio también como los lobos del Labrador cazaban en manadas, y como una manada persiguió a un hombre hasta su choza y destrozó a sus perros. En los crudos inviernos, las manadas de lobos se vuelven tan numerosas que son peligrosas para las poblaciones humanas, como sucedió en Francia alrededor de la década de 1840. En las estepas rusas, los lobos solo atacan a los caballos en manadas, y deben llevar a cabo una lucha feroz durante la cual los caballos (según el testimonio de Kohl), a veces pasan al ataque. En tal caso, si los lobos no se apresuran a retroceder corren riesgo de ser rodeados por los caballos, que los matan a coces. Sabido es también que los lobos de las praderas americanas *(Canis latrans)* se reúnen en manadas de veinte o treinta individuos para atacar al búfalo que se ha separado accidentalmente del rebaño.[55] Los chacales, que se distinguen por su gran bravura y pueden ser considerados entre los más inteligentes representantes de la familia canina, siempre cazan en manadas. Reunidos de tal modo, no temen a los carnívoros más grandes.[56] En lo que respecta a los perros salvajes del Asia conocidos como cuones, Williamson comprobó que sus grandes manadas atacan resueltamente a to-

---

54 Tschudi: *Thierleben der Alpenwelt*, pág. 404.

55 Houzeau: *Etudes*, t. II, pág.463.

56 Acerca de sus asociaciones de caza, véase la obra de sir E. Tennant, *Natural History of Ceylan*, citada por Romanes en *Animal Intelligence*, pág. 432.

dos los animales grandes, excepto elefantes y rinocerontes, y que hasta consiguen vencer a osos y tigres, a quienes, como es sabido, suelen arrebatar los cachorros.

Las hienas viven siempre en sociedades y cazan en manadas, y Cummings se refiere con gran elogio a las organizaciones de caza de las hienas manchadas (*Lycaon*). Hasta los zorros, que en nuestros países civilizados siempre viven solitarios, se reúnen a veces para cazar, como lo testimonian algunos observadores.[57] También el zorro polar, es decir, el zorro ártico, es —o más exactamente, era en los tiempos de Steller, durante la primera mitad del siglo XVIII—, uno de los animales más sociables. Leyendo el relato de Steller sobre la lucha que tuvo que sostener la infortunada tripulación de Behring con estos pequeños e inteligentes animales, uno no sabe de qué asombrarse más: de la inteligencia excepcional de los zorros polares y del apoyo mutuo que manifestaban al desenterrar los alimentos ocultos debajo de las piedras o colocados sobre pilares (en tal caso uno de ellos trepaba a la cima del pilar y arrojaba los alimentos a los compañeros que esperaban abajo), o de la crueldad del hombre, llevado a la desesperación por las numerosas manadas de zorros. Incluso algunos osos viven en sociedades en los lugares donde el hombre no los molesta. Así, Steller pudo ver numerosas bandas de osos negros de Kamchatka, y en ocasiones se han encontrado osos polares en pequeños grupos. Ni siquiera los no muy inteligentes insectívoros desdeñan siempre la asociación.[58]

Por otra parte, encontramos las formas más desarrolladas de ayuda mutua especialmente entre los roedores, ungulados y rumiantes. Las ardillas son individualistas en alto grado. Cada una de ellas construye su cómodo nido y acumula su provisión. Están inclinadas a la vida familiar, y Brehm halló que se sienten muy felices cuando las dos crías del mismo año se juntan con sus padres

---

57 Véase la carta de Emil Hütter en *Liebe*, de Büchner.

58 Véase el apéndice VII.

en algún rincón apartado del bosque. Mas, a pesar de esto, las ardillas mantienen relaciones recíprocas, y si en el bosque donde viven se produce una escasez de piñas, emigran en destacamentos enteros. En cuanto a las ardillas negras del Far West americano, estas destacan especialmente por su sociabilidad. Con excepción de algunas horas dedicadas diariamente al aprovisionamiento, pasan toda su vida en juegos, juntándose para ello en numerosos grupos. Cuando se multiplican demasiado rápidamente en alguna región, como sucedió, por ejemplo, en Pensilvania en 1749, se reúnen en manadas casi tan numerosas como nubes de langostas y avanzan —como en este caso— hacia el suroeste, devastando en su camino bosques, campos y huertos. Naturalmente, detrás de sus densas columnas se introducen los zorros, las mofetas, los halcones y toda clase de aves nocturnas que se alimentan de los individuos que quedan atrás. La ardilla de tierra, pariente de la ardilla común, se distingue por una sociabilidad aún mayor. Es un gran acaparador, y en sus galerías subterráneas acumula grandes provisiones de raíces comestibles y nueces que generalmente son saqueadas en otoño por los hombres. Según la opinión de algunos observadores, la ardilla de tierra conoce, hasta cierto punto, las alegrías que experimenta el avaro. Pero, a pesar de eso, es un animal social. Vive siempre en grandes poblaciones, y cuando Audubon abrió en invierno algunas madrigueras de hackee (el congénere americano más cercano de nuestra ardilla de tierra) encontró varios especímenes en un refugio. Las provisiones en tales cuevas habían sido preparadas por el esfuerzo común.

La gran familia de las marmotas, en la que entran tres grandes géneros: las marmotas propiamente dichas, los *súslik* o cricetinos y los perros de las praderas americanos (*Arctomys, Spermophilus* y *Cynomys*), se distingue por una sociabilidad y una inteligencia aún mayor. Todos los representantes de esta familia prefieren tener su propia madriguera, pero viven en grandes poblaciones. El terrible enemigo de los trigales del sur de Rusia —el *súslik*— del cual el

hombre extermina alrededor de diez millones anualmente, vive en innumerables colonias; y mientras las asambleas provinciales rusas, discuten seriamente los medios para liberarse de este enemigo de la sociedad, los *súslik*, reunidos a millares en sus poblados, disfrutan de la vida. Sus juegos son tan encantadores que no existe observador alguno que no haya expresado su admiración y referido sus melodiosos conciertos formados por los silbidos agudos de los machos y los silbidos melancólicos de las hembras, antes de que volviendo súbitamente a sus obligaciones como ciudadano se aplicara a la invención de diferentes medios diabólicos para el exterminio de estos pequeños saqueadores. Puesto que la reproducción de todo género de aves rapaces y bestias de presa para la lucha contra los *súslik* resultó infructuosa, actualmente la última palabra de la ciencia en esta lucha consiste en inocularles el cólera.

Las poblaciones de los perros de las praderas (*Cynomys*), en las llanuras de Norteamérica, representan un amable espectáculo. Hasta donde el ojo puede abarcar se ven por doquier pequeños montículos de tierra por toda la extensión de la pradera, y sobre cada uno de ellos se encuentra una bestezuela en animada conversación con sus vecinos, valiéndose para ello de sonidos entrecortados parecidos al ladrido. Cuando alguien da la señal de que se aproxima el hombre, todos, en un instante, se zambullen en sus pequeñas cuevas, y desaparecen como por encanto. Pero no bien ha pasado el peligro, las bestezuelas salen inmediatamente. Familias enteras abandonan sus cuevas y comienzan a jugar. Los jóvenes se arañan y provocan mutuamente, se enojan y se levantan graciosamente sobre las patas traseras mientras los viejos vigilan. Familias enteras se visitan, y los senderos bien trillados entre los montículos de tierra demuestran que tales visitas se repiten a menudo. En resumen, algunas de las mejores páginas de nuestros mejores naturalistas están dedicadas a la descripción de las sociedades de los perros de las praderas de América, de las marmotas del viejo continente y de las marmotas polares de las

regiones alpinas. A pesar de eso, tengo que repetir respecto a las marmotas lo mismo que dije sobre las abejas. Han conservado sus instintos bélicos, que se manifiestan también en cautiverio. Pero en sus grandes asociaciones, en contacto con la naturaleza libre, los instintos antisociales no encuentran oportunidad para desarrollarse y el resultado final es la paz y la armonía.

Aun animales tan ariscos como las ratas, que siempre se pelean en nuestros sótanos, son lo bastante inteligentes no solo para no enojarse cuando se entregan al saqueo de las despensas, sino para prestarse ayuda mutua durante sus asaltos y migraciones. Sabido es que a veces hasta alimentan a sus inválidos. En cuanto al castor o rata almizclera del Canadá (nuestra rata almizclera o ondatra) y el desmán ruso, se distinguen por su elevada sociabilidad. Audubon habla con admiración de sus «pacíficas comunidades, que para ser felices solo necesitan que no se les perturbe». Como todos los animales sociales, están llenos de alegría de vivir, son juguetones, se unen fácilmente con otras especies de animales y, en general, se puede decir que han alcanzado un elevado nivel de desarrollo intelectual. En la construcción de sus poblados, situados siempre a orillas de los lagos y los ríos, toman en cuenta el nivel variable de las aguas, como apuntó Audubon; sus casas en forma de cúpula, construidas con barro y cañas, poseen rincones apartados para los detritus orgánicos; y sus salas están bien tapizadas con hojas y hierbas en la época invernal, por lo que son confortables y están bien ventiladas. En cuanto a los castores, sus asombrosos diques y poblados, en los cuales viven y mueren generaciones enteras sin conocer más enemigos que la nutria y el hombre, constituyen asombrosas muestras de lo que la ayuda mutua puede dar al animal para la conservación de su especie, la formación de las costumbres sociales y el desarrollo de las capacidades intelectuales. Los diques y poblados de los castores son bien conocidos por todos los que se interesan en la vida animal, y por esto no me detendré más en ellos. Observaré únicamente que en los castores,

ratas almizcleras y algunos otros roedores, encontramos ya aquel rasgo que es también característico de las sociedades humanas, es decir, el trabajo en común.

Pasaré en silencio por dos grandes familias, en cuya composición entran los ratones saltadores (la *yerboa* egipcia o pequeño *emuran*, y los *Allactaga*), la chinchilla, la vizcacha (liebre americana subterránea) y los *tushkan* (liebre subterránea del sur de Rusia), a pesar de que las costumbres de todos estos pequeños roedores podrían servir como excelentes muestras de los placeres que los animales obtienen de la vida social.[59] Hablo de los placeres aunque resulta sumamente difícil determinar qué es lo que hace reunirse a los animales: si la necesidad de protección mutua o simplemente el placer, la costumbre de sentirse rodeados de sus congéneres. En cualquier caso, nuestras liebres vulgares, que no se reúnen en sociedades para la vida en común y que ni siquiera están dotadas de sentimientos paternales especialmente fuertes, no pueden vivir sin reunirse para los juegos comunes. Dietrich de Winckell, considerado el mejor conocedor de la vida de las liebres, las describe como jugadoras apasionadas; se embriagan de tal manera con el proceso del juego que es conocido el caso de unas libres que tomaron como compañero de juego a un zorro que se aproximó sigilosamente.[60] En cuanto a los conejos, viven constantemente en sociedades, y toda su vida reposa sobre el principio

---

59 Con respecto a la vizcacha, se debe subrayar el interesante hecho de que estos pequeños animales, altamente sociables, no solo viven juntos pacíficamente en sus poblados, sino que durante la noche poblaciones enteras van a visitar a sus vecinos. La sociabilidad, de este modo, se extiende a toda la especie y no únicamente a la sociedad o al grupo como vemos en la hormiga. Cuando un granjero destruye una cueva de vizcachas y entierra a sus habitantes bajo un montón de arena, las otras vizcachas, según dice Hudson, vienen de lugares bastantes alejados para desenterrar a los sepultados vivos (*A Naturalist in La Plata*, 1892, pág. 311). Este hecho, muy conocido en La Plata, ha sido verificado por el mismo autor.

60 *Handbuch für Jäger und Jagdberechtigte*, citado por Brehm, t. II, pág. 223.

de la antigua familia patriarcal. Los jóvenes obedecen ciegamente al padre e incluso al abuelo.[61] Con ellos sucede algo interesante: estas dos especies próximas, los conejos y las liebres, no se toleran mutuamente, y no porque se alimenten de la misma clase de comida, como suele argumentarse en casos semejantes, sino, lo que es más probable, porque la apasionada liebre, que es una gran individualista, no puede trabar amistad con una criatura tan tranquila, apacible y humilde como el conejo. Sus temperamentos son tan diferentes que constituyen un obstáculo para su amistad.

En la vasta familia de los equinos, en la que están incluidos los caballos y asnos salvajes de Asia, las cebras, los mustangos, los cimarrones de las pampas y los caballos semisalvajes de Mongolia y Siberia, encontramos de nuevo la sociabilidad como regla. Todas estas especies y razas viven en rebaños numerosos, cada uno de los cuales se compone de muchos grupos que comprenden varias yeguas bajo la dirección de un macho. Estos innumerables habitantes del viejo y del nuevo mundo, en general bastante mal organizados para la lucha con sus numerosos enemigos y para defenderse de las condiciones climáticas desfavorables, desaparecerían de la faz de la tierra si no fuera por su espíritu social. Cuando se aproxima un depredador, varios grupos se reúnen inmediatamente, rechazan el ataque del carnívoro y a veces incluso lo persiguen; debido a esto, ni el lobo, ni siquiera el león, pueden capturar un caballo ni una cebra que no se haya separado del grupo. Gracias a su excepcional prudencia gregaria y a la vigilancia preventiva que realizan individuos experimentados, las cebras pueden ir incluso de noche a abrevar al río a pesar de los leones que acechan en los matorrales.[62]

---

61 Buffon: *Histoire Naturelle.*

62 Esto es bien visible en los apuntes de Schillings en el libro anteriormente citado.

Cuando la sequía quema la hierba de las praderas americanas, los grupos de caballos y cebras se reúnen en rebaños, cuyo número alcanza a veces las diez mil cabezas, y emigran. Y cuando en invierno rugen las tormentas de nieve en nuestras estepas asiáticas, los grupos se mantienen cerca unos de otros y juntos buscan refugio en cualquier quebrada. Pero si la confianza mutua desaparece por alguna razón en el grupo, o el pánico hace presa de los caballos y los dispersa, entonces la mayor parte perece y puede verse a los supervivientes, después de la tormenta, medio muertos de cansancio. Así, la unión es su arma esencial en la lucha por la existencia, y el hombre su principal enemigo. Retirándose ante el número creciente de este adversario, los antecesores de nuestros caballos domésticos (denominados *Equus przewalskii* por Polyakoff), prefirieron emigrar a las más salvajes y menos accesibles zonas del altiplano de las fronteras del Tíbet donde han sobrevivido hasta la fecha, rodeados de carnívoros y en un clima similar en su crudeza a la región ártica pero donde todavía no ha llegado el hombre.[63]

Muchos ejemplos sorprendentes de sociabilidad podrían tomarse de la vida de los ciervos, y en especial de la vasta división de los rumiantes en la que pueden incluirse a los gamos, antílopes, gacelas, cabras, íbices y prácticamente la totalidad de las tres numerosas familias de antilopides, caprides y ovides. La vigilancia

---

63 Con respecto a los caballos, es necesario notar que la cebra *quagga*, que nunca se junta con la cebra *dauw*, vive sin embargo en buenas relaciones no solo con los avestruces, que desempeñan excelentemente sus obligaciones de centinelas, sino también con las gacelas, algunas especies de antílopes y ñus. En el presente caso, tenemos una muestra de la intolerancia recíproca entre la *quagga* y la *dauw*, que no puede ser explicada por la rivalidad provocada por la comida. Ya el hecho de que la *quagga* viva junto con los rumiantes que se alimentan de la misma hierba que ella excluye semejante hipótesis, y debemos buscar la explicación en la incompatibilidad de caracteres, como en las relaciones de la liebre y del conejo. Ver, además, Clive Phillips-Wolley, *Big Game Shooting* (Badminton Librery), que contiene excelentes ejemplos de convivencia de diferentes especies en el África oriental.

con que defienden sus rebaños de los ataques de los carnívoros; la ansiedad demostrada por el rebaño entero de gamuzas hasta que no han atravesado todos los peligrosos peñascos rocosos; la adopción de los huérfanos; la desesperación de la gacela cuyo macho o cuya hembra, o hasta un compañero del mismo sexo, ha muerto; los juegos de los jóvenes y otros muchos rasgos se podrían agregar para caracterizar su sociabilidad.[64] Pero quizá el ejemplo más sorprendente de apoyo mutuo sean las migraciones ocasionales de los corzos, parecidas a las que observé una vez en el Amur.

Cuando crucé los altiplanos del Asia oriental y su cadena limítrofe, el Gran Khingan, por el camino de Transbaikalia a Merguen y luego seguí viaje por las altas planicies de Manchuria, en mi marcha hacia el Amur pude comprobar cuán escasamente pobladas por corzos se hallan estas regiones casi deshabitadas.[65] Dos años más tarde viajaba yo a caballo Amur arriba y, a fines de octubre, alcancé la comarca inferior de aquel pintoresco estrecho por el cual el Amur penetra a través de Dousse-Alin (Pequeño Khingan), antes de alcanzar las tierras bajas donde se une con el Sungari. En las *stanitsas*[66] distribuidas en esta parte del Pequeño Khingan, encontré a los cosacos víctimas de la mayor excitación, pues sucedía que miles y miles de corzos cruzaban a nado el Amur por allí, el lugar más estrecho del gran río, para llegar a las sierras bajas del Sungari. Durante algunos días, en una extensión de alrededor de sesenta y cinco kilómetros río arriba, los cosacos masacraron infatigablemente a los corzos que cruzaban a nado el

64 Brehm transcribe muchos datos semejantes basados en la observación de los mejores naturalistas.

65 El cazador tungús que nos acompañaba se disponía a casarse, y por eso trataba de reunir la mayor cantidad posible de pieles de corzos, para lo cual trotaba a caballo días enteros por las pendientes de las colinas en busca de ciervos, mientras nuestra caravana se movía por el fondo del valle. A pesar de esto, en todo el día, a menudo no alcanzaba a matar ni un corzo, y era un buen cazador.

66 Comunas cosacas (N. del t.).

Amur, el cual ya por entonces transportaba mucho hielo. Mataban miles por día, pero el movimiento de corzos no se interrumpía.

Nunca antes habían visto una migración semejante y es necesario buscar sus causas, con toda probabilidad, en el hecho de que en el Gran Khingan y en sus declives orientales habían caído recientemente nevadas tempranas extraordinariamente abundantes que habían obligado a los corzos a hacer el intento desesperado de alcanzar las tierras bajas que están al este del Gran Khingan. Y en efecto, algunos días más tarde, cuando comencé a cruzar estas últimas montañas, las hallé profundamente cubiertas de nieve porosa que alcanzaba el metro de profundidad. Merece la pena reflexionar sobre esta migración de corzos. Cuando uno imagina este territorio inmenso (unos doscientos kilómetros de ancho por setecientos de largo), en el cual debieron reunirse los grupos de corzos dispersos para iniciar la emigración bajo la presión de circunstancias completamente excepcionales, y comprende luego las dificultades que debieron vencer antes de llegar a un pensamiento común sobre la necesidad de cruzar el Amur, no en cualquier parte, sino justo más al sur, donde su lecho se estrecha en una cadena, y por donde además de cruzar el río cruzarían al mismo tiempo la cadena y saldrían a las tierras bajas más templadas, no es posible dejar de sentir profunda admiración ante el grado y la fuerza de la sociabilidad evidenciada en este caso por estos inteligentes animales.

No menos asombrosas también, en lo que respecta a la capacidad de unión y de acción común, son las migraciones de bisontes y búfalos que tienen lugar en América del Norte. Es cierto que los búfalos ordinariamente pacían en enormes cantidades en las praderas, pero esas masas estaban compuestas de un número infinito de pequeños rebaños que nunca se mezclaban. No obstante, todos estos pequeños grupos, por más dispersos que estuvieran sobre aquel inmenso territorio, se reunían en caso de necesidad y formaban las enormes columnas de centenares de miles de individuos de las que hemos hablado anteriormente.

Debería decir también al menos unas pocas palabras acerca de las «familias compuestas» de los elefantes, de su afecto mutuo, de la manera meditada en la que apostan sus centinelas y de los sentimientos de simpatía que se desarrollan entre ellos bajo la influencia de esa vida plena de estrecho apoyo mutuo.[67] Podría hacer mención también a los sentimientos sociales existentes entre los desprestigiados jabalíes, y solo tendría palabras de elogio por la inteligencia que demuestran al unirse cuando son atacados por un animal carnívoro.[68] Los hipopótamos y los rinocerontes deben también tener su lugar en un trabajo consagrado a la sociabilidad de los animales. Se podría escribir igualmente páginas asombrosas sobre la sociabilidad y el mutuo afecto de las focas y morsas; y finalmente, podrían mencionarse los buenos sentimientos desarrollados entre las especies sociales de la familia de los cetáceos. Pero es necesario aún decir algo sobre las sociedades de los monos, que son especialmente interesantes porque representan la transición a las sociedades de los hombres primitivos.

Apenas es necesario recordar que estos mamíferos que ocupan la cima misma del mundo animal, y son los más próximos al hombre por su constitución y por su inteligencia, destacan por su extraordinaria sociabilidad. Inevitablemente, en tan vasta división del mundo animal, que incluye centenares de especies, encontramos la mayor diversidad de conductas y costumbres. Pero una vez hemos tenido esto en cuenta, es necesario reconocer que la sociabilidad, la acción en común, la protección mutua y el elevado

---

67 Según Samuel W. Baker, los elefantes se unen a veces en grupos más amplios que las «familias compuestas». «A menudo observé —dice— en la parte de Ceilán que es conocida con el nombre de País de los Parques, las huellas de numerosos elefantes. Evidentemente eran rebaños bastantes grandes, reunidos para emprender una retirada general del lugar que consideraban inseguro (*Wild beasts and their Ways*, t. 1, pág. 102).

68 Los cerdos domésticos, cuando son atacados por los lobos, actúan del mismo modo, según afirma Hudson en la obra ya citada.

desarrollo de los sentimientos que son consecuencia necesaria de la vida social son los rasgos distintivos de casi toda la vasta división de los monos y los simios. Comenzando por las especies más pequeñas y terminando por las más grandes, la sociabilidad es la regla, y tiene muy pocas excepciones.

Las especies de monos que viven solitarios son muy raras. Así, los monos nocturnos prefieren la vida aislada; los capuchinos *(Cebus capacinus)*, y los ateles —grandes monos aulladores que se encuentran en el Brasil— y en general todos los aulladores, viven en pequeñas familias. Wallace siempre observó a los orangutanes aislados o en pequeños grupos de tres a cuatro individuos; y los gorilas, según parece, nunca se reúnen en grupos. Pero todas las restantes especies de monos: chimpancés gibones, monos arbóreos de Asia y África, macacos, mogotes, todos los pavianos parecidos a perros, mandriles y todos los pequeños juguetones son sociables en el más alto grado. Viven en grandes bandas y algunas reúnen varias especies distintas. La mayoría de ellos se sienten infelices cuando están solos. El grito de llamada de cada mono reúne inmediatamente a toda la banda, y todos juntos rechazan valientemente los ataques de casi todos los animales carnívoros y aves de rapiña. Ni siquiera las águilas se atreven a atacar a los monos. Saquean siempre nuestros campos en bandas, y los viejos se encargan de la tarea de vigilar por la seguridad de la sociedad. Los pequeños tities, cuyas caritas infantiles tanto asombraron a Humboldt, se abrazan y protegen mutuamente de la lluvia enrollando la cola alrededor del cuello del camarada que tiembla de frío. Muchas especies tratan a sus compañeros heridos con extrema solicitud, y durante la retirada nunca abandonan a un herido antes de convencerse de que ha muerto y de que está fuera de su alcance el devolverlo a la vida. Así, James Forbes refiere en sus *Oriental Memoirs* con qué persistencia reclamaron los monos a su partida la entrega del cadáver de una hembra muerta, y cómo esta exigencia fue hecha en forma tal que comprendió perfectamente

por qué «los testigos de esta extraordinaria escena decidieron no disparar nunca más contra los monos».[69]

Los monos de algunas especies se reúnen cuando quieren volcar una piedra y recoger los huevos de hormigas que se encuentran bajo ella. Los pavianos de África del Norte (*Hamadryas*), que viven en grandes bandas, no solo colocan centinelas, sino que observadores dignos de toda fe los han visto formar una cadena para transportar a lugar seguro los frutos robados. Su coraje es bien conocido, y bastará recordar la descripción clásica de Brehm, quien refirió detalladamente la lucha constante sostenida por su caravana antes de que los pavianos les permitieran proseguir viaje en el valle de Mensa, en Abisinia.[70] También son famosas las travesuras de los monos de cola, los titís, y gracias a este rasgo de sus sociedades, también es conocido el afecto mutuo que reina en las familias de chimpancés. Y si entre los monos superiores hay dos especies (orangután y gorila) que no se distinguen por su sociabilidad, es necesario recordar que ambas especies están limitadas a superficies muy reducidas (una vive en África Central y la otra en las islas de Borneo y Sumatra), y que con toda evidencia constituyen los últimos restos de dos especies que fueron antes incomparablemente más numerosas. El gorila, por lo menos así parece, fue sociable en el pasado, siempre y cuando los monos citados por el cartaginés Hannon en la descripción de su viaje (*Periplus*) fueran realmente gorilas.

Así, aun en nuestra rápida ojeada vemos que la vida en sociedad no constituye ninguna excepción en el mundo animal. Por el contrario, es regla general —ley de la naturaleza— y alcanza su

---

69 El relato completo de Forbes aparece en el libro de Romanes, *Animal Intelligence*, pág. 472.

70 Brehm, I, 82. Darwin, El *origen de hombre*, cap. III. La expedición de Kozlof (1899-1901) tuvo que mantener también una lucha semejante en el norte del Tíbet.

más pleno desarrollo en los vertebrados superiores. Hay muy pocas especies que vivan solitarias o solamente en pequeñas familias, y son comparativamente poco numerosas. A pesar de ello, hay fundamentos para suponer que, con pocas excepciones, todas las aves y los mamíferos que en el presente no viven en rebaños o bandadas, han vivido antes en sociedades hasta que el género humano se multiplicó sobre la superficie de la tierra y comenzó a librar contra ellos su guerra de exterminio y a destruir sus fuentes de alimentos. «On ne s'associe pas pour mourir» observó justamente Espinas (en el libro *Les Sociétés animales)*. Houzeau, que conocía bien el mundo animal de ciertas zonas de América anteriormente a que los animales empezaran a ser exterminados a gran escala a manos del hombre, expresó en sus escritos el mismo pensamiento.

La asociación se encuentra en el mundo animal en todos los grados de desarrollo; y de acuerdo con la gran idea de Herbert Spencer, tan brillantemente desarrollada en el trabajo de Perrier, *Colonies Animales,* las «colonias», es decir, las sociedades, aparecen ya en el principio mismo del desarrollo del mundo animal. A medida que nos elevamos en la escala de la evolución, vemos que las sociedades de los animales se vuelven más y más conscientes. Pierden su carácter puramente físico, cesan de ser instintivas y se hacen razonadas. Entre los vertebrados superiores, la sociedad es ya temporal, periódica, o sirve para la satisfacción de alguna necesidad definida, por ejemplo la reproducción, las migraciones, la caza o la defensa mutua. Se hace hasta ocasional, por ejemplo, cuando las aves se reúnen contra un rapaz, o los mamíferos se juntan para emigrar bajo la presión de circunstancias excepcionales. En este último caso, la sociedad se convierte en una desviación *voluntaria* del modo habitual de vida.

Además, la unión aglutina a veces dos o tres grados de proximidad: primero la familia; después el grupo, y por último la sociedad de grupos generalmente dispersos pero que se reúnen en caso de necesidad como hemos visto en el ejemplo de los búfalos

y otros rumiantes durante sus migraciones. La asociación también toma formas más elevadas, y entonces asegura mayor independencia para cada individuo sin privarlo por ello de las ventajas de la vida social. De tal modo, en la mayoría de los roedores, cada familia tiene su propia vivienda, a la que puede retirarse si prefiere el aislamiento; pero esas viviendas se distribuyen en pueblos y ciudades enteras de modo que aseguren a todos sus habitantes las comodidades y los placeres de la vida social. Por último, en algunas especies, como por ejemplo las ratas, marmotas, liebres, etc., la sociabilidad de la vida se mantiene generalmente a pesar de las inclinaciones egoístas o el carácter pendenciero de los individuos.

En estos casos, la vida social no está condicionada por la estructura fisiológica, como en las hormigas y las abejas, sino que las especies se aprovechan de ella por las ventajas que presenta la ayuda mutua o por los placeres que proporciona. Y esto, finalmente, se manifiesta en todos los grados posibles así como en la mayor variedad de caracteres individuales y específicos, provocando el variado aspecto de la vida social que para nosotros es una prueba más de su generalidad.[71]

La sociabilidad, es decir, la necesidad experimentada por los animales de asociarse con sus semejantes, el amor a la sociedad por la sociedad unido al «goce de la vida», solo ahora comienza a recibir la debida atención por parte de los zoólogos.[72] Actualmente sabemos que todos los animales, empezando por las hormigas, pa-

---

71 Tanto más extraño resulta leer en el artículo de Huxley antes mencionado la siguiente paráfrasis de la bien conocida frase de Rousseau: «El primer hombre que sustituyó la guerra mutua por el acuerdo mutuo, cualquiera que fuera el motivo que le obligó a dar este paso, creó la sociedad». (*Nineteenth Century*, feb. 1888, pág. 165). La sociedad *no fue creada* por el hombre, *precedió al hombre*.

72 Monografías tales como el capítulo «La Música y la danza en la naturaleza», de Hudson (en Hudson, *Naturalist on the La Plata*) y Carl Gross, *Plays of Animals*, ilustraron hasta cierto punto la cuestión de este instinto, que tiene una generalidad absoluta en la naturaleza.

sando a las aves y terminando por los mamíferos superiores, aman los juegos, gustan de luchar y perseguirse tratando de atraparse en broma mutuamente, etc. Y si muchos de estos juegos son, por así decirlo, la escuela de conducta para los individuos jóvenes, preparándolos para obrar convenientemente cuando entren en la madurez; junto a ellos existen también juegos que, aparte de sus fines utilitarios, constituyen, junto con las danzas y cantos, la simple manifestación de un exceso de fuerzas vitales, «de un goce de la vida» y de un deseo de entrar de un modo u otro en sociedad con los otros individuos de su misma especie, o incluso de otra. Dicho más brevemente, estos juegos constituyen la manifestación de *la sociabilidad* en el verdadero sentido de la palabra, que es un rasgo distintivo de *todo* el mundo animal.[73] Ya sea en el sentimiento de miedo experimentado ante la aparición de un ave de rapiña o en esa «explosión de alegría» que se manifiesta cuando los animales están sanos y en especial son jóvenes; ya sea en el simple deseo de liberarse del exceso de emociones y de la fuerza vital, la necesidad de comunicar sus impresiones a los demás, del juego en común, del parloteo o incluso simplemente la sensación de la proximidad con otros seres vivos similares, esta necesidad *se extiende a toda la naturaleza;* y constituye un rasgo característico de la *vida* y de la capacidad de impresionarse en el mismo grado que cualquier función fisiológica, alcanzando su más elevado desarrollo y más bellas formas en los mamíferos, especialmente en los individuos jóvenes y sobre todo en las aves; pero extendiéndose igualmente a toda la naturaleza. Esta necesidad ha sido detenidamente observada por los mejores naturalistas, incluyendo a Pierre Huber, incluso entre

---

73 No solo muchas especies de aves tienen costumbre de reunirse frecuentemente en un mismo lugar para entregarse a todo género de entretenimientos y danzas, sino que, como escribió W. H. Hudson, casi todos los mamíferos y aves (en realidad quizá todos), a menudo se entregan a juegos más o menos regulares o determinados, en silencio o acompañados por sonidos (pág. 264).

las hormigas; y no hay duda de que esa misma necesidad, ese mismo instinto, reúne a las mariposas y otros insectos en las enormes columnas de las que hemos hablado antes.

La costumbre de las aves de reunirse para bailar juntas y adornar los lugares donde se entregan habitualmente a las danzas probablemente sea conocida por los lectores gracias a las páginas que Darwin le dedicó en su *El origen del Hombre* (cap. XIII). Los visitantes del jardín zoológico de Londres conocen también la glorieta, bellamente adornada, del pajarito satinado[74] construida con ese mismo fin. Pero esta costumbre de danzar resulta mucho más extendida de lo que se suponía anteriormente, y W. Hudson, en su obra maestra sobre la región del Plata, hace una descripción sumamente interesante de las complicadas danzas ejecutadas por numerosas especies de aves: rascones, jilgueros, avefrías y otras.

La costumbre de cantar en común que existe en algunas especies de aves pertenece a la misma categoría de instintos sociales. Está desarrollada en grado asombroso por el chajá chicagüire (*Chauna chavarria,* de una especie próxima al ganso) y al que los ingleses dieron el más prosaico apodo de copetuda chillona. Estas aves se reúnen a veces en enormes bandadas y organizan un auténtico concierto. Hudson las encontró cierta vez en cantidades innumerables posadas alrededor de un lago de las pampas en bandadas separadas de unas quinientas aves.

> Pronto —dice— una de las bandadas que se hallaba cercana a mí comenzó a cantar, y este coro poderoso no cesó durante tres o cuatro minutos. Cuando hubo cesado, la bandada vecina comenzó el canto, y a continuación de ella la siguiente, y así sucesivamente hasta que llegó el canto de la bandada que se hallaba en la orilla opuesta del

---

74 Esta ave australiana, pariente de nuestra oropéndola y llamada por los ingleses *satin bird,* construye en lugar de nido una glorieta de ramas, con una mecedora, adornada con toda clase de objetos brillantes: plumas de papagayo, conchas, etc. El nombre latino del pájaro satinado es: *Eulampis holosericeus.*

lago, cuyo sonido se transmitía claramente por el agua. Luego, poco a poco, se callaron y aquel sonido comenzó a resonar a mi lado de nuevo.

En otra ocasión el mismo zoólogo tuvo oportunidad de observar una innumerable bandada de chajás que cubría toda una llanura, pero esta vez dividida no en secciones sino en parejas y en grupos pequeños. Alrededor de las nueve de la noche, «súbitamente toda esta masa de aves que cubría los pantanos en kilómetros a la redonda estalló en un poderoso canto vespertino... Vale la pena cabalgar un centenar de kilómetros para escuchar tal concierto».[75]

A la observación precedente se puede añadir que el chajá, como todos los animales sociales, se domestica fácilmente y se aficiona mucho al hombre. «Son aves pacíficas que raramente se pelean», afirma Hudson, a pesar de estar bien armadas y provistas de espolones bastante amenazadores en las alas. La vida en sociedad, sin embargo, hace superflua esta arma.

El hecho de que la vida social sirva de poderosa arma en la lucha por la existencia (tomando este término en el sentido amplio de la palabra) ha sido confirmado en las páginas precedentes por ejemplos bastante diversos, y si fuera necesario se podría citar un número incomparablemente mayor. La vida en sociedad, como hemos visto, da a los insectos, las aves y los mamíferos más débiles la posibilidad de defenderse de los ataques de las aves y animales carnívoros más temibles, o prevenirse de ellos. Asegura la longevidad, da a las especies la posibilidad de criar una descendencia con el mínimo de desgaste necesario de energías y de mantener su número aun en caso de natalidad muy baja. Igualmente, permite a lo animales gregarios realizar sus migraciones y encontrar

75 Sobre los coros de monos, véase Brehm, t. 1.

nuevos lugares de residencia. Por ello, aun reconociendo enteramente que la fuerza, la velocidad, el camuflaje protector, la astucia y la resistencia al frío y al hambre mencionadas por Darwin y Wallace son realmente cualidades que hacen al individuo o a las especies más aptos en *algunas* circunstancias, nosotros afirmamos que la sociabilidad es la mayor ventaja en la lucha por la existencia en *todas las* circunstancias naturales, sean estas cuales sean. Las especies que voluntaria o involuntariamente la abandonan están condenadas a la extinción, mientras que los animales que mejor saben unirse tienen mayores oportunidades para subsistir y para lograr un máximo desarrollo, a pesar de ser inferiores a los otros en *cada una* de las particularidades enumeradas por Darwin y Wallace, con la sola excepción de las facultades intelectuales. Los vertebrados superiores, y en especial el género humano, son la mejor prueba de esta afirmación.

En cuanto a las facultades intelectuales desarrolladas, todo darwinista está de acuerdo con Darwin en que constituyen el instrumento más poderoso en la lucha por la existencia y la fuerza más poderosa para el correcto desarrollo; pero deberá estar de acuerdo también en que las facultades intelectuales están condicionadas en su desarrollo, y en más alta proporción que todas las otras, por la vida social. La lengua, la imitación y la experiencia acumulada son condiciones necesarias para el desarrollo de las facultades intelectuales, y los animales no sociables suelen estar desprovistos de ellas. Por eso nosotros creemos que en la cima de ciertas clases de animales como la abeja, la hormiga y la termita se encuentran aquellos que combinan la mayor sociabilidad con el más alto desarrollo de la inteligencia.

«Los más aptos», los mejor dotados para la lucha contra los elementos hostiles son así los animales más sociales, de manera que *se puede reconocer la sociabilidad como el factor principal de la evolución progresiva,* tanto directo debido a que asegura el bienestar de la especie junto con la disminución del gasto inútil de energía,

como indirecto ya que favorece el crecimiento de las facultades intelectuales.

Además, parece evidente que la vida en sociedad sería completamente imposible sin el correspondiente desarrollo de los sentimientos sociales, en especial, si el sentimiento colectivo de justicia (principio fundamental de la moral) no se hubiera desarrollado y convertido en costumbre. Si cada individuo abusara constantemente de sus ventajas personales y los restantes no intervinieran en favor del ofendido, ningún tipo de vida social sería posible. Por esto, en todos los animales sociales deben desarrollarse sentimientos de justicia en algún grado. Por grande que sea la distancia de donde vienen las golondrinas o las grullas, tanto unas como otras vuelven al mismo nido que construyeron o repararon el año anterior. Si algún gorrión perezoso (o joven) trata de apoderarse de un nido que construyó su camarada, o siquiera robar de él algunas briznas de paja, todo el grupo local de gorriones intervendrá en contra del perezoso camarada. Lo mismo ocurre en muchas otras aves, y es evidente que si semejantes intervenciones no fueran la regla general las sociedades de aves para el anidamiento serían imposibles. Los grupos separados de pingüinos tienen su lugar de descanso y su lugar de pesca y no se pelean por ellos. Los rebaños de ganado cornúpeto de Australia tienen cada uno su lugar determinado al que invariablemente se dirigen día a día a descansar, etc.[76]

Disponemos de gran cantidad de observaciones directas acerca de la paz que reina entre las sociedades de aves anidadoras, en las poblaciones de roedores, en los rebaños de herbívoros, etc.; pero igualmente sabemos que son muy pocos los animales sociales que disputan constantemente entre sí, como hacen las ratas de nuestras despensas, o las morsas que pelean por el lugar para

76 Haygarth: *Bush Life in Australia*, pág. 58. Lo mismo concierne también a los búfalos.

calentarse al sol en las riberas que ocupan. La sociabilidad, de este modo, pone límites a la lucha física y da lugar al desarrollo de los mejores sentimientos morales. Es bastante conocido el elevado desarrollo del amor paternal en todas las clases de animales, sin exceptuar siquiera a leones y tigres. Y en cuanto a las aves jóvenes y a los mamíferos que vemos asociándose constantemente, es la simpatía y la comunidad de sentimientos, y no el amor, lo que permite un mejor desarrollo de sus sociedades.

Dejando de lado los actos realmente conmovedores de apego y compasión que se han observado tanto entre los animales domésticos como entre los salvajes mantenidos en cautiverio, disponemos de un número suficiente de hechos plenamente comprobados que testimonian la manifestación del sentimiento de compasión entre los animales salvajes en libertad. Max Perty y L. Büchner reunieron muchos de ellos.[77] El relato de Wood acerca de cómo una marta apareció para levantar y llevarse a una compañera lastimada goza de una popularidad bien merecida.[78] A la misma categoría de hechos se refiere la conocida observación del capitán Stanbury, durante su viaje por la altiplanicie de Utah, en las Montañas Rocosas, citada por Darwin. Stanbury observó a un pelícano ciego que era alimentado abundantemente por otros pelícanos que le traían pescado desde casi cincuenta kilómetros.[79] H. A. Weddell, durante su viaje por Bolivia y Perú, observó más de una vez que

77 Cito solo algunos ejemplos: un tejón herido fue llevado por otro que apareció repentinamente en su ayuda; se ha visto a ratas alimentar a dos camaradas ciegos (*Seelenleben der Thiere*, pág. 64 y ss.). El mismo Brehm pudo ver a dos cornejas que alimentaban en el hueco de un árbol a una tercera que estaba herida, y sus heridas le habían sido hechas algunas semanas antes (*Hausfreund*, 1874, 715; Büchner, *Liebe*, 203). Blyth vio a cornejas indias que alimentaban a dos o tres camaradas ciegas, etc.

78 J. C. Wood: *Man and Beast*, pág. 344. Wood era un naturalista cuyos libros populares gozan aún hoy, en Inglaterra, de una difusión amplia y merecida.

79 L. H. Morgan: *The American Beaver*, 1868, pág. 272; Darwin, *El origen del Hombre*, cap. IV.

cuando un rebaño de vicuñas es perseguido por cazadores, los machos fuertes cubren la retirada del rebaño separándose a propósito para proteger a los que se retiran. Lo mismo se observa constantemente en Suiza entre las cabras salvajes. Casos de compasión de los animales hacia sus camaradas heridos son constantemente citados por los zoólogos que estudian la vida de la naturaleza; y al comprobar que semejantes casos no son generalmente reconocidos uno no puede hacer otra cosa que asombrarse por la vanidad del hombre y por su deseo de diferenciarse a toda costa del mundo animal. Tales actos son perfectamente naturales. La compasión se desarrolla necesariamente en la vida social. Pero la compasión, a su vez, significa un progreso general importante en el campo de las facultades intelectuales y de la sensibilidad. Es el primer paso hacia el desarrollo de los sentimientos morales superiores, y, a su vez, se vuelve un agente poderoso del desarrollo progresivo posterior, es decir: de la evolución.

Si las opiniones expuestas en las páginas precedentes son correctas, entonces surge naturalmente la siguiente pregunta: ¿hasta dónde concuerdan con la teoría de la lucha por la existencia tal y como ha sido desarrollada por Darwin, Wallace y sus continuadores? Contestaré brevemente ahora a esta importante cuestión.[80] Ante todo, ningún naturalista dudará de que la idea de la lucha por la existencia, conducida a través de toda la naturaleza orgánica, constituye la más grande generalización de nuestro siglo. La vida *es* lucha, y en esta lucha sobreviven los más aptos. Pero la cuestión reside en esto: ¿llega esta competencia hasta los límites

80 La analizo más detalladamente en el libro listo para entrar en prensa sobre las causas de la invariabilidad de las especies, que ya ha sido publicado en artículos en la revista *The Nineteenth Century*.

supuestos por Darwin o, aun, por Wallace?, ¿desempeñó en el desarrollo del reino animal el papel que se le atribuye?

La idea que Darwin desarrolló a través de todo su libro sobre el origen de las especies es, sin duda, la idea de la existencia de una verdadera competencia, de una lucha dentro de cada grupo animal por el alimento, la seguridad y la posibilidad de dejar descendencia. A menudo Darwin habla de regiones saturadas de vida animal hasta límites máximos, y de tal saturación deduce la inevitabilidad de la competencia y la lucha entre sus habitantes. Pero si empezamos a buscar en su libro pruebas reales de tal competencia, debemos reconocer que no existen testimonios suficientemente convincentes. Si acudimos al párrafo titulado «La más severa lucha por la existencia entre individuos y variedades de una misma especie», no encontramos en él aquella abundancia de pruebas y ejemplos que estamos acostumbrados a encontrar en toda obra de Darwin. Como ilustración de la lucha entre los individuos de una misma especie no se aporta, bajo el título arriba citado, ni un solo ejemplo; se acepta como axioma. La competencia entre las especies cercanas de animales es afirmada solo mediante cinco ejemplos, de los cuales en todo caso uno (que se refiere a dos especies de mirlos) resulta dudoso según las más recientes observaciones, y otro (referente a las ratas), también suscita dudas.[81]

---

81 Una especie de golondrina, según afirman, provocó en América del Norte la disminución del número de otra especia de golondrinas; el reciente aumento en Escocia del número de mirlos de los grandes *Turdus viscivorus* (zorzal charlo)provocó la disminución de los zorzales; la rata parda ocupó el lugar de la rata negra en Europa; en Rusia, las pequeñas cucarachas desalojaron de todas partes a sus congéneres más grandes, y en Australia las abejas de colmenas, importadas, exterminan rápidamente a las pequeñas abejas indígenas carentes de aguijón. Los otros casos, que se refieren ya a los animales domésticos, son mencionados en el párrafo precedente. Citando esos mismos hechos, A. R. Wallace observa en una nota relativa a los mirlos escoceses: «El profesor A. Newton, sin embargo, me informa de que estas especies no chocan entre sí en la forma que se ha dicho» (*Darwinism*, pág. 34). En cuanto a las ratas pardas, es sabido que debido a sus costumbres anfibias habitualmente se crían en las dependencias bajas de las vi-

Pero si buscamos en Darwin mayores detalles para comprender hasta qué punto el crecimiento de una especie está condicionado realmente por el decrecimiento de otra, encontramos que, con su habitual franqueza, nos dice lo siguiente:

> Podemos conjeturar por qué la competencia debe ser más rigurosa entre las formas emparentadas que ocupan un mismo lugar en la naturaleza; pero probablemente en ningún caso podríamos determinar con precisión por qué una especie ha logrado la victoria sobre otras en la gran batalla de la vida.

En cuanto a Wallace, que cita en su exposición del darwinismo los mismos hechos pero bajo un título ligeramente modificado («La lucha por la existencia entre los animales y las plantas estrechamente emparentadas *a menudo* es rigurosísima»), hace la observación siguiente, que da a los hechos arriba citados un aspecto completamente distinto. Dice (las cursivas son mías):

> *En algunos casos,* sin duda, se libra una verdadera guerra entre dos especies, y la especie más fuerte mata a la más débil; *pero esto de ningún modo es necesario* y pueden darse casos en que especies más débiles físicamente pueden vencer debido a su mayor poder de multiplicación rápida, a la mayor resistencia con respecto a las condiciones climáticas hostiles o una mayor astucia que les permite evitar los ataques de sus enemigos.

De tal manera, en casos semejantes, lo que se atribuye a la competencia, a la lucha, *puede ocurrir que de ningún modo sea competencia ni lucha.* Una especie no desaparece nunca porque otra

---

viendas humanas (sótanos, caños de desagüe, etc.), y también en las orillas de los canales y ríos; igualmente emprenden emigraciones a lugares distantes, reuniéndose para ello en bandadas innumerables. La rata negra, por el contrario, se reúne en los pesebres y depósitos. De tal modo, es sometida al exterminio por parte del hombre en grado considerablemente mayor, debido a lo cual es imposible afirmar, con cierto grado de seguridad, si la rata negra es exterminada o desalojada porque la rata parda le priva de su alimento o porque el hombre la destruye.

especie la haya exterminado o la haya hecho morir de consunción arrebatándole los medios de subsistencia, sino porque no pudo adaptarse bien a las nuevas condiciones, mientras que la otra especie sí logró hacerlo. La expresión «lucha por la existencia» tal vez se emplea aquí, una vez más, en su sentido figurado, y es posible que no se le pueda dar otro. En cuanto a la competencia real por el alimento entre los individuos de *una misma especie* que Darwin ilustró en otro lugar con un ejemplo tomado de la vida del ganado cornúpeta de América del Sur *durante una sequía,* el valor de este ejemplo disminuye significativamente ya que ha sido tomado de la vida de animales domésticos. En circunstancias semejantes, los bisontes emigran con el objeto de evitar la competencia por el alimento. Por más rigurosa que sea la lucha entre las plantas —y esta está plenamente demostrada—, solo podemos repetir acerca de ella la observación de Wallace: «las plantas viven allí donde pueden», mientras que los animales tienen la posibilidad, en grado considerable, de elegir ellos mismos su lugar de residencia. Y nosotros nos preguntamos de nuevo: ¿en qué medida existe realmente la competencia, la lucha, dentro de cada especie animal? ¿En qué está basada esta suposición?

La misma observación debe ser hecha con respecto al argumento «indirecto» en favor de una competencia rigurosa y la lucha por la existencia dentro de cada especie que se puede deducir del «exterminio de las variedades de transición» mencionado tan a menudo por Darwin. Como es sabido, durante mucho tiempo tanto a Darwin como al resto de naturalistas les preocupó el problema que planteaba la ausencia de una gran cadena de formas intermedias entre especies estrechamente emparentadas; y es sabido igualmente que Darwin buscó la solución a este problema en el supuesto exterminio que imaginó para todas las formas intermedias.[82] Sin

---

82 «Sin embargo, se podría observar —escribió en *El origen de las especies* (principio del cap. VI)— que allí donde algunas especies estrechamente emparentadas

embargo, la lectura atenta de los diferentes capítulos en los que Darwin y Wallace hablan de esta materia, fácilmente lleva a la conclusión de que la palabra «exterminio» empleada por ambos no se refiere al exterminio real, y menos aún al exterminio por falta de alimento o por superpoblación. La observación que hizo Darwin acerca del significado de su expresión: «lucha por la existencia», también se aplica en igual medida a la palabra «exterminio». No debe ser entendida en ningún caso en su sentido literal sino en su «sentido metafórico».

Si partimos de la suposición de que una superficie determinada está saturada de animales hasta los límites máximos de su capacidad, y que debido a esto entre todos sus habitantes se libra una lucha aguda por los medios de subsistencia indispensables —y en cuyo caso cada animal está obligado a luchar contra todos sus congéneres para obtener el alimento cotidiano—, entonces la aparición de una variedad nueva, y que ha tenido éxito, sin duda puede significar en muchos casos (aunque no siempre) la aparición de individuos que podrán apoderarse de una parte de los medios de subsistencia mayor de que la que en justicia les corresponde. En ese caso el resultado final sería que semejantes individuos condenarían a la consunción tanto a la forma de parentesco original que no posea la nueva modificación, como a todas las formas intermedias que tampoco poseyeran la nueva especialidad en el mismo grado que ellos. Es muy posible que en un principio Darwin comprendiera la aparición de las nuevas variedades exactamente desde esta perspectiva; por lo menos, el frecuente uso de la palabra «exterminio» produce esa impresión. Pero tanto él como Wallace

---

viven en un mismo territorio, deberíamos encontrar ahora, necesariamente, muchas formas intermedias... Según mi teoría estas especies emparentadas descendieron de un antecesor común, y durante el proceso de su variación cada una se adaptó a la forma antecesora original, lo mismo que todas las formas intermedias entre su estado anterior y el actual» (pág. 184, 6.ª edición inglesa). Véase también págs. 137 y 296 (todo el párrafo sobre «la extinción»).

conocían demasiado bien la naturaleza como para no darse cuenta de que esta no es necesariamente la única solución posible.

Si las condiciones físicas y biológicas de una superficie determinada, la extensión ocupada por cierta especie y el modo de vida de todos los miembros de esta especie permanecen siempre invariables, la aparición repentina de una nueva variedad podría llevar a la consunción y al exterminio de todos los individuos que no poseyeran, en la medida necesaria, el nuevo rasgo que caracteriza a la nueva variedad. Pero es precisamente semejante combinación de condiciones, semejante invariabilidad, la que no observamos en la naturaleza. Cada especie tiende constantemente a la expansión de su lugar de residencia, y la emigración a nuevas residencias es regla general, tanto para las aves de vuelo rápido como para el caracol de marcha lenta. En cada extensión determinada de la superficie terrestre se producen constantemente cambios físicos, y el rasgo característico de las nuevas variedades entre los animales en un inmenso número de casos —quizá en la mayoría— no es de ningún modo la aparición de nuevas adaptaciones para arrebatar el alimento de la boca de sus congéneres —el alimento es solo una más de los cientos de diversas condiciones de la existencia—, sino, como el mismo Wallace demostró en un hermoso párrafo sobre la «divergencia de los caracteres» (*Darwinism*, pág. 107), el principio de la nueva variedad puede ser *la formación de nuevas costumbres, la migración a nuevos lugares de residencia y la transición a nuevas formas de alimentación.*

En todos estos casos no ocurrirá ningún exterminio, ni siquiera competencia, ya que la nueva adaptación servirá para *suavizar la competencia allí donde existiese.* No obstante, transcurrido cierto tiempo, se producirá una ausencia de eslabones intermedios como resultado de la simple *supervivencia de aquellos que están mejor adaptados a las nuevas condiciones*, y este hecho sin duda tendrá la apariencia del exterminio de las formas originales supuesto por la hipótesis. Pero apenas es necesario agregar que si admi-

timos —junto con Spencer, todos los lamarckianos y el mismo Darwin— la influencia modificadora del medio ambiente en las especies que viven en él —y la ciencia contemporánea se mueve más y más en esta dirección—, entonces hay menos necesidad todavía de la hipótesis del exterminio de las formas intermedias.

La importancia de las migraciones y del consecuente aislamiento de grupos de animales en la aparición y afianzamiento primero de las nuevas variedades y finalmente de las nuevas especies que señaló Moritz Wagner, ha sido reconocida completamente por el mismo Darwin. En realidad, no es extraño que parte de los animales de una especie sean en ocasiones sometidos a nuevas condiciones y separados del resto de su especie, proceso por el cual aparece y se afianza una nueva raza o variedad. Esto fue reconocido ya por Darwin, pero las últimas investigaciones han subrayado aún más la importancia de este factor y han mostrado igualmente hasta qué punto la amplitud del territorio ocupado por una determinada especie —y a esta amplitud Darwin, con buen criterio, le atribuía gran importancia para la aparición de nuevas variedades— puede estar unida al aislamiento de cierta parte de una especie en virtud de los cambios geológicos o la aparición de obstáculos locales. Entrar aquí a juzgar toda esta amplia cuestión sería imposible, pero bastarán algunas observaciones para ilustrar la acción combinada de tales influencias. Como es sabido, no es raro que parte de una determinada especie recurra a un nuevo género de alimento. Por ejemplo, si se produce una escasez de piñas en los bosques de alerces, las ardillas se trasladan a los pinares, y este cambio de alimento, como señaló Poliakov, produce cambios fisiológicos determinados en el organismo de esas ardillas. Si este cambio de costumbres no se prolonga, es decir, si al año siguiente hay otra vez abundancia de piñas en los sombríos bosques de alerces, entonces es evidente que no se formará ninguna variedad nueva. Pero si parte de la inmensa extensión ocupada por las ardillas empezara a cambiar de carácter físico, digamos

debido a la suavización del clima o a la desecación, y estas dos causas facilitaran el aumento de la superficie de los pinares en perjuicio de los bosques de alerces, y si algunas otras condiciones contribuyeran a hacer que parte de las ardillas se mantuvieran en los bordes de la región, entonces aparecerá una nueva variedad, es decir, una especie nueva de ardillas. Pero la aparición de esta variedad no tiene por qué ir acompañada en ningún caso por nada que pudiese merecer el nombre de exterminio entre ardillas. Cada año sobrevivirá una proporción algo mayor, en comparación con otras, de ardillas de esta variedad nueva y mejor adaptada, y los eslabones intermedios se extinguirán *con el transcurso del tiempo*, de año en año, sin que sus competidores malthusianos las condenen de ningún modo a muerte por hambre. Precisamente, procesos semejantes se realizan ante nuestros ojos a raíz de los grandes cambios físicos que se producen en las vastas extensiones de Asia Central como consecuencia de la desecación que se viene produciendo allí desde el período glacial.

Tomemos otro ejemplo. Los geólogos han demostrado que el caballo salvaje actual *(Equus przewalski)* es el resultado del lento proceso de evolución que tuvo lugar durante las últimas fases del período terciario y todo el cuaternario (el glacial y el posglacial). Durante el transcurso de esta larga serie de siglos, los antecesores del caballo actual *no permanecieron* en ninguna superficie determinada del globo terrestre. Por el contrario, erraron por el viejo y el nuevo mundo, y con toda probabilidad finalmente volvieron completamente transformados en el curso de sus numerosas migraciones a los mismos pastos que dejaron en otros tiempos.[83] De esto resulta

83 Según las investigaciones de la señora Marie Pavloff, que estudió especialmente esta materia, los primeros antecesores de los caballos actuales emigraron de Asia a África, permanecieron allí algún tiempo y volvieron de nuevo a Asia. Sea confirmada o no esta doble migración, en todo caso se halla fuera de toda duda el hecho de la propagación de los antecesores de nuestro caballo por Asia, África y América.

evidente que si ahora no encontramos en Asia todos los eslabones intermedios entre el caballo salvaje actual y sus ascendientes asiáticos posterciarios, esto no significa que los eslabones intermedios fueran exterminados. Semejante exterminio jamás ha ocurrido. Ni siquiera puede haber tan elevada mortandad entre las especies ancestrales del caballo actual: los individuos que pertenecían a las variedades y especies intermedias perecieron en las condiciones más comunes —a menudo incluso en medio de la abundancia de alimento— y sus restos se hallan dispersos ahora en el seno de la tierra por todo el globo terráqueo. Dicho más brevemente, si reflexionamos sobre esta materia y releemos atentamente lo que el mismo Darwin escribió sobre ella, veremos que si empleamos la palabra «exterminio» en relación con las variedades transitorias, hay que utilizarla una vez más en el sentido metafórico.

Lo mismo es necesario observar con respecto a expresiones tales como «rivalidad» o «competencia». Estas dos expresiones también fueron empleadas constantemente por Darwin (véase por ejemplo, el capítulo «Sobre la extinción») más bien como imagen o como medio de expresión, no dándole el significado de lucha real por los medios de subsistencia entre las dos partes de una misma especie. En realidad, el principal argumento a favor de la lucha y de la competencia aguda por los medios de subsistencia que se prolonga ininterrumpidamente dentro de cada especie animal es —según la expresión del profesor Geddes—, el «argumento aritmético» tomado en préstamo a Malthus.

Pero este argumento no prueba nada. Con el mismo derecho podríamos tomar algunas aldeas del sureste de Rusia cuyos habitantes no han sufrido por la carencia de alimento, pero que, al mismo tiempo, nunca tuvieron ningún tipo de instalaciones sanitarias. Habiendo observado que en los últimos setenta u ochenta años la natalidad media alcanza en ellas al sesenta por mil y que sin embargo la población durante este tiempo no ha aumentado —tengo en mis manos los datos concretos— podríamos quizá llegar a

la conclusión de que se produjo una terrible competición entre los habitantes de la zona. Pero la verdad es que de año en año la población se ha mantenido estable por el simple hecho de que un tercio de los recién nacidos muere cada año sin haber llegado al sexto mes de vida; la mitad de los niños muere en el curso de los cuatro años siguientes y de cada centenar de nacidos, solo diecisiete alcanzan la edad de veinte años. De tal modo, los recién venidos al mundo se van de él antes de alcanzar la edad en que pudieran llegar a ser competidores. Es evidente que si algo semejante ocurre entre humanos, es más probable aún que ocurra entre los animales. Así en el mundo de las aves se produce la destrucción de huevos en una medida tan colosal que al principio del verano los huevos constituyen el alimento principal de muchas especies de animales. No hablo ya de las tormentas e inundaciones que destruyen por millones los nidos en América y en Asia, o de los bruscos cambios de tiempo por los cuales perecen en masa los individuos jóvenes de los mamíferos. Cada tormenta, inundación, cambio brusco de temperatura o incursión de las ratas en los nidos de las aves, destruyen a aquellos competidores que tan terribles parecen en teoría.

En cuanto al fenómeno de la multiplicación extremadamente rápida de los caballos y del ganado cornúpeta de América, y también de los cerdos y de los conejos de Nueva Zelanda desde que los europeos los introdujeron en esos países, y aun de los animales salvajes importados de Europa (donde su cantidad disminuye por la acción del hombre y no por la de los competidores) es evidente que más bien contradicen la teoría de la superpoblación. El hecho de que los caballos y el ganado cornúpeto pudieran multiplicarse en América con tal velocidad demuestra simplemente que, por numerosos que fueran los bisontes y otros rumiantes en el Nuevo Mundo en aquellos tiempos, su población herbívora, sin embargo, estaba muy por debajo de la cantidad que hubiera podido alimentarse en las praderas. Si millones de nuevos inmigrantes encontraron alimento suficiente sin tener que matar de hambre a

la población anterior de las praderas, deberíamos llegar a la conclusión de que los europeos hallaron en América una cantidad no excesiva, sino *insuficiente* de herbívoros, a pesar de la cantidad increíblemente enorme de bisontes o de palomas silvestres que encontraron los primeros exploradores de Norteamérica.

Además, me permito añadir que existen bases serias para pensar que tal escasez de población animal constituye la situación natural sobre la superficie de todo el globo terrestre, y que hay pocas excepciones, siempre temporales, a esta regla general. En realidad, la cantidad de animales existentes en una extensión determinada de la tierra no se determina por la capacidad máxima de abastecimiento de este espacio, sino por lo que ofrece cada año en *las condiciones menos favorables*. Lo importante no es saber cuántos millones de búfalos, cabras, ciervos, etc., pueden alimentarse en un mismo territorio durante un verano exuberante y de lluvias moderadas, sino cuántos sobrevivirán si se produce uno de esos veranos secos en los que toda la hierba se quema, o un verano húmedo en el que territorios semejantes en extensión a la Europa central se convierten en pantanos —como yo mismo he podido comprobar en la meseta de Vitimsk—, o cuando las praderas y los bosques se incendian en miles de kilómetros cuadrados, como hemos visto pasar en Siberia y en Canadá.

He aquí por qué, debido a esta sola razón, la competencia y la lucha por el alimento difícilmente puede ser la condición normal de la vida. Pero, aparte de esto, hay otras causas que a su vez rebajan aún más este bajo nivel de población. Si tomamos los caballos (y también el ganado cornúpeta) que pasan todo el invierno pastando en las estepas de la Transbaikalia, encontramos a todos ellos enflaquecidos y exhaustos al finalizar el invierno. Este agotamiento, por otra parte, no es resultado de la carencia de alimento, puesto que debajo de la delgada capa de nieve, por doquier, hay pasto en abundancia: su causa reside en la dificultad de extraer el pasto que está debajo de la nieve, y esta dificultad es la misma

para todos los caballos. Además, a principios de la primavera suele haber escarcha, y si esta se prolonga algunos días los caballos son víctimas de una extenuación todavía mayor. Pero con frecuencia a continuación sobrevienen las tormentas de nieve, y entonces los animales, ya muy debilitados, suelen verse obligados a permanecer algunos días completamente privados de alimento, muriendo en grandes cantidades. Las pérdidas durante la primavera suelen ser tan elevadas que si la estación se distingue por una extrema crudeza no pueden ser reparadas ni aun por el posterior aumento de la natalidad, más aún cuando *todos* los caballos suelen estar agotados y los potrillos nacen débiles. Así, la cantidad de caballos y de ganado cornúpeto siempre se mantiene considerablemente inferior al nivel en que podría mantenerse si no existiera esta causa especial: una primavera fría y tormentosa. Durante todo el año hay alimento en abundancia que alcanzaría para una cantidad de animales cinco o diez veces mayor de la que existe en realidad; y sin embargo, la población animal de las estepas crece de forma extremadamente lenta. Pero cuando los campesinos buriatos, como dueños de ganado y de rebaños de caballos, hacen provisión de heno en las estepas y permiten a sus animales el acceso a él durante la escarcha o las nieves intensas, inmediatamente se observa el aumento de sus rebaños.

Prácticamente en las mismas condiciones se encuentran casi todos los animales herbívoros que viven en libertad, así como muchos roedores de Asia y América. Por eso podemos afirmar con seguridad que su número *no* se reduce por causa de la rivalidad y de la lucha mutua, ya que en ninguna época tienen que luchar por alimentos, y que si nunca se reproducen hasta llegar al grado de superpoblación, la razón reside en el clima y no en la lucha mutua por el alimento.

La importancia de los *obstáculos naturales* a la reproducción excesiva, y en especial su relación con la hipótesis de la competencia, aparentemente todavía no ha sido tomada en consideración

en la medida que merece. Estos obstáculos, o más exactamente, algunos de ellos, se suelen citar de paso, pero hasta la fecha no se han examinado en detalle. Sin embargo, si se compara la acción real de las causas naturales sobre la vida animales con la posible acción de la rivalidad dentro de las especies, debemos reconocer en seguida que la última no soporta ninguna comparación con la anterior. Así por ejemplo, Bates menciona la cantidad inimaginable de hormigas aladas que perecen cuando enjambran. Los cuerpos muertos o semimuertos de la hormiga de fuego (*Myrmica saevissima*) arrastrados al río durante una tormenta «presentaban una línea de dos y cinco centímetros de alto y de la misma anchura, y la línea se extendía sin interrupción a lo largo de varios kilómetros al borde del agua».[84] Miríadas de hormigas suelen ser destruidas de tal modo en medio de una naturaleza que podría alimentar mil veces más hormigas de las que vivían por entonces en este lugar.

El doctor Altum, forestal alemán que escribió un libro muy instructivo acerca de los animales dañinos para nuestros bosques, aporta también muchos hechos que demuestran la gran importancia de los obstáculos naturales a la multiplicación excesiva. Dice que una sucesión de tormentas o el tiempo frío y neblinoso durante la emigración de la polilla de pino (*Bombyx pini*) la destruye en cantidades inverosímiles, y en la primavera del año 1871 todas estas polillas desaparecieron de golpe, probablemente destruidas por una sucesión de noches frías.[85] Se podrían también citar ejemplos semejantes relativos a los insectos de diferentes partes de Europa. El doctor Altum menciona las aves que devoran a las

---

84 *The Naturalist on the River Amazons*, t. II, págs. 85, 95 de la edición inglesa. Lo mismo he podido ver por lo menos una vez el litoral sur de Inglaterra, de lo que informé convenientemente en la revista *Nature*. En general, tal fenómeno es bastante corriente.

85 Dr. B. Altum: *Waldbeschädigungen durch Thiere und Gegenmittel* (Berlín, 1880, pág. 207 y ss.).

polillas y la enorme cantidad de huevos de este insecto destruidos por los zorros; pero agrega que los hongos parásitos que la atacan periódicamente son para la polilla enemigos considerablemente más temibles que cualquier ave, ya que destruyen a la polilla de un solo golpe en una extensión enorme. En cuanto a las diferentes especies de ratones *(Mus sylvaticus, Arvicola arvalis, y A. agrestis)* Altum, exponiendo una larga lista de sus enemigos, observa: «Sin embargo, los enemigos más terribles de los ratones no son los demás animales, sino los cambios bruscos de tiempo que se producen casi todos los años». Si las heladas y el tiempo templado se alternan, destruyen a los ratones en cantidades innumerables; «un solo cambio brusco de tiempo puede dejar, de un población de muchos miles de ratones, únicamente algunos individuos vivos». Por otra parte, un invierno templado, o un invierno que avanza paulatinamente, les da la posibilidad de multiplicarse en proporciones amenazantes, a pesar de cualquier enemigo. Así ocurrió en los años 1876 y 1877.[86] De este modo, la rivalidad con respecto a los ratones es un factor completamente insignificante en comparación con el tiempo. Hechos del mismo género son citados a propósito de las ardillas.

En cuanto a las aves, es conocido cómo sufren por los cambios bruscos de tiempo. Las nevadas a finales de la primavera son tan ruinosas para las aves en los pantanos de Inglaterra como en Siberia, y C. Dixon tuvo ocasión de ver a los lagópodos escoceses[87] reducidos a tal punto a causa el frío de inviernos excepcionalmente crudos que abandonaban los páramos en grandes cantidades, «y conocemos casos en que fueron atrapados en las calles de Sheffield». «El tiempo húmedo y prolongado —agrega— es también prácticamente fatal para ellos».

86 Dr. B. Altum: obra citada, págs. 13 y 187.

87 *Lagopus scoticus.*

Por otra parte, las enfermedades contagiosas que afectan regularmente a la mayoría de las especies animales las destruyen en tal cantidad que a menudo las pérdidas no pueden ser repuestas en muchos años, ni aun entre los animales que más rápidamente se multiplican. Así por ejemplo, allá por el año cuarenta, los *súslik* o cricetinos desaparecieron súbitamente de los alrededores de Sarepta, en la Rusia suroriental, debido a una epidemia, y durante muchos años fue imposible encontrar uno solo. Pasaron muchos años antes de que volvieran a ser tan numerosos como anteriormente.[88]

Se podrían agregar muchos hechos semejantes, cada uno de los cuales disminuye la importancia atribuida a la competencia y a la lucha dentro de la especies.[89] Naturalmente, se podría contestar con las palabras de Darwin cuando afirmaba que sin embargo cada ser orgánico «en cualquier período de su vida, en el transcurso de cualquier estación del año, en cada generación, o de tiempo en tiempo, debe luchar por la existencia y sufrir una gran destrucción», y que solo los más aptos sobreviven a tales períodos de dura lucha por la existencia. Pero si la evolución del mundo animal estuviera basada exclusivamente, o aun preferentemente, en la supervivencia de los más aptos en *períodos de calamidades*, si la selección natural estuviera limitada en su acción a los períodos de sequía excepcional, cambios bruscos de temperatura o inundaciones, entonces *la regla general en el mundo animal sería la regresión, y no el progreso.*

Aquellos que sobreviven al hambre o a una epidemia severa de cólera, viruela o difteria que diezman en proporciones parecidas a las que observamos en los países incivilizados, de ninguna manera son *ni más fuertes, ni más sanos ni más inteligentes.* Ningún progreso podría basarse sobre semejantes supervivientes, tanto más cuanto que todos los que han sobrevivido suelen salir

88 A. Becker, en el *Bulletin de la Société des Naturalistes de Moscou*, 1889, pág. 625.

89 Véase apéndice IX.

de la experiencia con la salud quebrantada, como los caballos de Transbaikalia que hemos mencionado antes, las tripulaciones de los barcos árticos o las guarniciones de las fronteras obligadas a vivir durante algunos meses a media ración y que, al levantarse el sitio, vuelven con la salud destrozada y con una mortalidad completamente anormal como consecuencia. Todo lo que la selección natural puede hacer en períodos de calamidad se reduce a la conservación de los individuos dotados de una mayor *resistencia* para soportar toda clase de privaciones. Tal es el papel de la selección natural entre los caballos siberianos y el ganado cornúpeto. Estos se distinguen *por su resistencia*; pueden alimentarse, en caso de necesidad, con abedul polar, y pueden hacer frente al frío y al hambre. No obstante, el caballo siberiano solo puede llevar la mitad de la carga que el caballo europeo porta sin esfuerzo; ninguna vaca siberiana da la mitad de leche que la vaca Jersey, y ningún indígena de los países salvajes soporta la comparación con los europeos. Estos indígenas pueden resistir más fácilmente el hambre y el frío, pero sus fuerzas físicas son considerablemente inferiores a las fuerzas del europeo que se alimenta bien, y su progreso intelectual se produce con una lentitud desesperante. «Lo malo no puede engendrar lo bueno», como escribió Chernishevski en un notable ensayo consagrado al darwinismo.[90]

Por fortuna, la competencia no es la regla general ni en el mundo animal ni en la humanidad. Se limita, entre los animales, a períodos excepcionales, y la selección natural suele encontrar otros terrenos más propicios para su actividad. La ayuda y el apoyo mutuos crea mejores condiciones para la selección *progresiva* por medio de la *eliminación de la competencia*.[91] En la gran lucha por

---

90 *Rússkaya Mysl*, n.° 9, 1888. «Origen de la teoría de los beneficios de la lucha por la vida», por «Un viejo transformista».

91 «Uno de los modos más corrientes en que actúa la selección natural —dice Darwin— es la adaptación de algunos individuos de una especie determinada a

la existencia —por la mayor plenitud e intensidad de vida posible con el mínimo de desgaste de energía— la selección natural busca continuamente medios para evitar la competencia. Las hormigas se unen en nidos y tribus; hacen provisiones y crían «vacas» —es decir, pulgones— para sus necesidades, evitando así la competencia; y la selección natural escoge de entre todas las hormigas a aquellas especies que mejor saben evitar la competencia y sus perniciosas e inevitables consecuencias. La mayoría de nuestras aves se trasladan lentamente al sur a medida que avanza el invierno, o se reúnen en sociedades innumerables y emprenden largos viajes, evitando así la competencia. Muchos roedores se entregan al sueño invernal cuando llega la época de la posible competencia, y otras razas de roedores se proveen de alimento para el invierno y viven en común en grandes poblaciones a fin de obtener la protección necesaria durante el trabajo. Los ciervos, cuando los líquenes se secan en el interior del continente, emigran en dirección del mar. Los búfalos atraviesan continentes enteros en busca de alimento abundante. Y las colonias de castores, cuando se reproducen demasiado en un río, se dividen en dos grupos y los viejos descienden el río mientras los jóvenes lo remontan para evitar la competencia. Y por último, si los animales no pueden entregarse al sueño invernal ni emigrar, ni hacer provisiones de alimentos ni cultivar ellos mismos el alimento necesario como hacen las hormigas, entonces se portan como los paros (véase la hermosa descripción de Wallace en *Darwinism;* cap. v) y recurren a una nueva clase de alimento con el fin, de nuevo, de evitar la competencia.[92]

«Evitad la competencia. Siempre es dañina para la especie, y vosotros tenéis abundancia de medios para evitarla». Tal es la

---

un modo de vida algo diferente, debido a lo cual pueden ocupar lugares aún no ocupados en la naturaleza» (*El origen de las especies*, cap. VI). En otras palabras: evitar la competencia.

92 Véase apéndice x.

tendencia de la naturaleza, no siempre realizable por ella misma, pero siempre inherente a ella. Tal es la consigna que llega hasta nosotros desde los matorrales, bosques, ríos y océanos. «Por consiguiente: ¡Uníos! ¡Practicad la ayuda mutua! Es el medio más justo para garantizar la seguridad máxima tanto para cada uno en particular como para todos en general; es la mejor garantía para la existencia y el progreso físico, intelectual y moral».

He aquí lo que nos enseña la naturaleza; y esta voz la han escuchado todos los animales que alcanzaron la más elevada posición en sus respectivas clases. A esta misma orden de la naturaleza obedeció el hombre —el más primitivo— y únicamente gracias a ella alcanzó la posición que ahora ocupa. Los capítulos siguientes, consagrados a la ayuda mutua en las sociedades humanas, convencerán al lector de la verdad de este argumento.

CAPÍTULO III

La ayuda mutua entre los salvajes

La supuesta guerra de cada uno contra todos — Origen tribal de la sociedad humana — Aparición tardía de la familia separada — Bosquimanos y hotentotes — Australianos, papúes — Esquimales, aleutas — Rasgos de la vida de los salvajes difícilmente comprensibles para los europeos — La concepción de la justicia entre los dayacos — El derecho común

HEMOS CONSIDERADO RÁPIDAMENTE, EN los dos capítulos precedentes, el enorme papel de la ayuda mutua y del apoyo mutuo en la evolución del mundo animal. Ahora tenemos que echar una mirada al papel que los mismos fenómenos desempeñaron en la evolución de la humanidad. Hemos visto hasta qué punto es insignificante el número de especies animales que llevan una vida solitaria, y lo innumerables que son las especies que viven en sociedades uniéndose con fines de defensa mutua, para cazar y acumular depósitos de alimentos, para criar la descendencia o simplemente para el disfrute de la vida en común. Hemos visto también que aunque la lucha que se libra entre las diferentes clases de animales o diferentes especies, o aun entre los diferentes grupos de la misma especie, no es poca, sin embargo, hablando en general, dentro del grupo y de la especie reinan la paz y el apoyo mutuo; y que aquellas especies que poseen mayor inteligencia para unirse y evitar la competencia y la lucha tienen también mayores oportunidades para sobrevivir y alcanzar el máximo desarrollo progresivo. Tales especies florecen mientras las especies que desconocen la sociabilidad decaen.

Es evidente que si el hombre fuera la excepción a esta regla general sería la contradicción de todo lo que sabemos de la naturaleza: ocurriría que en la aurora de su existencia un ser tan indefenso como el hombre habría hallado protección y un camino de progreso no en la ayuda mutua, como los demás animales, sino en la lucha irrazonada por ventajas personales, sin prestar atención a los intereses de la especie. Para toda inteligencia identificada con la idea de la unidad de la naturaleza, tal suposición parecerá completamente inadmisible. Y sin embargo, a pesar de su inverosimilitud y su falta de lógica, siempre ha encontrado partidarios. Siempre hubo escritores que han mirado a la humanidad desde un punto de vista pesimista. Conocían al hombre, más o menos superficialmente, según su propia experiencia personal limitada: en la historia se ceñían al conocimiento de lo que nos contaban los cronistas que siempre han prestado atención principalmente a las guerras, a las crueldades y a la opresión; y estos pesimistas llegaron a la conclusión de que la humanidad es una sociedad de seres débilmente unidos y siempre dispuestos a pelearse entre sí hasta el punto de que únicamente la intervención de la autoridad impide el estallido de una contienda general.

Hobbes, filósofo inglés del siglo XVII (el primero que, después de Bacon, se decidió a afirmar que las concepciones morales del hombre no tenían su origen en la religión), se colocó, como es sabido, precisamente en este punto de vista. Los hombres primitivos, según su opinión, vivían en una eterna guerra intestina hasta que entre ellos aparecieron los legisladores, personas sabias y poderosas que asentaron el principio de la convivencia pacífica.

En el siglo XVIII, naturalmente, hubo pensadores que trataron de demostrar que la humanidad, en ningún momento de su existencia —ni siquiera en el período más primitivo—, vivió en estado de guerra permanente; que el hombre era un ser social aun en «estado natural» y que había sido más la falta de conocimientos que las malas inclinaciones naturales lo que habían conducido a la hu-

manidad a todos los horrores que caracterizaron su vida histórica pasada. Pero los numerosos continuadores de Hobbes prosiguieron, sin embargo, sosteniendo que el llamado «estado natural» no era otra cosa que una lucha continua entre los hombres agrupados casualmente por las inclinaciones de su existencia animal.

Naturalmente, la ciencia ha hecho progresos desde la época de Hobbes, y nosotros pisamos ahora un terreno más seguro que el que pisaron él o Rousseau. Pero la filosofía de Hobbes aún tiene bastantes seguidores, y en los últimos tiempos se ha formado toda una escuela de escritores que, armados no tanto de las ideas de Darwin como de su terminología, se han aprovechado de esta última para predicar en favor de las opiniones de Hobbes sobre el hombre primitivo, consiguiendo incluso conferirles un cierto aire de apariencia científica. Huxley, como es sabido, encabezaba esta escuela, y en su conferencia leída en el año 1888 presentó a los hombres primitivos como a tigres o leones desprovistos de toda clase de concepciones sociales, que no se detenían ante nada en la lucha por la existencia y cuya vida entera transcurría en una «libre lucha continua». En sus propias palabras «más allá de los límites familiares orgánicos y temporales, la guerra hobbesiana de cada uno contra todos era el estado normal de su existencia».[93]

En más de una ocasión se ha observado que el error principal de Hobbes, y en general de los filósofos del siglo XVIII, consistía en que se representaban al género humano primitivo en forma de pequeñas familias nómadas, a semejanza de las familias «limitadas y temporales» de los animales carnívoros más grandes. Sin embargo, se ha establecido positivamente que semejante hipótesis es por completo incorrecta. Naturalmente, no tenemos hechos directos que testimonien el modo de vida de los primeros seres antropoides. Ni siquiera la época de la primera aparición de tales seres está

93 *The Nineteenth Century*, febrero, 1888, pág. 165. Esta conferencia se incluyó en la selección de sus artículos y en la colección de sus obras.

establecida con precisión, aunque los geólogos contemporáneos se inclinan a ver sus huellas en los depósitos plicénicos y hasta en los miocénicos del período terciario. Pero tenemos a nuestra disposición el método indirecto que nos da la posibilidad de iluminar hasta cierto punto ese lejano período. Efectivamente, durante los últimos cuarenta años se han hecho investigaciones muy cuidadosas de las instituciones humanas de las razas más inferiores, y estas investigaciones revelaron, en las instituciones actuales de los pueblos primitivos, las huellas de instituciones más antiguas desaparecidas hace mucho, pero que sin embargo dejaron signos indudables de su existencia. Poco a poco, una ciencia entera, la etnología, consagrada al desarrollo de las instituciones humanas, se creó gracia a los trabajos de Bachofen, MacLennan, Morgan, Edward B. Tylor, Maine, Post, Kovalevsky y muchos otros. Y esta ciencia ha establecido ahora fuera de toda duda que la humanidad no comenzó su vida en forma de pequeñas familias solitarias.

La familia no solo no fue la forma primitiva de organización, sino que en realidad es un producto muy tardío de la evolución de la humanidad. Por más lejos que nos remontemos en la profundidad de la historia más remota del hombre, por todas partes encontramos que los hombres vivían ya en sociedades, en grupos semejantes a los rebaños de los mamíferos superiores. Fue necesario un desarrollo muy lento y prolongado para llevar estas sociedades hasta la organización del grupo (o clan), que a su vez debió sufrir otro proceso de desarrollo también muy prolongado antes de que pudieran aparecer los primeros gérmenes de la familia polígama o monógama.

De este modo, fueron las sociedades, bandas, clanes y tribus —y no la familia— las primitivas formas de organización de la humanidad y sus antecesores más antiguos. A tal conclusión llegó la etnología después de minuciosas investigaciones. Esta conclusión podrían haberla predicho igualmente los zoólogos, ya que ninguno de los mamíferos superiores, con excepción de algunos

pocos carnívoros y algunas especies de monos que indudablemente se encuentran en decadencia (orangutanes y gorilas), viven en pequeñas familias errando solitarias por los bosques. *Todos los demás viven en sociedades.* Darwin comprendió que los monos que viven aislados nunca podrían haberse desarrollado en seres parecidos al ser humano; y estaba inclinado a considerar al hombre como descendiente de alguna especie de mono comparativamente más débil *pero social* como el chimpancé, y no de una especie más fuerte pero asocial como el gorila.[94] La zoología y la paleontología (ciencia que estudia el hombre más antiguo) llegan de tal modo a la misma conclusión: la forma más antigua de la vida social fue el grupo, el clan, y no la familia. Las primeras sociedades humanas simplemente fueron un desarrollo mayor de aquellas sociedades que constituyen la esencia misma de la vida de los animales superiores.[95]

Si pasamos ahora a los datos positivos, veremos que las huellas más antiguas del hombre, que datan del período glacial o posglacial más remoto, presentan pruebas indudables de que el hombre vivía ya por entonces en sociedades. Muy raramente suele encontrarse un instrumento de piedra aislado, ni siquiera

---

94 *The Descent of Man*, cap. II, final, págs. 63-4, 2.ª edición.

95 Algunos antropólogos que comparten plenamente las opiniones arriba expuestas sobre el hombre afirman sin embargo que los monos viven en familias polígamas bajo la dirección de un «macho fuerte y celoso». No sé hasta dónde semejante afirmación es confirmada por observaciones completamente fidedignas. Pero la página de Brehm a la cual por lo común se refieren difícilmente puede considerarse especialmente probatoria. Constituye parte de su descripción general de los monos; pero sus descripciones más detalladas de las especies separadas contradicen tal deducción general, o en todo caso no la confirman. Aun con respecto a los monos de cola (*Cercopithecus*), Brehm afirma explícitamente que «casi siempre viven en grandes bandas; y raramente se encuentran en familias separadas» (edición rusa, 1874, pág. 49). En cuanto a otras especies de monos, ya el mismo número de sus grupos, en los cuales siempre hay muchos machos, hace más que dudosa la hipótesis de la «familia polígama». Es evidente que se requieren más observaciones.

en los inicios de la Edad de Piedra. Por el contrario, donde quiera que se han encontrado uno o dos instrumentos de piedra, pronto se encontraron allí otros, casi siempre en cantidades muy grandes. Incluso en aquellos tiempos en que los hombres vivían en cavernas o en las hendiduras de las rocas, como en Hastings, o se refugiaban bajo las rocas salientes junto a mamíferos ya desaparecidos y apenas sabían fabricar toscas hachas de piedra, ya conocían las ventajas de la vida en sociedad.

En Francia, en los valles de los afluentes del Dordogne, la superficie de rocas está en algunos puntos repleta de cavernas que servían de refugio al hombre paleolítico, es decir, al hombre de la antigua Edad de Piedra.[96] A veces las viviendas de las cavernas están dispuestas por pisos y recuerdan más a los nidos de una colonia de golondrinas que a una madriguera de carnívoros. En cuanto a los instrumentos de sílice hallados en estas cavernas, según la expresión de Lubbock, «se puede decir sin temor a exagerar que son innumerables». Lo mismo se puede decir con respecto a todas las demás estaciones paleolíticas. A juzgar por las exploraciones de Lartet, los habitantes de la región de Aurignac, en el sur de Francia, organizaban festines tribales en los entierros de sus muertos. De tal modo, los hombres vivían en sociedades, y en ellas aparecieron los gérmenes del rito religioso tribal ya en aquella época muy lejana, en la aurora de la aparición de los primeros antropoides.

Lo mismo se confirma, incluso con mayor abundancia de pruebas, respecto al período neolítico más reciente de la edad de piedra. Las huellas del hombre se encuentran aquí en grandes cantidades, de modo que gracias a ellas se ha podido reconstituir en grado considerable toda su manera de vivir. Cuando la capa de hielo (que en nuestro hemisferio debía extenderse desde las regiones polares hasta el centro de Francia, Alemania y Rusia, y cubría

---

96 Lubbock: *Prehistoric Times*; 5.ª edición, 1890.

el Canadá y también una parte considerable del territorio de los Estados Unidos), comenzó a derretirse, las superficies liberadas del hielo se cubrieron primero de ciénagas y pantanos, y luego de innumerables lagos.[97]

En aquella época los lagos llenaban las depresiones y los ensanchamientos de los valles antes de que las aguas abrieran los cauces permanentes que en la siguiente época se convirtieron en nuestros ríos. Y dondequiera nos dirijamos ahora, a Europa, Asia o América, encontramos que las orillas de los innumerables lagos de este período —que con justicia debería llamarse período lacustre—, están cubiertas de huellas del hombre neolítico. Estas huellas son tan numerosas que solo podemos asombrarnos de la densidad de la población en aquella época. En las terrazas que ahora marcan las orillas de los antiguos lagos, los «períodos» del hombre neolítico se suceden, y en cada uno de ellos se encuentran instrumentos de piedra en tales cantidades que no queda ni la menor duda de que durante mucho tiempo estos lugares fueron habitados por tribus de hombres bastante numerosas. Talleres enteros de instrumentos de sílice, que a su vez atestiguan la cantidad de trabajadores que se reunían en un lugar, fueron descubiertos por los arqueólogos.

Hallamos los rastros de un período más avanzado, caracterizado ya por el uso de productos de alfarería, en los conchales

---

97 La mayoría de los geólogos que han estudiado el período glaciar admiten ahora tal extensión de la capa de hielo. Cuando en el año 1874, a la conclusión de mis trabajos, emití la opinión de que la capa glaciar polar llegaba, en la Rusia actual, casi hasta el grado cincuenta de latitud, se consideró una fantasía. Ahora, el «relevante geólogo ruso» mantiene esta opinión con respecto a Rusia, y la mayoría de los especialistas alemanes la mantienen con respecto a Alemania. La glacialización de la mayor parte de la meseta de Francia será reconocida inevitablemente por los geólogos franceses cuando presten mayor atención a los depósitos glaciares. He visto en Clairne (cerca de Bar-sur-Aube) pedregullo glaciar perfectamente típico, y las huellas típicas del aluvión glaciar en la costa norte de Bretaña, cerca de Saint-Malo.

de Dinamarca. Como es sabido, estos montones de conchas, de entre uno y dos metros de altura, de treinta a cincuenta metros de anchura y más de trescientos metros de longitud, están tan extendidos en algunos lugares del litoral marítimo de Dinamarca que durante mucho tiempo fueron considerados como formaciones naturales. Sin embargo, se componen «exclusivamente de materiales que fueron usados de un modo u otro por el hombre», y están de tal modo repletos de productos del trabajo humano que Lubbock, durante una estancia de solo dos días en Milgaard, halló ciento noventa y una piezas de instrumentos de piedra y cuatro fragmentos de productos de alfarería.[98] Las medidas mismas y la extensión de estos conchales prueban que, durante generaciones y generaciones, en las orillas de Dinamarca se asentaron centenares de pequeñas tribus o clanes que sin duda vivían tan pacíficamente entre sí como viven ahora los habitantes de Tierra del Fuego, quienes también hoy en día acumulan montones semejantes de conchas y toda clase de desechos.[99]

En cuanto a las construcciones lacustres de Suiza, que representan un grado muy avanzado en el camino de la civilización, constituyen incluso mejores pruebas de que sus habitantes vivían

98 *Prehistoric times*, págs. 232 y 242.

99 Los restos culinarios, es decir, los montones de desechos de alrededor de casi dos metros de altura y treinta de longitud que yacen en las capas de la conocida colina de Hasting en frente de las cuevas donde en otros tiempos habitaron los hombres neolíticos, pertenecen a la misma categoría. Fueron cuidadosamente tamizados y estudiados por Louis Abbot, y se componen exclusivamente de conchas de ostras, huesos y fragmentos de instrumentos de sílice. Estos últimos se encuentran en tales cantidades que, visitando los montones junto con Abbot después de una fuerte lluvia, reunimos en una hora alrededor de cien raspadores y cuchillos rotos que fueron arrojados por los salvajes en los montones delante de sus viviendas por ser inservibles. Estos montones son también interesantes ya que en ellos hay instrumentos que pudieran ser considerados como armas para acciones bélicas o incluso para la caza de grandes fieras. Los habitantes de aquel entonces de estos lugares se alimentaban de peces que pescaban con ganchos de sílice, y solo de pequeños mamíferos.

en sociedades y trabajaban en común. Sabido es que ya en la edad de piedra las orillas de los lagos suizos estaban sembradas de aldeas compuestas de varias chozas construidas sobre una plataforma sostenida por numerosos pilotes clavados en el fondo del lago. No menos de veinticuatro aldeas, la mayoría de las cuales pertenecían a la Edad de Piedra, fueron descubiertas en los últimos años en las orillas del lago de Ginebra, treinta y dos en el lago Costanza, y cuarenta y seis en el lago de Neufehatel, y cada una de ellas es testimonio de la inmensa cantidad de trabajo realizado en común no ya por la familia sino por la tribu entera. Algunos investigadores han llegado a suponer que la vida de estos habitantes de los lagos estaba en gran parte libre de choques bélicos. Esta hipótesis es verosímil si se toma en consideración la vida de las tribus primitivas que aún viven en aldeas construidas sobre pilotes a orillas del mar.

De todo este rápido esbozo se desprende por tanto que nuestros conocimientos del hombre primitivo no son tan pobres después de todo, y que en todo caso refutan más que confirman las hipótesis de Hobbes y de sus continuadores contemporáneos. Además, pueden ser completados en gran medida si se recurre a la observación directa de las tribus primitivas que se hallan todavía en el mismo nivel de civilización que los habitantes de Europa en los tiempos prehistóricos.

Ya ha sido plenamente probado por Edward Burnett Tylor y John Lubbock que los pueblos primitivos que existen en nuestros días de ningún modo representan —como en ocasiones se ha afirmado— tribus que han degenerado y que en otros tiempos conocieron una civilización más elevada, que más tarde perdieron. En todo caso, a las pruebas aportadas contra la teoría de la degeneración se puede agregar lo siguiente: con excepción de pocas tribus que se mantienen en regiones montañosas poco accesibles, los llamados «salvajes» ocupan las zonas que rodean a naciones más o menos civilizadas, preferentemente en los extremos de nuestros continentes que en su mayor parte han conservado el

carácter de la época posglacial antigua o que hasta hace poco aún lo tenían. A estos pertenecen los esquimales y sus congéneres de Groenlandia, la América ártica y Siberia septentrional; los indígenas australianos, los papúes, los habitantes de Tierra de Fuego y, en parte, los bosquimanos en el hemisferio sur; y en los límites de la extensión ocupada por pueblos más o menos civilizados, semejantes tribus primitivas se encuentran en el Himalaya, en las tierras altas del sureste de Asia y en la meseta brasileña. No se debe olvidar que el período glacial no terminó simultáneamente en toda la superficie del globo. En Groenlandia, por ejemplo, se prolonga hasta nuestros días. Debido a esto, en la época en que las regiones litorales del océano Indico, del mar Mediterráneo y del golfo de México gozaban ya de un clima más templado y en ellos se desarrollaba una civilización más elevada, inmensos territorios de Europa Central, Siberia y América del Norte, y también de la Patagonia, sur del África, sureste de Asia y Australia, permanecían todavía en las condiciones del período posglacial que las hicieron inhabitables para las naciones civilizadas de la zona tórrida y templada. En esta época, las zonas citadas constituían algo así como los actuales y terribles «urmans» de la Siberia del noroeste, y su población, inaccesible a la civilización y no tocada por ella, conservó el carácter del hombre posglacial antiguo.

Solo más tarde, cuando la desecación los hizo más aptos para la agricultura, estos territorios comenzaron a poblarse de inmigrantes más civilizados; y fue entonces cuando parte de los habitantes anteriores se fundieron poco a poco con los nuevos colonos, mientras que otra parte se retiraba más y más lejos en dirección a las zonas subglaciales y se asentaba en los lugares donde ahora los encontramos. Los territorios habitados por ellos en el presente han conservado hasta ahora, o conservaban en una época no muy lejana, un carácter casi glacial en su aspecto físico; y las artes y los instrumentos de sus habitantes todavía no han salido del período Neolítico, es decir, de la baja Edad de Piedra. Pero a pesar de las

diferencias de raza y de la extensión que separa a estas tribus entre sí, su modo de vida y sus instituciones sociales son asombrosamente parecidas.

Por ello podemos considerar a estos «salvajes» como fragmentos de la población del posglacial antiguo.

Cuando comenzamos a estudiar a los pueblos primitivos lo primero que nos asombra es la complejidad de la organización de las relaciones maritales en que viven. En la mayoría de ellos, la familia, en el sentido como la comprendemos nosotros, existe solamente en estado embrionario. Pero al mismo tiempo, los «salvajes» de ningún modo constituyen «una turba de hombres y mujeres poco unidos entre sí, que se reúnen desordenadamente según los caprichos del momento». Todos ellos, por el contrario, se someten a una organización determinada, que Luis Morgan describió en sus rasgos típicos y llamó organización «tribal o de clan».[100]

---

100 Bachofen: *Das Mutterrecht*, Stuttgart, 1861; Lewis H. Morgan: *Ancient society or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through barbarism to Civilization*, Nueva York, 1877; MacLennan: *Studies in Ancient History*; 1.ª serie, nueva edición 1866, 2.ª serie 1896; L. Fison y A. Howitt: *Kamilaroi and Kurnai*, Melbourne. Estos cuatro escritores —según la observación muy justa de Giraud Teulon—, partiendo de diferentes hechos y de diferentes ideas generales y utilizando métodos diferentes, llegaron a la misma conclusión. Debemos a Bachofen la noción de la familia matriarcal; a Morgan la investigación del sistema del parentesco en el clan entre los malayos y turanios, y también el ensayo, muy inteligente, de las fases importantes de la evolución humana; a MacLennan, la investigación de la exogamia, es decir, del matrimonio fuera del propio clan; a Fison y Howitt, el establecimiento del esquema de las relaciones conyugales tribales en Australia. Las investigaciones de los cuatro llevan a la conclusión del origen tribal de la familia. Cuando Bachofen llamó por primera vez la atención sobre la familia matriarcal en su obra, que marcó una época en la ciencia, y Morgan describió la organización de clan, ambos llegaron a la conclusión de que estas instituciones tenían una extensión casi general y afirmaron que las leyes conyugales constituyen la base misma de los consecutivos grados de la evolución de la humanidad. Pero por ello fueron acusados de exageración. Sin embargo, los exámenes más cuidadosos realizados por todo un grupo de investigadores que estudiaron el derecho antiguo probaron que en todas las razas de la humanidad quedan huellas de haber pasado por los mismos grados de evolución de las costumbres conyugales, y que estos grados son los que observamos en el

Exponiendo brevemente esta extensísima materia podemos decir que actualmente no existen dudas sobre el hecho de que la humanidad, en el principio de su existencia, ha pasado por una etapa de relaciones conyugales que puede llamarse de «matrimonio tribal o comunal»; es decir, que todos los miembros de la tribu tenían maridos y mujeres compartidos, prestando muy poca atención al parentesco sanguíneo. Pero es indudable también que algunas restricciones a estas relaciones entre los sexos fueron establecidas por la costumbre ya en un período muy antiguo. Las relaciones conyugales fueron pronto prohibidas entre los hijos de una madre y sus hermanas, nietas y tías. Más tarde tales relaciones fueron prohibidas también entre los hijos e hijas de una misma madre, y pronto siguieron otras restricciones.

Poco a poco se desarrolló la idea de *clan* (*gens*) que abarcaba a todos los descendientes reales o supuestos de una raíz común (o más bien a todos los unidos a un clan por el supuesto parentesco). Y cuando el clan se multiplicó por la subdivisión en algunos clanes, cada uno de los cuales se dividía, a su vez, en clases (habitualmente en cuatro clases), el matrimonio era permitido solo entre clases determinadas y estrictamente definidas. Se puede observar un estado semejante aun entre los indígenas de Australia que hablan la lengua kamilaroi. En lo que respecta a la familia, sus primeros gérmenes aparecieron en la organización de clan. Una mujer de otro clan hecha prisionera durante la guerra inicialmente habría pertenecido al grupo entero, pero en un período más tardío pudo ser acaparada por el captor, si bien cumpliendo determinadas obligaciones hacia el clan. Podía ser ubicada en una cabaña separada después de haber pagado ella algún tipo de tributo a cada miembro del clan; y entonces podía fundar dentro del

---

presente entre algunos salvajes. Véanse las obras de autores como Post, Dargun, Kovalevsky, Lubbock y sus numerosos continuadores, como Lippert, Mucke y otros.

clan una familia separada cuya aparición abrió claramente una nueva fase de la civilización. Pero en ningún caso la esposa que asentaba la base de la familia patriarcal podía ser tomada de su propio clan. Solo podía provenir de un clan extraño.

Si consideramos que esta organización compleja se ha desarrollado entre hombres que ocupaban los peldaños más bajos de desarrollo que conocemos, y que se mantuvo en sociedades que no conocían más autoridad que la de la opinión pública, comprenderemos en seguida cuán profundamente arraigados debían estar los instintos sociales en la naturaleza humana hasta en los estadios más iniciales de su desarrollo. El salvaje que era capaz de vivir sometiéndose voluntariamente a las restricciones que chocaban constantemente con sus deseos personales ciertamente no era un animal desprovisto de todo principio ético cuyas pasiones no conocían freno. Este hecho se hace aún más asombroso si tomamos en consideración la inmensa antigüedad de la organización del clan.

Actualmente sabemos que los semitas primitivos, los griegos de Homero, los romanos prehistóricos, los germanos de Tácito, así como los antiguos celtas y eslavos pasaron todos por el período de organización de clan de los australianos, los indios pieles rojas, los esquimales y otros habitantes del «cinturón de salvajes».[101]

De tal modo, debemos admitir que o bien el desarrollo de las costumbres conyugales, por algún motivo, siguió la misma dirección en todas las razas humanas; o bien las bases de las leyes de clan se desarrollaron entre ciertos antepasados comunes que fueron luego el tronco genealógico de los semitas, arios, polinesios, etc., antes de que su división por razas tuviera lugar, y que estas

101 Sobre los semitas y arios, véase especialmente el profesor Máximo Kovalevsky, *Derecho primitivo*, Moscú, 1886 y 1887. También sus conferencias en Estocolmo (*Tableau des Origines et de l'Evolution de la Famile et de la Propriété*. Estocolmo, 1890) que presenta un resumen admirable de toda la cuestión. Véase también R. Post, *Die Geeschlechtsgenossenschaft der Urzeit*, Oldenburg, 1875.

restricciones fueron conservadas, hasta el presente, entre razas que hace mucho se separaron de la raíz común. Ambas posibilidades, en igual grado, señalan sin embargo la asombrosa tenacidad de esta institución —tenacidad que no pudo destruir durante decenas de milenios ningún atentado que el individuo perpetrara contra ella—. Pero la misma fuerza de la organización del clan demuestra hasta qué punto es falsa la opinión por la cual se representa a la humanidad primitiva en forma de turba desordenada de individuos que solo obedecen a sus propias pasiones y donde cada uno se sirve de su propia fuerza personal y su astucia para imponerse a todos los demás. El individualismo desenfrenado es manifestación de tiempos más modernos, pero en ningún caso era propio del hombre primitivo.[102]

Pasando ahora a los salvajes que continúan existiendo en nuestros días, podemos comenzar con los bosquimanos, que ocupan un peldaño muy bajo de desarrollo, tan bajo que ni siquiera tienen viviendas y duermen en cuevas cavadas en la tierra o sim-

---

102 No podemos detenernos a juzgar aquí la cuestión del origen de las restricciones conyugales. Observaré solamente que la división en grupos semejante a la descrita por Morgan en los hawaianos existe en las aves en las que las crías jóvenes viven juntas y separadas de sus progenitores. Separación semejante se puede hallar también en algunos mamíferos. En cuanto a la prohibición de las relaciones conyugales entre hermanos y hermanas que siguió, no surgió probablemente debido a consideraciones sobre la mala influencia del parentesco sanguíneo (tales consideraciones son poco probables), sino más bien como resultado de la tendencia a prevenir la promiscuidad que nace fácilmente en una edad demasiado temprana. La convivencia estrecha en un lugar hizo positivamente necesaria semejante restricción, y se halla enteramente de acuerdo con las precauciones tomadas por los salvajes para separar la juventud masculina en una «casa larga» especial, bajo la vigilancia de los educadores. Se debe observar también que en general, al juzgar los orígenes de las nuevas costumbres, se debe tener presente que los salvajes, lo mismo que nosotros, tienen sus «pensadores» y sus sabios hechiceros, brujos, médicos y profetas, cuyos conocimientos e ideas sobrepasan el nivel general de la masa. Reunidos en uniones secretas (otro rasgo casi universal), estos hechiceros, naturalmente, podían ejercer una enorme influencia y establecer costumbres cuya utilidad no fuera entendida en toda su amplitud por la mayoría de la tribu.

plemente bajo la cubierta de ligeras pantallas de hierbas y ramas que los protegen del viento. Es sabido que cuando los europeos comenzaron a colonizar sus territorios y a destruir los enormes rebaños salvajes de cérvidos que pacían hasta entonces en las llanuras, los bosquimanos empezaron a robar ganado a los colonos, y estos emigrantes iniciaron entonces una guerra desesperada contra ellos, exterminándolos con una bestialidad de la que prefiero no hablar aquí. Quinientos bosquimanos fueron exterminados en 1774, y tres mil entre 1808 y 1809, a manos de la Alianza de Granjeros. Los envenenaban como a ratas, llevándoles al hambre y dándoles luego carne emponzoñada; o los cazaban a tiros como a bestias, escondiéndose detrás del cadáver de un animal puesto como cebo para hacerles aparecer.[103] De tal modo, las informaciones que componen nuestro conocimiento de los bosquimanos, recibido en su mayor parte a través de los mismos que los exterminaban, no destaca por una especial simpatía. Sin embargo, sabemos que en la época de la aparición de los europeos los bosquimanos vivían en pequeños clanes que a veces se reunían en federaciones; que cazaban en común y se repartían la presa sin peleas ni disputas; que nunca abandonaban a los heridos y demostraban un sólido afecto hacia sus camaradas. Lichtenstein refiere un episodio sumamente conmovedor de un bosquimano que estuvo a punto de ahogarse en el río y fue salvado por sus camaradas. Estos se quitaron de encima sus pieles de animales para cubrirlo mientras ellos temblaban de frío; lo secaron, lo frotaron ante el fuego y le untaron el cuerpo con grasa tibia hasta que por fin le devolvieron a la vida. Y cuando los bosquimanos encontraron a un hombre que los trataba bien en la persona de Johann van der Walt, le expresaron su reconocimiento con manifestaciones del afecto más conmovedor.[104]

---

103 Coronel Collins, *Researches in South Africa*, de Philips, Londres, 1828. Citas dadas por Waitz (*Anthropologie der Naturvölker*, t. II, pág. 334).

104 Lichtenstein: *Reisen im Südlichen Afrika*, II, págs. 92-7, Berlín, 1881.

Burchell y Moffat los describen como de buen corazón, desinteresados, fieles a sus promesas y agradecidos,[105] cualidades todas ellas que solo pudieron desarrollarse tras haber sido constantemente practicadas en el seno de la tribu. En cuanto a su amor a los niños, bastará recordar que cuando un europeo quería tener a una mujer bosquimana como esclava, le arrebataba el hijo; de esta forma la madre se presentaba voluntariamente y se hacía esclava para compartir la suerte de su hijo.[106]

La misma sociabilidad se encuentra entre los hotentotes, que sobrepasan un poco a los bosquimanos en desarrollo. Lubbock los describe como «los más sucios animales», y realmente son muy descuidados. Toda su vestimenta consiste en una piel de animal colgada al cuello, que llevan hasta que se cae a pedazos; y sus chozas consisten en algunas varillas unidas por las puntas y cubiertas por esteras, sin ningún mueble en su interior. A pesar de que crían bueyes y ovejas, y, según parece, conocían el uso del hierro antes de encontrarse con los europeos, hasta la fecha se encuentran en uno de los más bajos peldaños del desarrollo humano. No obstante, los europeos que conocían de cerca sus vidas mencionaban con grandes elogios su sociabilidad y su disposición a ayudarse mutuamente. Si se da algo a un hotentote, en seguida lo divide entre todos los presentes, costumbre que como es sabido también asombró a Darwin de los habitantes de la Tierra de Fuego. El hotentote no puede comer solo: por más hambriento que esté, llama a los que pasan y comparte con ellos su alimento; y cuando Kolben expresó su asombro le contestaron que «tal era la costumbre de los hotentotes». Pero esta costumbre no es propia solamente de los hotentotes: es una costumbre casi universal, observada por

105 Waitz: *Anthropologie der Naturvölker*, t. II, págs. 335 y ss. Véase también Fritsch: *Die Eingeboren Afrikas*, Bresau, 1872, págs. 386 y ss.; y *Drei Jahren in Süd-Afrika*. También W. Bleck: *A Brief Account of Bushmen Folklore*, Capetown, 1875.

106 Eliseé Reclus: *Géographie universelle*, t. XIII, pág. 475.

los viajeros en todos los pueblos «salvajes». Kolben, que conocía bien a los hotentotes y que no pasaba en silencio sus defectos, no puede dejar de elogiar su moral tribal:

> La palabra dada es sagrada para ellos. Ignoran por completo la corrupción y la deslealtad de los europeos. Viven muy pacíficamente y raramente guerrean con sus vecinos. Son todo amabilidad y buena disposición los unos con los otros... Uno de los más grandes placeres para los hotentotes es el cambio de regalos y servicios. Por su honestidad, por la celeridad y exactitud en el ejercicio de la justicia y por su castidad, los hotentotes sobrepasan a todos o a casi todos los otros pueblos del mundo.[107]

Tachart, Barrow y Moodie[108] confirman plenamente las palabras de Kolben. Únicamente es necesario añadir que cuando Kolben escribió que los hotentotes «en sus relaciones mutuas son el pueblo más amistoso, generoso y benévolo que jamás haya existido en la tierra» (I, 332), dio la definición que repiten continuamente desde entonces todos los viajeros en sus descripciones de los más diferentes salvajes. Cuando los europeos incultos chocaron por primera vez con las razas primitivas, habitualmente presentaban sus vidas de modo caricaturesco; pero bastó que un hombre inteligente viviera entre salvajes un tiempo más prolongado para que los describiera como el pueblo «más manso» o «más noble» del mundo. Los viajeros más dignos de crédito caracterizaron con esas mismas palabras a los ostiakos, samoyedos, esquimales, dayacos, aleutas, papúes, etc. Y yo mismo recuerdo haberla leído también acerca de los tunguses, los chukchis, los indios sioux y algunas otras tribus salvajes. La repetición de semejantes elogios dice más que tomos enteros de investigaciones.

---

107 P. Kolben: *The Present State of the Cape of God Hope*, traducción del alemán por Medley, Londres, 1731, t. I, págs. 57, 71, 333, 336, etc.

108 Citados por Waitz: *Anthropologie*, t. II, págs. 335 y ss.

Los indígenas de Australia ocupan por su desarrollo un lugar similar al de sus hermanos sudafricanos. Sus chozas son del mismo tipo, y a menudo se conforman con simples pantallas o biombos de ramas secas para protegerse de los vientos fríos. En su alimentación no son escrupulosos; en caso de necesidad devoran carroña en completo estado de putrefacción, y cuando sobreviene el hambre recurren incluso al canibalismo. Cuando fueron descubiertos por los europeos, se vio que no tenían otras herramientas que las hechas de modo rudimentario con piedra o hueso. Algunas tribus no tenían siquiera piraguas y desconocían por completo el trueque comercial. Y sin embargo, después de un estudio cuidadoso de sus costumbres y hábitos, se vio que tenían la misma organización elaborada de clan de la que se habló más arriba.[109]

El territorio en que viven está dividido habitualmente entre diferentes clanes, pero la región en la cual cada clan realiza la caza o la pesca permanece de dominio común, y los productos obtenidos van a todo el clan. También pertenecen al clan los utensilios para pescar y cazar.[110] La comida se realiza en común. Como muchos otros salvajes, los indígenas australianos se atienen a determinadas reglas respecto a la época en que se permite recoger diversas especies de resinas y hierbas.[111] En cuanto a su moral en general, lo mejor es citar aquí la respuesta dada por Lumholtz, un misionero que vivió en North Queesland, a las preguntas de la Sociedad Antropológica de París:[112]

---

109 Los indígenas que viven al norte de Sidney y hablan la lengua kamilaroi, han sido mejor estudiados en este aspecto gracias a la obra capital de Lorimer Fison y A. W. Howitt, *Kamilaroi and Kurnai*, Melbourne, 1880. Véase también A. W. Howitt, «Further Note on the Australian Class-systems», en *Journal of the Anthropological Institute*, año 1889, t. XVIII, pág. 31; en las últimas obras citadas se demuestra la amplia extensión de la misma organización de toda Australia.

110 *The Folklore Manners, etc., of Australian Aborigines*, Adelaide, 1879, pág. 11.

111 Grey: *Journals of Two Expeditions of Discovery in North-West and Western Australia*, Londres, 1841, t. II, págs. 237, 298.

112 *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, año 1888, t. XI, pág. 652. Cito las respuestas

Conocen el sentimiento de amistad, que está fuertemente desarrollado en ellos. Los débiles gozan de la ayuda común. Cuidan mucho a los enfermos. Nunca los abandonan a su suerte y no los matan. Estas tribus son antropófagas, pero raramente comen a los miembros de su propia tribu (si no me equivoco, únicamente lo hacen cuando los inmolan por razones religiosas). Solo se comen a los extraños. Los padres aman a sus hijos, juegan con ellos y los miman. Se practica el infanticidio solo con el consentimiento común. Tratan a los ancianos muy bien y nunca los matan. No tienen religión ni ídolos, y solamente existe el temor a la muerte. El matrimonio es polígamo. Las disputas surgidas dentro de la tribu se resuelven por duelos con espadas y escudos de madera. No existe la esclavitud; no tienen agricultura alguna; no poseen productos de alfarería; no tienen vestidos, exceptuando un delantal que a veces usan las mujeres. El clan se compone de doscientas personas divididas en cuatro clases de hombres y cuatro clases de mujeres; se permite el matrimonio solamente entre las clases habituales, pero nunca dentro del mismo clan.

Respecto a los papúes, parientes cercanos de los australianos, tenemos el testimonio de G. L. Bink, que vivió en Nueva Guinea, principalmente en Geelwink Bay, desde 1871 hasta 1883. He aquí la esencia de sus respuestas a las mismas preguntas:[113]

Los papúes son sociables y de un humor muy alegre. Se ríen mucho, y son más tímidos que valientes. La amistad es bastante fuerte entre miembros de los diferentes clanes y más fuerte dentro del mismo clan. El papú a menudo paga las deudas de su amigo a condición de que este último pague esta deuda, sin intereses, a sus hijos. Cuidan a los enfermos y nunca abandonan a los ancianos ni los matan, con excepción de los esclavos que han estado enfermos mucho tiempo. A veces devoran a los prisioneros de guerra. Miman y aman a los niños. Matan a los prisioneros de guerra ancianos y débiles, y venden a los restantes como esclavos. No tienen religión, ni dioses, ni ídolos, ni clase alguna de autoridad; el miembro más anciano de la familia

abreviadas.

113 *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1888, t. xi, pág. 386.

> es el juez. En caso de adulterio (es decir, violación de sus costumbres matrimoniales) el culpable paga una multa, parte de la cual va a favor de la *negoria* (la comunidad). La tierra es de uso común, pero los frutos de la tierra pertenecen a aquel que los ha cultivado. Los papúes tienen vasijas de arcilla, conocen el trueque comercial y, según una costumbre elaborada, el comerciante les da la mercancía y ellos vuelven a sus casas y traen los productos indígenas que necesita el comerciante. Si no pueden obtener los productos necesarios, entonces devuelven al comerciante su mercancía europea.[114] Los papúes «cazan cabezas» —es decir, practican la venganza de sangre—. A veces el asunto se somete a la consideración del rajah de Namototte, que lo resuelve imponiendo una multa.

Cuando se trata bien a los papúes son muy amables. Miklukho-Maclay desembarcó, como es sabido, en la costa oriental de Nueva Guinea en compañía de un solo marinero. Vivió allí dos años enteros entre las tribus consideradas antropófagas y se separó de ellas con pesar. Prometió volver y cumplió su palabra, pasando de nuevo un año, y durante todo ese tiempo no tuvo ningún choque con los indígenas. Verdad es que mantuvo la regla de no decirles *nunca*, bajo ningún pretexto, algo que no fuera cierto, ni hacer promesas que no pudiera cumplir. Estas pobres criaturas, que ni siquiera saben hacer fuego y que por esto conservan cuidadosamente el fuego en sus chozas, viven en un comunismo primitivo, sin jefes, y en sus poblados casi nunca se producen disputas reseñables. Trabajan en común y solo lo necesario para obtener el alimento de cada día; crían a sus hijos en común y por las tardes se atavían lo más coquetamente que pueden y se entregan a las danzas. Como todos los salvajes, gustan apasionadamente de las danzas, que constituyen un género de misterios tribales. Cada aldea tiene su *barla* o *barlai* —casa «larga» o «grande»— para los hombres solteros, en la

114 Exactamente del mismo modo se practica el trueque con los papúes de Kaimani Bay, que gozan de una elevada reputación de honestidad. «No ha sucedido aún que un papú violara su promesa», dice Finsch (*Neuguinea und seine Bewohmer*, Bremen, 1865, pág. 829).

que se realizan reuniones sociales y se juzgan los sucesos públicos (otro rasgo que tienen en común con los habitantes de las islas del océano Pacífico, los esquimales, indios pieles rojas, etc.). Grupos enteros de aldeas mantienen relaciones amistosas y se visitan mutuamente concurriendo toda la comunidad.

Por desgracia, a menudo surge la enemistad entre las aldeas, aunque no por «el exceso de población», «la competencia agudizada» u otros inventos semejantes de nuestro siglo mercantilista, sino principalmente debido a la superstición. Si alguno enferma, se reúnen sus amigos y parientes y del modo más cuidadoso discuten quién puede ser el culpable de la enfermedad. Se pasa lista a todos los posibles enemigos, y cada uno confiesa su más mínima disputa hasta que finalmente se halla la verdadera causa de la enfermedad. Algún enemigo de la aldea vecina la mandó, y por ello deciden hacer una incursión en esa aldea. Por este motivo las riñas son corrientes aun entre las aldeas del litoral, sin hablar ya de los antropófagos que viven en las montañas, a los que se considera como auténticos brujos y enemigos a pesar de que un conocimiento más estrecho demuestra que no se distinguen en nada de sus vecinos de las costas marítimas.[115]

Muchas páginas asombrosas se podrían escribir sobre la armonía que reina en las aldeas de los habitantes polinesios de las islas del océano Pacífico. Pero estos ocupan ya un peldaño más elevado de civilización, y por esta razón tomaremos otros ejemplos de la vida de los habitantes del lejano norte. Agregaré solamente, antes de abandonar el hemisferio sur, que hasta los habitantes de Tierra del Fuego, que gozan de tan mala reputación, comienzan a ser iluminados con luz más favorable a medida que los conocemos mejor. Los pocos misioneros franceses que viven entre ellos «no pueden

---

115 *Informe de la Sociedad Geográfica Rusa*, 1880, págs. 161 y ss. Existen pocos libros dedicados a los viajes que den mejor idea de las minucias de la vida cotidiana de los salvajes que estos fragmentos del libro de notas de Mikluho Maclay.

quejarse de ningún acto hostil». Viven en clanes de ciento veinte a ciento cincuenta almas, y al igual que los papúes también practican el comunismo primitivo. Se reparten todo entre ellos, y tratan bien a los ancianos. La paz completa reina entre estas tribus.[116]

En los esquimales y sus más próximos congéneres, los thlinkets, koloshes y aleutas, hallamos una semejanza más aproximada a lo que debió ser el hombre durante el período glacial. Los instrumentos que emplean apenas se diferencian de los instrumentos del paleolítico, y algunas de estas tribus no conocen el arte de la pesca: simplemente cazan a los peces con el arpón.[117] Conocen el uso del hierro, pero lo obtienen de los europeos o de lo que encuentran en los esqueletos de los barcos después de los naufragios. Su organización social es muy primitiva, a pesar de que ya han salido del estadio del «matrimonio comunal», aun con sus restricciones de «clase». Viven en familias, pero los lazos familiares todavía son débiles y de tanto en tanto se produce un intercambio de esposas y esposos.[118] Sin embargo las familias permanecen reunidas en clanes, y no puede ser de otro modo. ¿Cómo hubieran podido soportar la dura lucha por la existencia si no unieran estrechamente sus fuerzas? Así se portan ellos, y los lazos de clan son más estrechos allí donde la lucha por la vida es más dura, por ejemplo en el nordeste de Groenlandia. Viven habitualmente en una «casa larga» en la que se alojan varias familias separadas entre sí por pequeños tabiques de pieles desgarradas, pero con un corredor común. A veces la casa tiene forma de cruz, y en tal caso en su centro colocan un hogar comunitario.

---

116 L. F. Martial, *Mission Scientifique au Cap Horn*, París, 1883, t. 1, págs. 183-201.

117 Expedición del capitán Holm a Groenlandia oriental.

118 Se ha observado que en Australia clanes enteros cambian de esposa con el fin de conjurar algunas calamidades (Post: *Studien zur Entwicklungsgeschichte des Familienrechts*, 1890, pág. 341). Para ellos, una mayor manifestación de sentimientos fraternales es un remedio específico contra las calamidades.

La expedición alemana que pasó un invierno cerca de una de esas «casas largas» aseguró que «ni una sola pelea perturbó la paz, y no se produjo discusión alguna por el uso de estos espacios tan estrechos» durante todo el invierno ártico. «No se admiten las reprimendas ni las palabras hostiles si no es bajo la forma consensuada de canción burlesca (*nith-song*),[119] que las mujeres cantan a coro». De tal manera, la convivencia estrecha y la estrecha dependencia mutua son suficientes para mantener, de siglo en siglo, ese respeto profundo a los intereses de la comunidad que es característico de la vida de los esquimales. Aun en las comunas más vastas «la opinión pública es un verdadero tribunal y el castigo habitual consiste en avergonzar al culpable ante todos».[120]

La vida de los esquimales está basada en el comunismo. Todo lo que obtienen por medio de la caza o pesca pertenece a todo el clan. Pero, en algunas tribus, especialmente en el este, bajo la influencia de los daneses, la propiedad privada ha comenzado a infiltrarse en sus instituciones. Sin embargo, emplean un medio bastante original para disminuir los inconvenientes que surgen del acumulamiento personal de la riqueza, que pronto podría perturbar la unidad tribal. Cuando el esquimal empieza a enriquecerse excesivamente, convoca a todos los miembros de su clan a un festín, y cuando los huéspedes se sacian, distribuye toda su riqueza. En el río Yukon, en Alaska, Dall vio que una familia aleutiana repartió de este modo diez fusiles, diez vestidos de pie-

---

119 Dr. H. Rink: *The Eskimo Tribes*, pág. 26 (*Meddelelser om Grönland*, t. XI, 1887).

120 Dr. Rink: obra citada, pág. 24. Los europeos, criados en el respeto al derecho romano, raramente están en condiciones de comprender la fuerza de la autoridad tribal. «En realidad —escribe Rink— se puede decir, no como excepción, sino como regla general, que el hombre blanco, aunque haya vivido diez años o más entre los esquimales, vuelve sin enriquecerse con el conocimiento de las ideas tradicionales en las cuales se funda su estructura social. El hombre blanco, ya sea un misionero o un comerciante, siempre sostiene la opinión dogmática de que el europeo más vulgar es, de todos modos, mejor que el indígena más destacado». *The Eskimo Tribes*, pág. 31.

les completos, doscientos hilos de cuentas, numerosos brazaletes, diez pieles de lobo, doscientas pieles de castor y quinientas pieles de marta cibelina. Luego, los dueños se quitaron sus vestidos de fiesta, los repartieron vistiéndose ellos con sus viejas pieles y dirigieron a los miembros de su clan un breve discurso diciendo que aunque ahora se habían vuelto más pobres que todos ellos, habían ganado su amistad.[121]

Tales distribuciones de riqueza parecen haberse convertido en costumbre arraigada entre los esquimales y se practican anualmente en una época determinada, después de realizar una exhibición de todo lo que ha sido obtenido durante ese año.[122] Se trata, por lo que parece, de una tradición muy antigua que surgió a la par que la riqueza personal, y serviría como medio para restablecer la equidad entre congéneres cuando esta se veía mermada por el enriquecimiento de sujetos individuales. Los repartos de las tierras y la condonación de las deudas periódicas que existían en tiempos históricos en muchos pueblos (los semitas, los arios, etc.) eran, seguramente, una pervivencia de esta antigua costumbre. La costumbre que encontramos en todas las razas primitivas de enterrar con el muerto o de destruir sobre su tumba todos sus bienes personales probablemente tenga el mismo origen. De hecho, mientras que todo lo que pertenecía *personalmente* al muerto se quema o se rompe sobre su tumba, las cosas que le pertenecie-

121 O. Veniamínov: *Memorias sobre el departamento de Unalaska*, San Petersburgo, 1840; Dall, en *Alaska and its Resources*, Cambrigde, USA, 1879, aprovechó ampliamente estas *Memorias*.

122 O. Veniamínov y Dall observaron esta costumbre en Alaska; Jacobsen, en Ignitok, en las vecindades del estrecho de Bering; Gilbert Sproat menciona su existencia en los indios de Vancouver; y el Dr. Rink, describiendo las exhibiciones periódicas que hemos citado, agrega: «El uso principal de la riqueza personal acumulada consiste en su reparto periódico». Menciona también (obra cit. Pág. 31) «la destrucción de los bienes con el mismo objeto» (es decir, para mantener la igualdad).

ron conjuntamente con toda la tribu —como la piragua, los instrumentos de pesca de la comuna, etc.—, se dejan intactas. Solo la propiedad personal está sujeta a la destrucción. En una época posterior, esta costumbre se convirtió en un rito religioso: se le dio una interpretación mística y la destrucción pasó a ser prescrita por la religión cuando la opinión pública, por sí sola, se mostró carente de fuerzas para imponer a todos la observación obligatoria de la costumbre. Finalmente, la destrucción real es reemplazada por un rito simbólico, que consiste en quemar sobre la tumba simples modelos de papel o representaciones de los bienes del muerto (así se hace en China); o llevar a la tumba los bienes del muerto y traerlos de vuelta a la casa al finalizar la ceremonia. Esta última forma se ha conservado también entre los europeos respecto los caballos de los jefes militares, las espadas, cruces y otros signos de distinción oficial.[123]

El alto nivel de la moralidad tribal de los esquimales se menciona a menudo en la literatura general. Sin embargo, las siguientes observaciones acerca de las costumbres de los aleutas —parientes cercanos de los esquimales— no carecen de interés, ya que pueden servir de buena ilustración acerca de la moral de los salvajes en general. Pertenecen a la pluma de un hombre extraordinariamente distinguido, el misionero ruso Veniamínov, que las escribió después de una permanencia de diez años entre los aleutas y de tener relaciones estrechas con ellos. Las resumo, conservando en lo posible las expresiones propias del autor.

> La resistencia —escribió Veniamínov— es su rasgo característico, y en verdad es colosal. No solo se bañan todas las mañanas en el mar cubierto de hielo y luego se quedan desnudos en la playa respirando el aire helado, sino que su resistencia, hasta en un trabajo pesado y con alimento insuficiente, sobrepasa todo lo imaginable. Si sobre-

123 Véase el apéndice XII.

viene una escasez de alimento, el aleuta se ocupa, ante todo, de sus hijos; les da todo lo que tiene y él mismo ayuna. No se inclinan al robo, como ya observaron los primeros inmigrantes rusos. No es que no hayan robado nunca; todo aleuta reconoce que alguna vez ha robado algo, pero se trata siempre de alguna fruslería, y todo esto tiene un carácter completamente infantil. El afecto de los padres por los hijos es muy conmovedor, a pesar de que nunca lo expresan con caricias o palabras. El aleuta difícilmente se decide a hacer alguna promesa, pero una vez hecha, la mantiene cueste lo que cueste.

Un aleuta regaló a Veniamínov un haz de pescado seco, pero en el apresuramiento de la partida fue olvidado en la orilla, y el aleuta se lo llevó de vuelta a su casa. No se presentó la oportunidad de enviarlo a Veniamínov hasta enero, y mientras tanto, en noviembre y diciembre, entre estos aleutas, hubo una gran escasez de víveres. Sin embargo, los hambrientos no tocaron el pescado ya regalado, y en enero fue enviado a su destino. Su código moral es variado y severo. Así, por ejemplo, se considera vergonzoso: temer la muerte inevitable; pedir piedad al enemigo; morir sin haber matado ningún enemigo; ser sorprendido en robo; hacer zozobrar la canoa en el puerto; temer salir al mar con tiempo tempestuoso; desfallecer antes que los otros camaradas si sobreviene una escasez de alimentos durante un viaje largo; manifestar codicia durante el reparto de la presa (en cuyo caso, para avergonzar al camarada codicioso, los restantes le ceden su parte). También se estima vergonzoso divulgar un secreto público a la esposa; siendo dos en la caza, no ofrecer la mejor parte de la presa al camarada; jactarse de sus hazañas, y especialmente de las imaginadas; insultarse con malicia; mendigar; acariciar a la esposa en presencia de los otros y danzar con ella; comerciar personalmente (toda venta debe ser hecha por medio de una tercera persona que determina el precio). Para la mujer se estima vergonzoso: no saber coser y, en general, cumplir torpemente cualquier trabajo femenino; no saber danzar; acariciar a su esposo y a sus niños o incluso hablar con el esposo en presencia de extraños.[124]

124 Veniamínov: *Memorias sobre el departamento de Unalaska*, 3 tomos, San Petersburgo, 1840. Algunos de estos fragmentos son transcritos en inglés en el libro del Dall sobre Alaska. Parecida descripción de la moral de los indígenas australianos, muy similar a la precedente, fue hecha en la revista inglesa *Natura*, t. XIII, pág. 639.

Tal es la moral de los aleutas, que puede ser confirmada fácilmente gracias a sus cuentos y leyendas. Solo agregaré que cuando Veniamínov escribió sus *Memorias* (el año 1840), entre los aleutas que constituían una población de sesenta mil individuos solo hubo un homicidio en sesenta años, y que durante cuarenta años no se produjo ningún delito criminal entre mil ochocientos aleutas. Esto, por otra parte, no parecerá extraño si se recuerda que todo género de querellas y expresiones groseras son absolutamente desconocidas en la vida de los aleutas. Ni siquiera sus hijos pelean, y jamás se insultan mutuamente de palabra. La expresión más fuerte en sus labios son frases como: «Tu madre no sabe coser», o «tu padre es tuerto».[125]

Muchos rasgos de la vida de los salvajes continúan siendo, sin embargo, un enigma para los europeos. En confirmación del elevado desarrollo de la solidaridad tribal entre los salvajes y sus buenas relaciones mutuas se podrían continuar citando innumerables testimonios dignos de fe. Y, sin embargo, no es menos cierto que estos mismos salvajes practican el infanticidio, que en algunos casos matan a sus ancianos y que todos obedecen ciegamente la costumbre de la venganza de sangre. Debemos, por esto, tratar de explicar la existencia simultánea de estos hechos que para la mente europea parecen, a primera vista, completamente incompatibles.

---

125 Hay que observar que algunos escritores (Middendorff, Schrenk, O. Finsch) describieron a otros habitantes del norte —ostiakos y samoyedos— casi en los mismos términos. Aun cuando beben hasta emborracharse, las riñas entre ellos son insignificantes. «En un siglo entero hubo solamente un homicidio en la tundra», escribió Middendorff; «sus hijos nunca se pelean»; «se puede dejar en la tundra durante años enteros cualquier objeto, hasta víveres y bebidas espirituosas, y nadie las toca», etc. Así hablan estos tres conocedores del Norte. Gilbert Sproat «*nunca* ha visto que se pelearan, ni estando beodos, dos indígenas de la tribu de los indios aht, de la isla de Vancouver»; «Las riñas entre sus niños también son raras», dice Rink (obra citada), etc.

Acabamos de mencionar cómo el aleuta ayunará días enteros, y hasta semanas, para entregar todo alimento a su niño; cómo la madre bosquimana se hace esclava para no separarse de su hijo, y se podrían llenar páginas enteras con la descripción de las relaciones realmente *tiernas* existentes entre los salvajes y sus hijos. En los relatos de todos los viajeros se encuentran continuamente hechos semejantes. En uno leéis sobre el tierno amor de la madre; en otro, el relato de un padre que corre locamente por el bosque llevando sobre sus hombros a un niño al que ha mordido una serpiente; o algún misionero narra la desesperación de los padres ante la pérdida de un niño al que ya habían salvado de ser llevado al sacrificio inmediatamente después de haber nacido; u os enteráis de que las madres «salvajes» amamantan habitualmente a sus niños hasta el cuarto año de edad y que en las islas de la Nuevas Hébridas, en caso de la muerte de un niño especialmente querido, su madre o tía se suicidan para cuidar a su amado en el otro mundo.[126] Y así hasta el infinito.

Hechos semejantes se citan frecuentemente; y por ello, cuando vemos que los mismos padres amorosos practican el infanticidio, debemos reconocer necesariamente que tal costumbre (cualesquiera que sean sus ulteriores transformaciones) surgió bajo la presión directa de la necesidad, como resultado del sentimiento de deber hacia la tribu, y para tener la posibilidad de criar a los niños ya crecidos. Hablando en general, los salvajes en ningún caso «se reproducen sin medida», como afirman algunos escritores ingleses. Por el contrario, toman todo género de precauciones para disminuir la natalidad. Justamente con este objeto existe entre ellos una amplia serie de las más diversas restricciones que a los europeos indudablemente les parecerían extravagantes, y que

126 El testimonio de Gil es citado en *Anthropologie der Naturvölker*, de Gerland y Waitz, t. v, pág. 641. Véase también págs. 636-640 de la misma obra, donde se transcriben muchos ejemplos de amor paternal y filial.

son, sin embargo, severamente observadas por los salvajes. Pero, con todo, los pueblos primitivos no pueden criar a todos los niños que nacen, y entonces recurren al infanticidio. Por otra parte, ha sido observado más de una vez que tan pronto como consiguen aumentar sus recursos de existencia, dejan de recurrir a esta medida que en general los padres cumplen muy a disgusto, y a la primera posibilidad que se les ofrece recurren a todo género de compromisos con tal de conservar la vida de sus recién nacidos. Como ya ha dicho mi amigo Elíseo Reclus[127] en su hermoso libro sobre los salvajes, por desgracia insuficientemente conocido, ellos inventan días de nacimiento propicios y nefastos para salvar siquiera la vida de los niños nacidos en los días propicios; y tratan de posponer la ejecución algunas horas para argumentar después que si el niño ya ha vivido un día está destinado a vivir toda la vida.[128] Oyen los gritos de los niños pequeños como si vinieran del bosque, y aseguran que la escucha de ese grito anuncia la desgracia para toda la tribu. Puesto que no tienen nodrizas especiales ni casa de expósitos que los ayuden a deshacerse de los niños, cada uno se estremece ante la idea de cumplir la cruel sentencia, y por eso prefieren exponer al niño en el bosque antes que quitarle la vida por un medio violento. La ignorancia, y no la crueldad, es lo que mantiene el infanticidio; y en lugar de abrumar a los salvajes con sermones, los misioneros harían mucho mejor si siguieran el ejemplo de Veniamínov, quien todos los años, hasta una edad muy avanzada, cruzaba el mar de Ojotsk en una miserable goleta para visitar a los tunguses y kamchadales, o viajaba, llevado por perros, entre los chukchis, aprovisionándolos de pan y utensilios para la caza. Él sí que consiguió parar realmente el infanticidio.[129]

---

127 *Les Primitifs*, París, 1889.

128 Gerland, obra citada, t. v. pág. 636.

129 Se lo oí a él mismo en el año 1864, en el Amur, cuando era obispo de Ojots y Kamchatka, antes de ser metropolitano de Moscú. En general —lo mismo en-

Lo mismo es cierto también con respecto al fenómeno que observadores superficiales llamaron parricidio. Acabamos de ver que la costumbre de matar a los viejos no está tan extendida como algunos escritores han mantenido. En todos estos relatos hay muchas exageraciones, pero es indudable que tal costumbre se da a veces entre casi todos los salvajes, y tales casos se explican por las mismas razones que el abandono de los niños. Cuando el viejo salvaje comienza a sentir que se convierte en una carga para su tribu; cuando todas las mañanas ve que quita a los niños la parte de alimento que les toca —y los pequeños, que no se distinguen por el estoicismo de sus padres, lloran cuando tienen hambre—; cuando todos los días los jóvenes tienen que cargarlo sobre sus hombros para llevarlo por el litoral pedregoso o por la selva virgen, ya que los salvajes no tienen sillones con ruedas para enfermos ni indigentes para llevar tales sillones, entonces el viejo comienza a repetir lo que hasta ahora repiten los campesinos viejos en Rusia: «Chuzhoi viek zayedayu, Pora na pokoi!» (literalmente: vivo una vida ajena, es hora de irme a descansar). Y se van a descansar. Actúa de la misma forma que lo haría un soldado en tales casos. Cuando la salvación de un destacamento depende de su máximo avance, y el soldado no puede avanzar más y sabe que debe morir si queda rezagado, suplica a su mejor amigo que le preste el último servicio antes de que el destacamento avance. Y el amigo descarga, con mano temblorosa, su fusil en el cuerpo moribundo.

Así obran también los salvajes. El salvaje anciano pide la muerte; él mismo insiste en el cumplimiento de este último de-

---

tonces que el año 1840—, tenía una opinión muy elevada de la moral tribal de los salvajes, y cuando yo, todavía muy joven, le pregunté si era cierto que no bautizaba a los indígenas, me contestó que «si la tribu entera desea adoptar el cristianismo y yo, que he vivido algunos años junto a ellos, estoy convencido de que comprenden las verdades cristianas más abstractas de tal modo que pueden reemplazar con ellas su moral tribal, entonces, naturalmente, bautizo con gusto a toda la tribu».

ber hacia su tribu. Para ello, recibe primero la conformidad de los miembros de la tribu. Entonces él mismo cava su fosa e invita a todos los congéneres a su último festín de despedida. Así en su momento obró su padre, ahora le llegó a él el turno y amistosamente se despide de todos antes de separarse de ellos. El salvaje considera hasta tal punto semejante muerte como el cumplimiento de un *deber* hacia su tribu que no solo se opone a que lo salven de la muerte (como refirió Moffat), sino que ni siquiera acepta tal liberación si llegara a realizarse. Así, cuando una mujer que debía morir sobre la tumba de su esposo (en virtud del rito antes mencionado) fue salvada de la muerte por los misioneros y llevada por ellos a una isla, huyó durante la noche atravesando a nado un amplio estrecho y se presentó ante su tribu para morir sobre la tumba.[130] La muerte en tales casos se convierte para ellos en una cuestión religiosa. Pero, hablando en general, es tan repulsivo para los salvajes verter sangre fuera de las batallas, que aun en estos casos ninguno de ellos se encarga del homicidio, y por eso recurren a toda clase de medios indirectos que los europeos no comprendieron y que interpretaron de un modo completamente falso. En la mayoría de los casos dejan en el bosque al viejo que se ha decidido a morir, dándole una porción de comida mayor que la acostumbrada de la provisión común. ¡Cuántas veces las partidas exploradoras de las expediciones polares hubieron de obrar del mismo modo cuando no tenían fuerzas para llevar a un camarada enfermo! «Aquí tienes provisiones. Vive todavía algunos días. *Tal vez* llegue de alguna parte una ayuda inesperada».

Los científicos de Europa occidental, encontrándose ante tales hechos, se muestran decididamente incapaces de comprenderlos. No pueden reconciliarlos con los hechos que testimonian el elevado desarrollo de la moral tribal, y por eso prefieren arrojar una

---

130 Erskine citado por Gerland y Waitz: *Anthropologie der Naturvölker*, t. v, pág. 640.

sombra de duda sobre las observaciones absolutamente fidedignas en lugar de buscar una explicación para la existencia paralela de un doble tipo de hechos: la elevada moral tribal y, junto a ella, el homicidio de los padres muy ancianos y los recién nacidos. Pero si los mismos europeos, a su vez, refirieran a un salvaje que personas sumamente amables, afectos a sus niños y tan impresionables que lloran cuando ven en el escenario de un teatro una desgracia imaginaria, viven en Europa al lado de cuartuchos donde los niños mueren simplemente por insuficiencia de alimentos, el salvaje tampoco los comprendería. Recuerdo cuán inútilmente me empeñé en explicar a mis amigos tunguses nuestra civilización construida sobre el individualismo; no me comprendían y recurrían a las conjeturas más fantásticas. El hecho es que el salvaje educado en las ideas de solidaridad tribal practicada en todas las ocasiones, malas y buenas, es tan incapaz de comprender al europeo «moral» —que no tiene la más mínima idea de tal solidaridad— como el europeo medio es incapaz de comprender al salvaje. Además, si nuestro sabio tuviera que vivir entre una tribu semihambrienta de salvajes, cuyo alimento disponible no alcanzara para alimentar algunos días a un hombre, comprendería quizá qué es lo que guía a los salvajes en sus actos. Del mismo modo, si un salvaje viviera entre nosotros y recibiera nuestra educación, quizá comprendiera la insensibilidad europea hacia nuestros semejantes y esas «Comisiones Reales de Investigación» que se ocupan de la cuestión de la prevención de las diversas formas legales de infanticidio que se practican en Europa.[131] «En casa de piedra, los corazones se vuel-

131 En Inglaterra es costumbre la entrega de hijos naturales a mujeres campesinas que se dedican especialmente a este oficio y que generalmente hacen morir de hambre y frío a los desdichados niños. La mortalidad en estas «granjas infantiles», es espantosa. Aproximadamente en la época en que yo escribí estas líneas, se había reunido una Comisión Real especial para estudiar esta cuestión. Como era de esperar no condujo a nada.

ven de piedra», dicen los campesinos rusos; pero el «salvaje» tendría que haber vivido primero en una casa de piedra.

Observaciones semejantes podrían hacerse también respecto al canibalismo. Si se toman en cuenta todos los hechos que fueron dilucidados recientemente durante la consideración de este problema en la Sociedad Antropológica de París, así como las muchas observaciones casuales diseminadas en la literatura sobre los «salvajes», estaremos obligados a reconocer que la antropofagia fue provocada por la necesidad más apremiante; y que solo bajo la influencia de los prejuicios y de la religión se desarrolló hasta alcanzar las proporciones espantosas que alcanzó en las islas de Fiji y en México, sin ninguna necesidad, cuando se convirtió en un rito religioso.

Es sabido que hasta la época presente muchas tribus de salvajes suelen verse obligadas, de tiempo en tiempo, a alimentarse con carroña casi en completo estado de putrefacción, y en casos de carencia completa de alimentos, algunas tuvieron que violar sepulturas y alimentarse con cadáveres humanos, incluso en épocas de epidemia. Tales hechos son completamente fidedignos. Pero si nos trasladamos mentalmente a las condiciones que tuvo que soportar el hombre durante el período glacial, en un clima húmedo y frío, no teniendo a su disposición casi ningún alimento vegetal, y si tenemos en cuenta las terribles devastaciones producidas aún hoy por el escorbuto entre los pueblos semisalvajes hambrientos y recordamos que la carne y la sangre fresca eran los únicos medios conocidos por ellos para fortificarse, deberemos admitir que el hombre, que fue primeramente un animal herbívoro, se hizo carnívoro con toda probabilidad durante el período glacial en el que desde el norte avanzaba lentamente una enorme capa de hielo que con su frío aliento agotaba toda la vegetación.

En aquellos tiempos probablemente había abundancia de toda clase de bestias; pero es sabido que en las regiones árticas las bestias a menudo emprenden grandes migraciones, y a veces

desaparecen por completo durante algunos años de un territorio determinado. Con el avance de la capa glacial las bestias, evidentemente, se alejaron hacia el sur, como lo hacen ahora los corzos, que huyen en caso de grandes nevadas de la orilla norte del Amur a la meridional.[132] En tales casos, el hombre se veía privado de los últimos medios de subsistencia. Sabemos, además, que hasta los europeos, durante duras experiencias semejantes, recurrieron a la antropofagia. No es de extrañar por tanto que también los salvajes recurrieran a ella. Hasta en la época presente suelen verse obligados temporalmente a devorar los cadáveres de sus muertos, y en épocas anteriores, en tales casos, se veían obligados a devorar también a los moribundos. Los ancianos morían entonces convencidos de que con su muerte prestaban el último servicio a su tribu. He aquí por qué algunas tribus atribuyen al canibalismo un origen divino, representándolo como algo sugerido por orden de un enviado del cielo.

Posteriormente, la antropofagia perdió el carácter de necesidad y sobrevivió como superstición. Era necesario devorar a los enemigos para heredar su coraje. Posteriormente, para tal fin solo se devoraba el corazón del enemigo o sus ojos. Al mismo tiempo, en otras tribus en las que se había desarrollado un clero numeroso y elaborado una mitología compleja, se inventaron dioses malignos sedientos de sangre humana y los sacerdotes exigieron sacrificios humanos para apaciguarlos. En esta fase religiosa de su existencia, el canibalismo alcanzó su forma más repulsiva. México es bien conocido como ejemplo en este sentido, y en las Fiji, donde el rey podía devorar a cualquiera de sus súbditos, encontramos también una casta poderosa de sacerdotes, una compleja teología[133]

132 Los ciervos, por ejemplo, se trasladan constantemente en la tierra de Chukostsky.

133 W. T. Pritchard: *Polynesian Reminiscences*, Londres, 1886, pág. 363.

y un completo desarrollo del poder ilimitado de los reyes. De tal modo el canibalismo, que nació por la fuerza de la necesidad, se convirtió en un período posterior en institución religiosa, y en esta forma existió durante mucho tiempo después de haber desaparecido entre tribus que indudablemente lo practicaron en épocas anteriores pero que no alcanzaron esa forma de desarrollo religioso. Lo mismo puede decirse con respecto al infanticidio y al abandono de los padres muy ancianos a su suerte. En algunos casos estos fenómenos se mantuvieron también como supervivencia de tiempos antiguos, en forma de tradición conservada religiosamente.

FINALMENTE, CITARÉ aquí una costumbre extraordinariamente importante y generalizada que ha dado motivo, en la literatura, a las más erróneas conclusiones. Me refiero a la costumbre de la venganza de sangre. Todos los salvajes están convencidos de que la sangre vertida debe ser vengada con sangre. Si alguien ha sido asesinado, el asesino debe morir; si alguien ha sido herido y se ha vertido su sangre, entonces la sangre del que produjo la herida también debe ser vertida. No se admite excepción alguna a esta regla, ni siquiera para los animales. Si un cazador ha vertido sangre animal —matando a un oso o a una ardilla—, su sangre debe ser vertida a su vuelta de la caza. Tal es la idea de la justicia de los salvajes, idea que hasta ahora se conserva en la Europa occidental, por ejemplo, con respecto al homicidio.

Pero mientras el ofensor y el ofendido pertenecen a la misma tribu, el asunto se resuelve de manera muy simple: la tribu y las personas afectadas solucionan por sí mismas el problema.[134] Sin

134 Es notable, sin embargo, que en el caso de que la tribu pronuncie una sentencia de muerte, nadie asume el papel de verdugo. Cada uno, al arrojar su piedra o su flecha, o al descargar el hachazo, evita cuidadosamente un golpe mortal. En una época posterior, el sacerdote mataba al condenado con un cuchillo sagrado; y más

embargo, cuando el delincuente pertenece a otra tribu, y esta tribu, por cualquier razón, rehúsa dar satisfacción, entonces la tribu ofendida se encarga de la venganza. Los hombres primitivos conciben los actos particulares de cada uno como asuntos de toda su tribu, que depende de la aprobación de todos, y por ello estiman responsable a toda la tribu de los actos de cada uno de sus miembros. Debido a esto, la venganza puede caer sobre cualquier miembro de la tribu a la que pertenece el ofensor.[135] Pero a menudo sucede que la venganza sobrepasa a la ofensa. Con intención de producir solo una herida, los vengadores pudieron matar al ofensor o herirlo más gravemente de lo que habían planeado; y entonces se produce una nueva ofensa de la otra parte que exige una nueva venganza tribal y de esta forma el asunto se prolonga indefinidamente. Es por ello que los primitivos legisladores establecieron muy cuidadosamente los límites exactos del desquite: ojo por ojo, diente por diente y sangre por sangre.[136] ¡Pero no más! Es notable, sin embargo, que en la mayoría de los pueblos primitivos semejantes casos

tarde debía hacerlo el rey, hasta que se inventó, por fin, el verdugo asalariado. Véase las profundas observaciones sobre esta materia en el conocido trabajo de Bastian: *Der Mensch in der Geschichte*, t. III, *Die Blutrache*, págs. 1-36. Una supervivencia asombrosa de esta costumbre del estado tribal, como me comunica el profesor E. Nys, se ha conservado hasta nuestra época en los castigos militares. A mediados del siglo XIX era costumbre cargar los fusiles de los doce soldados designados para la ejecución con once balas y una de fogueo. Ello se hacía para que los soldados no supieran a quién le había tocado la bala de fogueo, y por eso cada uno podía tranquilizar su conciencia perturbada pensando que él la tenía y que no era un asesino. Una supervivencia similar se ha conservado en América en una de las cárceles de Nueva York, en la ejecución del castigo de la horca.

135 En África, y también en otros lugares, existe una costumbre muy extendida,de acuerdo con la cual al descubrirse un robo, el clan más próximo devuelve el valor de las cosas robadas y luego busca al ladrón él mismo. A. H. Post: *Afrikanische Jurisprudenz*, Leipzig, 1887, t. I, pág. 77.

136 Véase la obra del profesor M. Kovalevsky: *Las costumbres modernas y la ley antigua*, Moscú, 1855, t. II, que contiene muchas consideraciones importantes sobre esta cuestión.

de venganza de sangre son incomparablemente más raros de lo que se podría esperar, a pesar de que en ellos alcanzan un desarrollo completamente anormal, especialmente entre los montañeses empujados a las tierras altas por los inmigrantes extranjeros, como ocurre con los montañeses del Cáucaso, y especialmente entre los dayacos en Borneo. Entre estos dayacos —según las palabras de algunos viajeros contemporáneos— se habría llegado a tal punto que un hombre joven no puede casarse ni ser declarado mayor de edad sin haber traído una cabeza de enemigo. Así por lo menos lo refirió con todo lujo de detalles un tal Carl Bock.[137] Parece, sin embargo, que los informes publicados al respecto son muy exagerados. En todo caso, lo que los ingleses llaman «cazar cabezas» se presenta bajo una luz completamente distinta cuando sabemos que el supuesto «cazador» de ningún modo «caza», y ni siquiera se guía por un sentimiento personal de venganza. Obra de acuerdo con lo que estima una obligación moral hacia su tribu, y por eso obra lo mismo que el juez europeo, que obedeciendo evidentemente al mismo principio falso: «sangre por sangre», entrega al condenado al verdugo. Tanto el dayaco como nuestro juez experimentarían un remordimiento de conciencia si llevados por la compasión perdonaran al homicida. He aquí por qué los dayacos, fuera de esta esfera de los homicidios cometidos bajo la influencia de sus concepciones de la justicia, son, según el testimonio ecuánime de todos los que los conocen bien, un pueblo extraordinariamente solidario. El mismo Carl Bock, que hizo tan terrible pintura de la «caza de cabezas», escribe:

137 Carl Bock: *The Head-Hunters of Borneo*, Londres, 1881. Sin embargo, me decía sir Hugh Law, que fue mucho tiempo gobernador de Borneo, que «las afirmaciones de Bock son terriblemente exageradas». En general, hablaba de los dayacos con la misma simpatía que Ida Pfeiffer. Me permito agregar que Mary Kingsley habla en su libro sobre África occidental con la misma simpatía de la tribu indígena de los fan, a quienes se presentaba anteriormente como a los más «terribles caníbales».

En cuanto a la moral de los dayacos, debo asignarles el elevado lugar que merecen en el concierto de los otros pueblos... El pillaje y el robo son completamente desconocidos entre ellos. Se distinguen también por una gran sinceridad... Si no siempre llegué a obtener de ellos «toda la verdad», sin embargo, nunca les oí decir nada salvo la verdad. Por desgracia, no se puede decir lo mismo de los malayos... (págs. 209-10).

El testimonio de Bock fue corroborado por Ida Pfeiffer cuando escribió: «comprendí plenamente que continuaría con placer viajando entre ellos. Generalmente los hallaba honestos, modestos y buenos... en grado bastante mayor que cualquier otro pueblo».[138] Stoltze, hablando de los dayacos, usa casi las mismas expresiones. Habitualmente los dayacos no tienen más que una sola esposa, y la tratan bien. Son muy sociables, y todas las mañanas el clan entero va en partidas numerosas a pescar, a cazar o a realizar sus labores de huerta. Sus aldeas se componen de grandes chozas, en cada una de las cuales se alojan alrededor de una docena de familias que pueden sumar un centenar de miembros, y todos viven muy pacíficamente. Tratan con gran respeto a sus esposas y aman mucho a sus hijos. Cuando algún miembro de la tribu enferma, las mujeres lo cuidan por turnos. En general, son muy moderados en la comida y en la bebida. Tales son los dayacos en su vida cotidiana real.

Citar más ejemplos de la vida de los salvajes solo significaría repetir, una y otra vez, lo que ya se ha dicho. Dondequiera que nos dirijamos, hallamos por doquier las mismas costumbres sociales, el mismo espíritu comunal. Y cuando tratamos de penetrar en las tinieblas de los siglos pasados, vemos en ellos la misma vida

138 Ida Pfeiffer, *Meine zwite Weltreise*, Viena, 1856, t. 1, págs. 116 y ss. Véase también Müller y Temminck: *Duteh possessions in Archipilagic India*, citado por E. Reclus en *Geographie Universelle*, t. XIII.

tribal, y las mismas uniones de hombres, aunque muy primitivas, para el apoyo mutuo. Por esto Darwin tuvo perfecta razón cuando vio en las cualidades sociales de los hombres la principal fuerza activa de su desarrollo máximo, y los vulgarizadores de Darwin están en un error cuando afirman lo contrario.

> La debilidad comparativa del hombre y la poca velocidad de sus movimientos —escribió Darwin—, y también la insuficiencia de sus armas naturales, etc., fueron más que compensadas en primer lugar por sus facultades mentales (las que, como observó Darwin en otro lugar, se desarrollaron principalmente, o casi exclusivamente, en interés de la sociedad); y en segundo lugar, por sus *cualidades sociales*, en virtud de las cuales prestó y recibió ayuda de sus compañeros.[139]

En el siglo XVIII estaba en boga idealizar a los «salvajes» y la «vida en estado natural». Ahora los hombres de ciencia han caído en el extremo opuesto, especialmente desde que algunos de ellos, pretendiendo demostrar el origen animal del hombre pero no conociendo la sociabilidad de los animales, comenzaron a acusar a los salvajes de todas las inclinaciones «bestiales» posibles e imaginables. Es evidente, sin embargo, que tal exageración es incluso menos científica que la idealización de Rousseau. El hombre primitivo no puede ser considerado como ideal de virtud ni como ideal de «salvajismo». Pero tiene una cualidad elaborada y fortificada por las mismas condiciones de su dura lucha por la existencia: identifica su propia existencia con la vida de su tribu; y sin esta cualidad la humanidad nunca hubiera alcanzado el nivel en que se encuentra ahora.

Los hombres primitivos, como hemos dicho antes, hasta tal punto identifican su vida con la vida de su tribu que cada uno de sus actos, por más insignificante que sea, se considera como asun-

---

139 *Descent of Man*, 2.ª ed., págs. 63-4.

to de toda la tribu. Toda su conducta está regulada por una amplia serie de reglas de comportamiento no escritas, que son fruto de su experiencia general, acerca de lo que debe considerarse bueno o malo; es decir, beneficioso o pernicioso para su propia tribu. Por supuesto, los razonamientos en que están basadas estas reglas de decencia suelen ser, a veces, completamente absurdos. Muchos de ellos tienen origen en las supersticiones. En general un salvaje, haga lo que haga, solo ve las consecuencias más inmediatas de sus actos y no alcanza a prever sus consecuencias indirectas y más lejanas; pero en esto solo exageran el error que Bentham reprochaba a los legisladores civilizados. Pero, absurdas o no, el salvaje obedece prescripciones del derecho común, por muy embarazosas que puedan resultarle. Y las obedece más ciegamente aún de lo que el hombre civilizado obedece las prescripciones de sus leyes. El derecho común del salvaje es su religión; es el carácter mismo de su vida. La idea del clan está siempre presente en su mente; y por eso las autolimitaciones y el sacrificio en interés del clan son un fenómeno cotidiano. Si el salvaje ha infringido algunas de las reglas menores establecidas por su tribu, las mujeres lo persiguen con sus burlas. Si la infracción tiene carácter más serio, lo atormenta día y noche el miedo de haber atraído la desgracia sobre toda su tribu hasta que esta lo absuelve de su culpa. Si el salvaje accidentalmente ha herido a alguien de su propio clan, y de tal modo ha cometido el mayor de los delitos, se convierte en hombre completamente desdichado: huye al bosque y está dispuesto a terminar consigo si la tribu no lo absuelve de la culpa provocándole algún dolor físico o vertiendo cierta cantidad de su propia sangre.[140] Dentro de la tribu todo es distribuido en común; cada trozo de alimento, como hemos visto, se reparte entre los presen-

140 Véase Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, t. III, pág. 7. También Grey, obra citada, pág. 238.

tes, e incluso encontrándose en la soledad del bosque, un salvaje no empieza a comer sin haber gritado tres veces una invitación a compartir su comida con todo aquél que pudiera oírle.[141]

Hablando con más brevedad, dentro de la tribu la regla: «cada uno para todos» reina incondicionalmente mientras el surgimiento de la familia separada no perturbe la unidad tribal. Pero esta regla no se extiende a los clanes o tribus vecinas, ni siquiera si se han aliado para la defensa mutua. Cada tribu o clan representa una unidad separada. Al igual que ocurre entre los mamíferos y las aves, el territorio no queda indiviso, sino que es repartido entre las diferentes familias. Del mismo modo se distribuye el territorio entre tribus y, exceptuando épocas de guerra, estos límites se observan religiosamente. Al penetrar en territorio vecino, cada uno debe mostrar que no tiene malas intenciones. Cuanto más ruidosamente anuncia su llegada, tanto más goza de confianza; y si entra en una casa debe dejar su hacha a la entrada. Pero ninguna tribu está obligada a compartir sus alimentos con otras tribus, sino que es libre de hacerlo o no. Debido a esto, toda la vida del hombre primitivo se divide en dos tipos de relaciones y debe ser considerada desde dos puntos de vista éticos: las relaciones dentro de la tribu y las relaciones fuera de ella; y (como ocurre con nuestro derecho internacional) el derecho «intertribal» se diferencia mucho del derecho tribal común. Debido a esto, cuando se llega a la guerra entre dos tribus, las crueldades más indignantes hacia el enemigo pueden ser consideradas como merecedoras del mayor elogio.

Esta doble concepción de la moral atraviesa, por otra parte, todo el desarrollo de la humanidad, y se ha conservado hasta nuestros días. Nosotros los europeos hemos hecho algo —tampoco mucho, en todo caso— para apartamos de esta doble moral;

---

141 Mikluho Maclay, en la obra citada, menciona también esta costumbre en los hotentotes.

pero también es necesario decir que si hemos extendido nuestras ideas de solidaridad hasta cierto grado —por lo menos en teoría— a toda la nación, y a veces también a otras naciones, al mismo tiempo hemos debilitado los lazos de solidaridad dentro de nuestra nación y hasta dentro de nuestra misma familia.

La aparición de las familias separadas dentro del clan perturbó de manera inevitable la unidad establecida. La familia aislada conduce, inevitablemente, a la propiedad privada y a la acumulación de riqueza personal. Hemos visto, sin embargo, como los esquimales tratan de obviar los inconvenientes de este nuevo principio en la vida tribal.

Conforme avanza en su desarrollo la humanidad, esta misma tendencia va tomando nuevas formas. Seguir las huellas de las diferentes instituciones vitales (las comunas aldeanas, los gremios, etc.), gracias a las cuales las masas populares se empeñaron en mantener la unidad tribal a pesar de las influencias que trabajaban para destruirla, constituiría una investigación del más alto interés. Por otra parte, la aparición en épocas extremadamente lejanas de los primeros saberes rudimentarios —confundidos por entonces con la hechicería— también pudo convertirse en manos del individuo en una fuerza que podía dirigirse contra los intereses de la tribu. Estos saberes se guardaban entonces con gran secreto, y se transmitían solamente a los iniciados en las sociedades secretas de hechiceros, chamanes y sacerdotes que encontramos en todas las tribus decididamente primitivas. Además, al mismo tiempo, las guerras e incursiones creaban el poder militar y también la casta de los guerreros, cuyas asociaciones y «clubs» poco a poco adquirieron una fuerza enorme. Con todo, en ningún período de la vida de la humanidad las guerras fueron la condición *normal* de la vida. Mientras los guerreros se destruían entre sí y los sacerdotes glorificaban estos homicidios, las masas populares seguían llevando su vida cotidiana y haciendo su trabajo diario. Investigar esta vida de las masas, estudiar los métodos gracias a los cuales

pudieron mantener una organización social basada en la idea de igualdad, de ayuda mutua y de apoyo mutuo —es decir, en su derecho común—, incluso cuando estaban sometidos a la más brutal teocracia o aristocracia en el gobierno, es uno de los objetos de estudio más interesantes que pueda plantearse hoy en día.

CAPÍTULO IV

La ayuda mutua entre los bárbaros

Las grandes migraciones — Necesidad de una nueva organización — La comuna aldeana — El trabajo comunal — Procedimiento judicial — Derecho intertribal — Ilustraciones tomadas de la vida de nuestros contemporáneos — Buriatos — Kabilas — Montañeses caucásicos — Tribus africanas

RESULTA IMPOSIBLE ESTUDIAR LA humanidad primitiva sin sentir admiración por el desarrollo de la sociabilidad que el hombre mostró ya desde sus primeros pasos. Se han hallado huellas de sociedades humanas en los restos de la edad de piedra, tanto neolítica como paleolítica; y cuando comenzamos a estudiar a los pueblos salvajes que existen hoy en día, cuyo modo de vida no se distingue del modo de vida del hombre neolítico, encontramos que están ligados entre sí por una organización de clan extremadamente antigua que les permite unir sus débiles fuerzas individuales, gozar de la vida en común y avanzar en su desarrollo. El hombre no constituye una excepción en la naturaleza. También él está sujeto al gran principio de la ayuda mutua que asegura las mejores oportunidades de supervivencia solo a quienes se prestan mutuamente el máximo apoyo en la lucha por la existencia. Tales son las conclusiones a las que hemos llegado en los capítulos precedentes.

Sin embargo, no bien pasamos a un grado más elevado de desarrollo y recurrimos a la historia —que ya puede decirnos algo acerca de este estadio— suelen consternarnos la cantidad de luchas y conflictos que nos descubre. Los viejos lazos parecen estar completamente rotos. Las tribus luchan contra las tribus, unos

clanes contra otros, los individuos entre sí, y de este choque de fuerzas hostiles sale la humanidad dividida en castas, esclavizada por los déspotas, separada por estados que siempre están dispuestos a guerrear el uno contra el otro. Y he aquí que, hojeando tal historia de la humanidad, el filósofo pesimista concluye triunfalmente que la guerra y la opresión son la verdadera esencia de la naturaleza humana; que los instintos guerreros y de rapiña del hombre solo pueden ser, dentro de determinados límites, refrenados por alguna autoridad poderosa que por medio de la fuerza establezca la paz y otorgue a algunos pocos hombres nobles la posibilidad de preparar una vida mejor para la humanidad del futuro.

Sin embargo, basta someter a un examen cuidadoso la vida cotidiana del hombre durante el período histórico, como han hecho recientemente algunos pacientes investigadores de las instituciones humanas, y esta vida adquiere inmediatamente un tinte completamente distinto. Dejando de lado las ideas preconcebidas de la mayoría de los historiadores y su evidente predilección por los aspectos más dramáticos de la vida humana, observamos que los propios documentos en los que estos se basan suelen exagerar la parte de la vida humana que se entregó a la lucha y no aprecian debidamente las costumbres pacíficas de la humanidad. Los días claros y soleados se pierden de vista entre las descripciones de las tempestades y de los terremotos.

Incluso en nuestra época, los voluminosos anales que almacenamos para el futuro historiador en nuestra prensa, nuestros juzgados, nuestras instituciones gubernamentales y hasta en nuestras novelas, cuentos, dramas y poemas, padecen de la misma unilateralidad. Transmiten a la posteridad las descripciones detalladas de cada guerra, combate y conflicto, de cada discusión y acto de violencia; conservan los episodios de toda clase de sufrimientos personales; pero en ellos apenas se conservan las huellas precisas de los numerosos actos de apoyo mutuo y de sacrificio que cada uno de nosotros conoce por experiencia propia. En ellos

casi no se presta atención a lo que constituye la verdadera esencia de nuestra vida cotidiana, a nuestros instintos y costumbres sociales. No cabe asombrarse por tanto de que los anales de los tiempos pasados se hayan mostrado tan imperfectos. Los analistas de la antigüedad invariablemente inscribieron en sus crónicas todas las pequeñas guerras y todo género de calamidades que sufrieron sus contemporáneos; pero no prestaron atención alguna a la vida de las masas populares, a pesar de que justamente las masas se dedicaban sobre todo al trabajo pacífico mientras que una minoría se entregaba a la excitación de la lucha. Los poemas épicos, las inscripciones de los monumentos, los tratados de paz, es decir, casi todos los documentos históricos, tienen el mismo carácter; tratan de las rupturas de la paz y no de la paz misma. Debido a esto, aun aquellos historiadores que procedieron al estudio del pasado con las mejores intenciones trazaron inconscientemente una imagen mutilada de la época que trataban de mostrar; y para restablecer la relación real entre la lucha y la unión que existía en la vida debemos ocuparnos ahora del análisis de cientos de pequeños hechos y de las vagas indicaciones que fueron conservadas accidentalmente en los monumentos del pasado y explicarlos con ayuda de la etnología comparada. Después de haber oído tanto sobre lo que dividía a los hombres, debemos reconstruir piedra a piedra las instituciones que los unían.

Probablemente no esté lejana la época en que se deba reescribir toda la historia de la humanidad en un nuevo sentido, tomando en cuenta ambas corrientes de la vida humana ya citadas y *apreciando el papel que cada una de ellas ha desempeñado en la evolución de la humanidad*. Pero mientras tanto podemos aprovechar el enorme trabajo preparatorio realizado en los últimos años y que nos da la posibilidad de reconstruir, aunque sea en sus líneas generales, la segunda corriente, que ha sido tan descuidada durante tanto tiempo. De los períodos de la historia mejor estudiados podemos extraer algunos cuadros de la vida de las masas populares

y mostrar qué papel ha desempeñado en ellos la ayuda mutua. En beneficio de la brevedad evitaremos empezar por la historia egipcia, la griega o la romana, ya que en realidad la evolución de la humanidad no ha tenido el carácter de una cadena ininterrumpida de sucesos. En ocasiones sucedió que la civilización quedaba interrumpida en cierto lugar, en cierta raza, y comenzaba de nuevo en otro lugar y entre otras razas. Pero todo nuevo surgimiento comenzó siempre sobre la base de la organización tribal que acabamos de ver entre los salvajes, de modo que si tomamos la última forma de nuestra propia civilización —cuando empezó de nuevo en los primeros siglos de nuestra era entre aquellos pueblos a los que los romanos llamaron «bárbaros»— tendremos una gama completa de su evolución, empezando por la organización tribal y terminando por las instituciones de nuestra época. A la definición de estos cuadros estarán consagradas las páginas siguientes.

Los HOMBRES de ciencia aún no se han puesto de acuerdo sobre las causas que, hace alrededor de dos mil años, hicieron moverse a pueblos enteros de Asia a Europa y provocaron las grandes migraciones bárbaras que pusieron fin al Imperio Romano de Occidente. Sin embargo, una causa posible se presenta de modo natural al geógrafo cuando contempla las ruinas de las que otrora fueron las densamente pobladas ciudades de los actuales desiertos de Asia central, o bien sigue los viejos lechos de ríos ahora desaparecidos y los restos de lagos que en otro tiempo fueron enormes y que ahora quedaron reducidos casi a pequeños estanques. La causa es la desecación: una desecación que aún continúa a una rapidez que antes no estábamos preparados para admitir.[142] Contra semejante

142 Innumerables huellas de lagos pospliocénicos, actualmente desaparecidos, se encuentran en toda el Asia Central, Occidental y septentrional. Conchas de las mismas especies que las que ahora viven en el mar Caspio están dispersas en

fenómeno el hombre no pudo luchar. Cuando los habitantes de Mongolia occidental y del Turquestán oriental vieron que el agua desaparecía, no les quedó otra salida que descender a lo largo de los amplios valles que conducen a las tierras bajas y presionar hacia el oeste a los habitantes de esas tierras.[143] Tribu tras tribu fueron desplazados durante varios siglos hacia Europa, obligando a las otras tribus a ponerse en movimiento una y otra vez hacia el oeste, o de vuelta al este, en busca de nuevos lugares de residencia más o menos permanente. Las razas se mezclaron durante estas migraciones, los aborígenes con los inmigrantes, los arios con los uralaltaicos; y no habría resultado extraño que las instituciones sociales que los unían en sus patrias se desplomaran completamente durante el proceso de estratificación de las distintas razas que tuvo lugar por entonces en Europa y Asia.

Pero estas instituciones no fueron destruidas; solo sufrieron la transformación que requerían las nuevas condiciones de vida.

---

sedimentos recientes en la superficie: en el Este, en la mitad del camino que conduce al lago Aral; en el norte, hasta Kazan. Las huellas de los golfos del mar Caspio, que antes se tomaban por viejos lechos del Amu-Daria, cruzan el territorio turco. Naturalmente, es necesario tomar en consideración las oscilaciones temporales y periódicas en la cantidad de los sedimentos. Pero con todo, la desecación es evidente y se realiza con una velocidad que los geólogos no esperaban. Aun las partes relativamente ricas en humedad de la Siberia suroccidental, a juzgar por la serie de relevamientos topográficos fidedignos publicados por Yadrintseff, muestran que en las parcelas de tierras que fueron ochenta años atrás el fondo de uno de los lagos del grupo Chany, ahora se han establecido aldeas; mientras que otros lagos del mismo grupo, que hace cincuenta años cubrían cientos de kilómetros cuadrados, se transformaron en simples lagunas. Dicho más brevemente, la desecación del noroeste de Asia se produce a un ritmo que debe ser medido por siglos, en lugar de las enormes unidades geológicas de tiempo a las que recurríamos antes. Véase mi artículo «The Dessication of Asia» en *Geographical Journal*, de la Sociedad Geográfica de Londres, 1903.

143 Civilizaciones enteras desaparecieron en esta época, como ahora prueban los descubrimientos notables hechos en Mongolia, en Orfon y en la depresión de Lukchun por Clements, y en los alrededores de Lob-Nor por Sven Hedin.

La organización social de los teutones, celtas, escandinavos, eslavos y otros pueblos se encontraba en período de transición cuando entraron por primera vez en contacto con los romanos. Sus uniones tribales, basadas en un real o supuesto origen común, sirvieron para unirlos durante miles de años. Pero semejantes uniones cumplieron su objetivo solo hasta que las familias separadas aparecieron dentro del mismo clan. En todo caso, en virtud de las razones expuestas más arriba, las familias patriarcales separadas se habían formado lenta pero imparablemente dentro de la organización tribal, y su aparición condujo irremediablemente a la acumulación de riquezas y poder, a su transmisión hereditaria dentro de la familia y a la descomposición del clan. Las frecuentes migraciones y las guerras que las acompañaban promovieron la desintegración de los clanes en familias separadas, y la dispersión de las tribus durante las migraciones, así como su mezcla con los extranjeros, ofreció grandes facilidades para la desintegración de las anteriores uniones basadas en lazos de parentesco. Los bárbaros —es decir, aquellas tribus a las que los romanos llamaron «bárbaros» y que, siguiendo la clasificación de Morgan, llamaré con ese mismo nombre para diferenciarlos de las tribus más primitivas denominadas «salvajes»— se enfrentaron así a una disyuntiva: dejar que su clan se disolviese en grupos de familias separadas, de entre las cuales las familias más ricas (especialmente aquellas en las que las riquezas estaban unidas a las funciones del sacerdocio o a la gloria militar) impondrían su autoridad sobre las demás; o bien buscar una nueva forma de estructura social fundada sobre un nuevo principio.

Muchas tribus se mostraron impotentes para evitar la desintegración: se dispersaron y desaparecieron de la historia. Pero las tribus más enérgicas no se dividieron y salieron de la prueba elaborando una estructura social nueva: *la comuna aldeana*, que las mantuvo unidas durante los quince siglos siguientes, o quizá más. En ellas se elaboró la concepción del *territorio* común, de la *tierra*

adquirida y defendida con sus fuerzas comunes, y esta concepción ocupó el lugar de la concepción del origen común que ya se extinguía. Sus dioses perdieron paulatinamente su carácter de *ancestros* y recibieron un nuevo carácter territorial. Se convirtieron en divinidades y posteriormente en patronos de una determinada localidad.

«La tierra» se identificaba con sus habitantes. En lugar de las antiguas uniones por la sangre crecieron las uniones territoriales, y esta nueva estructura evidentemente ofrecía muchas ventajas en determinadas condiciones. Reconocía la independencia de la familia y hasta la aumentaba, puesto que la comuna aldeana renunciaba a todo derecho a inmiscuirse en lo que ocurría en el ámbito privado; también daba una libertad considerablemente mayor a la iniciativa personal; no era hostil a la unión entre personas de distinto origen pero mantenía la cohesión necesaria en los actos y en los pensamientos de los miembros de la comunidad; y finalmente, era lo bastante fuerte para oponerse a las tendencias de dominio de la minoría compuesta por hechiceros, sacerdotes y guerreros profesionales o distinguidos que pretendían adueñarse del poder. Debido a esto, la nueva organización se convirtió en la célula primitiva de toda futura vida social; y en muchos pueblos la comuna aldeana ha conservado este carácter hasta el presente.

Ahora es sabido —y apenas se discute— que la comuna aldeana no fue un rasgo característico de los eslavos o de los antiguos germanos. Estaba extendida en Inglaterra, tanto en el período sajón como en el normando, y se conservó en algunos lugares hasta el siglo XIX.[144] Fue la base de la organización social de la antigua Es-

144 Si sostengo, con respecto a Inglaterra nombrando solo a los especialistas modernos, la opinión de Nasse, Kovalevsky y Vinogradov, y no la opinión de F. Seebohm (Denman Ross puede ser citado solamente para completar), no es solo porque las opiniones de los tres escritores arriba citados estén basadas en el conocimiento profundo de la materia, y porque que estén de acuerdo entre sí, sino también a causa de su excelente conocimiento de la comuna aldeana en general, conocimiento cuya ausencia se siente claramente en el trabajo de Seebohm, nota-

cocia, la antigua Irlanda y el antiguo Gales. En Francia, la posesión común y la división comunal de la tierra cultivable por la asamblea aldeana se conservó desde los primeros siglos de nuestra era hasta la época de Turgot, que halló las asambleas comunales «demasiado ruidosas» y por ello comenzó a destruirlas. En Italia, la comuna sobrevivió al dominio romano y renació después de la caída del Imperio. Fue regla general entre los escandinavos, eslavos, fineses (en la *pittäyä*, y probablemente en la *kihlakunta)*, los cures y los lives. La comuna aldeana en la India —pasada y presente, aria o no aria— es bien conocida gracias a los trabajos de sir Henry Maine, que han marcado época en este dominio; y Elphistone la describió en los afganos. La encontramos también en el *oulus* mogol, en la cabila *thaddart'e*, en la *dessa* javanesa, en la *kota* o *tofa* malaya y, bajo diferentes denominaciones, en Abisinia, Sudán, en el interior de África, en las tribus indígenas de ambas Américas y en todas las tribus, pequeñas y grandes, de las islas del océano Pacífico. En una palabra, no conocemos ninguna raza humana, ningún pueblo, que no hubiera pasado en determinado período por la comuna aldeana. Ya este solo hecho refuta la teoría según la cual se trató de representar a la comuna aldeana de Europa como un producto de la servidumbre. Se formó mucho antes de la servidumbre y ni siquiera la sumisión servil pudo destruirla. Ella constituye una fase general del desarrollo del género humano y un renacimiento natural de la organización tribal, al menos en todas las tribus que han desempeñado o desempeñan algún papel en la historia.[145]

---

ble en otros sentidos. La misma observación se puede hacer, en grado mayor, con respecto a las elegantes obras de Fustel de Coulanges, cuya opinión e interpretación apasionada de los antiguos textos no hallan más partidarios que él mismo.

145 La literatura sobre la comuna aldeana es tan vasta que nos limitamos aquí a citar algunas pocas obras. Así, las obras de sir Henry Maine, F. Seebohm y la de Walter, *Das alte Wallis* (Bonn, 1859), son fuentes bien conocidas y están ampliamente difundidas para Escocia, Irlanda y Gales. Para Francia, se puede citar: P. Viollet, *Précis de l'histoire du droit français: Droit Privé*, 1886 y algunas de sus monografías

La comuna aldeana constituía una institución que surgió naturalmente, y por ello no podía ser de estructura completamente uniforme. Hablando en términos generales, era una unión de familias que se consideraban originarias de una raíz común y que compartían una determinada tierra. Pero en algunas tribus, en circunstancias determinadas, las familias crecieron extraordinariamente antes de que de ellas brotaran nuevas familias; en tales casos, cinco, seis o siete generaciones continuaron viviendo bajo un mismo techo o dentro de un recinto determinado, poseyendo en común el cultivo y el ganado, y reuniéndose para la comida ante el hogar común. Entonces se formó lo que se conoce en etnología con el nombre de «familia extensa» o «economía doméstica indivisa», que hallamos aún ahora en toda China, en la India, en la *zadruga* de los eslavos meridionales y, ocasionalmente, en África, América, Dinamarca, Rusia septentrional, Siberia (las *semieskie)*, y en la Francia occidental.[146] En otros pueblos, o en otras circunstancias que todavía no

---

en la *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*; Babeau: *Le Village, sous l'ancienne régime* (el «mir» en el siglo XVIII), 3.ª edición, 1887; Bonnemère, Doniol y otros. Para Italia y Escandinavia, las principales obras están citadas en *Propiedad primitiva*, de Laveleye (traducción alemana de K. Bücher). Para los fineses: *Forelasningar*, de Rein, I, 15; Koskinen, *Finische Geschichte*, 1874, y diferentes monografías. Para Liflandia y Curlandia, véase el artículo del profesor Luchitzky en el *Severnyi Véstnik*, del año 1890. Para los teutones, además de las obras bien conocidas de autores como Maurer, Sohm (*Altdeusche Reichs und Gerichts-Verfassung*), véase también Dahn (*Uhrzeit, Völkerwanderung, Langobardische Studien*); Jansen, Wilh; Arnold y otros. Para la India, además de autores como H. Maine y los escritores que él nombra, véase la obra de sir John Phear: *Aryan Village*. Para Rusia y los eslavos meridionales, véanse las obras de Kavelin, Posnikof, Sokolovsky, Kovalevsky, Efimenko, Ivanishef, Klaus, etc. (Un amplio índice bibliográfico, hasta 1880, ha sido dado en el *Sbórnik svediényi ob obschinye*, publicado por la Sociedad Geográfica Rusa). Para conclusiones generales, además de Laveleye, *Propriété; Ancient Society*, de Morgan, *Kulturgeschichte*, de Lippert, véase Post, Dargun, etc., y también las conferencias de M. Kovalevsky (*Tableau des origines et de l'évolution de la famille et de la propriété*, Estocolmo, 1890, existe también en edición rusa). Se deben citar también muchas monografías especiales, cuya lista está dada en las obras de P. Viollet: *Droit privé* y *Droit public*. Con respecto a los otros, véanse las notas siguientes.

146 Algunos autorizados hombres de ciencia están inclinados a considerar la familia

están determinadas con precisión, las familias no alcanzaron tan grandes proporciones; los nietos, y a veces también los hijos, salían del hogar inmediatamente después de contraer matrimonio, y cada uno de ellos asentaba el principio de su propia célula. Pero tanto las familias nucleares como las extensas, tanto las que se establecieron juntas como las que se establecieron diseminadas por los bosques, todas se unieron en comunas aldeanas. Algunas aldeas se unieron en clanes, o tribus, y algunas tribus en uniones o federaciones. Tal era la organización social que se desarrolló entre los llamados «bárbaros» cuando empezaron a asentarse en residencias más o menos permanentes en Europa. Necesario es recordar, sin embargo, que las palabras «bárbaros» y «período bárbaro» se emplean aquí siguiendo a Morgan y otros antropólogos —investigadores de la vida de las sociedades humanas— exclusivamente para designar el período de la comuna aldeana que siguió a la *organización tribal, hasta la formación de los Estados contemporáneos.*

UNA LARGA evolución fue necesaria para que el clan llegara a reconocer dentro de él la existencia de la familia patriarcal que vivía en una choza separada; pero sin embargo, aun después de tal reconocimiento, el clan todavía no reconocía en general la herencia perso-

---

extensiva como un grado intermedio entre el clan y la comuna aldeana, y es indudable que en muchos casos las comunas aldeanas brotaron de tales familias. Sin embargo, considero a la familia extensiva como un hecho de otro orden. La encontramos también dentro del clan; y por otra parte no podemos afirmar que las familias extensivas hayan existido alguna vez, sin pertenecer, al mismo tiempo, al clan, a la comuna aldeana o al «Gau». Opino que las comunidades aldeanas surgieron lenta y directamente de los clanes, y que estaban formadas, según las circunstancias raciales y locales, ya sea de varias familias extensivas, del conjunto de familias extensivas y simples, o bien (especialmente en casos de formación de nuevas poblaciones) solo de familias simples. Si esta opinión es correcta, no tenemos, entonces, derecho a establecer la serie: clan, familia extensiva, comuna aldeana puesto que el segundo miembro de la serie no tiene el mismo valor etnológico que los otros dos. Véase el apéndice XIII.

nal de la propiedad. Bajo la organización tribal, las pocas cosas que podían pertenecer a un individuo se destruían sobre su tumba o se enterraban junto a él. La comuna aldeana, por el contrario, reconocía plenamente la acumulación privada de riquezas dentro de la familia y su transmisión hereditaria. Pero la riqueza se extendía exclusivamente en forma de *bienes muebles*, incluyendo entre ellos el ganado, los instrumentos y la vajilla, las armas, y la casa-habitación que, «como todas las cosas que podían ser destruidas por el fuego», se contaban en esa misma categoría.[147] En cuanto a la propiedad privada territorial, la comuna aldeana no reconocía ni podía reconocer nada semejante, y en general tampoco lo reconoce ahora. La tierra era propiedad común de todo el clan o de la tribu entera, y la misma comuna aldeana poseía su porción de territorio, al menos mientras no se demandase una redistribución de las parcelas.

Puesto que en la mayoría de los casos el desbroce de los bosques y la rotura de las tierras vírgenes eran realizados por toda la comuna, o al menos por el trabajo conjunto de varias familias —siempre con el consentimiento de la comuna— las parcelas limpias pasaban a ser de cada familia por cuatro, doce o veinte años, después de los cuales se consideraban como parte de la tierra arable perteneciente a toda la comuna. La propiedad privada o el dominio «eterno» de la tierra eran tan incompatibles con las ideas religiosas fundamentales de la comuna aldeana como anteriormente lo fueron con las concepciones de los clanes; de modo que fue necesaria la influencia prolongada del derecho romano y de la iglesia cristiana (que asimiló rápidamente las leyes romanas), para acostumbrar a los bárbaros a la idea de la propiedad privada de la tierra.[148] Pero, aun entonces, cuando la propiedad privada o el

147 Stobbe: *Beiträge zur Geschichte des deutschen Rechtes*, pág. 62.

148 Las pocas huellas de la propiedad territorial privada que se encuentran en el período bárbaro antiguo, se hallan solamente en los pueblos (batavios, francos en la Galia) que durante algún tiempo estuvieron bajo la influencia de la Roma

dominio por tiempo indeterminado fue reconocido, el propietario de una parcela separada seguía siendo, al mismo tiempo, copropietario de una parcela de los bosques y de las dehesas comunes. Además, vemos continuamente, en especial en la historia de Rusia, que cuando varias familias, actuando completamente por separado, tomaban posesión de alguna tierra perteneciente a las tribus que consideraban extranjeras, las familias de los usurpadores se unían en seguida entre sí y formaban una comuna aldeana que, en la tercera o cuarta generación, ya creía en la comunidad de su origen. Siberia aún está llena de tales ejemplos.

Una serie completa de instituciones, en parte heredadas del *período tribal*, empezó entonces a elaborarse sobre esta base del dominio común de la tierra, y continuó elaborándose a través de la largas series de siglos que fueron necesarios para someter a los comuneros a la autoridad de los Estados organizados según el modelo romano o bizantino. La comuna aldeana no solo era una asociación destinada a asegurar a cada uno su justa parte en el disfrute de la tierra común; era también una asociación para el cultivo común de la tierra, para el apoyo mutuo en todas las formas posibles, para la defensa contra la violencia y para el máximo desarrollo de los conocimientos, los lazos nacionales y las ideas morales; y cada cambio en el derecho jurídico, militar, educativo o económico de la comuna era decidido por todos en la reunión del *mir* de la aldea, la asamblea de la tribu, o en la confederación de las tribus y comunas. La comuna, al ser la continuación del clan, heredó todas sus funciones. Representaba a la *universitas;* el *mir,* como el propio término ruso indica, era un mundo en sí mismo.

---

imperial. Véase Inama Sternegg: *Die Ausbildung der grossen Grundherrschaften in Deutschland,* t. 1, 1878. También, Besseler: *Neubruch nach dem alteren deutschen Recht,* págs. 11-2, citado por Kovalevsky: *Las costumbres modernas y la ley Antigua,* Moscú, 1886, t. 1, pág. 134.

La caza, la pesca y el cultivo de las plantaciones frutales en común eran la regla general bajo los antiguos órdenes tribales. Del mismo modo, el cultivo común de los campos se convirtió en la regla en las comunas aldeanas de los bárbaros. Es cierto que tenemos muy pocos testimonios directos en este sentido, y que en la literatura antigua solo encontramos algunas frases de Diodoro y Julio César que se refieren a los habitantes de las islas de Lipari, a una de las tribus celtiberas, y a los suevos. Pero no faltan pruebas que corroboren que el cultivo común de la tierra era practicado entre algunas tribus germánicas, entre los francos y entre los antiguos escoceses, irlandeses y galeses.[149] En cuanto a la supervivencia del cultivo comunal, las pruebas son simplemente innumerables. Hasta en la completamente romanizada Francia, arar en común era un fenómeno corriente hace apenas veinticinco años en Morbihan (Bretaña).[150] El antiguo *cyvar* galés, o «arado conjunto», y el cultivo común de la tierra entregada en usufructo al santuario de la aldea son un fenómeno corriente en las tribus del Cáucaso menos tocadas por la civilización;[151] y hechos semejantes se dan constantemente entre los campesinos rusos. Además, se sabe que muchas tribus de Brasil, América Central y México cultivaban sus campos en común, y que la misma costumbre está ampliamente difundida todavía entre los malayos, en Nueva Caledonia, entre algunas tribus negras, etc.[152] En general, el cultivo comunal de la tierra constituye un fenómeno tan corriente en numerosas tribus arias, uralaltaicas,

---

149 Maurer: *Markgensossenschaft*; Lamprecht, «Wirthschaft und Recht der Franken zur Zeit der Volsrechte», en *Historischer Taschenbuch*, 1883; Seebohm: *The English Village Community*, caps. VI, VII y IX.

150 Letourneau, en *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1888, t. XI, pág. 476.

151 Walter: *Das alte Wallis*, pág. 323; D. Bakrazde y N. Kudadof en *Memorias de la Sociedad Geográfica Caucasiana*, t. XIV, parte I.

152 Bachoft: *Native Races*; Waitz, *Anthropologie*, III, 423; Montrozier, en *Bull. Soc. d'Anthropologie*, 1870; Post, Studien, etc.

mongolas, negras, pieles rojas, malayas y melanesias, que debemos considerarlo como una forma universal —aunque no única— de agricultura primitiva.[153]

No obstante, es necesario recordar que el cultivo comunal de la tierra no implica la obligatoriedad de consumo en común. Ya en la organización tribal a menudo vemos que cuando los botes cargados de frutas o pescados vuelven a la aldea el alimento se reparte entre las chozas separadas y las «casas largas» (en las que se alojan varias familias o los jóvenes) y es preparada en cada fuego por separado. La costumbre de sentarse a la mesa en un círculo más estrecho de parientes o camaradas aparece en el período antiguo de la vida tribal, y en la comuna aldeana se convierte en regla.

Hasta los productos alimenticios cultivados en común se dividían habitualmente entre los dueños de cada casa después almacenar una parte para uso comunal. Además, la tradición de los festines conjuntos se conservaba religiosamente. En cualquier caso, la tradición de la comida en común fue rigurosamente mantenida. A la menor oportunidad, ya fueran los días consagrados a la memoria de los antepasados, durante las fiestas religiosas, al comienzo o al final de las labores del campo o en los nacimientos, bodas y entierros, la comuna se reunía en un festín comunal. Aún hoy en día encontramos en Inglaterra una supervivencia de esta costumbre en la llamada «cena de la cosecha» [*harvest supper*], que se resiste a desaparecer.

Por otra parte, aun mucho tiempo después de que los campos dejaran de ser cultivados en común, vemos que algunas labo-

---

153 Las obras de Ory, Laudes y Sylvestre sobre la comuna aldeana en Annam, que prueban que ha tenido allí las mismas formas que en Alemania o Rusia, son citadas en el artículo crítico de Jobbé-Duval en *Nouvelle Revue historique de droit français et étranger*, octubre y diciembre, 1896. Una buena obra sobre la comuna aldeana en Perú antes del establecimiento del poder de los incas ha sido escrita por Heinrich Cunow (*Die soziale Verfassung des Inka-Reichs*, Stuggart, 1896). En esta obra se describen el dominio comunal de las tierras y el cultivo comunal.

res agrícolas continúan realizándose comunalmente. Cierta parte de la tierra comunal continúa siendo cultivada en común en muchos lugares para ayudar a los indigentes, para formar depósitos comunales o para usar los productos durante las fiestas religiosas. Los canales de regadío y las acequias son construidos y reparados en común. Los prados comunales son segados por la comuna; y el espectáculo de la comuna aldeana rusa durante la siega, en la que los hombres rivalizan entre sí en la amplitud del corte de guadaña y la rapidez de las siegas, y las mujeres remueven la hierba cortada y la recogen en gavillas, es de los más inspiradores, pues nos muestra lo que el trabajo humano podría y debería ser. En tales casos, se reparte el heno entre los hogares separados, y es evidente que nadie tiene derecho a tomar el heno de su vecino sin su permiso. Sin embargo, cierta excepción a esta regla general que se da en los osietinos del Cáucaso, es muy instructiva: en cuanto comienza el cuclillo a cantar anunciando la llegada de la primavera que pronto vestirá los prados de hierba, todos adquieren el derecho de tomar del henar vecino lo que necesiten para alimentar a su ganado.[154] De este modo, se afirman una vez más los antiguos derechos comunales, demostrando con ello hasta qué punto el individualismo sin restricciones contradice a la naturaleza humana.

Cuando el viajero europeo desembarca en alguna isleta del océano Pacífico, y viendo de lejos un grupo de palmeras se dirige hacia allí, generalmente le asombra descubrir que las pequeñas aldeas de los indígenas están unidas entre sí por caminos pavimentados con grandes piedras, perfectamente cómodos para los pies descalzos de los aborígenes y que en muchos sentidos recuerdan a los «viejos caminos» de las montañas suizas. Caminos semejantes fueron trazados por los «bárbaros» por toda Europa, y es necesario viajar por los países salvajes poco poblados, situados lejos de las

154 M. Kovalevsky: *Las costumbres modernas y la ley antigua*, t. 1, pág. 115.

principales vías de comunicación internacionales, para comprender las proporciones de ese colosal trabajo que realizaron las comunas bárbaras para vencer la aspereza de las inmensas extensiones boscosas y pantanosas que caracterizaban a Europa hace dos mil años. Las familias nucleares, débiles y carentes de los instrumentos necesarios, no hubieran podido jamás conquistar la selva virgen. El bosque y el pantano les habrían vencido. Solamente las comunas aldeanas, trabajando en común, pudieron conquistar estos bosques salvajes, estas ciénagas absorbentes y las ilimitadas estepas.

Los senderos, los caminos de troncos, las balsas y los puentes livianos que arrastrados por las aguas en invierno se construían de nuevo después de las crecidas de primavera, las trincheras y empalizadas con las que se cercaban las aldeas, las fortalezas de tierra, las pequeñas torres y atalayas de las que estaba sembrado el territorio... todo esto fue obra de las comunas aldeanas. Y cuando la comuna creció, comenzó a dar frutos. A poca distancia de la primera surgió una nueva comuna, y de tal modo, paso a paso, los bosques y las estepas cayeron bajo el poder del hombre. Todo el proceso de formación de las naciones europeas fue en esencia el fruto de este crecimiento de las comunas aldeanas. Todavía hoy los campesinos rusos, si no están completamente abrumados por la necesidad, emigran en comunas, cultivan la tierra virgen, cavan las chozas de tierra y finalmente construyen sus casas en común en las cuencas del Amur o en Canadá. Hasta los ingleses, al inicio de la colonización de América, volvieron al antiguo sistema: se asentaron y vivieron en comunas.[155]

LA COMUNA aldeana era en aquel tiempo el arma principal en su dura lucha contra la naturaleza hostil. Era, también, el lazo que

155 Palfrey: *History of New England*, t. II, pág. 13; citado en la obra de Maine: *Village Communities*, 1876, pág. 201 de la edición americana.

los campesinos oponían a la opresión por parte de los más hábiles y fuertes, los cuales trataban de reforzar su autoridad en aquellos tiempos agitados. El «bárbaro» imaginario, es decir, el hombre que lucha y mata a los hombres por mero capricho, existió tan poco como el «sanguinario» salvaje de nuestros literatos.

El bárbaro comunal, por el contrario, sometía su vida a toda una serie de instituciones plagadas de cuidadosas consideraciones sobre qué puede ser útil o nocivo para su tribu o su confederación; y las instituciones de este género fueron transmitidas precisamente de generación en generación en versos y cantos, en proverbios y sentencias, en refranes y recomendaciones.

Cuanto más estudiamos este período, más nos convencemos de los estrechos lazos que ligaban a los hombres en sus comunas. Toda riña surgida entre dos paisanos se consideraba un asunto que concernía a toda la comuna, e incluso las palabras ofensivas que escaparan accidentalmente durante una riña se consideraban ofensas a la comuna y a sus antepasados. Era necesario reparar semejantes ofensas con disculpas y una multa liviana en beneficio del ofendido y de la comuna.[156] Si la riña terminaba en pelea y heridas, el hombre que la presenciara y no interviniera para evitarla era tratado como si él mismo hubiera producido las heridas.[157]

El procedimiento jurídico estaba imbuido del mismo espíritu. Toda riña era sometida primero a la consideración de mediadores o árbitros, y la mayoría de los casos eran resueltos por ellos ya que el árbitro desempeñaba un papel muy importante en la sociedad bárbara. Pero si el asunto era demasiado serio y no podía ser resuelto por los mediadores, se sometía al juicio de la asamblea comunal, que tenía el deber de «encontrar la sentencia» y la pronunciaba siempre en forma condicional: es decir, «el

156 Königswarter: *Etudes sur le développement des sociétés humaines*, París, 1850.

157 Tal era, por lo menos, la ley de los kalmucos, cuyo derecho común tiene mucha semejanza con las leyes de los teutones, los antiguos eslavos y otros.

ofensor deberá pagar tal compensación al ofendido si se prueba la ofensa». La ofensa era probada o negada por seis o doce personas bajo juramento y se recurría a la ordalía únicamente en caso de que surgiera contradicción entre los dos cuerpos de jurados de ambas partes litigantes. Semejante procedimiento, que estuvo en vigor durante más de dos mil años, es suficientemente elocuente acerca de cuán estrechos eran los lazos que unían entre sí a todos los miembros de la comuna.

No está de más recordar aquí que, aparte de su autoridad moral, la asamblea comunal no disponía de ninguna otra fuerza para hacer cumplir su sentencia. La única amenaza posible era declarar al rebelde un proscrito; pero aun esta amenaza era un arma de doble filo. Un hombre descontento con la decisión de la asamblea comunal podía declarar que abandonaba su tribu y que se unía a otra, lo cual era una amenaza terrible ya que, según la convicción general, en caso de que hubiera cometido una injusticia con uno de sus miembros la tribu atraería sobre sí todas las desgracias imaginables.[158] La oposición a una decisión justa, basada sobre el derecho común, era sencillamente «inimaginable» según la afortunada expresión de Henry Maine, ya que «la ley, la moral y el hecho constituían, en aquellos tiempos algo inseparable».[159] La autoridad moral de la comuna era tan grande que hasta en una época muy posterior, cuando las comunas aldeanas fueron sometidas a los señores feudales, conservaron la autoridad jurídica. Solo permitían al señor o a su representante «encontrar las sentencias condicionales arriba citadas adecuadas al derecho común que él había jurado mantener en toda su pureza; y se le permitía percibir en su beneficio la multa (el *fred*) debida a la comuna».[160] Pero du-

---

158 Esta costumbre se ha conservado hasta ahora en muchas tribus africanas y otras.

159 *Village Communities*, págs. 65-8 y 199.

160 Durante todo el período, la compensación monetaria (*wergeld*) se pagaba al ofendido como compensación por la ofensa; la multa (*fred*) se pagaba a la comuna

rante mucho tiempo el mismo señor feudal, cuando era copropietario de los baldíos y dehesas comunales, se sometía a la decisión de la comuna en los asuntos comunes. Ya fuera noble o eclesiástico, debía someterse a la decisión de la asamblea comunal. *Wer daselbst Wasser und Weid genusst, muss gehorsam sein* [quien goza del derecho al agua y a los pastos, debe obedecer], dice una antigua sentencia. Hasta el período en que los campesinos se convirtieron en esclavos de los señores feudales, estos estaban obligados a presentarse ante la asamblea comunal si eran convocados.[161]

En sus ideas acerca de la justicia, los bárbaros no se alejaron mucho de los salvajes. También ellos consideraban que todo homicidio debía implicar la muerte del homicida; que la herida producida debía ser castigada con la misma herida, y que la familia ofendida debía cumplir ella misma la sentencia pronunciada en virtud del derecho común; es decir, matar al homicida o a alguno de sus congéneres, o producir un determinado género de heridas al ofensor o a uno de sus allegados. Esto era para ellos un deber sagrado, una deuda hacia los antepasados que debía ser cumplida a plena luz del día (nunca en secreto) y a la que se le debía dar la más amplia publicidad. Es por ello que los pasajes más inspirados de las sagas y de prácticamente todas las obras de la poesía épica de aquella época están consagrados a glorificar lo que siempre se consideró justo, es decir, la venganza tribal. En tales ocasiones hasta los mismos dioses se unían a los vengadores prestándoles su ayuda.

---

y posteriormente a su sustituto —al señor, obispo o rey— por la violación de la paz y como reconocimiento de la culpa ante los dioses locales (o santos) de la comuna.

161 Maurer (*Geschichte der Markvarfassung*, párrafo 29, 27) mantiene una opinión clara con respeto a esta cuestión. Afirma que «todos los miembros de la comuna... así como los señores laicos y los del clero que a menudo también eran en parte copropietarios (*Markberechtigte*), e incluso personas extrañas a la comuna, estaban sometidos a su jurisdicción» (pág. 312); en algunos lugares, tal idea estuvo en vigor hasta el siglo XV.

En todo caso, el rasgo predominante de la justicia de los bárbaros es, por una parte, el intento de limitar la cantidad de personas que pueden ser arrastradas a una guerra de clanes por causa de la venganza de sangre, y por otra parte, el intento de extirpar la brutal idea de «sangre por sangre y herida por herida» sustituyéndola por un sistema de indemnizaciones al ofendido. Los códigos de leyes bárbaras —que eran colecciones de reglas de derecho común, escritas para uso de los jueces—, «al principio permitían, luego estimulaban y finalmente exigían» la sustitución de la venganza de sangre por la indemnización, como observó Königswarter.[162] No obstante, esta compensación ha sido completamente malinterpretada por aquellos que han visto en ella una especie de «carta blanca» que permitía al rico hacer su voluntad. La compensación monetaria, es decir, *Wergeld,* que se pagaba al ofendido, era muy diferente a la pequeña multa o *fred*[163] que se pagaba a la comuna o a su representante. La compensación monetaria que se fijaba comúnmente para todo género de violencia era tan elevada que en ningún caso podía suponer un estímulo para este tipo de delitos. En caso de homicidio solía exceder todos los bienes posibles del homicida. «Dieciocho veces dieciocho vacas» era la indemnización de los osietinos, que no sabían contar por encima de dieciocho; y en las tribus africanas la compensación monetaria por un homicidio alcanzaba a ochocientas vacas o cien camellos con sus crías, aunque en las tribus más pobres se reducía a cuatrocientas dieciséis ovejas.[164] Así pues, en la gran

162 Königswarter, obra citada, pág. 50. J. Thrupp: *Historical Law Tracts,* Londres, 1843, pág. 106.

163 Königswarter señaló que el *fred* nació de las ofrendas que el ofensor hacía a los dioses para apaciguar a los antepasados. Más tarde se pagó a la comuna por la violación de la paz, y más tarde aún, al juez, el rey o al terrateniente cuando estos se apoderaron del derecho que antes pertenecía a las comunas.

164 Post: *Bausteine* y *Afrikanische Jurisprudenz,* Oldenburg, 1887, t. I, págs. 64 y ss; Kovalevsky, obra citada, t. II, págs. 164-189.

mayoría de los casos era imposible pagar la compensación monetaria por un homicidio, por lo que al homicida solo le restaba convencer a la familia ofendida para que lo adoptara mediante su arrepentimiento. Incluso hoy en día, en el Cáucaso, cuando una guerra de tribus por venganza de sangre llega a su fin el ofensor toca con sus labios el pecho de la mujer más anciana de la tribu, convirtiéndose así en «hermano de leche» de todos los hombres de la familia ofendida.[165] En algunas tribus africanas, el homicida debe dar en matrimonio a su hija o hermana a uno de los miembros de la familia del muerto; en otras tribus debe casarse con la viuda del muerto; y en todos los casos se convierte después de ello en miembro de la familia, cuya opinión es escuchada en todos los asuntos familiares importantes.[166]

Además, los bárbaros no solo no despreciaban la vida humana, sino que nunca conocieron los espantosos castigos que fueron introducidos más tarde por la legislación laica y canónica bajo la influencia de Roma y Bizancio.

Si el derecho sajón fijaba la pena de muerte con bastante facilidad, aun en caso de incendio o asalto a mano armada, los demás códigos bárbaros recurrían a ella solo en caso de traición a la tribu o de sacrilegio hacia los dioses comunales, ya que veían en la pena de muerte el único modo de apaciguarlos.

Todo esto, evidentemente, está muy lejos del supuesto «desenfreno moral» de los bárbaros. Por el contrario, no podemos me-

---

165 M. Miller y M. Kovalevsky: «En las comunas montañesas de Kabardia», en *Wesnik Eyropy*, abril de 1884; en los shaksevenos de la estepa de Mugan la guerra tribal por la venganza de sangre siempre termina con el casamiento de los representantes de las partes enemigas (Markof, en los apéndices a las *Memorias de la Sociedad Geográfica Caucasiana*, t. XIV, parte I, pág. 21).

166 Post, en *Afrikanische Jurisprudenz*, aporta una serie de hechos que ilustran las concepciones de la justicia de los bárbaros africanos. Lo mismo puede decirse de *todas* las investigaciones serias en el dominio del derecho común de los bárbaros.

nos que admirar los principios profundamente morales que fueron elaborados por las antiguas comunas aldeanas y que hallaron su expresión en las tríades galesas, en las leyendas del Rey Arturo, en los comentarios a las leyes Brehon irlandesas,[167] en las antiguas leyendas germánicas o más recientemente en los proverbios de los bárbaros modernos. En su introducción a *The Story of Burnt Njal*, George Dasent caracterizó muy fielmente las cualidades del normando, tal y como aparecen las sagas, del modo siguiente:

> Hacer franca y varonilmente lo que ha de hacerse, sin temer a los enemigos, ni a las enfermedades, ni al destino...; ser libre y atrevido en todos los actos; ser gentil y generoso con los amigos y compañeros; ser severo y temible con los enemigos [es decir, con aquellos que caían bajo la ley del talión], pero cumplir, aun con ellos, todas las obligaciones debidas... No romper los armisticios, no ser murmurador ni calumniador. No decir en ausencia de una persona nada que no se atreva a decir en su presencia. No arrojar del umbral de su casa al hombre que pida alimento o refugio, aunque fuera el propio enemigo.[168]

De tales o aún más elevados principios está imbuida toda la poesía épica y las tríades galesas. Obrar «con dulzura y según los principios de la equidad» sin distinción de amigos o enemigos, y «reparar el mal ocasionado» eran los más elevados deberes del hombre. «El mal es la muerte, y el bien es la vida», exclama el poeta legislador.[169] «El mundo sería absurdo si los acuerdos verbales no fueran respetados» dice la ley de Brehon. Y el apacible chamán mordovo, después de haber alabado cualidades semejantes en sus principios de derecho común, agrega que «entre los vecinos, la

167 Véase el excelente capítulo «Le droit de la vieille Irlande» (también «Le Haut Nord») del profesor E. Nys en *Etudes de droit international et de droit politique*, Brujas, 1896.

168 George Dasent: *The Story of Brunt Njal*, introducción, pág. xxxv.

169 *Das alte Wallis*, págs. 345-350.

vaca y la vasija de ordeñar son un bien común», y que «es necesario ordeñar la vaca para uno y para aquel que pueda pedir leche»; que «el cuerpo del niño enrojece por los golpes, pero el rostro del que golpea al niño enrojece de vergüenza»,[170] etc. Se podrían llenar muchas páginas con la exposición de principios morales similares que los «bárbaros» expresaron y siguieron.

Con todo, es necesario hacer una mención especial a una costumbre de las antiguas comunas aldeanas: la ampliación gradual del círculo de personas ligadas por vínculos de solidaridad. En el período al que nos referimos, no solo las clases se unieron en tribus, sino que a su vez, las tribus, aun siendo de orígenes distintos, se unieron en federaciones y confederaciones. Algunas uniones eran tan estrechas que por ejemplo los vándalos, después de que parte de su confederación emigrase hacia el Rin y de allí a España y África, cuidaron durante cuarenta años las tierras comunales y las aldeas abandonadas de sus confederados, y no tomaron posesión de ellas hasta que los mensajeros les convencieron de que sus confederados no tenían intención de volver. Entre otros bárbaros encontramos que la tierra era cultivada por una parte de la tribu, mientras la otra parte combatía en las fronteras de su territorio común, o más allá de sus límites. En cuanto a las alianzas entre varias tribus, constituían un fenómeno corriente. Los sicambrios se unieron con los keruscos y suevos; los cuados con los sármatas; los sármatas con los alanos, carpios y hunos. Más tarde, vemos también como la concepción de nación se desarrolla gradualmente en Europa, considerablemente antes de que algo parecido a un Estado comenzara a formarse en la parte del continente ocupada por los bárbaros. Sin embargo estas naciones —puesto que no es posible negar el nombre de nación a la Francia merovingia o la Rusia del siglo XI o XII—, no estaban unidas más que por el uso

170 Maynof: «Esbozo de las costumbres jurídicas en los mordovos», *Memorias de la Sociedad Geográfica Rusa*, en la sección etnografía, año 1886, págs. 236-257.

de una misma lengua y el acuerdo tácito de sus pequeñas repúblicas de elegir a sus duques (protectores militares y jueces) de entre los miembros de una determinada familia.

Naturalmente, las guerras eran ineludibles: toda migración lleva inevitablemente consigo la guerra, pero ya sir Henry Maine, en su notable trabajo sobre el origen tribal del derecho internacional, demostró claramente que «el hombre nunca fue tan brutal ni tan estúpido como para someterse a un mal como la guerra sin hacer algunos esfuerzos para conjurarla»; y mostró también cuán grande era «el número de las antiguas instituciones destinadas a prevenir la guerra o a encontrar alternativas».[171] En realidad, el hombre está tan lejos de ser el guerrero que se supone que es que cuando los bárbaros se asentaron finalmente en sus territorios perdieron tan rápidamente el hábito de la guerra que pronto debieron elegir caudillos militares, acompañados por *Scholae* o tropas guerreras, para protegerse de los posibles intrusos. Prefirieron el trabajo pacífico a la guerra, y fue ese mismo pacifismo la causa de la especialización de la profesión militar y lo que posteriormente condujo a la esclavitud y a las guerras del «período estatal» de la historia de la humanidad.

La historia, como disciplina, encuentra grandes dificultades en sus tentativas para restablecer las instituciones de los bárbaros. A cada paso, el historiador halla débiles indicios de una u otra institución que es incapaz de explicar con la única ayuda de sus documentos. Pero el pasado se ilumina con luz brillante cuando recurrimos a las instituciones de las numerosas tribus que aún viven bajo una organización social casi idéntica a la organización de la vida de nuestros antepasados bárbaros. Aquí encontramos

---

171 Henry Maine: *International Law*, Londres, 1888, págs. 11-3; E. Nys: *Les origines du droit international*, Brujas, 1894.

tal abundancia de material que la dificultad se presenta en la elección, puesto que las islas del océano Pacífico, las estepas de Asia y las mesetas de África son verdaderos museos históricos que contienen muestras de todas las posibles instituciones intermedias por las que ha atravesado la humanidad en su paso de la condición tribal de los salvajes a la organización estatal. Examinemos algunas de estas muestras.

Si tomamos, por ejemplo, las comunas aldeanas de los mogoles buriatos, especialmente de aquellos que viven en la estepa de Kudinsk, en el Lena superior, y que evitaron más que ningún otro grupo la influencia rusa, vemos una caracterización bastante justa de los bárbaros en estado de transición de la ganadería a la agricultura.[172] Estos buriatos viven hasta ahora en «familias extensas», es decir, que a pesar de que cada hijo después de su casamiento se va a vivir a una choza separada, las chozas de por lo menos tres generaciones se encuentran dentro de un mismo recinto, y la familia extensa trabaja en común sus campos y posee en común sus bienes domésticos, el ganado y también los «teliátniki» (pequeños espacios cercados en los que guardan el pasto fresco con que alimentar a los terneros). Comúnmente, cada familia se reúne para comer en su choza; pero cuando se asa carne, todos los miembros de la familia extensa, de veinte a sesenta personas, se juntan para el banquete.

Varias de estas grandes familias que viven en grupo, y también otras familias de menor proporción, pero asentadas en el mismo lugar y que en su mayoría suelen ser restos de otras familias extensas disgregadas accidentalmente, forman un «ulús»

172 El historiador ruso de Kazan, professor Schapof, que fue exiliado en el año 1862 a Siberia, hizo una buena descripción de sus instituciones en *Informes de la Sección de Siberia Oriental de la Sociedad Geográfica*, t. v, 1874. Véase también, Nasse: *Ueber die mittleartliche Feldgemeinschaft*, Bonn, 1869. Vinogradov: *Villainage in England*, Oxford, 1892.

o comuna aldeana. Varios «ulús» componen un clan —más exactamente una tribu— y cada cuarenta y seis tribus o clanes de la estepa de Kudinsk se unen en una confederación. En caso de necesidad provocada por circunstancias especiales, varios clanes pueden formar uniones menores pero más estrechas. Los buriatos no reconocen la propiedad privada de la tierra, y los «ulus» o la confederación poseen la tierra en común. En caso de necesidad se procede a la redistribución de las tierras entre los diferentes «ulús» en la asamblea de todo el clan, o entre los cuarenta y seis clanes en la asamblea de la confederación. Es necesario observar que la misma organización rige entre los doscientos cincuenta mil buriatos de Siberia Oriental, a pesar de que ya hace más de trescientos años que se encuentran bajo el dominio de Rusia y conocen bien las instituciones rusas.

No obstante, la desigualdad de fortunas se ha desarrollado rápidamente entre los buriatos, especialmente desde que el gobierno ruso comenzó a atribuir excesiva importancia a los «taisha» (príncipes) elegidos por los buriatos, a los que nombraron recaudadores de impuestos y representantes de la confederación en sus relaciones administrativas y hasta comerciales con los rusos. De tal modo, se ofrecen numerosas oportunidades para el enriquecimiento de unos pocos, que marchan a la par del empobrecimiento de muchos, debido sobre todo a la usurpación de las tierras buriatas por los rusos. Sin embargo, entre los buriatos, especialmente los de Kudinsk, se conserva una costumbre (y la costumbre es más fuerte que la ley) según la cual si una familia ha perdido su ganado, las familias más ricas le dan algunas vacas y caballos para reparar la pérdida. En cuanto a los pobres sin familia, comen en casa de sus congéneres; el pobre penetra en la choza y ocupa —por derecho, no por caridad— un lugar junto al fuego y recibe una porción de comida que se divide siempre del modo más escrupuloso en partes iguales; y se queda a dormir allí donde ha cenado. En general, los conquistadores rusos de Siberia

se sorprendieron tanto de las costumbres comunistas de los buriatos, que los llamaron «bratskiye» (los fraternales) e informaron a Moscú de que «lo tienen todo en común; todo lo que poseen es dividido entre todos».

Incluso hoy en día, cuando los buriatos de Kudinsk venden el trigo o mandan a vender su ganado al carnicero ruso, todas las familias del «ulús», o hasta de la tribu, vierten su trigo en un lugar o reúnen su ganado en un rebaño, vendiéndolo luego como si perteneciera a una sola persona. Además, cada «ulús» tiene su depósito de granos para prestar en caso de necesidad, sus hornos comunales para cocer el pan (el *four banal* de las antiguas comunas francesas), y su herrero, quien, como el herrero de las aldeas indias,[173] aun siendo miembro de la comuna no recibe pago alguno por su trabajo. Debe efectuar gratuitamente todo el trabajo de herrería necesario, y si utiliza sus horas de ocio para fabricar los discos de hierro cincelados y plateados que sirven a los buriatos para adornar los vestidos, puede venderlos a una mujer de otro clan, pero si la mujer pertenece a su propio clan solo puede regalarlos. La compra-venta en ningún caso puede tener lugar dentro de la comuna, y esta regla es observada tan severamente que cuando una acomodada familia buriata toma a un trabajador, debe hacerlo de otro clan o de los rusos. Esta última costumbre no solo existe entre los buriatos: está tan bastamente difundida entre los «bárbaros» contemporáneos —arios y uralaltaicos— que parece haber sido general entre nuestros antepasados.

El sentimiento de unión dentro de la confederación es mantenido por los intereses comunes de todas las tribus, sus conferencias comunales y los festejos que generalmente tienen lugar coincidiendo con ellas. El mismo sentimiento es mantenido, además, también por otra institución: la caza tribal, o *aba*, que es sin

173 Sir Henry Maine: *Village Communities*, Nueva York, 1876, pág. 193.

duda una reminiscencia de un pasado muy lejano. Cada otoño se reúnen los cuarenta y seis clanes Kudinsk para tal caza, cuya presa es repartida después entre todas las familias. Además, de tiempo en tiempo se convoca una *aba* nacional para afirmar los sentimientos de unión de toda la nación buriata. En tales casos, todos los clanes buriatos dispersos en centenares de kilómetros al este y oeste del lago Baikal deben enviar cazadores especialmente elegidos para este fin. Miles de personas se reúnen para esta caza nacional, y cada una trae provisiones para un mes entero. Todas las porciones de provisión deben ser iguales, y por ello antes de depositarlas todas juntas, cada porción es sopesada (siempre «a mano»: la balanza sería una infracción a la costumbre antigua) por un anciano (*starshiná*) designado para ello. A continuación, los cazadores se dividen en destacamentos, a razón de veinte hombres cada uno, y comienzan la caza según un plan trazado de antemano. Durante estas cazas nacionales, toda la nación buriata revive las tradiciones épicas de aquellos tiempos en que estaba unida en una federación poderosa. Se me permitirá añadir que semejantes cacerías son un fenómeno corriente entre los indios pieles rojas y entre los chinos de las orillas del Usuri (el *kaba*).[174]

En los cabilios, cuyo modo de vida ha sido tan bien descrito por dos exploradores franceses,[175] encontramos a «bárbaros» todavía más avanzados en agricultura. Sus campos están regados por acequias, abonados y bien trabajados, y en las zonas montañosas todo pedazo de tierra disponible es labrado a pico. Los cabilios han pasado por muchas vicisitudes en su historia: durante un tiempo siguieron la ley musulmana sobre la herencia, pero no pudieron adaptarse a ella, y hace unos ciento cincuenta años volvieron a su anterior derecho tribal común. Debido a esto, la posesión de la tie-

174 Nazarof: *La región Norte del Ussuri*, San Petersburgo, 1887, pág. 65.

175 Hanoteau y Letourneau: *La Kabylie*, tres volúmenes, París, 1883.

rra tiene en ellos un carácter mixto, y la propiedad privada de la tierra existe junto con la posesión comunal. En todo caso, la base de la organización comunal actual es la comuna aldeana (el *thaddart*), que generalmente se compone de algunas familias extensas *(kharouba)* que reconocen la comunidad de su origen, y también, en menor proporción, de algunas familias de extranjeros. Las aldeas se agrupan en clanes o tribus *(ârch)*; varios clanes constituyen la confederación *(thak'ebilt)*; y finalmente, varias confederaciones se constituyen a veces en una liga cuyo fin principal es la protección armada.

Los cabilios no conocen autoridad alguna fuera de su *djemmâa* o asamblea de la comuna aldeana. Participan en ella todos los hombres adultos, y se reúnen bajo el cielo abierto o bien en un edificio especial que tiene asientos de piedras. Las decisiones de la *djemmâa*, evidentemente, deben ser tomadas por unanimidad, es decir, el juicio se prolonga hasta que todos los presentes están de acuerdo en tomar una decisión determinada, o en someterse a ella. Puesto que en una comuna aldeana no existe autoridad que pueda obligar a una minoría a someterse a la decisión de la mayoría, este sistema de decisiones unánimes ha sido practicado por el hombre allí donde existían las comunas, y se practica todavía en las regiones donde continúan existiendo, es decir, entre varios centenares de millones de hombres sobre toda la extensión del globo terrestre. La *djemmâa* de los cabilios entrega su poder ejecutivo al anciano, al escriba y al tesorero; y ella misma determina sus impuestos y administra la repartición de las tierras comunales, lo mismo que todos los trabajos de utilidad pública.

Una parte importante del trabajo es realizado en común; los caminos, las mezquitas, las fuentes, los canales de regadío, las torres de defensa contra las incursiones, las cercas de las aldeas... todo esto es construido por la comuna aldeana, mientras que los grandes caminos, las mezquitas de mayores dimensiones y los grandes mercados son obras de toda la tribu. Muchas huellas de la

cultura comunal existen aún hoy, y las casas siguen siendo construidas por toda la aldea o con ayuda de todos los hombres y mujeres de la aldea. En general, recurren a la «ayuda» casi diariamente para el cultivo de los campos, para la recolección, las construcciones, etc. En cuanto a los trabajos artesanos, cada comuna tiene su herrero que disfruta de su parte de la tierra comunal y trabaja para la comuna. Cuando se aproxima la época de arar, recorre todas las casas y repara gratuitamente los arados y otros instrumentos agrícolas. Forjar un nuevo arado es considerado un acto de generosidad que no puede ser recompensado con dinero ni con ninguna clase de salario.

Puesto que entre los cabilios existe ya la propiedad privada, también existen ricos y pobres. Pero, como todos los hombres que viven juntos y saben cómo y de dónde proviene la pobreza, la consideran un accidente que puede afectar a todos alguna vez. «De la miseria y de la cárcel nadie está libre», dicen los campesinos rusos; los cabilios llevan a la práctica este proverbio y en su medio es imposible percibir la más ligera diferencia en el trato entre pobres y ricos. Cuando un pobre solicita «ayuda», el rico trabaja en su campo exactamente igual que el pobre trabaja en el campo del rico cuando este lo necesita.[176] Además, la *djemmâa* aparta determinados huertos y campos, a veces cultivados en común, en beneficio de los miembros más pobres de la comuna. Muchas costumbres parecidas se conservaron hasta hoy. Puesto que las familias más pobres no están en condiciones de adquirir carne, regularmente se compra con la suma formada por el dinero de las multas, las donaciones en beneficio de la *djemmâa*, o el pago por el uso de los

176 En caso de demanda de «ayuda» corresponde ofrecer al *mir* algún convite. Uno de mis amigos caucasianos me refirió que, en Georgia, cuando un pobre necesita «ayuda», toma del rico una o dos ovejas para preparar tal convite, y la comuna, aparte de su trabajo, aporta además toda la provisión necesaria a fin de que el pobre pueda pagar la deuda contraída por él. Una costumbre semejante existe también entre los mordvinos.

depósitos comunales de extracción de aceite de oliva; y esta carne se reparte equitativamente entre aquellos que por su pobreza no están en condiciones de comprarla. Lo mismo ocurre cuando alguna familia sacrifica una oveja o un buey en día que no es de mercado: el pregonero de la aldea lo anuncia por todas las calles para que los enfermos y las mujeres encintas puedan recibir la carne que necesiten.

El apoyo mutuo atraviesa como un motivo recurrente toda la vida de los cabilios, y si uno de ellos, durante un viaje fuera de los límites de la tierra natal, encuentra a otro cabilio necesitado, debe prestarle ayuda aunque para ello tenga que arriesgar sus propios bienes y su vida. Si tal cosa no ocurriera, la *djemmâa* a la que pertenece el que ha sido damnificado por semejante egoísmo puede quejarse y la *djemmâa* del egoísta lo indemniza inmediatamente. En el caso que tratamos, tropezamos también con una costumbre que conoce bien aquel que ha estudiado los gremios comerciales medievales.

Todo extranjero que aparece en la aldea cabilia tiene derecho, en invierno, a refugiarse en una casa, y sus caballos pueden pastar durante un día en las tierras comunales.[177] En caso de necesidad, puede además contar con un apoyo casi ilimitado. Así, durante el hambre de los años 1867-8, los cabilios aceptaban y alimentaban, sin hacer distinción de origen, a todos aquellos que buscaban refugio en sus aldeas. En el distrito de Dellys se reunieron no menos de doce mil personas, llegadas no solamente de todas las partes de Argelia, sino hasta de Marruecos, y los cabilios las alimentaron a todas. Mientras que por toda Argelia la gente se moría de hambre, en la tierra cabileña no hubo un solo caso de muerte por hambre; las comunas, a menudo privándose de lo más necesario, organi-

177 La misma costumbre se ha conservado hasta ahora en Inglaterra, donde los gitanos nómadas y los viajeros se aprovechan de ella. Pueden establecer su campamento por un día y dejar pacer sus caballos a lo largo del camino.

zaron la ayuda sin pedir ningún socorro al gobierno y sin quejarse por la carga. La consideraban su deber natural. Y mientras que entre los colonos europeos se tomaban todas las medidas policiales necesarias para prevenir el robo y el desorden originados por la afluencia de extranjeros, no fue necesario ninguna vigilancia para el territorio de los cabilios: las *djemmâa* no tuvieron necesidad de defensa ni de ayuda exterior.[178]

Solo puedo citar brevemente otros dos rasgos extraordinariamente interesantes de la vida de los cabilios: el establecimiento del acuerdo social que recibe el nombre de *anaya,* que tiene por objeto vigilar, en caso de guerra, los pozos, las acequias de riego, las mezquitas, las plazas de los mercados y algunos caminos, y también la institución de los *çofs,* de la que hablaré más abajo. En la *anaya* observamos una serie completa de disposiciones que tienden a disminuir el mal causado por la guerra, y a conjurarla. Así, la plaza del mercado es anaya, especialmente si se halla cerca de la frontera y sirve de lugar de encuentro de los cabilios con los extranjeros. Nadie se atreve a perturbar la paz en el mercado; y si se producen desórdenes estos son sofocados rápidamente por los mismos extranjeros reunidos en la ciudad. El camino por donde las mujeres aldeanas van a la fuente a por agua se considera también *anaya* en caso de guerra, etc. El mismo acuerdo social se ha encontrado en ciertas islas del océano Pacífico.

El *çof* es una forma de asociación muy extendida, análoga a las sociedades y gremios medievales (los *Bürgschaften* o *Gegilden*) que igualmente tiene como objetivo tanto la defensa mutua como diversos fines intelectuales, políticos, religiosos, morales, etc., que

---

178 Hanoteau y Letourneau: *La Kabylie,* t. II, pág. 58. El mismo respeto a los extranjeros es regla general en los mogoles. El mogol que rehúsa dar abrigo a un extranjero paga una compensación monetaria completa en caso de que el extranjero haya sido perjudicado como consecuencia (Bastian, *Der Mensch in der Geschichte,* t. III, pág. 231).

no pueden ser satisfechos por la organización territorial de la comuna, del clan o de la confederación. El *çof* no conoce límites territoriales; recluta sus miembros en diferentes aldeas, hasta entre los extranjeros, y ofrece a sus miembros protección en todas las circunstancias posibles de la vida. En general, es una tentativa de completar la asociación territorial por medio de una agrupación extraterritorial destinada a promover afinidades de todo tipo por encima de las fronteras. Las libres asociaciones internacionales de gustos e ideas, que nosotros consideramos como una de las mejores expresiones de nuestra vida contemporánea, tienen de esta forma su origen en el período bárbaro antiguo.

La vida de los montañeses caucasianos ofrece diversos ejemplos del mismo género sumamente instructivos. Estudiando las costumbres contemporáneas de los osietines —sus familias extensas, sus comunas y sus concepciones jurídicas—, el profesor M. Kovalevsky, en su notable obra *Las costumbres modernas y la ley antigua*, pudo compararlas punto por punto con disposiciones similares de las antiguas leyes bárbaras, y pudo llegar hasta los mismos orígenes del feudalismo. En diversas tribus caucasianas encontramos indicios del origen de la comuna aldeana en aquellos casos en que este origen no era tribal sino motivado por la unión voluntaria de familias de diferentes procedencias. Recientemente, tal circunstancia se observó por ejemplo en las aldeas de los jevsures, cuyos habitantes prestaban juramento de «comunidad y fraternidad».[179] En otra parte del Cáucaso, en el Daghestan, se puede observar el surgimiento de las relaciones feudales entre dos tribus, conservando ambas al mismo tiempo sus costumbres

179 N. Kudadof: «Notas sobre los jevsures», en *Memorias de la Sociedad Geográfica Caucasiana*, XIV, I, Tiflis, 1890, pág. 68. También juraban no casarse con muchachas pertenecientes a su propia unión, manifestando de esta forma un retorno notable a las antiguas disposiciones tribales.

comunales y manteniendo incluso las huellas de las «clases» de la organización tribal.

De este modo disponemos de un ejemplo del carácter real que tomó la conquista de Italia y de la Galia por los bárbaros. La raza triunfadora, los lezguinos, que han sometido a varias aldeas georgianas y tártaras del distrito de Zakataly, no sometieron a estas aldeas a la autoridad de las familias nucleares; organizaron un clan feudal que ahora se compone de doce mil hogares divididos en tres aldeas y que posee en común no menos de doce aldeas georgianas y tártaras. Los conquistadores repartieron sus propias tierras entre sus clanes, y los clanes, a su vez, las dividieron en partes iguales entre sus familias. Sin embargo no intervienen en los asuntos de sus tributarios y estos continúan practicando la costumbre, mencionada ya por Julio César, por la cual la comuna decide anualmente qué parte de la tierra comunal debe ser cultivada y la reparte en parcelas familiares mediante un sorteo. Es necesario observar que a pesar de que los propietarios no son raros entre los lezhinos —que viven bajo el sistema de la propiedad privada de la tierra y la posesión común de los esclavos—, son muy raros entre los siervos georgianos, quienes continúan manteniendo sus tierras en propiedad comunal.[180]

En cuanto al derecho común de los montañeses georgianos, es muy similar al derecho de los longobardos y los francos sálicos, y algunas de sus disposiciones pueden arrojar luz sobre el procedimiento jurídico del período bárbaro. Siendo por su carácter muy influenciables, los habitantes del Cáucaso emplean todas sus fuerzas para que sus riñas no lleguen hasta el homicidio. Así, por ejemplo, entre los jevsures las espadas se sacan muy rápidamen-

180 Dm. Bakradze: «Notas sobre el Distrito de Zakataly», en las mismas *Memorias*, XIV, I, pág. 264. El «arado conjunto» constituye un fenómeno común, tanto entre los lezhinos como entre los osietinos. Exactamente lo mismo, bajo el nombre de *cyvar* era corriente en la antigua Gales.

te, pero si acude una mujer y arroja entre los contendientes el trozo de lienzo que les sirve como adorno para la cabeza, los sables vuelven en seguida a sus vainas y se interrumpe la riña. El adorno de cabeza de las mujeres es *anaya* en este caso. Si la riña no se interrumpe a tiempo y termina con un homicidio, la compensación monetaria impuesta al homicida es tan grande que el culpable queda arruinado para toda la vida a no ser que lo adopte como hijo la familia del muerto. En caso de haber recurrido al puñal y haber causado heridas en una riña sin importancia perderá para siempre el respeto de sus congéneres.

En todas las riñas, los asuntos pasan a mano de mediadores. Los jueces son elegidos entre los miembros de la tribu —seis si los asuntos de poca importancia, y de diez a quince en los asuntos más serios— y observadores rusos han atestiguado su absoluta incorruptibilidad. El juramento tiene tal importancia que las personas que gozan de respeto general son dispensadas de él y un simple gesto de afirmación basta ya que en los asuntos serios el jevsur nunca vacila en reconocer su culpabilidad (naturalmente, me refiero al jevsur no tocado todavía por la llamada «civilización»). El juramento se reserva principalmente para asuntos como las disputas sobre bienes, en las cuales, aparte del simple establecimiento de los hechos, se requiere además una cierta apreciación de los mismos. En tales casos, los hombres cuya afirmación influye de manera decisiva en la solución de la discusión actúan con la mayor prudencia. En general, puede decirse que las sociedades «bárbaras» del Cáucaso se distinguen por su honestidad y su respeto a los derechos de los congéneres.

Las diferentes tribus africanas presentan tal diversidad de sociedades interesantes y situadas en todos los grados intermedios de desarrollo, desde la comuna aldeana primitiva hasta las despóticas monarquías bárbaras, que debo abandonar toda idea de dar siquiera los principales resultados del estudio comparativo de sus

instituciones.[181] Baste decir que, aun bajo el despotismo más cruel de los reyes, las asambleas de las comunas aldeanas y su derecho común siguen dotadas de plenos poderes sobre un amplio abanico de asuntos. La ley de Estado permite al rey quitar la vida a cualquier súbdito por simple capricho, o hasta para satisfacer su glotonería, pero el derecho común del pueblo continúa conservando la red de instituciones que sirven para el apoyo mutuo y que aún existe entre otros «bárbaros» o existía entre nuestros antepasados. En algunas tribus en mejor situación (en Bornu, Uganda o en Abisinia), y especialmente entre los bogos, algunas disposiciones del derecho común están inspiradas por sentimientos realmente exquisitos y refinados.

Las comunas aldeanas de los indígenas de las dos Américas tenían el mismo carácter. Los tupíes de Brasil, cuando fueron descubiertos por los europeos, vivían en «casas largas» ocupadas por clanes enteros que cultivaban en común sus sementeras de grano y sus campos de mandioca. Los arani, que han avanzado más en el camino de la civilización, cultivaban sus campos en común al igual que los ucagas, quienes bajo el sistema del comunismo primitivo y de las «casas largas» aprendieron a trazar buenos caminos y en algunos dominios de la artesanía doméstica no eran inferiores a los artesanos del período antiguo de la Europa medieval.[182] Todos ellos obedecían al mismo derecho común, cuyos ejemplos hemos citado en las páginas precedentes.

En el otro extremo del mundo encontramos el feudalismo malayo, el cual, sin embargo, se ha mostrado impotente para desarraigar a la *negaria*, o comuna aldeana, tanto de la propiedad comunal (al menos sobre una parte de la tierra) como de la redistribu-

---

181 Véase Post: *Afrikanische Jurisprudenz*, Oldenburg, 1887; Munzinger: *Ueber das Recht und Sitten der Bogos*, Winterthur, 1859; Casalis: *Les Bassoutos*, París, 1859; Maclean: *Kafir Laws and Customs*, Mount Coke, 1858 y muchos otros.

182 Waitz: t. III, págs. 423 y ss.

ción de esa misma tierra entre las diferentes *negarias* de la tribu;[183] igualmente, en los *alfurus* de Minahasa encontramos el sistema comunal de cultivos de rotación trienal; en la tribu india de los wyandots encontramos la redistribución periódica de la tierra, realizada por todo el clan; y en todas las zonas de Sumatra donde el derecho musulmán aún no ha logrado destruir por completo la antigua organización tribal, hallamos la familia extensa (*suka*) y la comuna aldeana (*kohta*) que conservan sus derechos sobre la tierra aun en los casos en que parte de ella ha sido roturada sin su permiso.[184] Pero decir esto significa igualmente decir que todas las costumbres que sirven para la protección mutua y la conjuración de las guerras tribales causadas por la venganza de sangre y, en general, de todo género de guerra —costumbres que hemos señalado brevemente más arriba como costumbres típicas de la comuna— existen también en el caso que nos ocupa. Más aún: cuanto más completa se ha conservado la posesión comunal de la tierra, tanto mejores y más suaves son las costumbres. De Stuers afirma claramente que en todas las zonas en las que la comuna aldeana ha sido menos oprimida por los conquistadores se observa una menor desigualdad de bienes materiales y las prescripciones de la venganza de sangre son menos crueles. Por el contrario, allí donde la comuna aldeana ha sido destruida definitivamente, «los habitantes sufren una opresión insoportable por parte de los gobernantes despóticos».[185] Esto es completamente natural; y así, cuando Waitz observó que las tribus que han conservado sus confederaciones tribales se hallan en un nivel más elevado de desarrollo y poseen una literatura más rica que las tribus en las cuales estos lazos han

183 Post: *Studien zur Entwicklungsgeschichte des Familien-Rechts*, Oldenburg, 1889, págs. 270 y ss.

184 Powell: *Annual Report of the Bureau of Ethnography*, Washington, 1881, citado por Post (*Studien*, pág. 290); Bastian: *Inselgruppen in Oceanie*, 1883, pág. 8.

185 De Stuers: citado por Waitz, t. v. pág. 141.

sido destruidos, solo expresó claramente lo que se hubiera debido prever con anterioridad.

Citar más ejemplos significaría repetirse debido a la sorprendente similitud de las comunas bárbaras a pesar de la diversidad de climas y de razas. Un mismo proceso de desarrollo se produjo en toda la humanidad con asombrosa uniformidad. Cuando la organización tribal comenzó a descomponerse atacada interiormente por la familia nuclear y exteriormente por el desmembramiento de los clanes que emigraban y por la necesidad de aceptar en su medio a los extranjeros, en su lugar apareció la comuna aldeana basada en la concepción del territorio común. Esta nueva organización, surgida de modo natural de la organización tribal precedente —el clan— permitió a los bárbaros atravesar el período más turbio de la historia sin desintegrarse en familias nucleares que habrían perecido inevitablemente en la lucha por la existencia. Nuevas formas de cultura se desarrollaron bajo la nueva organización: la agricultura alcanzó un nivel que la mayoría de la población del globo terrestre no ha sobrepasado hasta los tiempos presentes y la producción artesana doméstica alcanzó un elevado grado de perfección. La naturaleza salvaje fue vencida; se practicaron caminos a través de los bosques y pantanos, y el desierto se pobló de aldeas brotadas de las comunas primigenias como enjambres. Por entre los bosques desiertos y las llanuras fueron apareciendo mercados, ciudades fortificadas, iglesias. La idea de crear uniones más amplias, ampliadas a tribus enteras y a grupos de tribus de diferente origen, fue extendiéndose poco a poco. Las viejas concepciones de la justicia, que se reducían en un principio a la mera ley del talión, lentamente sufrieron una transformación profunda y el deber de reparar el perjuicio producido ocupó el lugar de la idea de venganza.

El derecho común, que hasta ahora sigue siendo la ley que rige la vida cotidiana para las dos terceras partes, si no más, de la humanidad, se elaboró poco a poco bajo esta organización, al igual

que un sistema de costumbres que tendían a prevenir la opresión de las masas por una minoría cuyas fuerzas crecían a medida que aumentaba la posibilidad de la acumulación individual de riqueza.

Tal fue la nueva forma en que se encauzó la tendencia de las masas al apoyo mutuo. Y en los capítulos siguientes veremos como el progreso —económico, intelectual y moral— alcanzado por la humanidad bajo esta nueva forma de organización popular fue tan grande que cuando posteriormente comenzaron a formarse los Estados, estos se limitaron a apoderarse, en interés de las minorías, de todas las funciones jurídicas, económicas y administrativas que la comuna aldeana desempeñaba en beneficio de todos.

CAPÍTULO V

La ayuda mutua en la ciudad medieval

Nacimiento y desarrollo de la autoridad en la ciudad bárbara — La esclavitud en las aldeas — Rebelión de las ciudades fortificadas; su liberación, sus cartas — Los gremios — El doble origen de la ciudad medieval libre — Autojurisdicción, autoadministración — Posición honorable ocupada por el trabajo — El comercio efectuado por los gremios y la ciudad

La sociabilidad y la necesidad de ayuda y apoyo mutuo son fenómenos tan inherentes a la naturaleza humana que no encontramos en la historia ninguna época en que los hombres hayan vivido dispersos en pequeñas familias nucleares, luchando entre sí por los medios de subsistencia. Por el contrario, y tal y como hemos visto en los dos capítulos precedentes, las investigaciones modernas han demostrado que desde los primeros tiempos de su vida prehistórica los hombres se agruparon en clanes unidos por la idea del origen compartido de todos sus miembros y por la veneración de los antepasados comunes. Así, durante muchos milenios la organización tribal sirvió para unir a los hombres a pesar de que no existía en ella ninguna autoridad que la hiciera obligatoria; y esta organización de la vida dejó una impresión profunda en todo el posterior desarrollo de la humanidad.

Cuando los lazos del origen común comenzaron a debilitarse a causa de las migraciones a gran escala y el desarrollo de la familia nuclear dentro del clan, también se destruyó la antigua unidad tribal. Entonces una nueva forma de unión, fundada en el

principio territorial —la comuna aldeana— fue creada por el genio social del hombre. Esta institución, a su vez, sirvió para unir a los hombres durante muchos siglos, dándoles la posibilidad de desarrollar sus instituciones sociales y ayudándolos a atravesar los períodos más sombríos de la historia sin desintegrarse en conglomerados de familias e individuos a quienes nada ligaba entre sí. Gracias a esto, como hemos visto en los dos capítulos anteriores, el hombre pudo dar otro paso en su evolución y elaborar una serie de instituciones sociales secundarias, muchas de las cuales han sobrevivido hasta hoy.

Debemos ahora seguir el desarrollo de aquella tendencia a la ayuda mutua siempre inherente al hombre. Observando las comunas aldeanas de los llamados bárbaros en la época en que entraron en el nuevo período de civilización después de la caída del Imperio Romano de Occidente, estudiaremos las nuevas formas en que se encauzaron las necesidades sociales de las masas durante la Edad Media, en especial los *gremios en la ciudad medieval*.

Los así llamados bárbaros de los primeros siglos de nuestra era, al igual que muchas tribus mongolas, africanas y árabes que aún hoy se encuentran en el mismo nivel de desarrollo, no solo no se parecían en nada a los feroces animales con los que a menudo se les compara sino que, por el contrario, preferían invariablemente la paz a la guerra. Con excepción de algunas pocas tribus que durante las grandes migraciones fueron arrojadas a los desiertos estériles o a las zonas montañosas, y que por ello se vieron obligadas a vivir de incursiones periódicas contra sus vecinos más afortunados, la gran mayoría de los germanos, sajones, celtas, eslavos, etc., no bien se asentaron en sus tierras recién conquistadas volvieron al arado o azadón, y a sus rebaños. Los códigos bárbaros más antiguos ya nos describen sociedades compuestas por pacíficas comunas agrícolas y en ningún caso por hordas de hombres en guerra perpetua entre sí.

Estos bárbaros llenaron los países que ocupaban de aldeas y granjas;[186] desbrozaron los bosques, construyeron puentes sobre los torrentes bravíos, levantaron senderos de tránsito sobre los pantanos, colonizaron el desierto completamente inhabitable hasta entonces, dejando las arriesgadas ocupaciones guerreras a las hermandades de hombres inquietos, las *scholae*, que se reunían alrededor de caudillos temporales e iban de lugar en lugar ofreciendo su pasión de aventuras, sus armas y conocimientos militares para proteger a una población que solo deseaba que la dejaran vivir en paz. Estas bandas de guerreros iban y venían librando sus batallas; pero la masa principal de la población continuaba arando la tierra y prestando muy poca atención a sus pretendidos caudillos mientras no perturbaran la independencia de las comunas aldeanas.[187] Esta masa de nuevos pobladores de Europa elaboró, ya por entonces, sistemas de posesión de la tierra y métodos de cultivo que permanecen todavía en uso entre cientos de millones de hombres; elaboraron sus sistemas de compensación por las ofensas inferidas en sustitución de la antigua venganza de sangre; aprendieron los primeros oficios; y después de haber fortificado sus aldeas con empalizadas, ciudadelas de tierra y torres tras las cuales podían ocultarse en caso de nuevas incursiones, pronto entregaron la protección de estas torres y ciudadelas a quienes hacían de la guerra un oficio.

Y fue precisamente este pacifismo de los bárbaros, y no los supuestos instintos bélicos, lo que permitió posteriormente la dominación de los pueblos por caudillos militares. Es evidente que

---

186 W. Arnold en su *Wanderungen und Ansiedelungen der deutschen Stämme*, pág. 431, llega a afirmar que la mitad de la tierra arable de la Alemania contemporánea fue ocupada en el período que va del siglo VI al IX. La misma opinión sostiene también Nitzsch (*Geschichte des deutschen Volkes*, Leipzig, 1883, t. I).

187 Leo y Botta: *Histoire d'Italie*, edición francesa, 1844, t. I, pág. 37; Kostomarof, «El principio de la monarquía en Rusia», artículo en el *Vestnik Evropy*.

el modo de vida de las hermandades armadas daba a las tropas oportunidades de enriquecimiento mucho mayores que las que podían presentarse a los labradores que llevaban una vida pacífica en sus comunas agrícolas. Aún hoy vemos que los hombres armados, de tanto en tanto, emprenden incursiones de piratería para matar a los matabeles africanos y quitarles sus rebaños, a pesar de que los matabeles solo aspiran a la paz y están dispuestos a comprarla incluso a un precio elevado. Evidentemente, en la antigüedad estas tropas no se distinguían por una escrupulosidad mucho mayor que la de sus descendientes contemporáneos. Y así, se apropiaron del ganado, el hierro (que en aquellos tiempos tenía un valor muy elevado) y los esclavos;[188] y a pesar de que la mayor parte de los bienes saqueados se dilapidaba allí mismo en los gloriosos festines que canta la poesía épica, una cierta parte quedaba y contribuía a un mayor enriquecimiento.

En aquellos tiempos existía aún gran abundancia de tierras incultas y no había escasez de hombres dispuestos a cultivarla siempre que pudieran conseguir el ganado y los instrumentos de trabajo necesarios. Aldeas enteras llevadas a la miseria por las epidemias, las enfermedades del ganado, los incendios o los ataques de nuevos inmigrantes, abandonaban sus casas y huían en desbandada en busca de nuevos lugares de residencia. En Rusia todavía hay aldeas que vagan dispersas por el mismo motivo. Y he aquí que si alguno de los *hirdmen*, es decir, los jefes de las tropas, ofrecían entregar a los campesinos algunas cabezas de ganado para comenzar de nuevo, hierro para forjar el arado o el arado mismo, y su protección

188 En los francos, por el simple robo de un cuchillo, se fijaba una multa de quince *solidi*, y por el robo de las partes de hierro de un molino, cuarenta y cinco *solidi* (véase Lamprecht: «Wirtschaft un Recht Franken», en *Historisches Taschenbuch*, de Raumer, 1883, pág. 52). Según la ley ripariana, la espada, lanza y las armaduras de hierro del guerrero equivalían al valor de alrededor de veinticinco vacas o dos años de trabajo de un hombre libre. Una simple coraza, según la ley gálica (Desmichet, citado por Michelet), se apreciaba en treinta y seis medidas de trigo.

contra las incursiones y los saqueos; y si además declaraba que por unos años los nuevos colonos estarían exentos de toda obligación antes de comenzar a amortizar la deuda, los inmigrantes se asentaban en su tierra de buen grado. De este modo, cuando después de una lucha obstinada contra malas cosechas, inundaciones y fiebres los pioneros comenzaban a rembolsar sus deudas, fácilmente se convertían en siervos del protector del territorio.

Así se acumulaban las riquezas; y detrás de las riquezas siempre llega el poder.[189] Sin embargo, cuanto más penetramos en la vida de aquellos tiempos —siglos VI y VII de nuestra era— más nos convencemos de que para el establecimiento del poder de la minoría se requería, además de la riqueza y de la fuerza militar, otro elemento. Este elemento fue la ley y el derecho, el deseo de las masas de mantener la paz y establecer su idea de la justicia; y este deseo dio a los caudillos de las tropas, a los príncipes, duques, reyes, etc., la fuerza que adquirirían dos o tres siglos después. La misma idea de justicia concebida como venganza por el mal causado que había surgido en el período tribal, pasaba ahora como un hilo conductor a través de la historia de la diferentes instituciones, convirtiéndose, en grado mucho mayor que las causas militares o económicas, en la base sobre la cual se fundó la autoridad de los reyes y los señores feudales.

En realidad, la principal preocupación de las comunas aldeanas bárbaras fue siempre (como también lo es ahora entre los bárbaros contemporáneos a nosotros, que se encuentran en el

---

189 Durante mucho tiempo, la principal riqueza de los caudillos se reducía a sus posesiones territoriales, pobladas en parte por los prisioneros esclavos, pero preferentemente por el método arriba citado por nosotros. Sobre el origen de la propiedad, véase Inama Sternegg: *Die Ausbildung der grossen Grundherrschaften in Deutschland*, en Schmoller, *Forschungen*, t. 1, 1878; F. Dahn: *Urgeschichte der germanischen und romanischen Völker*, Berlín, 1881; Maurer: *Dorfverfassung*; Cuizot, *Essais sur l'histoire de France*; Maine: *Village Community*; Botta: *Histoire d'Italie*; y las obras de Seebohm, Vinogradov, J. R. Green, etc.

mismo nivel de desarrollo) la rápida interrupción de las venganzas de sangre provocadas por la idea de justicia vinculada a ellas. En cuanto se producía una riña entre dos comuneros la comuna intervenía, y la asamblea comunal, después de escuchar el caso, fijaba la compensación monetaria (*wergeld*), que se debía pagar al perjudicado o a su familia, así como el monto de la multa (*fred*), que se pagaba a la comuna por la perturbación de la paz. Dentro de la comuna las disputas se arreglaban fácilmente de este modo. Pero cuando, a pesar de todas las medidas tomadas para conjurarla,[190] se producía una venganza de sangre entre dos tribus diferentes o dos confederaciones de tribus, entonces resultaba difícil encontrar a un árbitro o conocedor del derecho común cuya decisión pudiera ser aceptada por ambas partes en base a la mutua confianza en su imparcialidad y su conocimiento de las leyes más antiguas. Y la dificultad aumentaba cuando las diferentes tribus y confederaciones no determinaban de igual modo el monto de la compensación monetaria para cada caso.

Debido a esto, surgió la costumbre de tomar un juez de entre las familias o clanes conocidos que conservaban la ley antigua con mayor pureza y poseían el mejor conocimiento de las canciones, versos y sagas gracias a las cuales se retenía la ley en la memoria. De este modo la conservación de la ley se convirtió en una especie de arte, un «misterio» cuidadosamente transmitido de generación en generación en determinadas familias. Así por ejemplo, en Islandia y en los demás países escandinavos, en cada *Allthing* o asamblea nacional, el *lövsögmathr* o recitador de los derechos cantaba de memoria todo el derecho común para edificación de los reunidos, y en Irlanda, como es sabido, existía una clase especial de hombres que tenían la reputación de ser conocedores de las tradiciones antiguas y por ello gozaban de gran autoridad como

190 Véase sir Henry Maine: *International Law*, Londres, 1888; M. Kovalevsky, E. Nyss y muchos otros.

jueces.[191] Así, cuando encontramos en los anales rusos noticias de que algunas tribus de Rusia noroccidental, viendo el aumento de los desórdenes que tenían su origen en el hecho de que «los clanes se levantaban contra los clanes», acudieron a los *varingiar* normandos y les pidieron que se convirtiesen en sus jueces y en comandantes de sus tropas; o cuando vemos más tarde a los *kniáz* o príncipes feudales rusos elegidos invariablemente durante dos siglos de una misma familia normanda, debemos admitir que los eslavos estaban convencidos de que estos normandos poseían un gran conocimiento de las leyes de derecho común que los diferentes clanes eslavos reconocían como suyas.[192] En este caso, la posesión de las runas que servían para anotar las antiguas costumbres constituyó una ventaja decisiva en favor de los normandos. Pero en otros casos existen indicaciones de que la rama más «antigua» del clan, la rama madre por decirlo así, era llamada para sustituir a los jueces, y que sus resoluciones eran consideradas justísimas.[193] Por último, en una época posterior vemos una inclinación más pronunciada a elegir a los jueces entre el clero cristiano, que por entonces aún se atenía a ese principio fundamental del cristianismo, ahora olvidado, que afirmaba que la venganza no es un acto

---

191 *Ancient Laws of Ireland*, introducción; E. Nyss: *Etudes de droit international*, t. I, 1896, págs. 86 y ss. Entre los osietinos los mediadores de las tres aldeas más antiguas gozan de una reputación especialmente elevada (M. Kovalevsky, *Las costumbres modernas y la ley antigua*, Moscú, 1886, t. II, pág. 217).

192 En las antiguas sagas danesas-noruegas se encuentra la palabra *lövedati*, «dar ley» [*löve:* ley], es decir, fijar una ley aplicable a un caso determinado. Por esto me permito, a modo de conjetura, lanzar la siguiente pregunta: cuando nuestros analistas dicen que los eslavos pidieron a los *kniaz* escandinavos que fuesen a «reinar y dominar» [*knizhi i volodieti*], la palabra *knizhiti* —de *knung*— que significa reinar, evidentemente significa ser comandante militar, pero la palabra *volodieti*, que ellos traducen por dominar ¿no es acaso la palabra *lövedati*, una vez corrompida por el uso?

193 Es lícito pensar que esta concepción (relacionada con la concepción de *tanistry*) desempeñó un papel importante en la vida del período que nos ocupa, pero las investigaciones históricas, hasta ahora, no han tocado este fenómeno.

de justicia. Entonces el clero cristiano abría sus iglesias como lugar de refugio a los hombres que huían de la venganza de sangre y de buen grado intervenía en calidad de mediador en los asuntos criminales, oponiéndose siempre al antiguo principio tribal: «vida por vida y sangre por sangre».

En resumen, cuanto más profundamente penetramos en la historia de las antiguas instituciones, menos fundamentos encontramos para la teoría del origen militar de la autoridad que Spencer defiende. Por el contrario, incluso ese poder que más tarde se convertiría en fuente de opresión parece tener su origen en las inclinaciones pacíficas de las masas.

En todos los casos de juicio, la multa (*fred*), que a menudo alcanzaba a la mitad del monto de la compensación monetaria (*wergeld*), se ponía a disposición de la asamblea comunal, y desde tiempos inmemoriales se empleaba en obras de utilidad común o para pagar las tareas de defensa. Aún hoy tiene el mismo destino (la construcción de torres) entre los cabilios y algunas tribus mongolas; y poseemos testimonios históricos directos de que incluso bastante más tarde las multas judiciales, en Pskov y en algunas ciudades francesas y alemanas, se empleaban en la reparación de las murallas de la ciudad.[194] Por esto resultaba perfectamente natural que las multas se confiaran a los jueces, príncipes, condes, etc., quienes debían mantener a las tropas de hombres armados para la defensa del territorio y al mismo tiempo debían hacer cumplir la sentencia. Esto se convirtió en costumbre en los siglos VIII y IX, hasta en los casos en que un obispo electo actuaba como juez. De tal modo aparecieron los gérmenes de la fusión

---

194 En la carta de la ciudad de San Quintín, que data del año 1002, estaba claramente establecido que el rescate de las casas condenadas a la demolición por delitos de los dueños se destinaba a la conservación de las murallas de la ciudad. El mismo uso se fijaba para el *Ungeld* en las ciudades alemanas. En Pskov, las multas se depositaban y conservaban en la catedral, y con este fondo se efectuaban los gastos para la conservación de las murallas de la ciudad.

en una misma persona de lo que ahora llamamos poder judicial y ejecutivo.

No obstante, la autoridad del rey, kniáz, conde, etc., estaba estrictamente limitada a estas dos funciones. No era en ningún caso el gobernador del pueblo, pues el poder supremo pertenecía aún a la asamblea popular. Ni siquiera era comandante de la milicia popular, ya que cuando el pueblo tomaba las armas lo hacía bajo el mando de un caudillo electo que no estaba sometido al rey o al kniáz, sino que era considerado su igual.[195] El rey o el kniáz solo era el todopoderoso señor de sus dominios personales. De hecho, en la lengua de los bárbaros la palabra *knung, konung, koning* o *cyning* —sinónimo del *rex* latino—, no tenía otro significado que el de simple caudillo temporal o jefe de un destacamento de hombres. El comandante de una flotilla de barcos, o hasta de un simple navío pirata, era también *konung*; y aún hoy en Noruega el pescador que dirige la pesca local se llama Not-kong («rey de las redes»).[196] Los honores que más tarde comenzaron a rodear la personalidad del rey aún no existían, y mientras el delito de traición al clan se castigaba con la muerte, en el caso de asesinato del rey se solo imponía una compensación monetaria por la que se valoraba el rey varias veces más que un hombre libre común.[197] Así,

---

195 Sohm: *Fräkische Rechts - und Gerichtsverfassung*, pág. 23; también Nitzsch, *Geschichte des deutschen Volkes*, t. 1, pág. 78. Lo mismo ocurría en las ciudades rusas libres. Véase Sergéivich: *La asamblea popular* (viéche) *y el kniazi*; Kestomarof: *El principio de la monarquía*; Bielaief, etc.

196 Véase las excelentes observaciones sobre esta cuestión hechas en la obra de Agustín Thierry: *Lettres sur l'histoire de France*, séptima carta. Desde este punto de vista, son muy instructivas las traducciones de algunas partes de la Biblia entre los bárbaros.

197 Según la ley anglosajona, treinta y seis veces más que un noble. En el código de Rothari, el asesinato de un rey se castigaba además con la muerte; pero esta innovación (aparte de la influencia romana) fue introducida en el año 642 en la ley lombarda —como señalaron Leo y Botta— con el objeto de proteger al rey de los efectos de la venganza de sangre. Puesto que el rey, entonces, debía ejecutar sus

cuando el rey Knu (o Kanut) mató a uno de los miembros de su tropa, la saga le representó convocándolos a todos a una asamblea (*thing*), durante la cual se puso de rodillas suplicando perdón. Su culpa le fue perdonada, pero solo después de haber aceptado pagar una compensación monetaria nueve veces mayor que la habitual, de la cual él mismo recibió una tercera parte por la pérdida de su hombre, otra tercera parte fue entregada a los parientes del muerto y la última tercera parte (en calidad de *fred*) fue otorgada a la tropa.[198] En realidad, fue necesario que se efectuara el cambio más completo en las concepciones acostumbradas, bajo la influencia de la Iglesia y el estudio del derecho romano, para que la idea de la sagrada inviolabilidad comenzara a aplicarse a la persona del rey.

No obstante, queda fuera de los límites del presente ensayo seguir el desarrollo gradual de la autoridad a partir de los casos arriba citados. Historiadores tales como el señor y la señora Green en Inglaterra; Augustin Thierry, Michelet y Luchaire en Francia; Kaufmann, Janssen e incluso Nitzsch en Alemania; Leo y Botta en Italia y Byelaeff, Kostomaroff y sus continuadores en Rusia, así como muchos otros, lo han hecho ya detalladamente. Y ellos han mostrado cómo la población que, libremente en un principio, únicamente accedía a «alimentar» a determinada cantidad de protectores militares, paulatinamente se convirtió en sierva de estos protectores; cómo al entregarse a la protección de la Iglesia o del señor feudal esta *commendation* se convirtió en una onerosa necesidad para los ciudadanos libres, convirtiéndose en la única protección contra los demás depredadores feudales; cómo el castillo del señor feudal y del obispo se transformó en cueva de

propias resoluciones (exactamente lo mismo que antes la tribu era la ejecutora de sus propias sentencias), y ajusticiaba él mismo, fue necesario protegerlo por medio de una disposición especial, tanto más cuanto que antes de Rothari varios reyes habían sido muertos uno tras otro (Leo y Botta, obra citada, págs. 66-90).

198 Kaufman: *Deutsche Geschichte*, t. 1. *Die Germanen der Urzeit*, pág. 133.

ladrones —cómo se introdujo el yugo del feudalismo en una palabra— y cómo las cruzadas, al liberar a todo siervo que portase la cruz, dieron el primer impulso para la liberación del pueblo. Pero no tenemos necesidad de referir todo esto aquí, ya que nuestra tarea principal es seguir la obra del genio *constructivo* de las masas populares en sus instituciones de ayuda mutua.

En la época en que los últimos vestigios de la libertad de los pueblos bárbaros parecían haber desaparecido y Europa, bajo el poder de mil pequeños gobernantes, se encaminaba hacia la constitución de los Estados teocráticos y despóticos que suelen seguir al período bárbaro en los comienzos de la civilización, o hacia la creación de monarquías bárbaras como las que ahora vemos en África, la vida en Europa tomó una nueva dirección, similar a la que una vez tomo la civilización en las ciudades de la antigua Grecia. Con una unanimidad que ahora nos parece casi incomprensible, y que durante mucho tiempo no ha sido convenientemente estudiada por los historiadores, las poblaciones urbanas, hasta los burgos más pequeños, comenzaron a sacudirse el yugo de sus señores temporales y espirituales. La villa fortificada se rebeló contra el castillo del señor feudal primeramente cuestionando su autoridad, luego atacando el castillo y finalmente destruyéndolo. El movimiento se extendió de una ciudad a otra, y en breve tiempo todas las ciudades europeas se sumaron a él. En menos de cien años crecieron ciudades libres a orillas del Mediterráneo, en el mar del Norte, el Báltico, el océano Atlántico y los fiordos de Escandinavia; al pie de los Apeninos y los Alpes, en la Selva Negra, los Grampianos y los Cárpatos; así como en las llanuras de Rusia, Hungría, Francia y España. Por todas partes ardían las mismas rebeliones que invariablemente tenían el mismo carácter, pasaban por las mismas fases y obtenían los mismos resultados.

En cada pequeña ciudad, dondequiera que encontraran o pensaran encontrar cierta protección tras las murallas, los hombres ponían en marcha sus «conjuraciones», sus «hermandades» y sus «cofradías» (*amicia*) unidas por un sentimiento común, e iban atrevidamente al encuentro de la nueva vida de ayuda mutua y de libertad. Y hasta tal punto lograron realizar sus aspiraciones que en trescientos o cuatrocientos años el aspecto de Europa cambió por completo. Llenaron el país de ciudades en las que se fueron levantando hermosos y suntuosos edificios que eran expresión del genio de las uniones de hombres libres, y cuya belleza y expresividad aún no hemos superado. Dejaron en herencia a las generaciones siguientes artes y oficios completamente nuevos, de los cuales nuestra moderna civilización, con todos sus éxitos y promesas de futuro, solo constituye un desarrollo posterior. Pero cuando tratamos de determinar qué fuerzas pudieron producir estos grandes resultados, las encontramos no en el genio de los héroes individuales, en la poderosa organización de los grandes Estados o en el talento político de sus gobernantes, sino en la misma corriente de ayuda y apoyo mutuo cuya obra hemos visto en la comuna aldeana y que se animó y renovó en la Edad Media mediante un nuevo género de uniones inspiradas por el mismo espíritu encauzado en una nueva forma: los gremios.

En nuestros días sabemos que el feudalismo no implicó la descomposición de la comuna aldeana. A pesar de que los señores feudales consiguieron imponer el yugo de la servidumbre a los campesinos y apropiarse de los derechos que antes pertenecían a la comuna aldeana (contribuciones, «manos muertas» e impuestos a la herencia y casamientos), los campesinos conservaron dos derechos comunales fundamentales: la posesión comunal de la tierra y la jurisdicción propia. En tiempos anteriores, cuando el rey enviaba a su noble (el *vogt*) a la aldea, los campesinos iban al encuentro del nuevo juez con flores en una mano y un arma en la otra y le preguntaban qué ley tenía intención de aplicar, la de la

aldea o la que traía consigo. En el primer caso, le entregaban las flores y lo aceptaban, y en el segundo, entablaban la guerra con él.[199] Ahora los campesinos debían acoger al juez enviado por el rey o el señor feudal, puesto que no podían rechazarlo; pero a pesar de todo, retenían el derecho de jurisdicción para la asamblea comunal, y ellos mismos designaban seis, siete o doce jueces que actuaban conjuntamente con el juez del señor feudal, en presencia de la asamblea comunal, en calidad de mediadores o personas que dictaban las sentencias. En la mayoría de los casos, el juez real o feudal solo podía limitarse a confirmar la resolución de los jueces comunales y recibir el *fred* habitual.

Este valioso derecho a la autojurisdicción, que en aquel tiempo implicaba el derecho a la administración y a la legislación propia, se conservó en medio de todas las guerras y conflictos. Ni siquiera los jurisconsultos que rodeaban a Carlomagno pudieron abolirlo y se vieron obligados a aceptarlo. Al mismo tiempo, en todos los asuntos relativos a las posesiones comunales la asamblea comunal conservaba la soberanía y, como ha sido demostrado por Maurer, a menudo exigía la sumisión del mismo señor feudal en los asuntos relativos a la tierra. El desarrollo del feudalismo no pudo quebrantar la resistencia de la comuna aldeana: esta se aferraba firmemente a sus derechos; y cuando en los siglos IX y X las invasiones de los normandos, árabes y húngaros, mostraron claramente que las tropas guerreras eran incapaces de proteger la tierra de las incursiones, por toda Europa los propios campesinos comenzaron a fortificar sus poblaciones con muros de piedras y fortines. Miles de centros fortificados fueron erigidos entonces gracias a la energía de las comunas aldeanas; y una vez que alrededor de las comunas se erigieron baluartes y murallas, y que en estos nuevos santuarios se crearon nuevos intereses comunales,

199 Dr. F. Dahn: *Urgeschichte der germanischen und romanischen Völker*, Berlín, 1881, t. I, pág. 96.

los habitantes comprendieron rápidamente que detrás de sus muros podían resistir no solo los ataques de los enemigos exteriores, sino también los ataques de los enemigos interiores, los señores feudales. Una nueva vida de libertad comenzó a desarrollarse dentro de estas fortalezas. Había nacido la ciudad medieval.[200]

Ningún período de la historia sirve de mejor confirmación de las fuerzas creadoras del pueblo que los siglos x y xi, en los cuales las aldeas fortificadas y las villas comerciales que constituían un «oasis en el desierto feudal» comenzaron a liberarse del yugo de los señores y a elaborar lentamente la futura organización de la ciudad. Por desgracia, los testimonios históricos de este período se distinguen por su extrema escasez: conocemos sus resultados, pero muy poco ha llegado hasta nosotros acerca de los medios por los que estos resultados fueron obtenidos.[201] Bajo la protección de

200 Si de este modo sostengo opiniones hace mucho defendidas por Maurer (*Geschichte der Städteverfassung in Deutschland*, Erlangen, 1869) lo hago porque él ha demostrado plenamente la continuidad de la evolución de la comuna aldeana a la ciudad medieval, y porque solo sosteniendo sus opiniones puede explicarse la universalidad del movimiento comunal urbano. Savigny, Eichhorn y sus continuadores mostraron, sin lugar a dudas, que las tradiciones del municipio romano nunca desparecieron por completo. Pero no tomaron en cuenta el período de las comunas aldeanas por el cual pasaron los bárbaros antes de que ente ellos apareciera ciudad alguna. El hecho es que, en cualquier parte en que la humanidad comenzara de nuevo la civilización —ya fuera en Grecia, Roma o en Europa central— atravesaba los mismos estadios: la tribu, la comuna aldeana, la ciudad libre y el estado, y cada uno de estos estadios se desarrollaba de modo natural del precedente. Ciertamente, la experiencia de cada civilización precedente nunca se perdía por entero. Grecia (que se hallaba ella misma bajo la influencia de las civilizaciones orientales) influía sobre Roma, y Roma ejerció influencia sobre nuestra civilización; pero cada una de las civilizaciones tenía el mismo comienzo, la tribu. Y del mismo modo que no podemos afirmar que nuestros Estados fueron prolongaciones del Estado romano, no podemos afirmar tampoco que las ciudades medievales de Europa (incluyendo Escandinavia y Rusia) fueron prolongaciones de los municipios romanos. En realidad fueron la prolongación de las comunas aldeanas de los bárbaros sobre las cuales influyeron las tradiciones de las ciudades romanas hasta cierto punto.

201 De las obras que arrojan alguna luz sobre el período *antiguo* del desarrollo de las ciudades independientes señalaré una obra pequeña, escrita por uno de los

sus muros, las asambleas urbanas —algunas completamente independientes, otras bajo la dirección de las principales familias de nobles o de comerciantes— conquistaron y consolidaron el derecho a elegir al protector militar de la ciudad (*defensor municipii*) y al del juez supremo, o por lo menos el derecho de elegir entre aquellos que expresaran su deseo de ocupar este puesto. En Italia, las recién creadas comunas expulsaban continuamente a sus protectores (*defensores* o *domini*) y hasta sucedió que debieron combatir contra los que no aceptaban en irse de buen grado. Lo mismo sucedía en el Este. En Bohemia, tanto los pobres como los ricos (*Bohemicae gentis magni et parvi, nobiles et ignobiles*), tomaban parte por igual en las elecciones;[202] y las asambleas populares de las ciudades rusas (los *viéches*) elegían regularmente, ellas mismas, a sus duques —siempre de una misma familia, los Rurik—; forjaban pactos y expulsaban al *kniáz* si este provocaba descontento.[203] Al mismo tiempo, en la mayoría de las ciudades del Oeste y Sur de Europa existía la tendencia a designar a un obispo como protector de la ciudad; y muchos de ellos sobresalieron tanto en la defensa

habitantes de la ciudad de Rapallo, en un monasterio de las montañas próximas a la ciudad. Encontré allí papeles en que se refería la rebelión —ya en el siglo x— de los campesinos de las aldeas vecinas contra sus terratenientes, y el apoyo que les prestó la comuna independiente de Génova, que había enviado en su ayuda sus ejércitos para luchar contra los terratenientes feudales. Extractos de estos papeles fueron impresos en el año 1910 o 1911 en un pequeño semanario que se editaba en Rapallo. Por desgracia no los conservé.

202 M. Kovalevsky: *Modern Customs and Ancient Laws of Russia* (Ilchester Lectures, Londres, 1891, 4.ª conferencia).

203 No pocas investigaciones fueron necesarias antes de que este carácter del llamado período *udielny* fuera establecido de forma debida por las obras de Byelaief (*Relatos de la historia rusa*), Kostomarof (*El principio de la monarquía en Rusia*) y, en especial, el profesor Sergievich (*La asamblea popular y el príncipe*). Los lectores de Europa occidental pueden hallar alguna información respecto a este período en la obra antes mencionada de Kovalevsky, la de Rambaud, *Histoire de Russie*, y en el breve resumen hecho por mí en el artículo «Rusia», de la *Chambers' Encyclopaedia* del año 1890.

de los privilegios y las libertades urbanas que después de muertos fueron reconocidos como santos o patronos especiales de sus ciudades. Así ocurrió en los casos de san Uthelred de Winchester, san Ulrico de Augsburgo, san Wolfgang de Ratisbona, san Heriberto de Colonia, san Adalberto de Praga y muchos otros. Igualmente, numerosos abates y monjes se convirtieron en santos patronos de sus ciudades por haber defendido sus derechos populares.[204] Con la ayuda de todos estos nuevos defensores, laicos y clérigos, los ciudadanos conquistaron para sus asambleas populares plenos derechos a la independencia en la jurisdicción y la administración.[205]

Todo este proceso de liberación fue avanzando poco a poco gracias a una serie de pequeños actos de devoción a la causa común llevados a cabo por hombres salidos de las masas populares, por héroes desconocidos cuyos nombres no han sido conservados por la historia. El asombroso movimiento conocido bajo el nombre de «Paz de Dios» (*treuga Dei*), con cuya ayuda las masas populares trataban de poner límite a las interminables guerras que se prolongaban entre las familias de los notables, nació en las jóvenes ciudades libres, y los obispos y los ciudadanos se esforzaban por extender a la nobleza la paz que establecieron entre ellos dentro de las murallas de la ciudad.[206]

---

204 Ferrari: *Histoire des révolutions d'Italie*, t. I, pág. 257; Kallsen: *Die deutschen Städte im Mittelalter*, t. I, (Halle, 1891).

205 Véanse las excelentes observaciones de G. L. Gomme acerca de la asamblea popular de Londres (*The Literature of Local Institutions*, Londres, 1886, pág. 76). Sin embargo, se debe hacer notar que en las ciudades reales la asamblea popular nunca alcanzó el grado de independencia que adquirió en otras localidades. Y hasta resulta indudable que Moscú, París y Westminster (y no Londres) fueron elegidas por los príncipes y por la Iglesia como cunas del futuro poder real o imperial en el Estado precisamente porque en ellas no existían las tradiciones de la asamblea popular que estaba acostumbrada a actuar en todos los casos en calidad de autoridad suprema.

206 A. Luchaire: *Les Communes françaises*; también Kluckohn: *Geschichte des Gottesfrieden*, 1857. L Sémichon, en *La paix et la trève de Dieu*, t. II, París, 1869, trató

Ya en este período, las ciudades comerciales de Italia, y en especial Amalfi (que tenía cónsules electos desde el año 844 y a menudo sustituía a sus dogos en el siglo x),[207] elaboraron el derecho común marítimo y comercial, que más tarde sirvió de ejemplo en toda Europa. Rávena elaboró en la misma época su organización artesanal, y Milán, que hizo su primera revolución en el año 980, se convirtió en centro comercial importante y su comercio gozaba de una completa independencia ya en el siglo xi.[208] Lo mismo puede decirse con respecto a Brujas y Gante, y también a varias ciudades francesas en las que el *mahl* o *forum* (la asamblea popular) se había convertido ya en una institución completamente independiente.[209] Durante este período comenzó la obra de embellecimiento artístico de las ciudades a través de las producciones arquitectónicas que aún admiramos y que dan fe del movimiento intelectual que por entonces se estaba produciendo. «Los templos fueron renovados en casi todo el universo» escribía en su crónica Raoul Glaber, y algunos de los monumentos más maravillosos de la arquitectura medieval datan de este período: la asombrosa antigua iglesia de Bremen fue construida en el siglo ix; la catedral de San Marcos, en Venecia, fue terminada en el año 1071, y la hermosa catedral de Pisa, en el 1063. En realidad, el movimiento intelectual del siglo xii que se ha descrito con el nombre de Renacimiento[210] y el

---

de representar el movimiento comunal como nacido de la «Paz de Dios». Pero, en realidad, la *treuga Dei*, igual que la liga formada bajo Luis el Gordo para defenderse de la nobleza rapaz y de las invasiones normandas, era un movimiento completamente popular. El historiador Vitalis, refiriéndose a esta liga la describe precisamente como «una comuna popular» (*Considérations sur l'histoire de France*, en el t. iv, en Aug. Thierry: *Oeuvres*, París, 1886, pág. 191 y la nota).

207 Ferrari: t. i, págs. 152, 263, etc.

208 Perrens: *Histoire de Florence*, t. i, 188; Ferrari, obra citada, t. i, pág. 283.

209 Aug. Thierry: *Essai sur l'histoire du Tiers Etat*, París, 1875, pág. 114, nota.

210 F. Rocquain: «La Renaissance au xii siècle», en *Etudes sur l'histoire de France*, París, 1875, págs. 55-117.

racionalismo precursor de la Reforma[211] tienen su origen en este período en que la mayoría de las ciudades constituían aún simples aglomeraciones de pequeñas comunas aldeanas, rodeadas por una muralla común, y algunas se convirtieron ya en comunas independientes.

PERO AÚN era necesario otro elemento, además de la comuna aldeana, para dar a estos nuevos centros de libertad e ilustración la unidad de pensamiento y acción y la gran capacidad de iniciativa que forjaron su poder en el siglo XII y XIII. Bajo la creciente diversidad de ocupaciones, oficios y artes, y el aumento del comercio con países lejanos, se requería una forma de unión que la comuna aldeana no había sido capaz de proporcionar. Este nuevo elemento necesario fue encontrado en los gremios. Muchos volúmenes se han escrito sobre estas uniones que, bajo el nombre de gremios, guildas, hermandades, cofradías y *druzhestva*, *minne*, *artels* en Rusia; *esnaifs* en Serbia y Turquía, *amkari* en Georgia, etc., adquirieron gran desarrollo en la Edad Media. Sin embargo los historiadores hubieron de trabajar más de sesenta años sobre esta cuestión antes de que fuera comprendida su universalidad y fuera explicado su verdadero carácter. Solo ahora que centenares de estatutos de gremios han sido publicados y estudiados, y se ha determinado su relación con los *collegiae* romana y con las uniones aún más antiguas de Grecia e India, podemos afirmar con plena seguridad que estas hermandades son solamente el desarrollo de aquellos mismos principios cuya aparición hemos visto ya en la organización tribal y en la comuna aldeana.[212]

---

211 N. Kostomarof: *Racionalistas del siglo XII* (en ruso).

212 Hechos muy interesantes de la universalidad de los gremios se pueden hallar en el trabajo del reverendo J. M. Lambert: *Two Thousand Years of Guild Life*, Hull, 1891. Sobre las *amkari* georgianas véase Elizarof: «*Tséji* urbanas» (Organización

Nada puede ilustrar mejor estas hermandades medievales que los gremios temporales que se formaban en las embarcaciones comerciales. Cuando la nave hanseática[213] se había hecho a la mar solía ocurrir que, pasada la primera media jornada desde la salida del puerto, el capitán (*Schiffer*) reunía en cubierta a toda la tripulación y a los pasajeros y les dirigía, según el testimonio de un contemporáneo, el discurso siguiente:

«Puesto que nos hallamos a merced de la voluntad de Dios y de las olas debemos ser iguales entre nosotros. Y ya que estamos rodeados de tempestades, altas olas, piratas y otros peligros, debemos mantener un orden estricto a fin de llevar nuestro viaje a un feliz término. Por esto debemos rezar para que haya viento favorable y tengamos éxito y, según la ley marítima, elegir a aquellos que ocuparán el asiento de los jueces (Schöffenstellen)». Entonces la tripulación elegía a un *vogt* y cuatro *scabini* que se convertían en jueces. Al final de la navegación, el *vogt* y los *scabini* eran liberados de su obligación y dirigían a la tripulación el siguiente discurso: «Debemos perdonarnos todo lo que sucedió en la nave y considerarlo muerto (*todt und ab sein lassen*). Hemos juzgado con rectitud y en interés de la justicia. Por esto, rogamos a todos vosotros, en nombre de la justicia honesta, olvidad toda animosidad que podáis albergar el uno contra el otro y jurar sobre el pan y la sal que no recordaréis lo pasado con rencor. Pero si alguno se considera ofendido, que se dirija al *landvogt* [juez de tierra] y antes de la caída del sol solicite justicia ante él». Al desembarcar a tierra todas las multas cobradas en el camino se entregaban al *vogt* portuario para ser distribuidas entre los pobres.[214]

---

de *amkari* transcaucasianas) en *Memorias de la Sección Caucasiana de la Sociedad Geográfica*, XIV, II, 1891.

213 Hanseática: liga o hansa de las ciudades comerciales de la Alemania del noroeste, a cuya cabeza estaba Lubeck. La Hansa o Liga Hanseática fue fundada en 1241, y tenía por objeto proteger el comercio de las ciudades alemanas contra los piratas del Báltico así como defender sus franquicias contra los príncipes vecinos. Floreció especialmente durante el siglo XV. (N. del t.).

214 I. D. Wunderer: *Reisebericht* en *Frankfurter Archiv*, de Fichards, t. II, pág. 245; citado por Janssen: *Geschichte des deutschen Volkes*, t. I, pág. 355.

Este simple relato quizá caracterice mejor que ningún otro el espíritu de los gremios medievales. Organizaciones semejantes brotaban allí donde hubiera un grupo de hombres unidos por alguna actividad común: pescadores, cazadores, comerciantes, viajeros, constructores o artesanos establecidos. Como hemos visto, en la nave ya existía una autoridad en manos del capitán, pero para el éxito de la empresa común todos los reunidos en la nave, ricos y pobres, mandos y tripulación, capitán y marineros, acordaban ser iguales en sus relaciones personales y ser simplemente hombres obligados a ayudarse mutuamente, dispuestos a resolver todos los desacuerdos que pudieran surgir entre ellos con la ayuda de los jueces elegidos por todos. Exactamente lo mismo ocurría cuando cierto número de artesanos, albañiles, carpinteros, picapedreros, etc., se unían por ejemplo para la construcción de una catedral.[215] A pesar de que todos ellos pertenecían a la ciudad, que ya tenía su propia organización política, y a pesar de que cada uno de ellos pertenecía a su propia corporación, al juntarse para una empresa común que sabían llevar a cabo mejor que ninguna otra, se unían además en una organización fortalecida por lazos más estrechos, aunque fuesen temporales: fundaban un gremio, un *artel* o cooperativa, para la construcción de la catedral. Vemos lo mismo actualmente en el *çof* cabileño.[216] Los cabilios poseen su comuna aldeana, pero resulta insuficiente para la satisfacción de todas sus necesidades políticas, comerciales y personales de unión, debido a lo cual se constituye una hermandad más estrecha en forma de *çof*.

En cuanto al carácter fraternal de los gremios medievales, para su explicación puede consultarse cualquier estatuto. Si tomamos por ejemplo la *skraa* de cualquier gremio danés antiguo,

---

215 Véase la descripción muy interesante del modo en que se construyó la catedral de Colonia en Dr. Leonard Ennee: *Der Dom zu Köln, Historisches Einleitung*, Köln, 1871, págs. 46-50.

216 Véase el capítulo precedente.

leemos en ella, primeramente, que en los gremios deben reinar sentimientos fraternales; siguen luego las reglas relativas a la jurisdicción propia dentro de los gremios en caso de riña entre dos hermanos o entre un hermano y un extraño, y por último, se enumeran los deberes de los hermanos. Si la casa de un hermano se incendia, si pierde su barca o si sufre durante una peregrinación, todos los demás hermanos deben acudir en su ayuda. Si el hermano enferma de gravedad dos hermanos deben permanecer junto a su lecho hasta que pase el peligro; si muere, los hermanos deben enterrarlo —un deber de no poca importancia en aquellos tiempos de epidemias frecuentes— y acompañarlo hasta la iglesia y la sepultura. Después de la muerte de un hermano debían cuidar de sus hijos si era necesario; y muy a menudo la viuda se convertía también en hermana del gremio.[217]

Cualquiera que fuera la finalidad para la que habían sido fundadas, los dos importantes rasgos arriba citados se encontraban en todas las hermandades. En todos los casos los miembros se llamaban mutuamente hermano y hermana, y así se trataban.[218] Todos eran iguales y poseían en común alguna propiedad (ganado, tierra, edificios, iglesias o ahorros). Igualmente, todos los hermanos juraban olvidar todos los conflictos anteriores; y sin imponerse entre sí el incumplible deber de no reñir nunca llegaban a un acuerdo para que la riña no pasara a ser una enemistad familiar más fuerte y para que en la solución del conflicto los hermanos no se dirigieran a ningún otro tribunal fuera del tribunal del gremio.

---

217 Kofod Ancher: *On gamle Danske Gilder og deres Undergong*, Copenhagen, 1785. Estatutos de un gremio de Knu (Kanut).

218 Sobre la posición de las mujeres en los gremios véanse las observaciones de la introducción que la señora Toulmin Smith hace a la obra de su padre, *English Guilds*. Uno de los reglamentos de Cambridge (pág. 281), que data del año 1503, habla claramente de esto en la frase siguiente: «El presente estatuto fue compuesto por acuerdo general de todos los hermanos y hermanas del gremio de Todos los Santos».

En caso de que un hermano tuviera un conflicto con una persona ajena al gremio, los hermanos estaban obligados a apoyarlo a cualquier precio; y si era acusado —justa o injustamente— de inferir la ofensa, los hermanos debían ofrecerle apoyo y tratar de conducir el asunto a una solución pacífica. Siempre que la violencia no hubiese sido ejercida en secreto —pues en este último caso el hermano era tratado como un forajido— la hermandad salía en su defensa.[219] Si los parientes del hombre ofendido pretendían vengarse inmediatamente del ofensor con una agresión, la hermandad le facilitaba la huida prestándole un caballo o un bote, un par de remos, un cuchillo y acero para producir fuego. Si permanecía en la ciudad, doce hermanos lo acompañaban a todas partes, y durante ese tiempo la hermandad trataba por todos los medios de arreglar la reconciliación. Cuando el asunto llegaba a los tribunales, los hermanos se presentaban al tribunal para confirmar, bajo juramento, la veracidad de las declaraciones del acusado; y si el tribunal lo hallaba culpable no le dejaban caer en la ruina o ser reducido a la esclavitud debido a la imposibilidad de pagar la indemnización monetaria reclamada: todos participaban en el pago exactamente igual que el clan lo hacía en la antigüedad. Solo en el caso de que el hermano defraudara la confianza de sus hermanos, o incluso a veces de terceras personas, era expulsado de la hermandad como un «sin nombre» (*tha scal han maeles af brödrescap met nidings nafn*).[220] Así, el gremio constituía una prolongación del clan.

---

219 En la Edad Media, solo la agresión secreta se consideraba homicidio. La venganza de sangre efectuada al descubierto a la luz del día se consideraba acto de justicia; el homicidio durante una riña no era homicidio siempre que el agresor expresara su disposición a arrepentirse y reparar el mal causado. Se han conservado hasta ahora las huellas profundas de esta diferencia en el derecho penal moderno, especialmente en Rusia («homicidio por impulsividad e irritación»).

220 Kofod Ancher: obra citada. Este pequeño y antiguo libro incluye muchos testimonios que fueron olvidados por las investigaciones más recientes.

Tales eran las ideas dominantes de estas hermandades que gradualmente se extendieron a toda la vida medieval. Conocemos gremios surgidos entre personas de todas las profesiones posibles: gremios de esclavos,[221] ciudadanos libres o mixtos; gremios organizados con fines especiales: la caza, la pesca o determinada expedición comercial y que se disolvían cuando se había logrado el fin propuesto, y gremios que existieron durante siglos en determinados oficios o ramos del comercio. Así, a medida que la vida desarrollaba una mayor diversidad de fines, crecía la variedad de los gremios. Debido a esto, no solo los comerciantes, artesanos, cazadores y campesinos se unían en gremios, sino que encontramos gremios de sacerdotes, pintores, maestros de escuela primaria y universidad; gremios para la representación escénica de la pasión, para la construcción de iglesias o para el desarrollo de los «misterios» de determinada escuela de arte u oficio; gremios para distracciones especiales y hasta gremios de mendigos, verdugos y prostitutas. Todos estos gremios estaban organizados según el mismo doble principio de jurisdicción propia y de apoyo mutuo.[222]

221 Desempeñaron un papel importante en las rebeliones de esclavos y algunas veces sufrieron prohibiciones sucesivas en la segunda mitad del siglo IX. Naturalmente, las prohibiciones reales fueron letra muerta.

222 Los pintores medievales italianos estaban también organizados en gremios que en una época más avanzada se convirtieron en academias de arte. Si el arte italiano de aquellos tiempos lleva ese sello tan brillante de especificidad local que aún ahora permite distinguir las diferentes escuelas (de Padua, Bassano, Treviso, Verona, etc., a pesar de que todas estas ciudades estaban bajo la influencia de Venecia) se debe, según la observación de J. Paul Richter, al hecho de que los pintores de cada ciudad pertenecían a un gremio que mantenía relaciones amistosas con los gremios de otras ciudades pero que tenía vida independiente. El más antiguo reglamento de gremio conocido —el de Verona— está fechado en el año 1303; pero, evidentemente, está copiado de algún otro estatuto más antiguo. En los deberes de los miembros entraban, según las palabras del reglamento, «el apoyo fraternal en caso de cualquier género de necesidad», «hospitalidad hacia los extranjeros que pasaban por la ciudad ya que así se puede obtener información de asuntos que es deseable conocer», «la obligación de prestar ayuda a los hombres llegados a la vejez» (*The Nineteenth Century*, noviembre 1890 y agosto 1892).

En cuanto a Rusia, poseemos testimonios fidedignos que indican que el hecho mismo de la «creación de Rusia» fue tanto obra de los *arteles* de pescadores, cazadores e industriales como del resultado del brote de las comunas aldeanas. Incluso hoy en día Rusia está llena de *arteles*.[223]

Se ve ya por estas pocas observaciones cuán errónea era la opinión de los primeros investigadores de los gremios cuando tomaban como esencia de esta institución la festividad anual que los hermanos acostumbraban a organizar. En realidad, el convite tenía lugar el mismo día, o al día siguiente, después de realizada la elección de los jefes, la deliberación de las modificaciones necesarias en los reglamentos y, muy a menudo, el juicio de las riñas surgidas entre hermanos.[224] Por último, en este día, a veces, se renovaba el juramento de fidelidad al gremio. El convite común, como el antiguo festín de la asamblea comunal de la tribu —el

223 En Rusia existe una enorme literatura sobre los *arteles* (en ruso, *«artiéli»*), cuya enumeración con observaciones críticas se puede hallar en la excelente obra de N. A. Rubakin, *Entre libros*. Para los lectores extranjeros he dado algunas indicaciones en el artículo «Rusia», pág. 84 de la 9.ª edición de la *Encyclopedia Britannica*.

224 Véanse, por ejemplo, los textos de los estatutos de los gremios de Cambridge citados por Toulmin Smith (*English Guilds*, Londres, 1870, págs. 274-276), en los cuales se ve que «el día general y principal» era «el día de la elección», véase también M. Clode: *The Early History of the Guild of the Merchant Taylors*, Londres, 1888, I, 45 y muchos otros. Sobre la renovación del juramento de fidelidad al gremio, véase la saga *Jomsviking*, mencionada en la obra de Peppenheim *Altdänische Schutzgilden*, Breslau, 1885, pág. 67. Es muy probable que cuando se iniciaron las persecuciones a los gremios, muchos de ellos inscribieron en sus estatutos solo un día de convite común y deberes piadosos, aludiendo en términos más generales a las funciones jurídicas. La pregunta «¿quién será mi juez?» no tienen ahora sentido alguno desde que el Estado se apropió, por medio de su burocracia, de la organización de la justicia; pero tenía una importancia de primer orden en la Edad Media, sobre todo porque la jurisdicción propia significaba también la administración propia. Se debe observar además que la traducción de la expresión sajona y danesa *guildbrethren* o *brödrae*, es decir, hermanos de gremio o hermanos, por la palabra latina *convivi* (es decir, participantes de un festín) sirvió también para promover la confusión arriba citada.

mahl o *malum*— la *aba* de los buriatos o la fiesta parroquial y la fiesta de fin de la cosecha, servían simplemente para consolidar la hermandad. Simbolizaba los tiempos en que todo era del dominio común del clan. En ese día, al menos, todo pertenecía a todos y todos se sentaban a la misma mesa. Hasta un período considerablemente más avanzado, los habitantes de los asilos de uno de los gremios de Londres se sentaban ese día a la mesa junto a los ricos concejales.

En cuanto a la diferencia que algunos investigadores trataron de establecer entre las viejas «guildas de paz» sajonas y los denominados gremios «sociales» o «religiosos», puede decirse que todos ellos eran guildas de paz en el sentido expuesto anteriormente[225] y todos eran religiosas en el sentido en que una comuna aldeana o ciudad puesta bajo la protección de un santo especial es social y religiosa. Si la institución del gremio tuvo tan vasta difusión en Asia, África y Europa, si sobrevivió durante un milenio resurgiendo cada vez que condiciones similares la llamaban a la vida, fue porque el gremio representaba algo considerablemente más amplio que una simple asociación para la comida en común, para acudir a la iglesia un día concreto o para efectuar un entierro por cuenta común. Respondía a una necesidad hondamente arraigada en la naturaleza humana, y reunía en sí todos aquellos atributos de los que el Estado se apropió posteriormente por medio de su burocracia y su policía. Pero era incluso más: era una asociación para el apoyo mutuo «por hechos o por consejo», en todas las circunstancias y en todas las contingencias de la vida; y también una organización para el mantenimiento de la justicia que se diferenciaba del Estado en que cada vez que actuaba introducía un elemento humano y fraternal en lugar del elemento formal característico de la intromisión del Estado. Cuando el her-

---

225 Véanse las hermosas observaciones sobre la *frith-guild* en la obra de J. R. Green y de la señora de Green en *The Conquest of England*, Londres, 1883, págs. 229-230.

mano aparecía ante el tribunal del gremio, era juzgado por personas que le conocían bien, estaban a su lado en el trabajo, se habían sentado con él más de una vez a la mesa y habían cumplido toda clase de deberes fraternales. Respondía ante hombres que eran sus iguales y sus verdaderos hermanos, y no ante teóricos de la ley o defensores de los intereses ajenos.[226]

Es EVIDENTE que una institución como el gremio, tan bien dotada para la satisfacción de la necesidad de unión sin por ello privar al individuo de su independencia e iniciativa, debió extenderse, crecer y fortalecerse. La única dificultad residía en hallar una forma que permitiera a las federaciones de gremios unirse entre sí sin entrar en conflicto con las federaciones de comunas aldeanas, uniendo a unas y otras en un conjunto armonioso. Y cuando se halló la forma conveniente —en la ciudad libre— y una serie de circunstancias favorables dio a las ciudades la posibilidad de declarar y afirmar su independencia, esta fue llevada a cabo con tal unidad de pensamiento que continúa provocando admiración aún en nuestro siglo de ferrocarriles, comunicaciones telegráficas e imprenta. Centenares de cartas con las que las ciudades afirmaron su unión han llegado hasta nosotros; y en todas estas cartas aparecen las mismas ideas dominantes a pesar de la infinita variedad de detalles que dependían de la mayor o menor necesidad de emancipación. Por doquier la ciudad se organizaba como una federación doble de pequeñas comunas aldeanas y de gremios.

> Todos los pertenecientes a la fraternidad de la ciudad —dice por ejemplo la carta otorgada en 1188 a los ciudadanos de Aire por Felipe, conde de Flandes— han prometido y confirmado, bajo juramento, que se ayudarán mutuamente como hermanos en todo lo

---

226 Véase apéndice XIV.

útil y honesto; que si el uno ofende al otro, de palabra o de hecho, el ofendido no se vengará por sí mismo ni lo harán sus allegados... que presentará una queja y el ofensor pagará la debida indemnización por la ofensa de acuerdo con la resolución dictada por doce jueces electos que actuarán en calidad de árbitros. Y si el ofensor o el ofendido, después de la tercera advertencia, no se somete a la resolución de los árbitros, será excluido de la hermandad como hombre depravado y perjuro.[227]

Todo miembro de la comuna será fiel a sus conjurados, y les prestará ayuda y consejo de acuerdo con lo que dicte la justicia —así dicen las cartas de Amiens y Abbeville—. Todos se ayudarán mutuamente, cada uno según sus fuerzas, en los límites de la comuna, y no permitirán que uno tome algo a otro, o que obligue a otro a pagar cualquier clase de contribución —leemos en las cartas de Soissons, Compiégne, Senlis, y muchas otras ciudades de la misma época—.[228]

La comuna —escribió el defensor del antiguo orden Guilbert de Nogent— es un juramento de ayuda mutua (*mutui adjutorii conjuratio*)... Una palabra nueva y detestable. Gracias a ella, los siervos (*capite sensi*) se liberan de toda servidumbre; gracias a ella, se liberan del pago de las contribuciones que generalmente pagaban.[229]

Esta misma ola de emancipación se extendió por toda Europa durante los siglos x, xi y xii, involucrando tanto a las ciudades ricas como a las pobres. Y si bien podemos decir que, en general, se liberaron primero las ciudades italianas (muchas aún en el siglo xi y algunas también en el siglo x), no podemos señalar el centro concreto desde el que el movimiento comenzó a expandirse. Muy a menudo un pequeño burgo de un punto cualquiera de Europa central se ponía a la cabeza del movimiento en su región, y las grandes ciudades tomaban su carta como modelo. Así por ejemplo

227 *Recueil des ordonnances des rois de France*, t. xii, 562; citado por Aug. Thierry en *Considerations sur l'histoire de France*, pág. 196, edición en el n.° 12. Hace mucho tiempo que se debería haber traducido este libro al ruso.

228 A. Luchaire: *Les Communes françaises*, págs. 45-6.

229 Guilbert de Nogent: *De vita sua*, citada por Luchaire, obra citada, pág. 14.

la carta de la pequeña ciudad de Lorris fue aceptada por ciudades del sureste de Francia, y la carta de Beaumont sirvió de modelo a más de quinientas ciudades y villas de Bélgica y Francia. Las ciudades mandaban continuamente mensajeros a las ciudades vecinas para obtener copias de sus cartas, y sobre su base elaboraban su propia constitución. No obstante, las ciudades no se conformaban con la simple trascripción de las cartas: componían las suyas de acuerdo a las concesiones que conseguían arrancar a sus señores feudales, resultando, como observó un historiador, que las cartas de las comunas medievales se distinguen por la misma diversidad que la arquitectura gótica de sus iglesias y catedrales. La misma idea dominante en todas, ya que la catedral de la ciudad representaba simbólicamente la unión de las parroquias o de las comunas pequeñas y de los gremios en la ciudad libre, y la misma riqueza de variedad en los detalles de su ornamento.

La autojurisdicción era el punto esencial para las ciudades que se liberaban, y la autojurisdicción significaba autogobierno. Pero la ciudad no era simplemente una parte «autónoma» del Estado —tales palabras ambiguas no habían sido inventadas todavía—, sino que constituía un Estado por sí mismo. Tenía derecho a declarar la guerra y negociar la paz, así como el derecho a establecer alianzas con sus vecinos y a federarse con ellos. Era soberana en sus propios asuntos y no se inmiscuía en los ajenos.

El poder político supremo de la ciudad se encontraba, en la mayoría de los casos, íntegramente en manos de la asamblea popular democrática (*forum*). Así sucedía, por ejemplo, en Pskov, donde la *viéche* enviaba y recibía embajadores, concluía tratados, invitaba y expulsaba a los *kniaziá* o prescindía por completo de ellos durante décadas. También a veces, como sucedió en centenares de ciudades de Italia y Europa central, el poder político era transferido a (o usurpado por) ciertas familias de comerciantes o incluso de nobles. Pero los principios fundamentales continuaban siendo los mismos: la ciudad era un Estado, y lo que es quizá más

importante, si el poder de la ciudad era usurpado, o la aristocracia comercial o la nobleza se apoderaba paulatinamente de él, la vida cotidiana de la ciudad y el carácter democrático de sus relaciones cotidianas no desaparecían, ya que estas dependían muy poco de lo que se puede llamar la forma política del Estado.

El secreto de esta contradicción aparente reside en que la ciudad medieval no era un Estado centralizado. En lo que se refiere a su organización interna, durante los primeros siglos de su existencia la ciudad apenas se podía llamar Estado, puesto que la Edad Media, en general, era ajena a nuestra moderna centralización de las funciones y a nuestra centralización de las provincias y distritos en manos de un gobierno central. Cada grupo tenía entonces su parte de soberanía.

Con frecuencia la ciudad estaba dividida en cuatro barrios, o en cinco, seis o siete sectores (*koniets*, en plural *kontsi*) que irradiaban de un centro donde estaba situada la catedral y a menudo también la fortaleza (*krieml*). Y cada barrio o *koniets* se correspondía con un determinado género de comercio o profesión que predominaban en él, a pesar de que en aquellos tiempos en cada barrio o *koniets* podían vivir personas que ocupaban diferentes posiciones sociales y que se entregaban a diversas ocupaciones: la nobleza, los comerciantes, los artesanos e incluso los semisiervos. Cada *koniets* o sector, sin embargo, constituía una unidad enteramente independiente. En Venecia, cada isla constituía una comuna política independiente que tenía su organización propia de oficios y comercios, su comercio de sal y pan, su administración y su propia asamblea popular o *forum*. Por ello, la elección por toda la ciudad de Venecia de un *dux*, es decir, el jefe militar y gobernador supremo, no alteraba la independencia interior de cada una de estas comunas.[230]

---

230 Leebret: *Histoire de Venise*, t. 1, pág. 393; también Marin, citado por Leo y Botta en *Histoire D'Italie*, edición francesa, 1844, t. 1, pág. 500.

En Colonia, los habitantes se dividían en *Geburschaften* y *Heimschaften* (*viciniae*), es decir, gremios vecinales cuya formación data del período de los francos, y cada uno de ellos tenía su juez (*Burgrichter*), los doce jurados electos de rigor (*Schöffen*), su *vogt* y su *greve* o jefe de la milicia local.[231]

«La historia del Londres antiguo antes de la conquista normanda del siglo XII —nos cuenta Green—, es la historia de varios pequeños grupos dispersos en una superficie rodeada por los muros de la ciudad, y donde cada grupo se desarrollaba por sí mismo, con sus instituciones, gremios, tribunales, iglesias, etc. Solo muy lentamente estos grupos se unieron en una confederación municipal».[232] Y cuando consultamos los anales de las ciudades rusas, de Nóvgorod y de Pskov, que se distinguen por la abundancia de detalles locales, nos enteramos de que también los *koniets* o secciones, a su vez, se constituían en calles (*úlitsa*) independientes cada una de las cuales, a pesar de que estaba habitada preferentemente por trabajadores de un oficio determinado, contaba también entre sus habitantes a comerciantes y agricultores, y constituía una comuna separada. La *úlitsa* asumía la responsabilidad comunal de todos sus miembros en caso de delito. Poseía tribunal y administración propios en la persona de los magistrados de la calle (*ulichánskie stárosti*), tenía sello propio (símbolo del poder estatal) y en caso de necesidad reunía su asamblea (*viéche*) de calle. Tenía, por último, su propia milicia, elegía sus sacerdotes y tenía su vida colectiva propia y sus empresas comunales.[233]

Así, la ciudad medieval era una federación doble: de todos los jefes de familia reunidos en pequeñas confederaciones territoria-

---

231 Dr. W. Arnold: *Verfassungsgeschichte der deutschen Freistädte*, 1854, t. II, págs. 22 y ss.; Ennen, *Geschichte der Stadt Koeln*, t. I, págs. 228-9, y también los documentos mismos publicados por Ennen y Erkert.

232 J. R. Green: *Conquest of England*, 1883, pág. 453.

233 Bielaief: *Relatos de la historia rusa*, t. II y III (en ruso).

les —calle, parroquia, *koniets*—; y de individuos unidos en gremios por un juramento común, de acuerdo con sus profesiones. La primera federación era fruto del origen comunal de la ciudad, mientras que la segunda obedecía al crecimiento subsiguiente provocado por las nuevas condiciones.

En esto residía la esencia de la organización de las ciudades medievales libres a las que Europa debe el gran desarrollo experimentado por su civilización.

El objeto principal de la ciudad medieval era asegurar la libertad, la administración propia y la paz; y la base principal de la vida de la ciudad, como veremos en seguida al hablar de los gremios artesanos, era el trabajo. Pero la «producción» no absorbía toda la atención del economista medieval. Este, gracias a su espíritu práctico comprendía que era necesario garantizar el «consumo» para que la producción fuera posible; y por ello proveer «la necesidad común de alimento y habitación para pobres y ricos» (*gemeine notdurft und gemach armer und richer*),[234] era el principio fundamental de toda ciudad. Estaba terminantemente prohibido comprar productos alimenticios y otros artículos de primera necesidad (carbón, leña, etc.) antes de ser entregados al mercado o comprarlos en condiciones especialmente favorables no accesibles para todos, es decir: la *preempcio* o especulación. Todo debía ir primeramente al mercado, y allí ser ofrecido para que todos pudieran comprarlo hasta que el sonido de la campana anunciara el cierre. Solo entonces podía el comerciante minorista comprar los productos restantes, pero aun en este caso, su beneficio debía ser «un beneficio honesto».[235] Además, si un panadero, después de

234 W. Gramich: *Verfassungs und Verwaltungsgeschichte der Stadt Wüurburg im 13 bis zum 15.* Jahrhundert, 1882, pág. 34.

235 Cuando un navío entregaba carbón de piedra en Würburg, durante los primeros ocho días solo podía venderse al detalle, y cada familia no podía comprar más de cincuenta cestos. La carga que restaba se podía vender al por mayor, pero en

la clausura del mercado, compraba grano al por mayor, cualquier ciudadano tenía derecho a exigir determinada cantidad (alrededor de medio cuarto) al precio de mayorista si efectuaba tal demanda antes de la definitiva conclusión de la operación. Del mismo modo, cualquier panadero podía hacer la misma demanda si un ciudadano compraba maíz para la reventa. Para moler el grano bastaba con llevarlo al molino de la ciudad donde era molido por turnos a un precio determinado y se podía cocer el pan en el *four banal* u horno comunal.[236] Dicho en pocas palabras, si la ciudad sufría necesidad, todos la sufrían en mayor o menor medida. Pero aparte de estas desgracias, mientras existieron las ciudades libres, nadie moría de hambre dentro de sus muros tal y como desgraciadamente sucede con demasiada frecuencia en nuestra época.

Con todo, todas estas regulaciones datan del período más avanzado de la vida de las ciudades. Al principio de su vida las ciudades libres generalmente compraban por sí mismas todos los productos alimenticios para el consumo de los ciudadanos. Los documentos recientemente publicados por Charles Gross contienen datos sumamente precisos sobre este punto, y confirman su conclusión de que las cargas de productos alimenticios llegadas a

---

la venta al detalle se permitía al vendedor solo un beneficio honesto [*zittliche*]; el beneficio deshonesto [*unzittliche*] estaba terminantemente prohibido (Gramich, obra citada). Lo mismo sucedió también en Londres (*Liber albus*, citado por Ochenkowski en *Englands wirthschaftliche Entwickelung*, Jena, 1879, pág. 161), y en las ciudades de Escocia, en Francia, España, y, en suma, por todas partes.

236 Véase Fagnier: *Etudes sur l'industrie et la clase industrielle à Paris aux XIIIe et XIVe siècles*, París, 1877, pág. 155 y ss. Apenas si es necesario agregar que el impuesto sobre el pan y la cerveza se establecía solo después de cuidadosas investigaciones respecto a la cantidad de pan y la cerveza que se podía obtener de una determinada cantidad de grano. En los archivos de Amiens se han conservado notas sobre tales investigaciones (A. de Colonne, obra citada, págs. 77-93). Véase también, sobre Londres, Ochenkowski, pág. 165, y muchos otros.

la ciudad «eran compradas por funcionarios civiles en nombre de la ciudad y luego distribuidas entre los comerciantes burgueses. A nadie se le permitía comprar mercancía descargada en el puerto a menos que las autoridades municipales hubieran rehusado comprarla. Tal era según parece la práctica generalizada en Inglaterra, Irlanda, Gales y Escocia».[237] Incluso en el siglo XVI vemos como se efectuaba en Londres la compra común de grano «para comodidad y beneficio, en todos los aspectos, de la ciudad y del Palacio de Londres y de todos los ciudadanos y habitantes en todo lo que de nosotros depende», como escribía el alcalde en 1565.[238]

En Venecia todo el comercio de granos, como bien se sabe ahora, se hallaba en manos de la ciudad, y los «barrios», al recibir el grano de la oficina que administraba la importación, debían distribuir por las casas de todos los ciudadanos la cantidad que correspondía a cada uno.[239] En Francia, la ciudad de Amiens compraba sal y la distribuía entre todos los ciudadanos al precio de compra;[240] y aun en la época presente encontramos en muchas

237 Charles Gross: *The Guild Merchant*, Oxford, 1890, t. I, pág. 135. Los documentos transcritos por el autor demuestran que tal práctica existía en Liverpool, (t. II, págs. 148-150), en Waterford, Irlanda; en Neath, Gales; y en Linlithgow y Thurso, Escocia. Los textos de Gross demuestran también que las compras se efectuaban no solo para su distribución entre los comerciantes de la ciudad, sino también «para todos los ciudadanos y comuneros» (pág. 136, nota) o como dice el reglamento de Thurso, que data del siglo XVII: «Se debe informar a los comerciantes, artesanos y *habitantes* de dicha ciudad para que puedan tener su parte en las compras, de acuerdo con sus necesidades y recursos».

238 *The Early history of the Guild of Merchant Taylors*, por Charles M. Clode, Londres, 1881, t. I, pág. 361, apéndice décimo; del mismo modo también el apéndice siguiente, que muestra que compras parecidas se hicieron también en el año 1546.

239 Cibrario: *Les conditions économiques de l'Italie au temps de Dante*, París, 1865, pág. 44.

240 A. de Colonne, *La vie municipale au XVe siècle dans le Nord de la France*, París, 1880, págs. 12-6. En el año 1485, la ciudad permitió exportar a Amberes cierta cantidad de granos, «pues los habitantes de Amberes siempre estaban dispuestos a ser gratos comerciantes y ciudadanos de Amiens» (ibíd, pág. 75-7 y textos).

ciudades francesas las *halles*, o depósitos municipales para el almacenamiento del grano y la sal.[241] En Rusia, esto era un hecho corriente en Nóvgorod y Pskov.

Toda la cuestión de las compras comunales para consumo de los ciudadanos y de los medios con que eran realizadas no ha recibido aún la debida atención de parte de los historiadores; pero aquí y allá encontramos hechos muy interesantes que arrojan nueva luz sobre ella. Así, entre los documentos aportados por Gross encontramos un reglamento de la ciudad de Kilkenny que data del año 1367, y gracias a él conocemos de qué modo se establecían los precios de las mercancías. «Los comerciantes y los marineros —dice Gross— debían mostrar, bajo juramento, el precio de compra de su mercancía y los gastos originados por el transporte. Entonces el alcalde de la ciudad y dos personas honestas fijaban el precio a que debía venderse la mercancía». La misma regla se observaba en Thurso para las mercancías que llegaban «por mar y por tierra». Este método «para fijar el precio» armoniza tan justamente con el concepto que predominaba sobre el comercio en la Edad Media que debe haber sido universal. El que una tercera persona fijara el precio era una costumbre muy antigua; y para todo género de intercambio dentro de la ciudad sin duda se recurría muy a menudo a la determinación del precio, no por el vendedor o el comprador, sino por una tercera persona «honesta». Pero este orden de cosas nos remonta a un período aún más antiguo de la historia del comercio, precisamente al período en que todo el comercio de productos importantes era efectuado por la ciudad entera y los compradores eran solo comisionistas apoderados por la ciudad para las ventas de la mercancía que ella exportaba. Así el reglamento de Waterford, publicado también por Gross, dice que «todas las mercaderías, *de cualquier género que fueran*... deben ser compradas

241 A. Babeau, *La ville sous l'ancien régime*, París, 1880.

por el alcalde y los ujieres (*balives*), designados como compradores comunales para el caso, y deben ser distribuidas entre todos los ciudadanos libres de la ciudad (exceptuando solamente las mercancías propias de los ciudadanos y habitantes libres)». Este estatuto apenas se puede interpretar de otro modo que no sea admitiendo que todo el comercio exterior de la ciudad era efectuado por los apoderados. Además, tenemos el testimonio directo de que precisamente así estaba establecido en Nóvgorod y Pskov. La ciudad soberana de Nóvgorod y la ciudad soberana de Pskov enviaban ellas mismas sus caravanas de comerciantes a los países lejanos.

Sabemos también que en casi todas las ciudades medievales de Europa central y occidental, cada gremio de artesanos solía comprar en común todas las materias primas para sus hermanos y vendía los productos de su trabajo por medio de sus delegados; y apenas es admisible que el comercio exterior no se realizara siguiendo este método, tanto más cuando, como bien saben los historiadores, hasta el siglo XIII todos los compradores de una ciudad en el extranjero no solo se consideraban responsables, como corporación, de las deudas contraídas por cualquiera de ellos, sino que también la ciudad entera era responsable de las deudas contraídas por cada uno de sus comerciantes. Únicamente en los siglos XII y XIII las ciudades del Rin concertaron pactos especiales que anulaban esta responsabilidad.[242] Por último, tenemos el importante documento de Ipswich, publicado por Gross, en el cual vemos que el gremio comercial de esta ciudad se componía de todos los hombres libres de la ciudad que expresaban su conformidad en pagar su cuota (su «*hanse*») al gremio, mientras toda la comuna juzgaba en común cuál era el mejor modo de apoyar al gremio comercial y qué privilegios debía otorgarle. Así, el gremio comercial de Ipswich resultaba ser más una corporación de apoderados de la ciudad que un gremio privado al uso.

---

242 Ennen: *Geschichte der Stadt Köln*, t. I, págs. 491-2, y también los textos.

Cuanto más conocemos la ciudad medieval, tanto más nos convencemos de que no era una simple organización para la protección de ciertas libertades políticas. Constituía una tentativa —a mayor escala de lo que se había hecho en la comuna aldeana— de unión estrecha con fines de ayuda y apoyo mutuos para el consumo y la producción y para la vida social en su conjunto, sin por ello imponer a los hombres los grilletes del Estado sino dejando plena libertad a la manifestación del genio creador de cada grupo concreto de hombres en el campo de las artes, los oficios, la ciencia, el comercio y la organización política.

Hasta qué punto tuvo éxito esta tentativa lo veremos más detalladamente en el capítulo siguiente al examinar la organización del trabajo en la ciudad medieval y las relaciones de las ciudades con la población campesina que las rodeaba.

CAPÍTULO VI

La ayuda mutua en la ciudad medieval

(continuación)

Semejanzas y diferencias entre las ciudades medievales — Gremios de oficios: atributos del Estado en cada una de ellos — Relaciones de la ciudad con los campesinos; tentativas de liberarlos — Los señores feudales — Resultados obtenidos por la ciudad de la Edad Media en el campo de las artes y la educación — Causas de la decadencia

LAS CIUDADES MEDIEVALES NO estaban organizadas según un plano trazado de antemano por la voluntad de algún legislador. Cada una de ellas era el fruto del crecimiento natural en el pleno sentido de la palabra, el resultado de un juego de fuerzas siempre variable que se ajustaban mutuamente de acuerdo a la energía viva de cada una de ellas, sus oportunidades, sus conflictos y el apoyo que encontraban a su alrededor. Debido a ello no se hallarán dos ciudades cuya organización interna y cuyos destinos históricos sean idénticos; y cada una de ellas cambiaba su fisonomía de siglo en siglo. Sin embargo, si echamos un vistazo amplio sobre todas las ciudades de Europa, las diferencias locales y nacionales desaparecen y nos sorprendemos por la similitud asombrosa que existe entre todas, a pesar de que cada una de ellas se desarrolló independientemente y en condiciones diferentes. Parecería que tienen poco en común una pequeña ciudad del norte de Escocia poblada por trabajadores y pescadores pobres; las ricas ciudades de Flandes con su comercio mundial, su lujo, su amor a los placeres y su animada vida; una ciudad italiana enriquecida por sus relaciones con Oriente y que

elaboró dentro de sus muros un gusto artístico y una civilización refinada; y por último, una ciudad pobre de la región pantanosa de Rusia, dedicada principalmente a la agricultura. Y, sin embargo, las líneas dominantes de su organización y el espíritu de que están impregnadas asombran por su semejanza.

Por todas partes hallamos las mismas federaciones de pequeñas comunas, parroquias o gremios; los mismos «suburbios» alrededor de la ciudad madre; la misma asamblea popular; los mismos signos exteriores de independencia; el sello, el estandarte, etc. El protector (o *defensor*) de la ciudad, bajo sus distintas denominaciones y ropajes, representa a una misma autoridad defendiendo los mismos intereses. El abastecimiento de víveres, el trabajo y el comercio están organizados de forma similar; los conflictos interiores y exteriores nacen por los mismos motivos, incluso las mismas consignas desplegadas durante estos conflictos y hasta las fórmulas utilizadas en los anales de la ciudad, las ordenanzas y los documentos son las mismas; y los monumentos arquitectónicos, ya sean de estilo gótico, romano o bizantino, expresan las mismas aspiraciones y los mismos ideales: estaban concebidos para expresar el mismo pensamiento y se construían del mismo modo. Muchas diferencias son únicamente resultado del paso del tiempo, y esas mismas diferencias entre ciudades hermanas, por ejemplo, Pskov y Nóvgorod, o Florencia y Roma, se repiten en distintas partes de Europa. La unidad de la idea dominante y la identidad de origen allanan las diferencias aparecidas como resultado del clima, la situación geográfica, la riqueza, el lenguaje o la religión. He aquí por qué podemos hablar de *la* ciudad medieval como de una fase plenamente definida de la civilización; y a pesar de que siempre serán bienvenidas las investigaciones que señalen las particularidades locales e individuales de las ciudades, podemos, no obstante, señalar los rasgos principales del desarrollo que eran comunes a todas ellas.[243]

243 La literatura sobre el tema es enorme. Sin embargo no existe todavía obra alguna

No cabe duda de que la protección de la que habitualmente gozaban en todas partes los mercados, ya desde las primeras épocas bárbaras, desempeñó un papel importante, si bien no exclusivo, en la emancipación de las ciudades medievales. Los bárbaros del período antiguo no conocían el comercio dentro de sus comunas aldeanas y comerciaban solamente con los extranjeros en ciertos lugares y días fijados de antemano. Pero para que el extranjero pudiera presentarse en el lugar de trueque sin riesgo de verse involucrado en cualquier disputa entre clanes, el mercado se ponía

---

que considere la ciudad medieval en conjunto. Para las comunas francesas siguen siendo clásicas hasta ahora las obras de Agustín Thierry: *Lettres y considérations sur l'histoire de France*; un excelente complemento es el libro de Luchaire: *Communes françaises*, escrito en el mismo sentido. Para las ciudades de Italia pueden indicarse las siguientes: el excelente trabajo de Sismondi: *Histoire des republiques italiennes du moyen age*, París, 1826, 16 tomos; Leo y Botta: *Historia de Italia*, de la que existe traducción francesa (tres grandes tomos); Ferrari: *Révolutions d'Italie*, y Hegel: *Geschichte der Städteverfassung in Italien*. Estas obras constituyen las fuentes principales de los testimonios comunes sobre las ciudades de Italia en general. Para Alemania, tenemos: Maurer: *Städteverfassung*; Barthold; *Geschichte der deutschen Städte*, y de las obras recientes, el excelente trabajo de Hegel: *Städte und Gidden der germanischen Völker* (dos tomos, Leipzig, 1891) y Dr. Otto Kallsen; *Die Deutschen Städte in Mittelalter* (dos tomos, Halle, 1891); y también Janssen: *Geschichte des deutsche Völkes*, (cinco tomos, 1886). Esperamos que la última de las obras citadas sea traducida al ruso (la traducción francesa apareció en el año 1892). Para Bélgica se puede citar: A. Wauters, *Les libertés comunales* (Brujas, 1869-78, tres tomos), y para Rusia, los trabajos de Bielaief, Kostomarof y Sergievich. Finalmente, para Inglaterra tenemos la excelente obra sobre las ciudades de la señora J. R. Green: *Town Life in the Fifteenth Century* (dos tomos, Londres, 1894). Además, existen muchas historias locales bien conocidas, y algunas excelentes obras sobre la historia general y económica que cito a menudo en el presente capítulo y en el anterior. La riqueza de la literatura se limita, sin embargo, a investigaciones aisladas, a veces excelentes, sobre la historia de ciudades concretas, especialmente de las italianas y de las alemanas; o de los gremios, la cuestión agraria, los principios económicos de aquella época; o de las uniones y ligas entre ciudades (Hansa, uniones de las ciudades italianas, uniones del Rin, etc.), y por último, del arte comunal. Una increíble abundancia de informaciones aparecen en los trabajos de esta segunda categoría, de las cuales, en la presente obra, se citan solo los más importantes. En general, solo la extrema anormalidad de las condiciones de las universidades rusas puede explicar que hasta ahora se haya prestado en ellas tan poca atención a este vasto campo de la vida de la humanidad.

siempre bajo la protección especial de todos los grupos. También era inviolable, como el lugar de culto religioso junto al cual solía organizarse. Entre los cabilios, el mercado hasta ahora es *anaya*, lo mismo que el sendero por el cual las mujeres acarrean el agua de los pozos, y está prohibido permanecer armado en ambos aun durante las guerras entre tribus. En la época medieval, el mercado gozaba generalmente de la misma protección.[244] La venganza tribal nunca debía proseguirse hasta la plaza donde el pueblo se reunía para comerciar ni en determinado radio a su alrededor; y si entre la abigarrada multitud de vendedores y compradores se producía alguna riña, era necesario someterla al examen de aquellos bajo cuya protección se encontraba el mercado; es decir, al tribunal de la comuna o al juez del obispado, del señor feudal o del rey. El extranjero que se presentara con fines comerciales era un huésped, y como tal era tratado, siendo intocable en el mercado. Hasta el barón feudal que sin escrúpulos despojaba a los comerciantes en el camino real, trataba con respeto al *Weichbild*, es decir, la pértiga que se elevaba en la plaza del mercado en cuyo tope se colocaban las armas reales, un guante de caballero, la imagen del santo local o simplemente la cruz según estuviera el mercado bajo la protección del rey, el señor, la iglesia local o la asamblea popular (la *viéche*).[245]

---

244 Kulischer, en un excelente ensayo sobre el comercio primitivo (*Zeitschrift für Völkerpsychologie*, t. x, pág. 380), señala también que, según Herodoto, los argipeanos eran considerados inviolables debido a que, en su territorio, se realizaba el comercio entre los escitas y las tribus del norte. En sus territorios se consideraba sagrado al fugitivo, y los vecinos a menudo los invitaban a ser sus árbitros (Véase apéndice xv).

245 Recientemente han surgido algunas discusiones sobre el *Weichbild* que hasta la fecha permanecen sin resolver (Véase Zöpfl: *Alterthümer des deutschen Reich und Rechts*, t. III, pág. 29; Kallsen, I, pág. 316). Las explicaciones antedichas me parecen las más verosímiles, pero naturalmente deben ser verificadas mediante exámenes posteriores. Es evidente, también, que la *mercet cross* escocesa, es decir, la «cruz del mercado» o «cruz del comercio», debió haber sido el emblema de la jurisdicción eclesiástica; aunque la hallamos tanto en las ciudades episcopales como allí donde la asamblea popular era soberana.

Es fácil comprender de qué modo el poder judicial propio de la ciudad pudo originarse en el poder judicial especial del mercado cuando este poder fue cedido, de buen grado o no, a la ciudad misma. Es comprensible también que tal origen de las libertades urbanas, cuyas huellas se pueden seguir en muchos casos, imprimiera su sello a su desarrollo posterior. Dio el predominio a la parte comercial de la comuna. Los burgueses que poseían en aquellos tiempos una casa en la ciudad y eran copropietarios de sus tierras, a menudo organizaban un gremio comercial, el cual tenía en sus manos el comercio de la ciudad, y a pesar de que al principio cada ciudadano, pobre o rico, podía ingresar en el gremio, y de que hasta el propio comercio era efectuado en interés de toda la ciudad por medio de sus apoderados, el gremio comercial paulatinamente se convirtió en un tipo de corporación privilegiada. Llena de celo, no admitió en sus filas a la población advenediza que pronto comenzó a afluir a las ciudades libres, y todas las ventajas derivadas del comercio las reservaban en beneficio de unas pocas «familias» (*les familles*, los *starozhíli*, o viejos habitantes) que ya eran ciudadanos cuando la ciudad proclamó su independencia. Evidentemente, este hecho suponía la amenazaba del surgimiento de una oligarquía comercial. Pero ya en el siglo x, y con mayor fuerza en los dos siglos siguientes, los oficios principales, que también se organizaban en gremios, eran lo suficientemente poderosos para limitar las tendencias oligárquicas de los comerciantes.[246]

---

246 Con respecto a todas las cuestiones relativas al gremio comercial, véase la obra exhaustiva de C. Gross, *The Guild Merchant* (Oxford, 1890, dos tomos) y también las notas de la señora de Green en *Town Life in the Fifteenth Century*, t. II, caps. V, VIII, X; también el examen de esta cuestión hecho por A. Doren en *Forschungen*, t. XII, de Schmoller. Si las consideraciones indicadas en el capítulo precedente (según las cuales el comercio, al principio, era comunal) son correctas, entonces está permitido enunciar la hipótesis de que el gremio comercial era una corporación a la que se confiaba la realización del comercio en interés de la ciudad entera, y solo paulatinamente se transformó en un gremio de mercaderes que comerciaba en su propio beneficio. Al mismo tiempo, los comerciantes aventu-

Los gremios de artesanos de aquellos tiempos generalmente vendían por sí mismos los productos que sus miembros elaboraban y compraban en común las materias primas, por lo que sus miembros eran al mismo tiempo comerciantes y artesanos. Debido a esto, el predominio alcanzado por los viejos gremios de artesanos desde el principio mismo de la vida libre de las ciudades dio al trabajo de artesano aquella elevada posición que posteriormente ocupó en la ciudad. En realidad, el trabajo del artesano en la ciudad medieval no era signo de posición social inferior, sino que muy al contrario conservaba huellas del profundo respeto con que se le trataba en la comuna aldeana. El rápido desarrollo de la habilidad artística en la producción de todos los oficios: la joyería, el tejido, la cantería, la arquitectura, etc., hacía que todos los que ejercían el poder en las repúblicas libres de aquella época trataran con profundo respeto al artesano-artista.

En general, el trabajo manual en un «misterio» era considerado como un deber piadoso hacia los conciudadanos, como una función social (*Amt*) tan honorable como cualquier otra. La idea de «justicia» hacia a la comuna y de «lo correcto» con respecto al producto y al consumidor, que nos parece tan extraña en nuestra época, impregnaba entonces todo el proceso de producción e intercambio. El trabajo del curtidor, el calderero o el zapatero, debía ser «completamente» justo, escribían entonces. La madera, el cuero o los hilos utilizados por los artesanos debían ser «los correctos»; el pan debía ser amasado «honestamente», etc. Transferido este len-

---

reros (*merchant adventures*) de Inglaterra, los *povólniki* (comerciantes y colonizadores libres) de Nóvgorod y los *mercati personati* (comerciantes personales) de las ciudades italianas aparecerían ante tal explicación como personas a las que se les había permitido abrir a su propio riesgo nuevos mercados en Oriente y nuevas ramas de comercio para su beneficio personal. En general, se debe observar que el origen de la ciudad medieval no puede ser atribuido a un determinado factor aislado. Fue el resultado de varias fuerzas que actuaban en diferentes grados tal y como hemos indicado.

guaje a nuestra vida moderna, parecerá artificioso y teatral, pero entonces era completamente natural y estaba desprovisto de toda afectación. El artesano medieval no producía para un comprador desconocido, no arrojaba sus mercancías en un mercado ajeno. Por encima de todo producía para su propio gremio, que vendía en primer lugar en su propia cámara de tejedores, de cerrajeros o cualquier otra la mercancía elaborada por los hermanos; producía para una hermandad de hombres en la que todos se conocían, en la que todos dominaban la técnica del oficio y en la que todos, al haber puesto de común acuerdo el precio al producto, podían apreciar la habilidad puesta en la producción de un objeto determinado y el trabajo empleado en él. Además, el gremio no era un productor aislado que ofrecía sus artículos para la compra. La mercancía era ofrecida por el gremio; y la comuna misma, a su vez, ofrecía a la hermandad de las comunas confederadas aquellas mercancías que eran exportadas por ella y de cuya calidad se hacía responsable.

Como consecuencia de esta organización, era una cuestión de amor propio para cada oficio no ofrecer mercancía de baja calidad. Los defectos técnicos de la mercancía o adulteraciones afectaban a toda la comuna, pues según las palabras de una ordenanza, «destruyen la confianza pública».[247] La producción era un deber social y estaba bajo el control de toda la *amitas* —de toda la hermandad—; debido a lo cual mientras existieron las ciudades libres el trabajo manual no descendió nunca a la posición inferior en la cual, a menudo, se encuentra hoy.

Las diferencias entre el maestro y el aprendiz, o entre el maestro y el oficial (*compayne*, *geselle*) existieron ya desde la época misma del establecimiento de las ciudades medievales libres; pero al principio esta diferencia era solo de edad y de habilidad, no de autoridad o riqueza. Después de pasar siete años como apren-

247 Janssen: *Geschichte des deutschen Völkes*, t. 1, pág. 315; Gramich: *Würzburg*; y, en general cualquier colección de ordenanzas.

diz y de haber demostrado conocimiento y capacidad en el oficio por medio de una obra especial, el aprendiz se convertía en maestro. Y solo más tarde, en el siglo XVI, cuando la autoridad real ya había destruido la organización de la ciudad y de los artesanos, se pudo llegar a maestro hereditariamente o en virtud de la riqueza particular. Pero esta era ya la época de la decadencia general de la industria y el arte de la Edad Media.

En el período floreciente de las ciudades medievales, no hubo mucho lugar para el trabajo alquilado o para los trabajadores individuales. El trabajo de los tejedores, armeros, herreros, panaderos, etc., se realizaba por el gremio y para la ciudad; y cuando en los oficios de la construcción se alquilaban artesanos extranjeros, estos trabajaban como corporación temporal (como continúan haciendo los *arteles* rusos) cuyo trabajo se pagaba en bloque. El trabajo para un patrón individual empezó a extenderse más tarde; pero también en estas circunstancias se pagaba al trabajador mejor de lo que se paga ahora, incluso en Inglaterra, y considerablemente mejor de lo que se pagaba comúnmente en toda Europa durante la primera mitad del siglo XIX. Thorold Rogers familiarizó a los lectores ingleses con esta idea;[248] pero es necesario extenderla a toda la Europa continental, como lo demuestran las investigaciones de Falke y Schönberg y muchos otros indicios ocasionales. Todavía en el siglo XV el albañil, carpintero o herrero, recibían en Amiens un salario diario a razón de cuatro *sols*, que correspondían a cuarenta y ocho libras de pan o a una octava parte de un pequeño buey (*bouvard*). En Sajonia, según el testimonio de Falke, el salario de los trabajadores de la construcción (los *Geselle*), era tal que con su sueldo de seis días podían comprar tres ovejas y un par de botas.[249]

---

248 Thorold Rogers: *Six centuries of Wages* y *The Economical Interpretation of history*.

249 Falke: *Geschichtiche Statistik*, t. I, págs. 373-393 y t. II, pág. 66, citado en *Geschichte*, de Janssen, t. I, pág. 399; J. D. Blavignac, en *Comptes et dépenses de la construction du clocher de Saint-Nicolás à Fribourg, en Suisse*, llega a una conclusión

Las ofrendas de estos obreros para la construcción de las catedrales son igualmente testimonios de su relativo bienestar, sin hablar ya de las ofrendas suntuosas de algunos gremios de artesanos o de los gastos para sus festividades y procesiones.[250] Realmente, cuanto más estudiamos las ciudades medievales, más nos convencemos de que nunca ha sido tan bien pagado el trabajo ni ha gozado del respeto general como en la época en que la vida de las ciudades libres se hallaba en su punto máximo de desarrollo.

Pero el asunto llega incluso más lejos, ya que no solo muchas aspiraciones de nuestros modernos radicales habían sido realizadas ya en la Edad Media, sino que hasta mucho de lo que ahora se considera utópico se aceptaba entonces como algo completamente natural. Se burlan de nosotros cuando decimos que el trabajo debe ser agradable, pero según las palabras de la ordenanza de la Edad Media de Kuttenberg, «cada uno debe hallar placer en su trabajo y nadie debe, pasando el tiempo en holganza (*mit nichts thun*), apropiarse de lo que ha sido producido con la aplicación y el trabajo ajeno, pues las leyes deben ser un escudo para la defensa de la aplicación y del trabajo».[251] Y entre todos los discursos modernos acerca de la jornada de ocho horas de trabajo, no sería inoportuno recordar la ordenanza de Fernando I relativa a las minas imperiales de carbón, según la cual se establece la jornada de trabajo del

---

semejante. Para Amiens, véase De Calonne: *Vie Municipale*, pág. 99 y apéndice. Para la apreciación completa y para la representación gráfica del salario medieval en Inglaterra, y su influencia en el valor del pan y de la carne, véase el excelente artículo y la tabla de curvas de G. Steffen en la revista *The Nineteenth Century*, año 1891, y su *Studier öfver lönsystemets hitoria i England*, Estocolmo, 1895.

250 Para traer, aunque sea un caso de los muchos que se encuentran en las obras de Schönberg y Kalge, citaré, por ejemplo, que dieciséis trabajadores zapateros [*Schusterknechte*] de la ciudad de Xanten Rhin, ofrecieron para la erección de un retablo y de un altar en la iglesia setenta y cinco *gulden* por suscripción y doce *gulden* de la caja común. El valor del dinero entonces, según las investigaciones más fidedignas, sobrepasaba en diez veces su valor actual.

251 Transcrito por Janssen, obra citada, t. 1, pág. 343.

minero en ocho horas «como se ha hecho desde antiguo» (*wie vor Alters herkommen*), y se prohíbe completamente trabajar después del mediodía del sábado. Una jornada de trabajo más larga era muy rara, dice Janssen, mientras que las más cortas se daban con frecuencia. Según las palabras de Rogers, en la Inglaterra del siglo XV «los obreros trabajaban solamente cuarenta y ocho horas por semana».[252] El sábado en el que solo se trabaja por la mañana, que hoy consideramos una conquista moderna, en realidad era una antigua institución medieval; era el día de baño de una parte considerable de los miembros de la comuna, mientras que el miércoles por la tarde lo era para los obreros (*Geselle*).[253] Y a pesar de que en aquella época no existían aún los comedores escolares —probablemente porque no enviaban a los niños hambrientos a la escuela— se había acordado, en diversas ciudades, distribuir dinero a los niños para el baño si este gasto constituía una carga para sus padres.

En cuanto a los congresos de trabajadores, eran un fenómeno corriente en la Edad Media. En algunas partes de Alemania los artesanos de un mismo oficio, pero que pertenecían a diferentes comunas, generalmente se reunían para determinar el plazo del aprendizaje, el salario, las condiciones de viaje por el país (viajes que se consideraban entonces obligatorios para todo trabajador que había terminado su aprendizaje), etc. En el año 1572, las ciudades que pertenecían a la Liga Hanseática reconocían formalmente a los artesanos el derecho a reunirse periódicamente en

---

252 Thorold Rogers: *The Economical Interpretation of History*, Londres, 1891, pág. 303.

253 Janssen: Obra citada. Véase también Dr. Alwin Schultz: *Deutsches Leben im XIV, und XV, Jahrhundert*, edición popular, Wien, 1892, págs. 67 y ss. En París, la duración de la jornada de trabajo era de siete a ocho horas, en invierno, y hasta catorce horas en verano en ciertos oficios; en otros era de ocho a nueve horas en invierno y de diez a doce en verano. Los sábados y los otros veinticinco días (*jours de commun de vile foire*) todos los trabajos terminaban a las cuatro de la tarde. Los domingos y otros treinta días feriados, no se trabaja nada. En general, se concluye que el trabajador de la Edad Media trabajaba *menos* que el trabajador moderno. (E. Martin Saint-Léon: *Histoire des corporations*, pág. 121).

asamblea y adoptar cualquier género de resoluciones, siempre que estas no se opusieran a las ordenanzas de las ciudades relativas a la calidad de las mercancías. Es sabido que tales congresos de trabajadores, en parte internacionales (como la misma Hansa), eran convocados por panaderos, forjadores, curtidores, herreros, espaderos y toneleros.[254]

La organización de los gremios, naturalmente, requería una supervisión cuidadosa sobre sus artesanos, para lo que se designaban jurados especiales. Es notable, sin embargo, el hecho de que mientras las ciudades llevaban una vida libre no se oyeran quejas por la supervisión; fue cuando el Estado intervino y confiscó la propiedad de los gremios y violó su independencia en beneficio de su propia burocracia que las quejas se hicieron innumerables.[255] Por otra parte, el enorme progreso en el campo de las artes alcanzado bajo el sistema del gremio medieval es la mejor prueba de que este sistema no era un obstáculo para el desarrollo de la iniciativa individual.[256] El hecho es que el gremio medieval, como la parroquia medieval, la *úlitsa* o el *koniets*, no era una corporación de

---

254 W. Stienda: «Hansische Vereinbarungen über städtisches Gewerbe im *xiv*, und *xv*, Jahrhundert» en *Hansische Geschichtsblätter*, Jahrgang, 1886, pág. 121; Schönberg, *Wirthscharftliche Bedeutung der Züufte*; y también en parte Roscher.

255 Véanse las observaciones profundamente sentidas de Toulmin Smith sobre el despojo de los gremios por parte de los reyes en la introducción de la señora Smith a *English Guilds*. En Francia en el año 1382 comenzó análogo despojo y destrucción de la jurisdicción propia del gremio (Fagniez, obra citada, págs. 52-4).

256 Adam Smith y sus contemporáneos sabían bien qué era precisamente lo que condenaban cuando escribían contra la intromisión del *Estado* en el comercio y contra los monopolios comerciales creados por él. Por desgracia, sus continuadores, con una superficialidad deplorable, mezclaron en un mismo saco los gremios medievales y la intromisión del Estado, sin hacer distinción ente el edicto de Versalles y la ordenanza de un gremio. Apenas es necesario decir que los economistas que han estudiado seriamente esta materia, como Schönberg (el redactor del bien conocido curso de *Economía Política*), nunca cayeron en semejante error. Lamentablemente las disputas difusas del tipo arriba indicado pasaban por ser «ciencia» económica hasta épocas muy recientes

ciudadanos bajo el control de los funcionarios del Estado, sino una confederación de todos los hombres unidos para una determinada tarea, y en su composición entraban compradores jurados de materias primas, vendedores de mercancías manufacturadas y maestros, oficiales, *compaynes* y aprendices artesanos. Para la organización interna de una determinada producción la asamblea era soberana mientras no afectara a los otros gremios, en cuyo caso el asunto se sometía a la consideración del gremio de gremios, es decir, la ciudad. Pero aparte de las funciones que acabamos de indicar, el gremio representaba algo más. Tenía su jurisdicción propia, es decir, el derecho a impartir justicia en sus asuntos, y su propia fuerza armada; tenía sus asambleas generales o *viéche*; sus propias tradiciones de lucha, gloria e independencia, y sus propias relaciones con los otros gremios del mismo oficio en otras ciudades. En una palabra, llevaba una vida orgánica plena, que solo podía surgir de la integralidad vital de sus funciones. Cuando la ciudad era llamada a las armas, el gremio marchaba como una compañía específica (*Schaar*), equipada con sus propias armas (y en una época posterior, con sus propios cañones adornados cuidadosamente por el gremio), bajo el mando de sus propios jefes electos. Era, en suma, la misma unidad independiente que era la república de Uri, o Ginebra en la Confederación Suiza hace cincuenta años. Por esta razón, comparar los gremios con los sindicatos modernos o las uniones profesionales, despojados de todos los atributos de la soberanía del Estado y reducidos al cumplimiento de dos o tres funciones secundarias, es tan irrazonable como comparar Florencia y Brujas con cualquier comuna aldeana francesa que arrastra una vida desgraciada bajo la opresión del prefecto y del código napoleónico; o con una ciudad rusa administrada según las ordenanzas municipales de Catalina II. La aldea francesa y la ciudad rusa también tienen su alcalde electo, como lo tenían Florencia y Brujas, y la ciudad rusa hasta tenía corporaciones de aduanas; pero la diferencia entre ellos es la misma que existe entre

Florencia y cualquier aldea francesa de Fontenay-les Oises o Tsarevokokshaisk; o entre el *dux* veneciano y un moderno alcalde de aldea que se inclina ante el secretario del señor subprefecto.

Los gremios de la Edad Media eran capaces de mantener su independencia, y cuando más tarde, especialmente en el siglo XIV, debido a varias razones que indicaremos a continuación, la antigua vida de la ciudad empezó a sufrir cambios profundos, los nuevos oficios demostraron ser lo bastante fuertes para conquistar, a su vez, la parte que les correspondía en la dirección de los asuntos de la ciudad. Las masas organizadas en gremios «menores» se rebelaron para arrancar el poder de manos de la oligarquía creciente, y en la mayoría de los casos tuvieron éxito y abrieron una nueva era de florecimiento para las ciudades libres. Es cierto que en algunas ciudades la rebelión de los gremios menores fue ahogada en sangre y hubo ejecuciones masivas de trabajadores, como sucedió en 1306 en París y en 1371 en Colonia. En estos casos las libertades urbanas, después de tales derrotas, se encaminaron hacia la decadencia, y la ciudad cayó bajo el yugo del poder central. Pero en la mayoría de las ciudades existían suficientes fuerzas vitales como para salir de la lucha con renovadas energías. Un nuevo período de rejuvenecimiento fue su recompensa. Se infundió a las ciudades una renovada ola de vida, que halló también su expresión en magníficos monumentos arquitectónicos y en un nuevo período de prosperidad, en el progreso repentino de la técnica y de los inventos y en el nuevo movimiento intelectual que condujo pronto a la época del Renacimiento y de la Reforma.[257]

---

257 En Florencia, las siete «artes menores» hicieron su revolución en los años 1270-82, y la descripción detallada de sus resultados se puede hallar en la obra de Perrens (*Histoire de Florence*, París, 1877, tres tomos), y en general en el trabajo de Gino Capponi, *Storia della República di Firenze*, 2.ª edición, 1876, t. 1, págs. 58-80 (traducida al alemán); en Lyon, al contrario, cuando en el año 1402 se inició un movimiento similar, se originó en el año 1313; en Zúrich, en 1336; en Berna, en 1363; en Braunschweig en 1374, y en el año siguiente en Hamburgo; en Lü-

La vida de la ciudad medieval era una sucesión de luchas que los burgueses tenían que librar para obtener y conservar su libertad. Es cierto que durante esta lucha se desarrolló una raza de ciudadanos fuerte y tenaz; y que esta lucha fomentó el amor y la veneración por la ciudad natal en los que las grandes hazañas realizadas por las comunas medievales se inspiraron. Pero los sacrificios que tuvieron que hacer las comunas en su lucha por la libertad fueron a menudo crueles, y dejaron profundas marcas de división en su vida interna. Muy pocas ciudades consiguieron, gracias al concurso de circunstancias favorables, alcanzar la libertad inmediatamente, y en la mayoría de los casos la perdieron con la misma facilidad. La gran mayoría de las ciudades hubo de luchar durante cincuenta o cien años, a veces incluso más, para alcanzar el primer reconocimiento de sus derechos a una vida libre, y otro siglo más antes de que consiguieran afirmar su libertad sobre una base sólida. Las cartas del siglo XII solo fueron el primer paso hacia la libertad.[258] En realidad, la ciudad medieval era un oasis fortificado

beck, en 1376-84, etc. Véase Schmoller: *Strassburg zur Zeit der Zunftkämpfe*, y su *Strassburg's Blüthe*; Brentano: *Arbeitergilden der Gegenwart*, dos tomos, Leipzig, 1871-72; S. Bain: *Merchant and Craft Guilds*, Aberdeen, 1887, págs. 26-47, 75, etc. En cuanto a las opiniones de Gross sobre la misma lucha en Inglaterra, véanse las observaciones de la señora de Green en su *Town Life in the Fifteenth Century*, II, 190-217; y también el capítulo sobre la cuestión obrera, y en general todo este volumen extraordinariamente interesante de la obra citada. Las opiniones de Brentano sobre la lucha de los artesanos, expuestas preferentemente en los párrafos III y IV y de su ensayo «Sobre la historia y desarrollo de los gremios» en *English Guild*, de Toulmin Smith, siguen siendo clásicas para esta cuestión, y las investigaciones posteriores no han hecho sino confirmarlas.

258 Cito solo un ejemplo: Cambrai realizó su primera revolución en el año 907 y, después de tres o cuatro nuevas revueltas, obtuvo la Carta en el año 1076. Esta carta fue retirada dos veces (en 1107 y 1138) y dos veces fue concedida nuevamente (en 1127 y 1180). En general, hubo que luchar doscientos veintitrés años antes de que fuera conquistada la independencia. Lyon tuvo que luchar desde el año 1195 hasta 1320. Y así en todas partes.

en un territorio hundido en la sumisión feudal, y tuvo que afirmar su derecho a la vida con la fuerza de las armas.

Debido a las razones expuestas brevemente en el capítulo anterior, todas las comunas aldeanas cayeron gradualmente bajo el yugo de algún señor laico o eclesiástico. La casa del señor se transformó poco a poco en castillo, y sus hermanos de armas se convirtieron en la escoria de los aventureros, siempre dispuestos a robar a los campesinos. Además de la obligación de trabajar tres días para el señor, los campesinos debían pagar ahora todo tipo de contribuciones: por el derecho a sembrar y cosechar, por el derecho a estar triste o alegrarse, por el derecho a vivir, casarse o morir. Pero lo peor de todo era que constantemente eran despojados por los hombres armados que pertenecían a las tropas de los terratenientes vecinos, quienes miraban a los campesinos como si fueran posesiones del señor, y por ello, cuando estallaba la guerra entre los señores, ejercían su venganza sobre ellos, sus ganados y sus cultivos. Y todos los prados, campos, ríos y caminos que rodeaban a la ciudad, incluso todo hombre sobre la tierra, estaban bajo la autoridad de algún señor feudal.

El odio de los burgueses contra los terratenientes feudales halló una expresión muy precisa en algunas cartas que obligaron a firmar a sus antiguos señores. Enrique V, por ejemplo, tuvo que firmar en la carta acordada a la ciudad de Speier, en 1111, que libraba a los burgueses de la «horrible e indigna ley de la posesión de manos muertas, por la cual la ciudad había sido conducida a la más profunda miseria» (*von dem Scheusslichen und nichtswürdigen Gesetze, welches gemein Budel genannt wird, Kallsen*, I. 307). En la *coutume*, es decir, ordenanza de la ciudad de Bayona, aparecen estas líneas: «El pueblo es anterior al señor. El pueblo, que sobrepasa por su número a las otras clases, deseando la paz, creó a los señores para frenar y reprimir a los poderosos».[259] Una carta

---

259 Giry: *Établissements de Rouen*, t. I. pág. 117, citado por Luchaire pág. 24.

sometida a la firma del rey Roberto es igualmente significativa. Le obligaron a decir en ella: «No robaré bueyes ni otros animales. No me apoderaré de los comerciantes ni les quitaré su dinero, ni les impondré rescate. Desde el día de la Anunciación hasta el día de Todos los Santos no me apoderaré, en los prados, de caballos, yeguas ni potros. No incendiaré los molinos y no robaré la harina... No prestaré protección a los ladrones», etc. (Pfister publicó este documento, reproducido por Luchaire). La carta «otorgada» en Besançon por el obispo Hugues a la ciudad que se había rebelado contra él, en la cual tuvo que enumerar todas las calamidades causadas por sus derechos a la posesión feudal, no es menos elocuente.[260] Y se podrían citar muchos otros ejemplos.

Para las ciudades libres, conservar la libertad entre la arbitrariedad de los barones feudales que las rodeaban habría sido imposible, y por ello se vieron obligadas a iniciar una guerra fuera de sus muros. Los burgueses comenzaron a enviar sus emisarios para levantar a las aldeas contra los terratenientes y dirigir la insurrección; aceptaron a las aldeas en la organización de sus corporaciones; y finalmente iniciaron la guerra directa contra la nobleza. En Italia, donde la tierra estaba densamente poblada de castillos feudales, la guerra asumió proporciones heroicas y fue librada con extrema dureza por ambas partes. Florencia tuvo que sostener, durante setenta y siete años, guerras sangrientas para liberar su *contado* (es decir, su provincia) de los nobles, pero cuando la lucha terminó victoriosamente (en el año 1181), tuvo que empezar de nuevo. La nobleza reunió sus fuerzas y formó sus propias ligas en contraposición a las ligas de las ciudades, y tras recibir el apoyo del emperador y del papa, prolongó la guerra durante otros ciento treinta años. Lo mismo sucedió en la región de Roma, Lombardía, Génova y por toda Italia.

260 Véase Tuetey: «Etudes sue le roit Municipal en Franche-Comté», en *Mémories de la société de Montbéliard*, 2.ª serie, t. 11, págs. 129 y ss.

Prodigios de valor, audacia y tenacidad fueron realizados por los burgueses durante estas guerras. Pero el arco y las hachas de los artesanos de las ciudades no siempre se impusieron a los caballeros vestidos con armaduras, y muchos castillos resistieron con éxito el asedio a pesar de las ingeniosas máquinas de guerra y la tenacidad de los burgueses. Algunas ciudades, como Florencia, Bolonia y muchas otras en Francia, Alemania y Bohemia, consiguieron liberar a las aldeas que las rodeaban, y la recompensa de sus esfuerzos fue una notable prosperidad y tranquilidad. Pero aun en estas ciudades, y más aún en las ciudades menos poderosas o menos emprendedoras, los comerciantes y los artesanos, agotados por la guerra y comprendiendo erróneamente sus propios intereses, concertaron la paz con los barones traicionando a los campesinos. Obligaron al señor a prestar juramento de lealtad a la ciudad; su castillo fue derruido hasta los cimientos y él dio su conformidad para construir una casa y vivir en la ciudad, donde se convirtió en conciudadano (*com-bourgeois, con-cittadino*). Pero a cambio conservó la mayoría de sus derechos sobre los campesinos, quienes solo recibieron un alivio parcial de la carga servil que pesaba sobre ellos. Los burgueses no comprendieron que era necesario dar derechos de ciudadanía al campesino, en quien tenían que confiar en materia de aprovisionamiento de productos alimenticios para la ciudad. Este error abrió una profunda brecha entre ambos. En algunas ocasiones, los campesinos solamente cambiaron de señores, puesto que la ciudad compraba los derechos al señor y los vendía en parte a sus propios ciudadanos.[261] La servidumbre se mantuvo, y solo mucho más tarde, a finales del siglo XIII, la revolución de los oficios menores le puso fin aboliendo la servidumbre pero, a la vez, desposeyendo a los siervos de sus tierras.[262] Apenas

261 Según parece esto sucedía a menudo en Italia. En Suiza, Berna llegó hasta comprar las ciudades de Thun y Burgdorf.

262 Así por lo menos se produjo en las ciudades de Toscana (Florencia, Lucca, Sie-

es necesario agregar que las ciudades pronto sintieron en carne propia las fatales consecuencias de tal política: la aldea se convirtió en enemiga de la ciudad.

La guerra contra los castillos tuvo otra perniciosa consecuencia: condujo a las ciudades a guerras prolongadas, lo que permitió que se formara entre los historiadores la teoría que estuvo en boga hasta tiempos recientes según la cual las ciudades perdieron su libertad debido a la envidia recíproca y a la lucha entre sí. Sostenían esta teoría especialmente los historiadores imperialistas, pero fue rebatida claramente por las investigaciones recientes. Es indudable que en Italia las ciudades lucharon entre sí con obstinada animosidad; pero aparte de este país, en ninguna otra parte las guerras urbanas alcanzaron similares proporciones. En la propia Italia estas guerras entre ciudades, sobre todo en el período antiguo, tuvieron sus causas específicas. Estas fueron (como lo han demostrado ya Sismondi y Ferrari) la prolongación de la lucha contra los castillos, en la que el principio de libertad municipal y federativa entró inevitablemente en enconado conflicto con el feudalismo, el imperialismo y el papado. Muchas ciudades que se habían liberado solo parcialmente del poder del obispo, del señor feudal o del emperador, fueron arrastradas por la fuerza a la lucha contra las ciudades libres por los nobles, el emperador y la Iglesia, cuya política buscaba dividir a las ciudades y enfrentarlas entre sí. Estas circunstancias especiales (que parcialmente se habían producido también en Alemania) explican por qué las ciudades italianas, algunas de las cuales buscaron el apoyo del emperador para luchar contra el papa y otras el de la Iglesia para luchar contra

---

na, Bolonia, etc.), en las que han sido mejor estudiadas las relaciones entre las ciudades y los campesinos. (Véase Luchitsky: «La esclavitud y los esclavos rusos en Florencia», en *Informes de la Universidad de Kief*, del año 1885; para esta obra Luchitsky utilizó la obra de Rumohr, *Ursprung des Besistzlosigkeit der Colonien in Toscana*, 1830). Pero, en general, toda la cuestión de las relaciones entre las ciudades y los campesinos exige un estudio más cuidadoso.

el emperador, pronto se dividieron en gibelinos y güelfos, y por qué la misma división apareció también dentro de cada ciudad.[263]

El enorme progreso económico alcanzado por la mayoría de las ciudades italianas precisamente en la época en que estas guerras estaban en su apogeo[264] y la ligereza con que se concertaban las alianzas dan una idea más fiel de la lucha de las ciudades y socava más aún la teoría arriba citada. Ya en los años 1130-1150 empezaron a formarse poderosas alianzas o ligas de ciudades; y transcurridos algunos años, cuando Federico Barbarroja atacó Italia y apoyado por la nobleza y algunas ciudades marchó contra Milán, el entusiasmo del pueblo se despertó con fuerza en muchas localidades bajo la influencia de los predicadores populares. Cremona, Piacenza, Brescia, Tortona y otras se lanzaron al rescate; los estandartes de los gremios de Verona, Padua, Vicenzia y Trevisso, hondeaban juntos en el campamento contra los estandartes del emperador y de la nobleza. El año siguiente se formó la alianza lombarda, y sesenta años después vemos que esta liga se fortaleció con las alianzas de muchas otras ciudades, y constituyó una organización duradera que guardaba una mitad de sus fondos de guerra en Génova y la otra en Venecia.[265] En Toscana, Florencia encabezaba otra liga poderosa a la que pertenecían Lucca, Bolonia, Pistoia y otras ciudades, la cual desempeñó un importante papel en la derrota de la nobleza de Italia central. Ligas más reducidas eran, en aquella misma época, el fenómeno más corriente. Así, es indudable que a pesar de que existía rivalidad entre las ciudades, y

263 Las generalizaciones de Ferrari a menudo son demasiado teóricas para ser correctas; pero sus opiniones sobre el papel de la nobleza en las guerras civiles están basadas en hechos fidedignos.

264 Solamente las ciudades que apoyaban obstinadamente la causa de los barones, como Pisa o Verona, perdieron con estas guerras. Para muchas ciudades que combatían al lado de los barones, la derrota significó el principio de la liberación y del progreso.

265 Ferrari, t. II, págs. 18, 104 y ss.; Leo y Botta, t. I, pág. 432.

no era difícil sembrar la discordia entre ellas, esta rivalidad no les impedía unirse para la defensa común de su libertad. Solo más tarde, cuando cada una se convirtió en un pequeño Estado, empezaron las guerras entre ellas, como sucede siempre que los Estados comienzan a luchar entre sí por la supremacía o por las colonias.

Ligas semejantes se formaron en Alemania con el mismo propósito. Cuando, bajo los herederos de Conrado, el país se convirtió en un campo de interminables guerras entre los barones, las ciudades de Westfalia formaron una liga contra los caballeros, y uno de los puntos del tratado era la obligación de no dar nunca préstamo de dinero al caballero que continuara ocultando mercancías robadas.[266] En los tiempos en que «los caballeros y la nobleza vivían de la rapiña y mataban a los que querían», como dice la plegaria de Worms (*Wormser Zorn*), las ciudades del Rin (Maguncia, Colonia, Espira, Estrasburgo y Basilea) tomaron la iniciativa de formar una liga para perseguir a los saqueadores y mantener la paz que pronto contó con sesenta ciudades aliadas. Más tarde, la liga de las ciudades de Suabia, dividida en tres círculos de paz (Augsburgo, Constanza y Ulm) perseguía el mismo objetivo. Y a pesar de que estas alianzas se rompieron,[267] se prolongaron el tiempo suficiente para demostrar que mientras los pretendidos pacificadores —los reyes, los emperadores y la iglesia— fomentaban la discordia y no hacían nada contra los caballeros ladrones, el impulso para el establecimiento de la paz y la unión provino de las ciudades. Fueron estas —y no los emperadores— las verdaderas creadoras de la unión nacional.[268]

---

266 John Falke: *Die Hansa als Deutsche See-und Handelsmacht*, Berlín, 1863, págs. 31-5.

267 Respecto a Aquisgrán y Colonia, existen indicios directos de que fueron los obispos de estas dos ciudades —uno de ellos «sobornado» por el enemigo— quienes abrieron las puertas de la ciudad.

268 Véanse los hechos (aunque no siempre acompañados por conclusiones correctas) en Nitzch, t. III, págs. 133 y ss.; también Kallsen, t. I, pág. 458.

Alianzas similares (mejor dicho, federaciones con fines semejantes) se organizaron también entre las aldeas, y ahora que Luchaire ha llamado la atención sobre este fenómeno es de esperar que pronto conozcamos más detalles sobre ellas. Sabemos que las aldeas se unieron en pequeñas ligas en el distrito (*contado*) de Florencia; y también en los distritos sometidos a Nóvgorod y Pskov. En cuanto a Francia, existe el testimonio positivo de la federación de diecisiete aldeas campesinas que existió en el Laonnais durante casi cien años (hasta el año 1256) y que luchó obstinadamente por su independencia. Además, en las proximidades de la ciudad de Laon existían tres repúblicas campesinas que tenían cartas juradas según el modelo de la carta de Laon y Soissons, y como sus tierras eran colindantes se apoyaron mutuamente en sus guerras de liberación. Luchaire opina que muchas otras uniones debieron formarse en Francia en los siglos XII y XIII, pero en la mayoría de los casos los documentos se han perdido. Naturalmente, no estando protegidas por muros, como las ciudades, las uniones aldeanas fueron fácilmente destruidas por los reyes y barones, pero bajo algunas condiciones favorables, cuando hallaron apoyo en las uniones de las ciudades o protección en sus montañas, semejantes repúblicas campesinas se hicieron independientes, como ocurrió con la Confederación Suiza.[269]

En cuanto a las uniones concertadas por las ciudades con fines pacíficos, eran un fenómeno frecuente. Las relaciones establecidas en el período de liberación, cuando las ciudades se copiaban mutuamente las cartas, no se interrumpieron posteriormente. A veces, cuando los *scabini* de cualquier ciudad alemana debían pro-

---

269 Sobre la Comuna del Laonnais que hasta las investigaciones de Melleville (*Histoire de la Commune du Laonnais*, París, 1853) era confundida con la comuna de la ciudad de Laon, véase Luchaire, págs. 75 y ss. Sobre los antiguos gremios campesinos y las uniones siguientes, véase R. Wilman: *Die ländlichen Schutzgilden Westphaliens en Zeitchrift für Kulturgeschichte*, nueva serie, t. III, cit. en Hennea, Rhyn: *Kulturgeschichte*, t. III, pág. 240.

nunciar una sentencia en un caso nuevo y complejo para ellos, y declaraban que no podían hallar la resolución (*des Urtheiles nicht weise zu sein*), enviaban delegados a otra ciudad con el fin de buscar una solución oportuna. Lo mismo sucedía en Francia.[270] Sabemos también que Forlì y Rávena naturalizaban recíprocamente a sus ciudadanos y les daban plenos derechos en ambas ciudades.

Someter una disputa surgida entre dos ciudades, o dentro de la ciudad, a la resolución de otra comuna a la que se llamaba a actuar en calidad de árbitro, estaba en el espíritu de la época;[271] al igual, los pactos comerciales entre ciudades eran cosa corriente.[272] Las uniones para la regulación de la producción y la determinación del volumen de los toneles utilizados en el comercio de vinos, las «uniones de los arenqueros», etc., fueron precursoras de la gran federación comercial de la Hansa flamenca, y más tarde, de la gran Hansa germánica del norte, en la cual ingresaron la soberana Nóvgorod y algunas ciudades polacas. La historia de estas dos vastas uniones es altamente interesante e instructiva, pero se requerirían muchas páginas para relatar su vida compleja y multiforme. Observaré, no obstante, que las uniones hanseáticas de la Edad Media hicieron más por el desarrollo de las relaciones internacionales, de la navegación y de los descubrimientos marítimos que todos los Estados de los primeros diecisiete siglos de nuestra era juntos.

Resumiendo lo dicho, las ligas y las uniones entre pequeñas unidades territoriales, lo mismo que entre los hombres que se unían con fines comunes en sus gremios correspondientes y las federaciones entre las ciudades y grupos de ciudades, constituye-

---

270 Luchaire, pág. 149.

271 Dos ciudades tan importantes como Mainz y Worms resolvieron un conflicto político surgido entre ellas con ayuda de mediadores. Y después de una guerra civil que estalló en Abbeville en el año 1231, Amiens actuó en calidad de mediador (Luchaire, 149), etc.

272 Véase, por ejemplo, W. Stieda: *Hansische Vereinbarungen*, obra citada, pág. 114.

ron la esencia misma de la vida y del pensamiento de este período. Los primeros cinco siglos del segundo milenio de nuestra era (desde el XI hasta el XVI) pueden ser considerados, de tal modo, como una colosal tentativa de asegurar la ayuda mutua y el apoyo mutuo a gran escala, sobre los principios de unión y de colaboración desarrollados a través de todas las manifestaciones de la vida humana y en todos los grados posibles. Este intento fue coronado con éxito en un grado considerable. Unió a los hombres anteriormente divididos, les aseguró una libertad considerable y multiplicó sus fuerzas. En aquella época en que gran número de todo tipo de influencias creaban en los hombres la tendencia a aislarse y los motivos de discordia eran abundantes, es consolador observar que las ciudades diseminadas por toda Europa tenían tanto en común y estuvieron tan dispuestas a unirse para la persecución de tantos objetivos comunes. Es cierto que a largo plazo sucumbieron ante enemigos poderosos sin haber comprendido el principio de la ayuda mutua en toda su extensión, y que cometieron muchos errores garrafales. Al separarse de los campesinos y labradores y privarse de su apoyo, las ciudades no pudieron resistir la violencia de los reinos e imperios nacientes. Pero no perecieron debido a la enemistad recíproca, y sus errores no fueron consecuencia del insuficiente desarrollo del espíritu federativo.

LA NUEVA dirección tomada por la vida humana en la ciudad de la Edad Media tuvo enormes consecuencias en el desarrollo de toda la civilización. A comienzos del siglo XI, las ciudades de Europa principalmente constituían pequeños grupos de chozas miserables que se agrupaban alrededor de pequeñas iglesias cuyos constructores apenas si sabían trazar un arco. Los oficios, que se reducían principalmente a la tejeduría y a la forja, se hallaban en estado embrionario; la ciencia encontraba refugio solo en algunos monasterios. Pero trescientos cincuenta años más tarde el aspecto

de Europa cambió por completo. La tierra estaba ya cubierta de ricas ciudades, y estas ciudades estaban rodeadas por altos y espesos muros adornados por torres y puertas ostentosas, cada una de las cuales era una obra de arte. Catedrales concebidas en estilo grandioso y cubiertas por numerosos ornamentos decorativos elevaban a las nubes sus altos campanarios, y en su arquitectura se manifestaba la audacia imaginativa y la pureza de formas que vanamente nos esforzamos en alcanzar en la época presente. Los oficios y las artes se elevaron a tal perfección que hoy apenas podemos decir que las hemos superado si no colocamos la velocidad de la fabricación por encima del talento del trabajador y el superior acabado de su trabajo. Las flotas de las ciudades libres surcaban el mar Mediterráneo en todas direcciones, tanto por el norte como por el sur, y solo un pequeño esfuerzo les permitiría cruzar el océano. En vastas extensiones, el bienestar ocupó el lugar de la miseria. La educación se desarrolló y se extendió.

Al mismo tiempo se desarrolló el método científico —positivista y vuelto hacia las ciencias naturales, en contraposición a la escolástica anterior—, y se establecieron las bases de la mecánica y las ciencias físicas y se preparó el camino para todos los inventos mecánicos que tanto enorgullecen al siglo XIX. Tales fueron los cambios mágicos que se produjeron en Europa en menos de cuatrocientos años. Las pérdidas sufridas cuando cayeron las ciudades libres pueden ser plenamente apreciadas si se compara el siglo XVII con el XIV o hasta con el XII. En el siglo XVIII desapareció el bienestar que caracterizaba Escocia, Alemania y las llanuras de Italia. Los caminos fueron abandonados, las ciudades se despoblaron, el trabajo libre se convirtió en esclavitud, las artes se marchitaron y hasta el comercio decayó.[273]

---

273 Véase Cosmo Innes: *Early Scottish History* y *Scottland in Middle Ages*; citado por reverendo Denton, obra citada, págs. 68-9; Lamprecht: *Deutsches wirthschaftliche Leben in Mittelalter*, examinado por Schmoller en su *Jahrbuch*, t. XII; Sismondi:

Si las ciudades medievales no nos hubieran dejado ningún documento escrito por el que juzgar su esplendor, y no hubiera quedado tras ellas más que los monumentos de su arte arquitectónico que hallamos dispersos por toda Europa de Escocia a Italia y de Gerona, en España, hasta Breslau, en el territorio eslavo, aún podríamos afirmar que la época de las ciudades independientes fue la del máximo florecimiento del intelecto humano durante todos los siglos del cristianismo hasta el fin del siglo XVIII. Mirando, por ejemplo, el cuadro medieval que representa Núremberg, con sus decenas de torres y elevados campanarios que llevaban el sello del arte creador libre, apenas podemos imaginar que solo trescientos años antes la ciudad era únicamente un montón de chozas miserables.

Lo mismo podemos decir con respecto a todas las ciudades libres de la Edad Media sin excepción. Y nuestro asombro aumenta a medida que observamos en detalle la arquitectura y los ornatos de cada una de las innumerables iglesias, campanarios, puertas de las ciudades y casas consistoriales diseminados por toda Europa, empezando por Inglaterra, Holanda, Bélgica, Francia e Italia, y llegando, en el este, hasta Bohemia y las ciudades de la Galicia polaca, ahora muertas. No solamente Italia —madre del arte—, sino toda Europa, estaba repleta de semejantes monumentos. Es extraordinariamente significativo, además, el hecho de que de todas las artes, la arquitectura —ese arte social por excelencia— alcanzara en esta época el más elevado desarrollo. Para llegar a ser lo que fue, tuvo que ser originado por una forma de vida eminentemente social.

Pero la arquitectura medieval, como vio muy justamente Ruskin, no alcanzó tal grandeza solo por ser el desarrollo natural de un oficio artístico; porque cada edificio y cada ornato ar-

---

Tableau de l'agriculture toscane, págs. 226 y ss. Los dominios de la Florencia libre podían reconocerse en seguida por su prosperidad.

quitectónico fueran concebidos por hombres que conocían por la experiencia de sus propias manos los efectos artísticos que pueden obtenerse de la piedra, el hierro, el bronce o las vigas y el cemento mezclado con guijarros; o porque cada monumento fuera el resultado de la experiencia colectiva acumulada en cada «misterio» u oficio. La arquitectura medieval era grande porque era la expresión de una gran idea.[274] Como el arte griego, surgió de la idea de fraternidad y unidad alentadas por la ciudad. Poseía una audacia que solo pudo ser alcanzada mediante muchas luchas y victorias; respiraba energía porque toda la vida de la ciudad estaba impregnada de energía. La catedral o la casa consistorial de la ciudad encarnaba el organismo del que cada albañil y picapedrero eran constructores. El edificio medieval nunca constituía el designio de un único individuo, para cuya realización trabajan miles de esclavos desempeñando un trabajo determinado por una idea ajena: toda la ciudad tomaba parte en su construcción. El alto campanario era parte de un gran edificio en el que palpitaba la vida de la ciudad; no estaba colocado sobre una plataforma sin sentido como la torre Eiffel de París ni era una construcción falsa, de piedra, erigida para ocultar la fealdad del armazón de hierro que le sirve de base, como se ha hecho recientemente en el Tower Bridge de Londres. Como la Acrópolis de Atenas, la catedral medieval tenía por objeto glorificar las grandezas de la ciudad victo-

---

274 John Ennett (*Six essays*, Londres, 1891) escribió algunas páginas excelentes sobre este aspecto de la arquitectura medieval. Willis, en su apéndice a *History of Inductive Sciences*, de Whewell (t. 1, págs. 261-2), señaló la belleza de las relaciones mecánicas en la construcción medieval. «Maduró —dice— una construcción decorativa nueva que no contradecía y que no controlaba la construcción mecánica, sino que cooperaba y armonizaba con ella. Cada parte, cada moldura, se convierte en soporte del peso, y gracias al aumento del número de soportes que se apoyan mutuamente y la correspondiente distribución del peso, el ojo se deleita con la solidez de la estructura, a pesar de la fragilidad aparente de las partes separadas». Es difícil caracterizar mejor el arte surgido de la vida social de una ciudad.

riosa; encarnaba y añadía espiritualidad a la unión de los oficios y era la expresión del sentimiento de cada ciudadano, que se enorgullecía de su ciudad puesto que era su propia creación. No era infrecuente igualmente que la ciudad, después de haber realizado la revolución de sus oficios construyera una nueva catedral con objeto de expresar la nueva unión, más profunda y amplia, que había aparecido en su vida.

Las catedrales y casas consistoriales de la Edad Media presentaban otro rasgo asombroso: los recursos con los que las ciudades acometían sus grandes construcciones solían ser desproporcionadamente reducidos en la mayoría de los casos. La catedral de Colonia, por ejemplo, fue iniciada con un desembolso anual de quinientos marcos; y una donación de cien marcos se inscribió como aportación importante.[275] Cuando la obra se aproximaba a su fin, el gasto anual apenas llegaba a los cinco mil marcos, y nunca sobrepasó los catorce mil a pesar de que las donaciones crecieron proporcionalmente. La catedral de Basilea fue construida con los mismos medios insignificantes. Pero cada corporación ofrendaba para *su* monumento su parte de piedra y de genio decorativo. Cada gremio expresaba en ese momento sus opiniones políticas, refiriendo, en la piedra o el bronce, la historia de la ciudad, glorificando los principios de «libertad, igualdad y fraternidad»;[276] ensalzando a los aliados de la ciudad y condenando al fuego eterno a sus enemigos. Y cada gremio expresaba igualmente su *amor* al monumento común ornándolo ricamente con ventanas, vidrieras, pinturas, y «puertas dignas de ser las puertas del cielo» según la

275 Dr. L. Ennen: *Der Dom zu Köln, seine construction und Anstaltung*, Colonia, 1871. Obra muy instructiva. Otra obra también muy interesante existe sobre la catedral de Basilea.

276 Estas tres estatuas se hallan entre los ornamentos exteriores de la catedral de Notre Dame de París, junto con asombrosas «quimeras» e interesantes caricaturas escultóricas de monjes y monjas.

expresión de Miguel Ángel; o con ornamentos de piedra en todos los rincones de la construcción.[277] Las pequeñas ciudades, y hasta las más pequeñas parroquias,[278] rivalizaban en este género de trabajos con las grandes ciudades, y las catedrales de Lyon o de Saint-Ouen apenas desmerecen a la catedral de Reims, a la casa consistorial de Bremen o al campanario del Consejo Popular de Breslau. «Ninguna obra debe ser comenzada si no ha sido concebida en consonancia con el gran corazón de la comuna formado por los corazones de todos sus ciudadanos, unidos en una sola voluntad común»; tales eran las palabras del Consejo de la Ciudad, en Florencia; y este espíritu se manifiesta en todas las obras comunales que están destinadas a la utilidad pública: los canales, las terrazas, los plantíos de viñedos y frutales alrededor de Florencia, los canales de regadío que atravesaban las llanuras de Lombardía; el puerto y el acueducto de Génova y, en suma, todas las construcciones comunales que se emprendían en casi todas las ciudades.[279]

Todas las artes tenían el mismo éxito en las ciudades medievales, y nuestros progresos actuales en este campo, en la mayoría de los casos, no son sino la prolongación de lo que surgió entonces. El bienestar de las ciudades flamencas se fundaba en la fabricación de los finos tejidos de lana. Florencia, desde los comienzos del siglo XIV hasta la epidemia de «peste negra», fabricaba de setenta mil a cien mil piezas de lana o *panni* valorados en 1.200.000 florines

---

277 El arte medieval, como el griego, no conocía esos establecimientos de antigüedades que llamamos «Galerías Nacionales» o «museos». Se pintaba un cuadro, se esculpía una estatua, se fundían los ornamentos de bronce para colocarlos en el lugar apropiado de un monumento de arte comunal. La obra de arte vivía allí; era una parte de un conjunto, daba unidad a la impresión producida por el todo.

278 Véase J. Ennett: *Second Essay*, pág. 361.

279 Sismondi: t. IV, pág. 172; t. XVI, pág. 356. El gran canal «naviglio grande» que proveía agua del Tessino, fue comenzado en el año 1178, es decir, después de la conquista de la independencia, y fue concluido en el siglo XII. Sobre la posterior decadencia véase el mismo Sismondi, t. VI, pág. 355.

de oro.[280] El cincelado de metales preciosos, el arte de la fundición y la forja artística del hierro, fueron creación de los gremios medievales que alcanzaron en sus respectivos dominios todo cuanto se podía lograr mediante el trabajo manual sin recurrir a la ayuda del motor mecánico. Todo esto lo hicieron por medio del trabajo manual y la inventiva y, en palabras de Whewell:

> Recibimos el pergamino y el papel, la imprenta y el grabado, el vidrio perfeccionado y el acero, la pólvora, el reloj, el telescopio, la brújula marítima, el calendario reformado, el sistema decimal, el álgebra, la trigonometría, la química, el contrapunto (descubrimiento que equivale a la creación de una nueva música): hemos heredado todo esto de aquella época que tan despreciativamente llamamos «período de estancamiento».[281]

Es cierto es que, como observó Whewell, ninguno de estos descubrimientos introdujo un principio nuevo; pero la ciencia medieval consiguió algo más que el descubrimiento real de nuevos principios. Preparó el terreno para el descubrimiento de todos aquellos nuevos principios que actualmente conocemos en el dominio de las ciencias mecánicas: enseñó al investigador a observar los hechos y extraer conclusiones. Entonces se creó la ciencia inductiva, y a pesar de que no se había captado aún plenamente el sentido y la fuerza de la inducción, se sembraron las bases tanto de la mecánica como de la física. Francis Bacon, Galileo y Copérnico fueron descendientes directos de Roger Bacon y

---

280 En el año 1336, estudiaban en las escuelas florentinas primarias de ocho a diez mil niños y niñas; de mil a mil doscientos niños estudiaban en siete escuelas secundarias, y de quinientos cincuenta a seiscientos estudiaban en cuatro universidades. En sus treinta hospitales había más de mil camas para una población de noventa mil hombres (Capponi, t. II, págs. 219 y ss.). Investigaciones autorizadas han demostrado más de una vez que en general la educación ocupaba en aquella época un nivel más elevado de lo que generalmente se suponía. Tal observación, sin duda alguna, es justa por ejemplo con respecto a la democrática Núremberg.

281 Whewell: *History of Inductive Sciences*, t. I. pág. 252.

Miguel Escoto, como la máquina de vapor fue el producto directo de las investigaciones sobre la presión atmosférica realizadas en las universidades italianas y de la educación matemática y técnica que caracterizaba a Núremberg.

Pero, ¿es necesario realmente extenderse y demostrar el progreso de las ciencias y de las artes en las ciudades de la Edad Media? ¿No basta con mencionar simplemente las catedrales, en el campo de las artes, y la lengua italiana y el poema de Dante en el dominio del pensamiento, para dar rápidamente la medida de lo que *creó* la ciudad medieval durante los cuatro siglos de su existencia?

No cabe duda alguna de que las ciudades medievales prestaron un inmenso servicio a la civilización europea. Impidieron que Europa cayera en los estados teocráticos y despóticos que se crearon en Asia en la antigüedad; produjeron gran variedad de manifestaciones de vida, seguridad en sí misma, capacidad de iniciativa y esa enorme energía intelectual y moral que ahora posee y que es la mejor garantía de que la civilización europea podrá rechazar toda nueva invasión de Oriente.

Pero, ¿por qué estos centros de civilización que trataron de hallar respuestas a las exigencias de la naturaleza humana y que se distinguieron por tal plenitud de vida no pudieron prolongar su existencia? ¿Por qué en el siglo XVI fueron atacadas de debilidad senil y por qué, después de haber rechazado tantas invasiones exteriores y de haber sabido extraer una nueva energía incluso de sus discordias interiores, estas ciudades cayeron finalmente víctimas de los ataques exteriores y de las disputas internas?

Diferentes causas provocaron esta caída, algunas de las cuales tuvieron su raíz en el pasado más lejano, mientras otras fueron el resultado de errores cometidos por las propias ciudades. El primer impulso en este sentido lo dieron las tres invasiones sufridas por Europa: la invasión mongol a Rusia en el siglo XIII; la turca a la península balcánica y a los eslavos del este en el siglo XV; y la invasión de los árabes de España y el sur de Francia desde

el siglo IX hasta el XII. Detener estas invasiones fue muy difícil, y solo se consiguió expulsar a los mongoles, turcos y árabes que se habían afirmado en diferentes lugares de Europa cuando en España y Francia, Austria y Polonia, Ucrania y Rusia, los pequeños y débiles condes, príncipes, etc., sometidos por los más fuertes de entre ellos, comenzaron a formar estados capaces de mover ejércitos numerosos contra los conquistadores orientales.

De tal modo, a fines del siglo XV, comenzaron a surgir en Europa toda una serie de pequeños estados formados según el antiguo modelo romano. En cada país y en cada región, cualquier señor feudal que fuera más astuto, más inclinado a la codicia y, a menudo, menos escrupuloso que sus vecinos, lograba adquirir en propiedad personal patrimonios más ricos y con mayor cantidad de campesinos, reunir a su alrededor la mayor cantidad de caballeros y milicianos y acumular más dinero en sus arcas. Un barón, rey o kniáz generalmente escogía como residencia no una ciudad administrativa con consejo popular, sino un grupo de aldeas, de posición geográfica ventajosa, que no se habían familiarizado aún con la vida libre de la ciudad. París, Madrid o Moscú, que posteriormente se convertirían en centros de grandes Estados, se hallaban justamente en tales condiciones; y con ayuda del trabajo servil se creó la ciudad real fortificada, a la cual se atraía a los compañeros de armas mediante una distribución generosa de aldeas de las que poder sacar beneficios en concepto de diezmos, y a los comerciantes, que gozaban de la protección que se ofrecía al comercio.

El germen de un futuro Estado, aún incipiente, fue lanzado y comenzó gradualmente a absorber a otros centros similares. Los jurisconsultos, educados en el estudio del derecho romano, afluían de buen grado a tales ciudades: una raza de hombres, tenaz y ambiciosa, surgida de entre los burgueses y que odiaba por igual la altivez de los feudales y lo que llamaban la «ingobernabilidad» de los campesinos. Ya las formas de la comuna aldeana, desconocidas por sus códigos, y los mismos principios del fede-

ralismo les parecían odiosos por ser herencia de los «bárbaros». Su ideal, sustentado por la ficción del consenso popular y —muy especialmente— por la fuerza de las armas, era el cesarismo; y trabajaron celosamente para aquellos en quienes confiaron la realización de este ideal.[282]

La Iglesia cristiana, que antes se había rebelado contra el derecho romano y que ahora se había convertido en su aliada, trabajaba en el mismo sentido. Puesto que la tentativa de formar un imperio teocrático en Europa bajo la supremacía del papa no tuvo éxito, los obispos más inteligentes y ambiciosos comenzaron a ofrecer apoyo a los que consideraban capaces de reconstituir el poder de los reyes de Israel y de los emperadores de Constantinopla. La Iglesia investía a los nuevos gobernantes con su santidad, los coronaba como representantes de Dios en la tierra, ponía a su servicio la erudición y el talento estadista de sus servidores, les daba sus bendiciones y sus maldiciones, sus riquezas y la simpatía que seguía teniendo entre los pobres. Los campesinos, a los que las ciudades no pudieron o no quisieron liberar, viendo a los burgueses incapaces de poner fin a las guerras interminables entre los caballeros —por las que tuvieron de pagar tan alto precio— depositaron sus esperanzas en el rey, el emperador, el gran príncipe; y le ayudaron a destruir el poder de los señores feudales al mismo tiempo que le ayudaban a establecer el Estado centralizado. Por último, las guerras que hubieron de sostener durante dos siglos contra los mogoles y los turcos, la guerra santa contra los árabes en España, y las terribles guerras que pronto comenzaron dentro de cada pueblo entre los centros crecientes de soberanía —Isla de

---

282 Véanse las excelentes reflexiones sobre la esencia del derecho romano hechas por L. Ranke en su *Weltgeschichte*, t. IV, parte 2, págs. 20-31; y también las observaciones de Sismondi sobre el papel de los legisladores en el desarrollo del poder real (*Histoire des Français*, París, 1826, t. VIII, págs. 85-99). El odio popular contra estos «Weise Doktoren und Beutelschneider des Volks» se expresó con todo vigor en el siglo XVI, en los sermones del movimiento primitivo de la Reforma.

Francia y Borgoña, Escocia e Inglaterra, Inglaterra y Francia, Lituania y Polonia, Moscú y Tver, etc.—, condujeron finalmente a lo mismo. Surgieron estados poderosos y las ciudades tuvieron que entablar lucha no solo con las federaciones débilmente unidas entre sí de los barones feudales, sino con centros fuertemente organizados que tenían a su disposición ejércitos enteros de siervos.

Lo peor de todo era, sin embargo, que las emergentes autocracias hallaron apoyo en las disensiones que surgían dentro de las ciudades. Una gran idea, sin duda, constituía la base de la ciudad medieval, pero no fue comprendida con suficiente amplitud. La ayuda y el apoyo mutuo no pueden ser limitados por las fronteras de una asociación pequeña; deben extenderse a todo lo circundante, de lo contrario lo circundante absorbe a la asociación; y en este sentido el ciudadano medieval cometió un error enorme ya desde el principio. En lugar de considerar a los campesinos y artesanos que se reunían bajo la protección de sus muros como colaboradores que podían aportar su parte en la obra de creación de la ciudad —como de hecho hicieron— se estableció una clara separación entre las «familias» de los viejos burgueses y los nuevos inmigrantes. A los primeros, es decir, a los fundadores de la ciudad, se les concedían todos los beneficios del comercio comunal y el usufructo de sus tierras, y a los segundos no se les dejaba más que el derecho de manifestar libremente la habilidad de sus manos. La ciudad, de tal modo, se dividió entre «burgueses» o «comuneros» y en «residentes» o «habitantes».[283] El comercio, que antes tuvo un carácter comunal, se convirtió en privilegio de las familias de los comerciantes y artesanos del «gremio mercantil» y de algunos gremios de los llamados «antiguos oficios»; y el paso siguiente, es

283 Brentano apreció plenamente los efectos desastrosos de la lucha entre los «viejos burgueses y los forasteros»; Miaskovsky, en su obra sobre las comunas rurales suizas, señaló el mismo fenómeno en la historia de las comunas aldeanas.

decir, la transición al comercio personal o a los privilegios de las compañías capitalistas opresoras —los *trusts*— se hizo inevitable.

La misma división surgió también entre la ciudad propiamente dicha y las aldeas que la rodeaban. Las comunas medievales habían tratado de liberar a los campesinos; pero sus guerras contra los feudales, poco a poco, se convirtieron, como se ha dicho antes, en guerras por liberar más a la ciudad misma del poder de los feudales que por liberar a los campesinos. Las ciudades reconocieron a los señores feudales sus derechos sobre los campesinos con la condición de que no causaran más daño a la ciudad y se convirtieran en «conciudadanos». Pero la nobleza «adoptada» por la ciudad, que ahora vivía entre sus muros, trajo consigo también sus guerras familiares. No se aceptaba la idea de que los nobles debían someterse al tribunal de simples artesanos y comerciantes, y continuó librando en las calles de las ciudades sus viejas guerras. Cada ciudad tenía sus Colonnas y Orsinis, sus Montescos y Capuletos, sus Overstolzen y Wises. Extrayendo mayores rentas de las posesiones que consiguieron conservar, los señores feudales se rodearon de numerosos clientes e introdujeron hábitos y costumbres feudales en la vida de la ciudad misma. Y cuando en las ciudades comenzó a surgir el descontento entre las clases artesanas contra los viejos gremios y familias, los feudales comenzaron a ofrecer a ambas partes sus espadas y sus numerosos servidores para resolver, por medio de la guerra, los conflictos que surgían, en lugar de dar una salida pacífica al descontento valiéndose de los medios que hasta entonces les habían funcionado sin recurrir a las armas.

El error más grande y fatal cometido por la mayoría de ciudades fue basar su prosperidad en el comercio y la industria despreciando la agricultura. De tal modo, repitieron el error cometido ya una vez por las ciudades de la antigua Grecia y debido al cual cayeron en los mismos crímenes.[284] El distanciamiento entre las

284 El comercio de esclavos apresados en Oriente se prolongó sin interrupción en las

ciudades y la tierra las arrastró, necesariamente, a una política hostil hacia las clases agrícolas, que se hizo especialmente visible en la Inglaterra de Eduardo III,[285] en Francia durante las *jacqueries* (las grandes rebeliones campesinas), en Bohemia en las guerras husitas y en Alemania durante las guerras de los campesinos del siglo XVI.

Por otra parte, la política comercial arrastró también a las autoridades populares urbanas a empresas lejanas, y fomentó la pasión por enriquecerse por medio de las colonias. Surgieron colonias fundadas por las repúblicas italianas en el sureste, en Asia Menor y a orillas del mar Negro; por los alemanes en el este en tierras eslavas, y por los eslavos, es decir, por Nóvgorod y Pskov, en el lejano noroeste. Entonces se hizo necesario mantener ejércitos de mercenarios para las guerras coloniales, y luego esos mercenarios fueron utilizados también para oprimir a los propios ciudadanos. Ciudades enteras comenzaron a concertar desproporcionadas empresas que pronto tuvieron una influencia profundamente desmoralizadora sobre los ciudadanos; las ciudades se convirtieron en tributarías y con frecuencia en instrumentos obedientes en manos de algunos de sus capitalistas. Asumir el poder se convirtió en algo muy ventajoso, y las disensiones internas se desarrollaron en mayores proporciones en cada elección, durante las cuales la política colonial desempeñaba un papel importante en interés de unas pocas familias. La división entre ricos y pobres, entre hombres «mejores» y «peores», se extendió, y en el siglo XVI el poder real halló en cada ciudad aliados y colaboradores dispuestos, a veces entre «las familias» que luchaban por el poder, y muy a menudo también entre los pobres, a los que prometían controlar a los ricos.

---

repúblicas italianas hasta el siglo XV. Véase Cibrario: *Della Schiavitù e del servaggio*; dos tomos, Milán, 1868; prof. Luchitsky: «La esclavitud y los esclavos rusos en Florencia, en los siglos XIV y XV», en las *Memorias del año 1885*, de la Universidad de Kiev.

285 R. Green: *History of the English People*, Londres, 1878, t. I, pág. 455.

Sin embargo, existía todavía una razón más de la decadencia de las instituciones comunales, que era incluso más amplia y profunda que las anteriores. La historia de las ciudades medievales constituye uno de los ejemplos más asombrosos de la poderosa influencia de las *ideas* y los *principios fundamentales* compartidos por los hombres sobre el destino de la humanidad, y de los resultados contrarios que se obtienen cuando se introduce una modificación significativa de tales ideas. La fe en sus fuerzas y en el federalismo, el reconocimiento de la libertad y del autogobierno para cada grupo, además de la construcción del cuerpo político desde lo simple a lo complejo fueron los pensamientos dominantes del siglo XI. Pero a partir de aquella época las concepciones cambiaron por completo. Los estudiosos del derecho romano y los prelados de la Iglesia, estrechamente unidos desde la época de Inocencio III, lograron paralizar la antigua idea griega de la libertad y la federación que predominara en la época de la liberación de las ciudades y que había constituido una de las bases sobre las que se fundaron estas repúblicas.

Durante dos o tres siglos, los jurisconsultos y el clero comenzaron a enseñar, desde el púlpito, la cátedra universitaria y los tribunales, que la salvación de los hombres se encuentra en un estado fuertemente centralizado, sometido al poder semidivino de uno o de unos pocos;[286] que *un* hombre puede y debe ser el salvador de la sociedad, y en nombre de la salvación pública puede realizar cualquier acto de violencia: quemar a los hombres en las hogueras, matarlos por medio de una muerte lenta llena de torturas indescriptibles o sumir provincias enteras en la miseria más abyecta. Y no escatimaron en dar lecciones prácticas a gran escala y con una crueldad inaudita allí donde pudiese llegar la espada del rey o la hoguera de la Iglesia. Debido a estas lecciones y a los ejem-

286 Véase las teorías expuestas por los jurisconsultos de Bolonia ya en el congreso de Roncaglia, en el año 1158.

plos correspondientes, constantemente repetidos e inculcados por la fuerza en la conciencia pública bajo el signo de la fe, el poder y de lo que por entonces se tomaba por ciencia, la mente misma de los hombres comenzó a adquirir una nueva forma. Los ciudadanos comenzaron a aceptar que ningún poder puede ser desmedido, ni ningún asesinato demasiado cruel cuando se trata de la «seguridad pública». Y ante esta nueva dirección de las mentes y esta nueva fe en la fuerza de un gobernante único, el antiguo principio federal perdió su fuerza, y junto a él murió también el genio creador de las masas. La idea romana venció, y en tales circunstancias los estados militares centralizados hallaron en las ciudades una presa fácil.

La Florencia del siglo xv constituye el modelo de semejante cambio. Anteriormente, la revolución popular solía ser el comienzo de un progreso nuevo y más grande. Pero más tarde, cuando el pueblo reducido a la desesperación se rebeló, ya no poseía el mismo espíritu constructivo y creador, y el movimiento popular no produjo ninguna idea nueva. En lugar de los anteriores cuatrocientos representantes ante el consejo popular, se nombraron mil; y cien hombres entraron en la *signoria* en vez de los ochenta anteriores. Pero esta revolución en los números no condujo a nada. El descontento popular crecía, y una serie de nuevas revueltas tuvo lugar. Se buscó a un salvador —un «tirano»— que recurrió a la masacre de los rebeldes, pero la desintegración del organismo comunal prosiguió. Y cuando después de una nueva revuelta, el pueblo florentino solicitó consejo a su ciudadano más popular, Jerónimo Savonarola, el monje respondió: «Oh, pueblo mío, tú sabes que no puedo intervenir en los asuntos del Estado... Purifica tu alma, y si en tal disposición de mente reformas la ciudad, entonces tú, pueblo de Florencia, debes comenzar la reforma de toda Italia». Se quemaron las máscaras de carnaval y los libros tentadores; se promulgó una ley de ayuda a los pobres y otra dirigida contra los usureros, pero la democracia de Florencia quedó donde estaba.

El antiguo espíritu creador había desaparecido. Debido a la excesiva confianza que habían depositado en el Gobierno, los florentinos cesaron de confiar en sí mismos y demostraron ser impotentes para renovar su vida. El Estado no tuvo más que avanzar y destruir las últimas libertades. Y así lo hizo.

Y sin embargo, la corriente de ayuda y apoyo mutuo no se apagó en las masas, sino que continuó fluyendo aun después de esta derrota de las ciudades libres. Pronto surgió de nuevo con fuerza poderosa en respuesta al llamado comunista de los primeros propagandistas de la reforma, y siguió viviendo aun después de que las masas, que habían sufrido un nuevo fracaso en su tentativa de construir una nueva vida inspirada esta vez por una religión reformada, cayeron bajo el poder de la monarquía. Todavía hoy fluye y busca caminos para una nueva expresión que no será ya el Estado, ni la ciudad medieval, ni la comuna aldeana de los bárbaros, ni la organización tribal de los salvajes, sino que, procediendo de todas estas formas, será más perfecta que ellas por su profundidad y por la amplitud de sus principios humanos.

CAPÍTULO VII

La ayuda mutua en la sociedad moderna

Las revueltas populares al principio del período estatal — Las instituciones de ayuda mutua en el presente — La comuna aldeana: su lucha contra el Estado que trata de destruirla — Hábitos conservados desde el período de la comuna aldeana y mantenidos en las aldeas hasta el presente — Suiza, Francia, Alemania, Rusia

La disposición de los hombres hacia la ayuda mutua tiene un origen tan remoto y está tan profundamente entrelazada con la evolución de la humanidad que los hombres la han conservado hasta la época presente a pesar de todas las vicisitudes de la historia. Esta inclinación se desarrolló principalmente en los períodos de paz y bienestar; pero incluso cuando las mayores calamidades azotaban a los hombres, cuando países enteros eran devastados por las guerras y poblaciones enteras morían de miseria o gemían bajo el yugo del poder, esta inclinación siguió manifestándose en las aldeas y entre las clases más pobres de las ciudades. A pesar de todo salió fortificada e incluso influyó en las belicosas y destructivas minorías gobernantes que consideraban esta necesidad como una tontería sentimental. Invariablemente, cada vez que la humanidad tenía que elaborar una nueva organización social adaptada a una nueva fase de su desarrollo, el genio creador del hombre extraía su inspiración y los elementos para un nuevo comienzo de la misma inclinación, eternamente viva, a la ayuda mutua. Todas las nuevas doctrinas morales y las nuevas religiones provienen de la misma fuente. Y todo el progreso moral del género humano, si

lo consideramos desde un punto de vista amplio, constituye una mera extensión gradual de los principios de la ayuda mutua, desde la tribu a los cada vez más amplios agrupamientos, hasta que un día abarquen a toda la humanidad sin distinción de creencias, lenguas o razas.

Después de haber pasado por el período del régimen tribal y el período de la comuna aldeana, los europeos, como hemos visto, elaboraron en la Edad Media una nueva forma de organización que tenía la gran ventaja de permitir un amplio margen a la iniciativa personal y, al mismo tiempo, responder en grado considerable a la necesidad de apoyo mutuo del hombre. En las ciudades medievales nació la federación de las comunas aldeanas, sustentada por una red de gremios y hermandades. Los extraordinarios resultados conseguidos por esta nueva forma de unión en el bienestar común, la industria, el arte, la ciencia y el comercio han sido ya discutidos con detalle en los dos capítulos precedentes, y hemos tratado de explicar por qué, a finales del siglo xv, las repúblicas medievales —rodeadas por los feudos hostiles, incapaces de liberar a los campesinos del yugo servil y gradualmente corrompidas por las ideas del cesarismo romano— fueron presa inevitable de los estados guerreros que nacían y habían sido creados para ofrecer resistencia a las invasiones de los mongoles, turcos y árabes.

Sin embargo, antes de someterse por los siguientes trescientos años al poder del Estado que todo lo absorbía, las masas populares hicieron una tentativa grandiosa de reconstruir la sociedad, conservando la anterior base de la ayuda y el apoyo mutuos. Ahora sabemos con certeza que el gran movimiento de los husitas y de la reforma no fue únicamente una revuelta contra los abusos de la Iglesia católica. Este movimiento expuso también su ideal constructivo, y ese ideal era la vida en las comunas fraternales libres. Los escritos y discursos de los predicadores del período inicial de la reforma que mayor eco hallaron en el pueblo estaban impregnados de las ideas de hermandad económica y social de

los hombres. Son conocidos los «doce artículos» de los campesinos alemanes expuestos en su guerra contra los terratenientes y duques, así como los artículos de fe similares difundidos entre los campesinos y artesanos alemanes y suizos que exigían no solo el establecimiento del derecho individual a interpretar la Biblia según su propio entendimiento, sino también la devolución de las tierras a las comunas aldeanas y la supresión de la prestación feudal, aludiendo siempre a la fe cristiana «verdadera» como fe en la fraternidad humana. Al mismo tiempo, decenas de miles de hombres ingresaron en Moravia en las hermandades comunistas aportando todos sus bienes y creando numerosas y florecientes poblaciones fundadas en los principios del comunismo.[287] Solo las masacres en masa, en las cuales perecieron decenas de miles de personas, pudieron detener este movimiento popular que se extendía ampliamente; y solo gracias a la espada, el fuego y el potro de tortura los nacientes estados se aseguraron la primera y más decisiva victoria sobre las masas populares.[288]

---

287 En los últimos tiempos, en Alemania se está escribiendo una voluminosa literatura de investigaciones consagradas a esta cuestión, dejada antes en gran descuido. En calidad de fuentes principales se pueden citar los trabajos siguientes: Keller: *Ein Apostel der Wiedertäufer*, Cornelius: *Geschichte des münsterischen Aufruhrs*, y Janssen: *Geschichte des deutschen Volkes*. La primera tentativa de dar a conocer a los ingleses los resultados de las amplias búsquedas hechas en este sentido en Alemania es la excelente obra de Richard Heath *Anabaptism from its Rise at Zwickau to its Fall at Münster*, 1521-1936, Londres, 1895 («Baptist Manuals», t. I) en la que están bien señalados los rasgos principales del movimiento y también se dan indicaciones bibliográficas completas. Véase también Kautsky: *Communism in Central Europe in the Time of the Reformation*, Londres, 1897.

288 Pocos de nuestros contemporáneos se hacen una idea clara de las proporciones de este movimiento y de los métodos de su represión. Pero los que escribieron inmediatamente después de la gran guerra campesina determinaron el número de los campesinos muertos después de su derrota en Alemania entre cien y ciento cincuenta mil. Véase Zimmermann: *Allgemeine Geschichte des Grossen Bauernkrieges*. De cómo fue sofocado el movimiento en los Países Bajos con el exterminio de decenas de miles de rebautizados, véase Richard Heath: *Anabaptism* y los historiadores citados por él.

Durante los tres siglos siguientes, los Estados que se formaron en toda Europa destruían sistemáticamente todas aquellas instituciones en las que se manifestaba la tendencia de los hombres al apoyo mutuo. Las comunas aldeanas fueron privadas del derecho a las asambleas comunales, la jurisdicción propia y la administración independiente, y sus tierras fueron confiscadas. Los gremios fueron desposeídos de sus bienes y libertades y puestos bajo el control, el capricho o la corrupción de los funcionarios del Estado. Las ciudades fueron despojadas de su soberanía, y las fuentes mismas de su vida interior —la *viéche* (la asamblea), el tribunal, la administración electa y la soberanía de la parroquia y los gremios— fueron aniquiladas. Los funcionarios del Estado tomaron posesión de todos los eslabones de lo que anteriormente había constituido un todo orgánico.

Debido a esta política fatal y a las guerras engendradas por ella, países enteros, antes poblados y ricos, fueron asolados. Prósperas y populosas ciudades se transformaron en aldehuelas insignificantes, y hasta los caminos que unían a las ciudades se hicieron intransitables. La industria, el arte y el conocimiento decayeron. Se sometió a la educación política, la ciencia y el derecho a la idea de la centralización estatal. Desde las cátedras y los púlpitos se empezó a enseñar que las instituciones en que los hombres acostumbraban a encarnar hasta entonces su necesidad de ayuda mutua no podían ser toleradas en un Estado bien organizado; que solo el Estado y la Iglesia podían constituir los lazos de unión entre sus súbditos; que el federalismo y el «particularismo», es decir, el cuidado de los intereses locales de una región o de una ciudad, eran enemigos del progreso. El Estado debía ser el único impulsor apropiado de todo desarrollo.

Al finales del siglo XVIII, tanto los reyes del continente europeo, el Parlamento en Inglaterra y la convención revolucionaria en Francia, aunque se hallaban en guerra entre sí, coincidían en que dentro del Estado no debía haber ningún tipo de uniones

separadas entre los ciudadanos, aparte de las establecidas por el Estado y sometidas a él. Así, para los trabajadores que se atrevían a ingresar a una «coalición», es decir, en uniones para la defensa de sus derechos, el único castigo conveniente era el trabajo forzado y la muerte. «No toleraremos un Estado dentro del Estado». Únicamente el Estado y la Iglesia estatal debían ocuparse de los intereses generales de los súbditos, y los propios súbditos debían ser grupos de hombres poco vinculados entre sí, no unidos por ningún tipo de lazos especiales y obligados a recurrir al Estado cada vez que tenían una necesidad común. Hasta la mitad del siglo XIX esta teoría y su práctica correspondiente dominaban en Europa.

Hasta las sociedades comerciales e industriales eran miradas con desconfianza. En cuanto a los trabajadores, recordamos que en Inglaterra sus uniones han sido consideradas ilegales prácticamente desde que tenemos memoria. El mismo punto de vista se sostenía no hace mucho, al final del siglo XIX, en todo el continente; incluso en Francia, a pesar de las revoluciones que vivió, los mismos revolucionarios eran tan feroces partidarios del Estado como los funcionarios del rey y del emperador. Hasta la época presente, aun en Inglaterra, el sistema de educación para el Estado llegaba a tal extremo que una parte importante de la sociedad consideraba como una medida revolucionaria que el pueblo recibiese los derechos de los que todos —libres y siervos— gozaban quinientos años antes en la asamblea aldeana, el gremio, la parroquia y la ciudad.

La absorción por el Estado de todas las funciones sociales favoreció inevitablemente el desarrollo del más estrecho y desenfrenado individualismo. A medida que los deberes del ciudadano hacia el Estado se multiplicaban, los ciudadanos se liberaban de los deberes hacia los demás. En el gremio —y en la Edad Media todos pertenecían a algún gremio o cofradía—, dos «hermanos» debían cuidar por turnos al hermano enfermo; ahora basta con dar al compañero de trabajo la dirección del hospital para pobres más próximo. En la sociedad «bárbara» presenciar una pelea en-

tre dos personas por cuestiones personales y despreocuparse de que tuviera consecuencias fatales significaba poder ser acusado de homicidio, pero de acuerdo con las teorías más recientes del Estado que todo lo vigila, el que presencia una pelea no tiene por qué de intervenir ya que para eso está la policía. Mientras que entre los salvajes —por ejemplo, entre los hotentotes—, se consideraba escandaloso ponerse a comer sin haber hecho por tres veces una invitación a quien desee unirse al festín, entre nosotros el ciudadano respetable se limita a pagar un impuesto para los pobres, dejando a los hambrientos arreglárselas como puedan.

El resultado de todo esto es que por todas partes —en la vida, la ley, la ciencia, la religión— triunfa ahora la afirmación de que cada uno puede y debe procurarse su propia felicidad, sin prestar atención a las necesidades ajenas. Esto se ha convertido en la religión de nuestros tiempos, y los hombres que dudan de ella son considerados utopistas peligrosos. La ciencia proclama en voz alta que la lucha de cada uno contra todos constituye el principio dominante de la naturaleza y de las sociedades humanas; y precisamente a esta guerra atribuye la biología actual el desarrollo progresivo del mundo animal. La historia se conduce del mismo modo; y los economistas, en su ingenua ignorancia, consideran que el éxito de la industria y de la mecánica contemporánea son el «asombroso» resultado de la influencia del mismo principio. La propia religión de la Iglesia es la religión del individualismo, ligeramente suavizada por las relaciones más o menos caritativas hacia el prójimo, con preferencia los domingos. Los hombres «prácticos» y los teóricos, hombres de ciencia y predicadores religiosos, legisladores y políticos, están todos de acuerdo en que el individualismo, es decir, la afirmación de la propia personalidad en sus manifestaciones más groseras, debe ser suavizado por la caridad, pero que ese individualismo es la única base segura para el mantenimiento de la sociedad y su progreso.

Pudiera parecer por tanto algo desesperado buscar instituciones de ayuda mutua en la sociedad moderna, y en general las manifestaciones prácticas de este principio. ¿Qué podía quedar de ellas? Sin embargo, en cuanto empezamos a examinar cómo viven millones de seres humanos y estudiamos sus relaciones cotidianas, nos asombra el enorme papel que desempeñan en la vida humana, aún en la época actual, los principios de ayuda y apoyo mutuo. A pesar de que hace ya trescientos o cuatrocientos años que, tanto en la teoría como en la vida misma, se ha producido la destrucción de las instituciones y de los hábitos de ayuda mutua, centenares de millones de hombres continúan viviendo por medio de ellas, las apoyan allí donde han sido conservadas y tratan de reconstruirlas donde fueron destruidas. Cada uno de nosotros, en nuestras relaciones mutuas, pasamos por momentos en los que nos indignamos contra el credo estrechamente individualista de moda en nuestros días; y sin embargo los actos en cuya realización los hombres son guiados por su inclinación a la ayuda mutua constituyen una parte tan enorme de nuestra vida cotidiana que si fuera posible acabar con ellos repentinamente se interrumpiría de inmediato todo el progreso moral de la humanidad. La sociedad humana, sin la ayuda mutua, no podría ser mantenida más allá de la vida de una generación.

Estos hechos, en su mayoría despreciados por los sociólogos pero de la mayor importancia para la vida y el progreso de la humanidad, son los que examinaremos a continuación, comenzando por las instituciones existentes de apoyo mutuo y pasando luego a los actos de ayuda mutua que tienen origen en las simpatías personales o sociales.

CUANDO LANZAMOS una mirada amplia a la constitución contemporánea de la sociedad europea nos asombra en primer lugar el hecho de que, a pesar de todos los esfuerzos realizados para termi-

nar con la comuna aldeana, esta forma de unión, como se verá a continuación, continúa existiendo en grandes proporciones; y que aún hoy se hacen tentativas ya sea para reconstituirla en una u otra forma ya sea para hallar algo que la sustituya. Las teorías actuales de los economistas burgueses y de algunos socialistas afirman que la comuna ha muerto de muerte natural en la Europa occidental debido a que la posesión comunal de la tierra es incompatible con las exigencias contemporáneas del cultivo de la tierra. Pero la verdad es que la comuna aldeana no desapareció por voluntad propia en ningún sitio. Muy al contrario, en todas partes las clases dirigentes necesitaron varios siglos de perseverantes medidas estatales para desarraigar la comuna y confiscar las tierras comunales. Un ejemplo de tales medidas y de los métodos para ponerlas en práctica nos lo ha dado recientemente el gobierno zarista y el celo del ministro Stolypin.

En Francia, la destrucción de la independencia de las comunas aldeanas y el expolio de las tierras que les pertenecían comenzó ya en el siglo XVI. Sin embargo fue en el siguiente siglo, cuando la masa campesina fue reducida a la completa esclavitud y a la miseria por los impuestos y las guerras tan brillantemente descritas por todos los historiadores, que el despojo de las tierras comunales pudo realizarse impunemente alcanzando proporciones escandalosas. «Cada uno les quitaba lo que podía... las dividían... Para despojar a las comunas se servían de deudas imaginarias». Así se expresaba el edicto promulgado por Luis XIV en el año 1667.[289] Y como era de esperar, el Estado no halló otro medio de curar estos males que una mayor sumisión de las comunas a su autoridad y un despojo mayor, esta vez llevado a cabo por él mismo. De hecho, dos

289 «Chacun s'en est accommodé selon sa bienséance... on les a partagés... pour dépouiller les comunes, on s'est servi de dettes simulées» (Edicto de Luis XIV, del año 1667, citado por diferentes autores. Ocho años antes de eso, las comunas habían sido puestas bajo la superintendencia del Estado).

años después todos los ingresos monetarios de las comunas fueron confiscados por el rey. En cuanto a la usurpación de las tierras comunales, se extendió sin freno, y ya en el siguiente siglo la nobleza y el clero eran dueños de enormes extensiones de tierra. Según algunas apreciaciones, poseían la mitad de la superficie apta para el cultivo y la mayoría permanecía inculta.[290] Pero los campesinos todavía conservaban sus instituciones comunales y hasta el año 1787 la asamblea comunal campesina, compuesta por todos los jefes de familia, se reunía generalmente a la sombra de un campanario o de un árbol para distribuir las porciones de tierra, partir los campos que quedaban en su posesión, fijar los impuestos y elegir la administración comunal, exactamente lo mismo que el *mir* ruso de hoy. Esto ha sido demostrado plenamente por Babeau.[291]

El gobierno francés encontró sin embargo que las asambleas populares comunales eran «demasiado ruidosas», es decir, demasiado desobedientes, y en el año 1787 fueron sustituidas por consejos electivos compuestos por un alcalde y de tres a seis síndicos que eran elegidos entre los campesinos más acomodados. Dos años más tarde, la Asamblea Constituyente Revolucionaria, que en este punto concordaba plenamente con la vieja organización, ratificó (el 14 de diciembre de 1789) la citada ley, y los *bourgeois du village* se dedicaron entonces, a su vez, al despojo de las tierras campesinas que se prolongó durante todo el período revolucionario. El 16 de agosto del año 1792, la Asamblea Legislativa, bajo la presión de las insurrecciones campesinas y del ánimo alterado del pueblo de París que había ocupado el palacio real, decidió de-

---

290 «En los enormes latifundios de los terratenientes, aun cuando sus ingresos alcanzan millones, hallaréis con toda seguridad la tierra sin cultivar», escribió Arthur Young. «Una tercera parte de la tierra está desprovista de cultivo»; «durante los últimos cien años, la tierra volvió al estado salvaje»; «la antes floreciente Sologne se convirtió en un gran pantano», etc. (Theron de Montaugé, citado por Taine: *Origines de la France Contemporaine*, t. 1, pág. 441).

291 A. Babeau: *Le Village sous l'Ancien régime*, 3.ª ed., París, 1892.

volver las tierras a las comunas; pero al mismo tiempo dispuso que las tierras de laboreo fueran distribuidas únicamente entre los «ciudadanos», es decir, entre los campesinos más acomodados. Esta medida, naturalmente, provocó nuevas insurrecciones y fue derogada al año siguiente cuando, después de la expulsión de los girondinos de la Convención, los jacobinos dispusieron, el 11 de junio de 1793, que todas las tierras comunales quitadas a los campesinos por los terratenientes y otros a partir del año 1669, fueran devueltas a las comunas que podían —si así lo decidía una mayoría de dos tercios de los votos— repartir las tierras comunales en partes iguales entre todos los habitantes, tanto ricos como pobres, tanto «ciudadanos» como «vecinos».[292]

Sin embargo, las leyes sobre la repartición de las tierras comunales eran tan contrarias a las ideas de los campesinos que estos no las cumplían, y en todas partes donde volvían a poseer aunque no fuera más que una parte de las tierras comunales que les habían sido usurpadas, disponían de ellas en común, dejándolas sin dividir. Pero pronto sobrevinieron los largos años de guerras y la reacción. Las tierras comunales fueron entonces confiscadas directamente por el Estado (en el año 1794) para asegurar los préstamos estatales y una parte de ellas fue vendida a particulares. Más tarde fueron devueltas de nuevo a las comunas, y otra vez confiscadas (en el año 1813), hasta que más recientemente, en el año 1816, los restos de estas tierras, constituidos por alrededor de seis millones de hectáreas de la tierra menos productiva, fueron devueltos a las comunas aldeanas.[293] Sin embargo, tampoco

---

292 En el este de Francia esta ley, en lo que se refería a la devolución de las tierras comunales, solo confirmó lo que ya había sido hecho por los propios campesinos. En otras partes de Francia la ley fue letra muerta.

293 Después del triunfo de la reacción burguesa, las tierras comunales fueron declaradas (24 de agosto de 1794) bienes del Estado, y junto con las tierras confiscadas a la nobleza fueron destinadas a la venta y dilapidadas por los «bandes noires» de la pequeña burguesía. Solo al año siguiente se puso fin a esta dilapidación (Ley

entonces se acabaron los problemas de las comunas. Todo nuevo régimen veía en las tierras comunales una posibilidad para recompensar a sus partidarios, y tres leyes (la primera en 1837, y la última bajo Napoleón III) fueron promulgadas con el fin de incitar a las comunas aldeanas a realizar la repartición de las tierras comunales. Tres veces hubo que derogar estas leyes debido a la resistencia que encontraron en las aldeas, pero cada vez que esto sucedía el gobierno conseguía usurpar algo de las posesiones comunales; y así Napoleón III, con el pretexto de perfeccionar los métodos de la agricultura, pudo entregar libremente grandes posesiones comunales a algunos de sus favoritos.

He aquí la serie formas de violencia con que los adoradores del centralismo luchaban contra la comuna. ¡Y a esto los economistas lo llaman «muerte natural de la agricultura comunal en virtud de las leyes económicas»!

En cuanto a la administración propia de las comunas aldeanas, ¿qué podía quedar de ella después de tantos reveses? El gobierno consideraba al alcalde y a los síndicos como funcionarios gratuitos de la máquina estatal. Aun ahora, bajo la tercera república,[294] la aldea está privada de toda independencia, y dentro de la comuna no puede ser realizado el más mínimo acto sin el

---

del 2 de Pradial, año v de la República) y la ley precedente fue derogada, pero en esta época las comunas aldeanas fueron simplemente destruidas y en su reemplazo se introdujeron los consejos cantonales; es decir, de distritos. Solo pasados siete años (9 Pradial, año XII de la República), es decir, en 1801, fueron establecidas las comunas aldeanas, pero les quitaron todos los derechos y ¡en las treinta y seis mil comunas francesas los jefes y los síndicos fueron designados por el gobierno! Este sistema se conservó hasta la revolución del año 1830, cuando, según la ley del año 1787, fueron introducidos nuevamente los consejos comunales electivos. En cuanto a las tierras comunales, fueron usurpadas nuevamente por el Estado en el año 1813, y solo parte de ellas fue devuelta a las comunas en 1816. Véase la colección clásica de las leyes francesas; Dalloz, *Répertoire de Jurisprudence*; y también los trabajos de Doniel, Bonnemère, Babeau y otros.

294 Escrito en 1902. Aún hoy (1920) nada ha cambiado desde entonces.

concurso de todo el complejo mecanismo estatal, incluyendo los prefectos y los ministros. Resulta difícil creerlo, y sin embargo es la realidad. Si, por ejemplo, un campesino tiene intención de pagar con un depósito en dinero su parte de trabajo en la reparación de un camino comunal (en lugar de poner él mismo la cantidad necesaria de piedra), no menos de doce funcionarios del Estado, de diferentes rangos, deben dar su conformidad y se necesitan *cincuenta y dos documentos* que deben intercambiar los funcionarios antes de que se permita al campesino hacer su pago en dinero. Lo mismo ocurre en todos los ámbitos.[295]

Lo que ocurrió en Francia sucedió en toda Europa occidental y central. Incluso la fechas del colosal saqueo de las tierras comunales coinciden. En Inglaterra, la única diferencia residió en que el pillaje se efectuó por medio de actos aislados y no por medio de una ley general, lo que permitió que se produjera con menor rapidez que en Francia pero de una manera más sólida. La usurpación de las tierras comunales por los terratenientes (*landlords*) empezó en el siglo XV después de la sofocación de la insurrección campesina en el año 1380, como se desprende de la *Historia* de Rossus y del estatuto de Enrique VII, en los que se habla de estas usurpaciones bajo el título de «Abominaciones y fechorías que perjudican al bien público».[296] Más tarde, bajo Enrique VIII, se inició una investigación especial cuyo objetivo era terminar con la usurpación de las tierras comunales, pero esta investigación concluyó con la ratificación de lo que ya se había hecho.[297]

---

295 Este procedimiento parece tan torpe que sería difícil creerlo si un escritor bien autorizado, Tricoche, en el sabio *Journal des Economistes*, editado por Molinari (1893, abril, pág. 94), no enumerase en total cincuenta y dos documentos y no citara más ejemplos parecidos.

296 Dr. Ochenkowski: *Englands wirthschaftliche entwickelung im Ausgange des Mittelalters* (Jena, 1879), pág. 35 y ss.; donde se examina toda esta cuestión con un conocimiento completo de los textos.

297 Nasse: *Ueber die mittelalterliche Feldgemeinschaft und die Einhegungen des XVI Jah-*

La dilapidación de las tierras comunales continuó y se siguió expulsando a los campesinos de las tierras. Pero solamente desde mediados del siglo XVIII, tanto en Inglaterra como en los otros países, se instituyó una política sistemática destinada a destruir la posesión comunal. Lo asombrosos por tanto no es que la posesión comunal haya desaparecido, sino de que haya podido conservarse hasta en Inglaterra y que «prevalecieran aun en tiempos de nuestros propios abuelos».[298] El verdadero objetivo de las actas de cercado (*Enclosure Acts*), como Seebohm demostró, era la eliminación del sistema de posesión comunal;[299] y entre 1760 y 1844 esta fue tan bien eliminada por la promulgación de casi cuatro mil actas que de ella solo han quedado muy débiles huellas. Los lores se apoderaron de las tierras de las comunas aldeanas y cada caso de despojo fue ratificado por el Parlamento.[300]

---

rhunderts in England (Bonn, 1869), págs. 4-5; Vinogradov: *Villainage in England* (Oxford, 1892).

298 F. Seebohm: *The English Village Community*, 3.ª edición, 1884, págs. 13-5.

299 «El examen de los detalles de la ley de cercado [*Enclosure Act*] revela que el sistema arriba indicado (la posesión comunal) era el sistema cuya eliminación constituía el objeto de esa ley» (Seebohm, obra citada, pág. 13). Y más adelante: «Estas leyes estaban redactadas en general en una misma forma, comenzando con la declaración de que los campos abiertos y comunes (parcelas en diferentes campos y dehesas) se hallan en diferentes lugares en pequeños lotes, distinguiéndose por estar entremezclados y por la inconveniencia de su situación; que diferentes persona poseen partes de estas tierras y tienen derechos comunes sobre ellas... y que es deseable que las tierras sean divididas y cercadas, y a cada poseedor le fuera fijada una parte determinada» (pág. 14). El índice de Porter incluye 3.867 de tales leyes, de las cuales la mayor parte corresponde a las décadas 1770-1780 y 1800-1820; y lo mismo en Francia (véase el apéndice XVI).

300 Las leyes de cercado son un ejemplo asombroso de la arbitrariedad de las aristocracias territoriales que, bajo la protección del Parlamento, se desarrolló en Inglaterra hasta fines del siglo XIX y continúa manteniéndose todavía. En virtud de esta ley, si el heredero de los antiguos feudales (o aquel que había comprado los derechos) cercaba las tierras de las comunas libres con un cerco de algunas hectáreas, *se convertían en propiedad suya*, en virtud de aquella ficción que aseguraba que todas las tierras del territorio sobre el cual antes se extendía la autoridad judicial del *lord* feudal le pertenecían, ficción destruida completamente por

En Alemania, Austria y Bélgica, la comuna aldeana también fue destruida por el Estado. A pesar de que en todas partes el Estado obligaba a la repartición o, como mínimo, favorecía la apropiación de las tierras por particulares, los casos en que los mismos comuneros dividieron entre sí las tierras comunales fueron raros.[301] El último golpe a la posesión comunal en el norte de Europa fue asestado a mediados del siglo XVIII. En Austria, en el año 1768, el gobierno usó la fuerza para obligar a las comunas a realizar la división de las tierras, y dos años después se designó para ello una comisión especial. En Prusia, Federico II, en varias de sus ordenanzas (en 1752, 1763, 1765 y 1769) recomendó recurrir a la violencia a las Cámaras Judiciales (*Justizcollegien*) para efectuar la división. En el distrito polaco de Silesia fue publicada en 1771 una resolución especial con idéntico objetivo. Lo mismo sucedió en Bélgica, pero como las comunas demostraron su negativa a obedecer, en el año 1847 fue emitida una ley que daba al gobierno el derecho a comprar los prados comunales, dividirlos en parcelas y hacer una venta forzosa de las tierras comunales si se encontraban compradores.[302]

Nasse y Vinogradov, pero no obstante reconocida por los legisladores y los profesores ingleses. Restaba a las comunas, en tal caso, demostrar ante el tribunal que las tierras cercadas eran de *su propiedad*, lo que la comuna casi nunca pudo demostrar en primer lugar porque no tenía documento alguno ya que estos se expedían *solamente* para la propiedad personal (es sabido que en Rusia los campesinos recibieron documentos legales por las tierras comunales solo después del año 1861); y en segundo lugar porque en los tribunales ingleses todo asunto que pasa a las instancias superiores cuesta fabulosamente caro. Además, en virtud de la «ley de cercado», el Parlamento emitió más de cuatro mil documentos diferentes que confirmaban el derecho de propiedad privada sobre extensísimas tierras comunales en beneficio de los *landlords* hereditarios o de los compradores más recientes, que acaparaban las posesiones hereditarias; y el Parlamento continúa emitiéndolas todavía.

301 En Suiza se pueden observar algunas comunas que, arruinadas en otros tiempos por las guerras y obligadas a dar parte de sus tierras, tratan ahora de comprarlas nuevamente.

302 A. Buchenberger: *Agrarwesen und Agrarpolitik*, en A. Wagner: *Handbuch der politischen Oekonomie*, 1892, t. 1, págs. 280 y ss.

En resumen, lo que se dice acerca de la muerte natural de las comunas aldeanas en virtud de las leyes económicas constituye una broma tan pesada como si habláramos de la muerte natural de los soldados caídos en el campo de batalla. Los hechos demostrados son estos: las comunas aldeanas vivieron más de mil años, y en los casos en que los campesinos no fueron arruinados por las guerras y los impuestos, gradualmente mejoraron los métodos de cultivo. Pero como el valor de la tierra aumentaba debido al crecimiento de la industria, la nobleza, que había alcanzado bajo la organización estatal un nivel de autoridad que nunca tuvo en el sistema feudal, se apoderó de la mejor parte de las tierras comunales y aplicó todos sus esfuerzos en destruir las instituciones comunales.

Sin embargo, las instituciones de la comuna aldeana responden tan bien a las necesidades y concepciones de los que cultivan la tierra que, a pesar de todo, Europa sigue llena de *pervivencias* de las comunas, y en la vida aldeana abundan aún hoy hábitos y costumbres cuyo origen se remonta al período comunal. En la propia Inglaterra, a pesar de todas las medidas draconianas adoptadas para destruir el viejo orden de cosas, existió hasta principios del siglo XIX. Gomme, uno de los pocos estudiosos ingleses que ha llamado la atención sobre esta materia, señala en su obra que en Escocia se han conservado muchas huellas de la posesión comunal de las tierras, y la «runrig tenancy», es decir, la posesión por los granjeros de parcelas en muchos campos (derechos del comunero traspasados al granjero), se mantuvo en Forfarshire hasta 1813; y en algunas aldeas de Inverness era costumbre hasta el año 1801 arar la tierra para toda la comuna sin trazar límites y distribuyéndola después de la labor.[303] En Kilmoriel la participación y repar-

303 Ahora, con el invento del tractor americano, es indudable que la arada comunal se desarrollará ampliamente. La guerra, que indujo a los ingleses a ocuparse del propio cultivo de sus campos, dio un impulso en este sentido, y en el verano del año 1917 en Inglaterra trabajaban ya mil seiscientos trabajadores.

tición de los campos estuvo en pleno vigor «durante los últimos veinticinco años», afirmaba Gomme, y la Comisión Crofter del año 80 halló que esta costumbre se conservaba todavía en algunas islas.[304] En Irlanda, este mismo sistema predominó hasta la época del hambre terrible de 1848. En cuanto a Inglaterra, las obras de Marshall, que pasaron inadvertidas hasta que Nasse y Mine llamaron la atención sobre ellas, no dejan la menor duda de que el sistema de la comuna aldeana gozaba de amplia difusión en casi todas las regiones de Inglaterra todavía a comienzos del siglo XIX.[305]

En la década de 1870, sir Henry Maine se mostró «extraordinariamente sorprendido por la cantidad de títulos de propiedad anormales, hecho que necesariamente implica la primitiva existencia de la posesión colectiva y del cultivo conjunto de la tierra». Estos casos llamaron su atención después de un estudio comparativamente breve. Puesto que la posesión comunal se conservó en Inglaterra hasta una época tan reciente, es indudable que en las aldeas inglesas se hubiera podido hallar gran número de hábitos y

304 G. L. Gomme: *The Village Community, with Special Reference to its Origin and forms of Survival in Great Britain* (Contemporary Science Series), Londres, 1890, págs. 141-3; también su *Primitive Folkmotes* (Londres), 1880, págs. 98 y ss). Véase apéndice XVI.

305 «Casi en todas partes del país, especialmente en los condados de los Midlands y del este pero también en el oeste —como por ejemplo en Wiltshire— en el sur (en Surrey) y en el norte (en Yorkshire), existen campos extensos, abiertos y comunes. De trescientas dieciséis parroquias de Northamptonshire, ochenta y nueve se encuentran en esta situación; más de cien en el condado de Oxford; alrededor de veinte mil hectáreas en Warwickshire; la mitad del condado de Berkshire; más de la mitad de Wiltschire; y en Huntingdounshire, de la mitad de la superficie total de casi cien mil hectáreas, más de la mitad eran prados comunales, dehesas y campos (Marshall, citado por Henry Maine: *Village Communities in the East and West*, Nueva York, 1876, págs. 88-9). Marshall era un agente territorial que recorría Inglaterra y hacía una descripción para los terratenientes de lo que se podía extraer de estas tierras comunales si las cercaban y declaraban propias. Su libro apareció en 1804, bajo el título de *Elemental and Practical Treatise on Landed Property*.

costumbres de ayuda mutua tan solo con que los escritores de este país hubieran prestado mayor atención a la vida aldeana real.[306]

Por último, tales rastros fueron señalados no hace mucho en un artículo del *Journal of the Statistical Society*, (vol. IX, junio 1897), y en un excelente artículo de la undécima edición de la *Enciclopedia Británica*. Por este artículo nos enteramos de que, valiéndose del «cercado» de los campos comunales y dehesas, los supuestos dueños y los herederos de los derechos feudales quitaron a las comunas 930.618 hectáreas desde el año 1709 hasta 1797, con preferencia de campos cultivables; 443.469 hectáreas desde 1801 hasta 1842, y 209.529 hectáreas desde 1845 hasta 1869; además de 33.904 hectáreas de bosques; en total 1.617.520 hectáreas. Es decir, más de la octava parte de toda la superficie de Inglaterra, incluido Gales, (12.621.510 hectáreas), fue arrebatada al pueblo.

Y a pesar de esto, la posesión comunal de la tierra se ha conservado hasta ahora en algunos lugares de Inglaterra y Escocia, como demostró en el año 1907 el doctor Gilbert Slater en su detallada obra *The English Peasantry and the Enclosure of Common Fields*, donde están los planos de algunas de estas comunas —que recuerdan vivamente a los planos del libro de P. P. Semiónov— y donde se describe su vida de este modo: sistema de tres o cuatro amelgas; los comuneros deciden todos los años en la asamblea con qué sembrar la tierra en barbecho y se conservan las «franjas» lo mismo que en la comuna rusa. El autor del artículo de la *Enciclopedia Británica* considera que hasta ahora quedan bajo posesión comunal en Inglaterra entre 450.000 y 650.000 hectáreas de campos, principalmente dehesas.[307]

---

306 Consultando una cantidad importante de obras referentes a la vida aldeana inglesa encontré a menudo excelentes descripciones del paisaje de la aldea, etc., pero casi nunca hallé descripciones de la vida cotidiana y de las costumbres de la población trabajadora.

307 En este mismo artículo se citan los siguientes libros sobre la utilización comunal

En la parte continental de Europa, numerosas instituciones comunales se encuentran en pleno desarrollo en Francia, Suiza, Alemania, Italia, Países Escandinavos y España, sin hablar de toda la Europa occidental eslava. Aquí la vida aldeana, hasta ahora, está impregnada de hábitos y costumbres comunales, y la literatura europea se enriquece anualmente con trabajos serios consagrados a esta materia y lo que tiene relación con ella, debido a lo cual en la elección de los ejemplos me limitaré los más típicos.[308]

Suiza nos ofrece uno de estos ejemplos. No solo las repúblicas de Uri, Schwytz, Appenzell, Glaris y Unterwalden poseen una parte importante de sus tierras sin dividir y son administradas por la asamblea popular de toda la república (cantón),[309] sino que también todos los otros cantones gozan de amplia autonomía y vastas partes del territorio federal permanecen hasta ahora en posesión comunal.[310] Dos tercios de todos los prados alpinos y dos tercios

de las tierras en Inglaterra: de C. L. Elton, 1868, de T. E. Scrutton, 1887, y de Shaw-Lefevre, 1894.

308 Resulta imposible no asombrarse de que estos trabajos, a veces verdaderamente notables, hallaran, hasta ahora, tan poco eco en la literatura rusa.

309 A los escritores estatales no les gustan reconocer que Suiza constituye una federación de veintidós repúblicas y prefieren llamarlas «cantones». En realidad, Ginebra, Vaud, Berna, Zúrich, etc., y hasta la pequeña Appenzell, son *repúblicas independientes que se hallan ligadas por la unión federal*, y todos sus documentos son emitidos con el título de «República» de Ginebra, Berna, Grisones, etc.

310 En Suiza los campesinos de las llanuras también cayeron bajo el poder de los señores, y una parte considerable de sus propiedades territoriales fueron usurpadas en los siglos XVI y XVII (véase, por ejemplo, A. Miaskowski en *Forschungen*, de Schmoller, t. II, 1879, págs. 12 y ss.). Pero la guerra campesina en Suiza no terminó con una derrota tan completa de los campesinos como la que tuvo lugar en otros países, y conservaron una porción importante de los derechos y las tierras comunales. La autonomía de las comunas es de hecho la verdadera base de la libertad suiza. La federación de comunas en la república de Schwytz, es decir, su *Ober-Allmig*, incluye dieciocho parroquias y más de treinta aldeas y ciudades pequeñas. Véase K. Bürkli; *Der Ursprung der Eidgenossenschaft aus der Markgenossenschaft*, donde se deduce el origen mismo de la federación suiza, con plena justicia, de la comuna aldeana.

de todos los bosques de Suiza, así como un número importante de campos, huertos, viñedos, turberas y canteras, siguen siendo de propiedad comunal. En el cantón de Vaud, donde todos los jefes de familia tienen derecho a participar con voto consultivo en las deliberaciones de los asuntos comunes, el espíritu comunal se manifiesta con especial vitalidad en los consejos elegidos por ellos. Al final del invierno los muchachos de todas las ciudades se adentran en el bosque durante algunos días para cortar árboles y lanzarlos por las pendientes abruptas de las montañas (en forma semejante al deslizamiento en trineo). La madera destinada a la construcción y la leña se reparte entre todos los jefes de familia o se vende en su beneficio. Estas excursiones son auténticas fiestas del trabajo viril. Sobre las orillas del lago de Ginebra, una parte del trabajo necesario para conservar las terrazas de los viñedos se continúa realizando en común; y en primavera, cuando el termómetro amenaza descender a bajo cero antes de la salida del sol y la helada podría dañar los sarmientos, el sereno nocturno despierta a todos los jefes de familia, los cuales encienden hogueras de paja y estiércol, creando grandes nubes de humo y preservando así a las vides de la helada.

En la república de Tesino, los bosques son de dominio comunal. Se realiza la tala de manera correcta, por secciones, y los ciudadanos de cada comuna reciben su porción por familia. Además, casi en todos los cantones las comunas aldeanas poseen las llamadas *Bürgernutzen*, es decir, una determinada cantidad de vacas mantenidas en común para proveer de manteca a todas las familias; o bien cuidan en común los campos o viñedos cuyos productos se reparten entre los comuneros, o incluso arriendan su tierra, en cuyo caso el ingreso se destina al beneficio de toda la comunidad.[311]

---

311 Miaskowsky, en *Forschungen*, de Schmoller, t. 11, 1879, pág. 15, y también los artículos «Domänen» y «Almende», en *Handwörterbuch der Schweizerischen Landwirthischaft*, del Dr. Reichesberg, Berna, 1903.

En general, puede tomarse como regla que allí donde las comunas han retenido una esfera de derechos lo suficientemente amplia como para ser partes vivas del organismo nacional y no han sido reducidas a la más completa miseria, los comuneros no dejan de cuidar apropiadamente de sus tierras. Debido a esto, las propiedades comunales de Suiza presentan un contraste asombroso en comparación con la situación lamentable de las tierras «comunales» de Inglaterra. Los bosques comunales del cantón de Vaud y de Valais se conservan en excelente orden según las reglas de la moderna silvicultura. En otros lugares, las «franjas» de los campos comunales, que cambian de dueños bajo el sistema de particiones, están muy bien abonados ya que no hay escasez de ganado ni de pasto. Los elevados prados alpinos, en general, se conservan bien, y los caminos de las aldeas son excelentes. Y cuando admiramos el pintoresco chalet, los caminos montañeses, el ganado campesino, las terrazas de los viñedos y las escuelas en Suiza, debemos recordar que la madera para la construcción del chalet, en su mayor parte, proviene de los bosques comunales, y que los caminos y las escuelas son resultado del trabajo comunal.[312] Naturalmente, en Suiza, como en todas partes, la comuna perdió muchos de sus derechos y funciones, y la «corporación», compuesta por un pequeño número de viejas familias, ocupó el lugar de la comuna aldeana anterior a la que todos pertenecían. Pero lo que se conservó mantuvo, según la opinión de investigadores serios, su vitalidad.[313]

---

312 Sobre esta materia, véase la serie de obras expuestas en uno de los excelentes y sugestivos capítulos que K. Bucher agregó a la traducción alemana de la obra de Lavaleye: *Propiedad primitiva*. Véase también: *Das Agrar und Forts-Wesen die Allmenden und die Landgemeinder der deutschen Schweiz*, en *Jahrbuch für Staatswissenschaft*, 1880, IV (Análisis de las obras de Miaskovsky); O'Brien: «Notes in a Swiss village», en *Macmillan's Magazine*, octubre, 1885, y muchos otros.

313 Véase el apéndice XVII.

Apenas es necesario decir que en las aldeas suizas se conservan hasta ahora muchos hábitos y costumbres de ayuda mutua. Las veladas para partir nueces que se realizan por turno en cada hogar; las reuniones al atardecer para coser el ajuar en casa de la doncella que va a casarse; las invitaciones a «ayudar» cuando se construyen casas, para la recolección de la cosecha, o para cualquier trabajo que sea necesario; la costumbre de llevar a los niños de un cantón a otro con el fin de enseñarles dos idiomas distintos, francés y alemán, etc., todo esto es un fenómeno completamente corriente allí.[314]

Es curioso observar que también se hace frente a diferentes necesidades modernas con el mismo espíritu. Así, por ejemplo, en Glaris, la mayoría de los prados alpinos fueron vendidos en época de calamidades, pero las comunas continúan comprando campos llanos, y así, después de que las parcelas recompradas permanecen en poder de diferentes comuneros durante diez, veinte o treinta años, según el caso, vuelven al cuerpo de las tierras comunales y se distribuyen según las necesidades de todos los miembros. Existen también grandes cantidades de pequeñas uniones que se dedican a la producción de artículos alimenticios necesarios —pan, queso, vino— por medio del trabajo común a pesar de que esta producción no ha alcanzado grandes proporciones. Igualmente, las cooperativas rurales gozan de gran difusión en Suiza. Las asociaciones de diez a treinta campesinos que compran y siembran en común prados y campos constituyen un fenómeno corriente; y las asociaciones para la venta de leche y queso están organizadas en todo el país. De hecho, Suiza fue la cuna de esta forma de cooperación. Además, allí se presenta un amplio campo para el estudio de toda clase de sociedades peque-

314 Al que también pertenecen los regalos de boda que a menudo suelen ser una ayuda sustancial para los hogares jóvenes y que, evidentemente, constituyen una supervivencia de las costumbres comunales. Esta costumbre también está ampliamente difundida en Inglaterra.

ñas y grandes fundadas para la satisfacción de todas las posibles necesidades modernas. Así por ejemplo, casi en todas las aldeas de ciertas zonas de Suiza se puede hallar gran número de sociedades: de protección contra incendios, de aprovisionamiento del agua, de paseos en botes, de conservación de los muelles del lago, etc.; y todo el país está sembrado de sociedades de arqueros, tiradores, topógrafos, exploradores y otras semejantes nacidas de las necesidades del militarismo y el imperialismo modernos.

Sin embargo, Suiza no es una excepción en Europa, puesto que instituciones y hábitos semejantes se pueden observar en las aldeas de Francia, Italia, Alemania, Dinamarca, etc. Así, en las páginas precedentes hemos hablado de lo que hicieron los gobernantes de Francia con el fin de destruir la comuna aldeana y usurparle sus tierras, pero a pesar de todos los esfuerzos del gobierno una décima parte de todo el territorio apto para el cultivo, es decir, alrededor de 550.000 hectáreas —la mitad de los prados naturales y casi la quinta parte de los bosques del país— continúan bajo posesión comunal. Estos bosques proveen a los comuneros de leña y madera de construcción que en la mayoría de los casos es cortada regularmente por medio del trabajo comunal; el ganado de los comuneros pace libremente en las dehesas comunales y el remanente de los campos comunales se divide y reparte en algunos lugares de Francia —por ejemplo en las Ardenas— de modo corriente.[315]

Estas fuentes suplementarias que ayudan a los campesinos más pobres a sobrellevar los años de malas cosechas sin tener que vender sus parcelas pequeñas de tierra y sin enredarse en deudas impagables, tienen sin duda gran importancia tanto para los trabajadores agrícolas como para casi tres millones de modestos

---

315 Las comunas poseen casi 1.900.00 hectáreas de bosques de las 10.041.464 que hay en todo el territorio, y alrededor de 2.807.000 hectáreas de prados naturales de los 4.610.988 que hay en toda Francia. Las 800.000 hectáreas restantes, pertenecientes a las comunas, están distribuidas en campos, huertos, etc.

campesinos-propietarios. Hasta es dudoso que la pequeña propiedad campesina pudiera conservarse sin ayuda de estas fuentes suplementarias. Pero la importancia ética de la propiedad comunal, por pequeñas que fueran sus proporciones, sobrepasa en mucho a su importancia económica. Permite la conservación en la vida aldeana de un núcleo de hábitos y costumbres de ayuda mutua que indudablemente actúa como contrapeso del individualismo limitado y la codicia que tan fácilmente se desarrolla entre los pequeños propietarios de la tierra, y facilita el desenvolvimiento de las formas modernas de cooperación y sociabilidad. La ayuda mutua, en todas las circunstancias de la vida aldeana, forma parte de la rutina habitual de todo el país. Por todas partes encontramos, bajo nombres distintos, el *charroi*, es decir, la ayuda libre prestada por los vecinos para levantar la cosecha, para la recolección de la uva, para la construcción de una casa, etc.; por todas partes encontramos las mismas reuniones vespertinas que en Suiza; y por todas partes los comuneros se asocian para efectuar todos los trabajos posibles que individualmente no podrían realizar. Casi todos los que han escrito sobre la vida aldeana francesa han mencionado esta costumbre. Pero quizá sería adecuado citar aquí algunos fragmentos de varias cartas que recibí de un amigo al que rogué que me comunicase sus observaciones sobre esta materia. Estas informaciones se deben a un hombre de edad, que ha sido durante mucho tiempo alcalde de su comuna natal en el sur de Francia (en el departamento de Ariège), y los hechos que ha comunicado le eran conocidos gracias a una observación personal de muchos años. Además, tienen la ventaja de que provienen de una localidad y no están tomados de observaciones hechas en distintos lugares alejados entre sí. Algunas observaciones pueden parecer triviales, pero todas juntos muestran el pequeño mundo de la vida aldeana.

> En algunas comunas, próximas a las nuestras —escribe mi amigo— se mantiene en pleno vigor la vieja costumbre de *l'emprount*.

Cuando en la granja se necesitan muchas manos para el cumplimiento rápido de cierto trabajo —recoger patatas o segar un prado— se convoca a los jóvenes de la vecindad. Mozos y muchachas realizan así el trabajo animada y gratuitamente, y por la tarde, después de una cena alegre, los jóvenes organizan bailes.

En las mismas aldeas, cuando una moza se va a casar, las vecinas se reúnen en su casa para coser su ajuar. En algunas aldeas las mujeres, aún ahora, hilan con destreza. Cuando le llega la época de devanar el hilo a determinada familia, se realiza este trabajo en una sola tarde con la ayuda de los vecinos invitados. En muchas comunas de Ariège, y en otros lugares del suroeste de Francia, el desgranamiento del maíz también se efectúa con la ayuda de todos los vecinos. Se les agasaja con castañas y vino, y los jóvenes danzan una vez terminado el trabajo. La misma costumbre se practica al elaborarse el aceite de nueces y al recoger el cáñamo. En la comuna L., la misma costumbre se observa cuando se transporta el trigo. Estos días de trabajo pesado se convierten en fiestas, puesto que el dueño considera un honor agasajar a los voluntarios con una buena comida. No se fija pago alguno: todos se ayudan mutuamente.[316]

En la comuna S., la superficie de las dehesas comunales aumenta cada año, de modo que actualmente casi toda la tierra de la comuna ha pasado a ser de uso común. Los pastores son elegidos por los dueños del ganado, incluyendo también las mujeres. Los toros son comunales.

En la comuna M., los pequeños rebaños de entre cuarenta a cincuenta cabezas que pertenecen a los comuneros se reúnen y luego se dividen en tres o cuatro rebaños antes de enviarlos a los prados de la montaña. Cada dueño permanece durante una semana junto al rebaño para hacer de pastor.

En la aldea C., algunos jefes de familia compraron en común una trilladora. Todas las familias proveen los hombres que son necesarios, quince o veinte, para atender la máquina. Otras tres trilladoras compradas por los jefes de familia de la misma aldea son ofrecidas en alquiler por ellos, pero el trabajo en este caso es realizado por ayudantes forasteros, invitados del modo habitual.

316 En el Cáucaso los georgianos tienen una costumbre aún mejor. Como resulta caro ofrecer una buena comida a los ayudantes voluntarios, y el pobre no tiene de dónde sacarla, los vecinos, que acuden en «ayuda», traen consigo también una oveja para el festín que tiene lugar después del trabajo.

> En nuestra comuna R., era necesario levantar un muro alrededor del cementerio. La mitad de la suma requerida para la compra de la cal y para el pago de los obreros fue dada por el consejo del distrito, y la otra mitad fue reunida por suscripción. En cuanto al trabajo de suministrar arena y agua, mezclar la argamasa y ayudar a los albañiles, todo fue realizado por voluntarios [al igual que ocurre en la *djemmâa* de los cabilios]. Los caminos de la aldea son limpiados por medio del trabajo voluntario de los comuneros. Otras comunas construyeron de este modo sus fuentes. La prensa para extraer el jugo de la uva y otras pequeñas instalaciones a menudo son de propiedad comunal.

Dos habitantes de la misma localidad, interrogados por mi amigo, agregaron lo siguiente:

> En O., hace algunos años no existía molino. La comuna construyó un molino imponiendo una contribución a los comuneros. En cuanto al molinero, para evitar que incurriera en cualquier clase de engaño y de parcialidad, se decidió pagarle dos francos por consumidor y que el trigo fuera molido gratis.
>
> En Saint G., muy pocos campesinos se aseguran contra incendio. Cuando se produce un incendio —como sucedió recientemente— todos entregan algo a la familia damnificada: una caldera, una sábana, una silla, etc., y el modesto hogar es así reconstituido. Todos los vecinos ayudan al perjudicado por el incendio a reconstruir su casa, y la familia, mientras tanto, se aloja gratuitamente en casa de los vecinos.

Semejantes hábitos de ayuda mutua, de los que se podrían citar muchos otros ejemplos, nos explican por qué los campesinos franceses se asocian con tal facilidad para el uso por turno del arado tirado por caballos, la prensa de uva o la trilladora cuando estos pertenecen a una cierta persona de la aldea y para la realización en común de todo tipo de trabajos. La conservación de los canales de riego, el desbroce de los bosques, la desecación de pantanos, la plantación de árboles, etc., eran realizados desde tiempo inmemorial por el municipio y continúan siéndolo ahora. Así, muy recien-

temente, en La Borne, en el departamento de Lozère, las áridas colinas fueron convertidas en ricos huertos mediante el trabajo común. «La gente llevaba la tierra sobre sus hombros; construyeron terrazas y las sembraron de castaños y melocotoneros; diseñaron huertos y trajeron el agua por medio de un canal desde tres o cuatro kilómetros de distancia». Ahora, según parece, se ha construido allí un nuevo acueducto de dieciocho kilómetros de longitud.[317]

El mismo espíritu comunal explica el notable éxito obtenido en los últimos tiempos por los *syndicats agrícoles*, es decir, las asociaciones de campesinos y granjeros. En el año 1884, se autorizaron en Francia las asociaciones compuestas por más de diecinueve personas, y apenas es necesario agregar que cuando se decidió hacer esta «peligrosa experiencia» —como se dijo en la Cámara de los Diputados— los funcionarios tomaron todas esas «precauciones» que solo la burocracia es capaz de inventar. Pero, a pesar de todo, Francia comenzó a llenarse de asociaciones agrícolas (sindicatos). Al principio se formaban solamente para la compra de abono y semillas ya que las adulteraciones y las mezclas de toda clase de desperdicios alcanzaron proporciones inverosímiles.[318] Pero gradualmente extendieron su actividad en diversas direcciones, incluso a la venta de productos agrícolas y a la mejora constante de las parcelas de tierras. En el sur de Francia,

---

317 Alfred Baudrillart, en H. Baudrillart: *Les Populations rurales de la France*, 3.ª serie, París, 1893, pág. 479.

318 En *Journal des Economistes* (agosto, 1892, mayo y agosto 1893) se publicaron los resultados del análisis hecho por dos laboratorios agrícolas, de Gante y París, que revelaron que las proporciones que asumía la adulteración y todo género de artificio y picardías de los «comerciantes honestos» eran simplemente increíbles. Entre las semillas de algunos pastos había el veintitrés por cien de arena, teñida de tal modo que hasta un ojo experimentado podía ser inducido a error; en otras muestras había solamente entre veintidós y el cincuenta y dos por ciento de semilla limpia, siendo el resto semillas de malas hierbas. Las semillas de arveja contenían un once por ciento de hierbas venenosas (*nielle*), las harinas para alimentar el ganado contenían un treinta y seis por ciento de sales sulfurosas etc.

los estragos producidos por la filoxera han originado la formación de gran número de asociaciones entre los propietarios de viñedos. Diez, veinte, a veces treinta de esos propietarios organizan un sindicato, compran una máquina a vapor para bombear agua y hacen los preparativos necesarios para inundar sus viñedos por turno.[319] Constantemente se forman nuevas asociaciones para la defensa contra las inundaciones, para el riego, para la conservación de los canales de riego ya existentes, etc., y la unanimidad de todos los campesinos de la vecindad que exige la ley no constituye ningún obstáculo. En otros lugares encontramos las *fruitières* o asociaciones de queseros o lecheros, en algunas de la cuales se reparte el queso y la manteca a partes iguales independientemente del rendimiento de leche de cada vaca. En Ariège existe una asociación de ocho comunas diferentes para el cultivo conjunto de sus tierras que se unieron finalmente en una; en el mismo departamento ciento setenta y dos comunas de trescientas treinta y siete han organizado la ayuda médica gratuita través de sindicatos; sociedades de consumidores surgen a partir de los sindicatos, etc.[320]

---

319 A. Baudrillart, obra citada, pág. 309. Antiguamente un propietario se hacía cargo la provisión de agua y otros se ponían de acuerdo para utilizarla. «La ausencia de toda clase de convenio escrito es especialmente característica de tales organizaciones —observa A. Baudrillart—. Todos los acuerdos se realizan verbalmente, y a pesar de ello no se conoce ningún caso de discrepancias surgidas entre las partes contratantes».

320 A. Baudrillart, obra citada, págs. 300, 341, etc. El presidente del sindicato de St. Gironnais (en Ariége), M. Tersaac, escribió a mi amigo lo siguiente: «Para la feria de Tolosa, nuestra asociación agrupó a los propietarios del ganado que, como pensábamos, valía la pena exponer. La sociedad se hizo cargo de la mitad de los gastos de transporte del ganado que recaían sobre cada expositor; una cuarta parte era pagada por el mismo expositor, y la parte restante de los gastos era pagada por los propietarios cuyo ganado recibía el premio. Como resultado de ello en esta exposición participaron muchos campesinos que en otras condiciones no lo hubieran hecho nunca. Los que recibieron las gratificaciones más elevadas (trescientos cincuenta francos) invirtieron alrededor del diez por ciento de estas gratificaciones, y los que no recibieron ninguna, gastaron en total entre seis y siete francos por persona».

Alfred Baudrillart escribe: «Una verdadera revolución se realiza en nuestras aldeas por medio de estas asociaciones que adquieren en cada región de Francia su carácter particular».

Lo mismo puede decirse de Alemania. Allí donde los campesinos han podido detener el despojo de sus tierras, las conservan en propiedad comunal, la cual predomina ampliamente en Wurttemberg, Baden, Hohenzollern, y en la provincia de Hesse, en Starkenberg.[321] Los bosques comunales, en general, se conservan de manera excelente, y en miles de comunas tanto la madera de construcción como la leña se reparte anualmente entre todos los habitantes; hasta la antigua costumbre denominada *Lesholztag* goza todavía de amplia difusión: al tañido de la campana del campanario de la aldea, todos los habitantes se dirigen al bosque para traer cada uno toda la leña que pueda.[322] En Westfalia existen comunas en las que se cultiva toda la tierra como si fuera una propiedad común según las exigencias de la agronomía moderna. En cuanto a los viejos hábitos y costumbres comunales, se hallan aún en vigor en la mayor parte de Alemania. Las invitaciones a la «ayuda», verdaderas fiestas del trabajo, son un fenómeno perfectamente corriente en Westfalia, Hesse y Nassau. Para la edificación de una nueva casa en las regiones en las que abunda la madera de construcción, esta se toma habitualmente del bosque comunal y

---

321 En Württemberg, de 1.910 comunas, 1.610 tienen propiedad comunal. En el año 1863 pertenecían a estas comunas más de 400.000 de hectáreas de tierra. En Baden, de 1.582 comunas, 1.256 poseen tierras comunales; en los años 1884-1888, tenían 50.000 hectáreas de campos bajo cultivo comunal y 273.162 de bosques, lo que suponía un 46 % de toda la superficie. En Sajonia, el 39 % de toda la superficie agrícola se encuentra bajo posesión comunal (Schmoller: *Jahrbuch*, 1886, pág. 359). En Hohenzollern, casi dos terceras partes de los prados se hallan en posesión de las comunas campesinas, y en Hohenzollern-Hechingen, el 41 % de la propiedad territorial es del dominio de las comunas aldeanas.

322 Véase K. Bücher, quien en un capítulo especial, agregado a la traducción alemana de la obra de Laveleye sobre la propiedad primitiva, reunió todas las indicaciones relativas a la comuna rural en Alemania.

todos los vecinos ayudan en la tarea. Hasta en los arrabales de la gran ciudad de Fráncfort existe entre los hortelanos la costumbre de ir los domingos a cultivar el huerto del camarada enfermo.[323]

En Alemania, lo mismo que en Francia, cuando los gobernantes derogaron las leyes que prohibían las asociaciones de campesinos —lo que solo ocurrió entre 1884 y 1888— este género de uniones comenzó a desarrollarse con asombrosa rapidez, a pesar de todos los obstáculos impuestos por la ley, que estaba lejos de favorecerlas.[324] «El hecho es que —dice Buchenberger— gracias a estas uniones, en *miles* de comunas aldeanas en las que anteriormente nada se sabía de abonos químicos ni de alimentación racional del ganado, ambas técnicas se aplican ahora en proporciones nunca vistas».[325] Con ayuda de estas uniones se compra todo género de instrumentos y de máquinas agrícolas que economizan trabajo, mejor alimento para el ganado y toda clase de herramientas que mejoran la calidad del producto. Igualmente se forman uniones para la venta de los productos agrícolas y para la mejora constante de las parcelas de tierra.[326]

Desde el punto de vista de la economía social, todos estos esfuerzos de los campesinos no tienen gran importancia, ya que no pueden aliviar de modo sustancial —y mucho menos de manera permanente— la miseria a la que están condenadas las clases agrí-

323 K. Bucher, íbid, págs. 89-90.

324 Sobre esta legislación y sobre los numerosos obstáculos puestos en el camino de las uniones en forma de todo tipo de intromisiones de la cancillería y de los funcionarios, véase Buchenberger, *Agrarwesen und Agrarpolitik*, t. II, págs. 342-63, y página 506, nota.

325 Buchenberger, obra citada, t. II, pág. 507.

326 Buchenberger, obra citada, t. II, pág. 510. La Unión General de la Cooperación Agrícola representa a 1.679 sociedades. En Silesia, una superficie de 13.000 hectáreas fue recientemente drenada por 73 uniones: 184.000 hectáreas fueron drenadas en Prusia por 516 uniones; en Baviera existen 1.715 uniones cuyo objeto es la desecación y el riesgo.

colas de toda Europa. Pero desde el punto de vista moral, que es el que nos ocupa en este momento, su importancia es enorme. Demuestra que, aun bajo el sistema del individualismo desenfrenado hoy dominante, las masas agrícolas conservan religiosamente la herencia de la ayuda mutua; y que en cuanto los Estados debilitan las leyes férreas mediante las cuales destruyeron todos los lazos existentes entre los hombres para tenerlos mejor en sus manos, estos lazos se reanudan inmediatamente a pesar de las innumerables dificultades políticas, económicas y sociales. De este modo se reestructuran los trabajos en las formas que mejor se adaptan a las exigencias modernas de la producción y se muestra la dirección y el modo en que un mayor progreso puede ser esperado.

Se podrían aumentar fácilmente la cantidad de ejemplos tomándolos de Italia, España y, especialmente, Dinamarca, y podrían señalarse algunos rasgos muy interesantes, propios de cada uno de estos países.[327] Así, cabría mencionar también a la población eslava de Austria y de la península balcánica, en la que aún existe la «familia extensiva» y el «hogar indiviso», así como gran número de instituciones de apoyo mutuo.[328] Pero me apresuro a pasar a Rusia, donde la tendencia al apoyo mutuo asume formas nuevas e inesperadas. Además, examinando la comuna aldeana en Rusia, tenemos la ventaja de poseer una enorme cantidad de material llevado a cabo por algunos *zemstvos* (concejos campesinos) que abarcan una población de casi veinte millones de campesinos de diferentes partes de Rusia.[329]

---

327 Véase el apéndice XVIII.

328 Para la península balcánica, véase Laveleye, *Propiété primitive*.

329 Los hechos relativos a la comuna rural, contenidos en casi un centenar de tomos (de un total general de 450) de estas investigaciones, fueron clasificados y expuestos en el excelente trabajo de «V. V.», *La comuna campesina*, San Petersburgo, 1892, insertado en *Resumen de la investigación económica de Rusia, según los datos de la estadística territorial*, t. II. Aparte de su importancia teórica, este artículo contiene gran número de datos relativos a esta cuestión, en la que el

De la enorme cantidad de datos reunidos por los censos rusos se pueden extraer dos importantes conclusiones. En la Rusia central, donde una tercera parte de la población campesina, si no más, fue arrastrada a la ruina por los impuestos gravosos, los pequeños y defectuosos *nadiely* —tierra concedida a los campesinos emancipados por sus antiguos amos—, el elevado arriendo y los altos impuestos después de pérdidas completas de cosechas, se hizo evidente durante los primeros veinticinco años de la emancipación de los campesinos una marcada tendencia a establecer la propiedad personal de la tierra dentro de las comunas aldeanas. Muchos campesinos empobrecidos (los llamados «sin caballos») abandonaron sus tierras, que a menudo pasaron a ser propiedad de los campesinos más ricos (los cuales, dedicados al comercio, poseían fuentes suplementarias de ingresos), o bien cayeron en manos de comerciantes extraños que compraban tierras principalmente con objeto de arrendarlas luego a los mismos campesinos a precios desproporcionadamente elevados. Se debe observar también que, debido a una omisión en la Ley de Emancipación de 1861, se ofrecían grandes facilidades para acaparar las tierras de los campesinos a muy bajo precio,[330] y que los funcionarios del Estado utilizaban su poderosa influencia en favor de la propiedad privada y contra la propiedad comunal.

Sin embargo, a partir de la década de 1880 comenzó también una fuerte oposición en la Rusia central contra la propiedad priva-

---

problema de la comuna aldeana moderna salió por primera vez del dominio de las conclusiones generales y fue colocada convenientemente en el terreno firme de los hechos fidedignos y detallados.

330 El rescate debía ser abonado por medio de cuotas anuales, durante cuarenta y nueve años. Con el paso del tiempo, cuando la mayor parte del rescate había sido pagado se hacía más fácil abonar la parte restante, y puesto que se permitía rescatar personalmente cada *nadiel*, los comerciantes aprovechaban para comprar la tierra a mitad de precio a los campesinos arruinados. Posteriormente fue dictada una ley que prohibía tales compras, pero después fue derogada, y bajo Stolypin se tomaron medidas decisivas para desarraigar definitivamente a la comuna.

da de la tierra, y los campesinos que ocupaban una posición intermedia entre los ricos y los pobres hicieron grandes esfuerzos para mantener las comunas. En cuanto a las fértiles estepas del sur, que son las partes de la Rusia europea actualmente más pobladas y ricas, fueron principalmente colonizadas durante el siglo XIX bajo el sistema de la propiedad privada o la usurpación apoyada por el Estado. Pero desde que en la Rusia del sur fueron introducidos métodos mejorados de agricultura con ayuda de las máquinas, los campesinos propietarios de algunos lugares comenzaron por sí mismos a pasar de la propiedad privada a la comunal, de modo que ahora en este granero de Rusia se pueden hallar, según parece, una cantidad bastante importante de comunas aldeanas creadas libremente y de origen muy reciente.[331]

Crimea y la parte del continente situada al norte de ella (la provincia de Táurida), de las cuales tenemos datos detallados, pueden servir para ilustrar de manera excelente este movimiento. Después de su anexión a Rusia en el año 1783, esta localidad comenzó a ser colonizada por emigrantes de la gran Rusia, la pequeña Rusia y la Rusia blanca —cosacos, hombres libres y siervos fugitivos— que afluían aisladamente o en pequeños grupos desde todos los rincones de Rusia. En un principio se dedicaron a la ganadería y más tarde, cuando comenzaron a arar la tierra, cada uno araba cuanto le permitían sus fuerzas. Pero cuando debido al prolongado aflujo de colonos y a la introducción de los arados perfeccionados, aumentó la demanda de tierras, agrias rivalidades surgieron entre los colonos. Las disputas se prolongaron durante años hasta que estos hombres, no ligados antes por ningún vínculo mutuo, llegaron gradualmente a concebir la idea de que era necesario poner fin a las discordias introduciendo la propiedad comunal de la tierra. Entonces comenzaron a concertar acuerdos según los cuales la tierra que

331 En *Krestiánskaya obschina (Comuna Campesina)*, San Petersburgo, 1892, «V. V.», agrupó los hechos referentes a este movimiento.

habían poseído hasta entonces de modo individual pasaba a ser de propiedad comunal; e inmediatamente después comenzaron a dividir y a repartir esta tierra según las costumbres establecidas en las comunas aldeanas. Este movimiento fue gradualmente adquiriendo grandes proporciones, y en un territorio relativamente pequeño, las estadísticas de Táurida hallaron ciento sesenta y una aldeas en las que la posesión comunal había sido introducida por los mismos campesinos en reemplazo de la propiedad privada, principalmente entre los años 1855 y 1885. De este modo, los colonos elaboraron libremente los tipos más variados de comuna aldeana.[332] Lo que añade todavía un especial interés a este paso de la posesión personal de la tierra a la comunas es que se realizó no solo entre los grandes rusos, acostumbrados a la vida comunal, sino también entre los pequeños rusos que bajo el dominio polaco hacía mucho tiempo habían olvidado la comuna, así como entre los griegos y búlgaros y hasta los alemanes, quienes ya hacía tiempo habían conseguido elaborar en sus florecientes colonias semiindustriales del Volga un tipo especial de comuna aldeana.[333] Evidentemente, los tártaros musulmanes de la provincia de Táurida continuaron poseyendo la tierra según el derecho común musulmán que permite solo una limitada posesión personal de tierra; pero aun entre ellos se im-

---

332 En algunos casos procedieron a actuar con extraordinaria prudencia. En una aldea comenzaron con el traspaso de todos los prados al dominio comunal, y solo una parte insignificante de los campos arables (alrededor de dos hectáreas por alma) fue hecha común: el resto de la tierra arable continuó siendo propiedad privada. Más tarde, en los años 1862-1864, este sistema fue ampliado, pero solo en 1884 todas las tierras pasaron a ser de dominio comunal («V. V.», *La comuna campesina*, págs. 1-14).

333 Sobre la comuna aldeana entre los menonitas véase A. Klaus: *Nashi Kolonii*, San Petersburgo, 1869. Cuando en 1897 visité a nuestros menonitas, que habían emigrado al Canadá después de la introducción del servicio militar en Rusia, hallé que estas colonias, que constituían la parte más rica de la provincia de Manitoba, vivían en aldeas de tipo ruso y conservaban enteramente el dominio comunal de la tierra.

plantó en algunos casos la comuna aldeana europea. En cuanto a las otras nacionalidades que pueblan la provincia de Táurida, la posesión privada fue suprimida en seis aldeas estonas, dos griegas, dos búlgaras, una checa y una alemana.

Este movimiento de retorno a la posesión comunal de la tierra es característico de las fértiles estepas del sur. Pero ejemplos aislados del mismo se pueden encontrar también en la pequeña Rusia. Así, en algunas aldeas de la provincia de Chernigov, los campesinos eran propietarios privados de la tierra, tenían documentos legales individuales de sus parcelas y disponían libremente de la tierra, dándola en arriendo o dividiéndola. Pero en 1850 se inició entre ellos un movimiento en favor de la posesión comunal, cuyo principal argumento fue el aumento del número de familias empobrecidas. Este movimiento se inició en una aldea, a la que siguieron otras, y el último caso citado por «V. V.» se remonta al año 1882. Naturalmente, se originaron choques entre los campesinos pobres que exigían el paso a la posesión comunal y los ricos, que ordinariamente prefieren la propiedad privada, y en ocasiones la lucha se prolongó durante años enteros. En algunas localidades la resolución unánime de toda la comuna, exigida por la ley para el paso a la nueva forma de posesión de la tierra, no pudo ser alcanzada, y la aldea se dividió en dos partes: una continuaba con la posesión privada de la tierra y la otra pasaba a la comunal. A veces se fundían más tarde en una sola comuna y a veces quedaban así, cada cual con su forma de posesión de la tierra.

En cuanto a Rusia central, en muchas aldeas cuya población se inclinaba a la posesión privada surgió desde el año 1880 un movimiento de masas en favor del restablecimiento de la comuna aldeana. Hasta los campesinos propietarios, que habían vivido durante años bajo el sistema de posesión personal de la tierra, volvían en masa al orden comunal. Así, existe una cantidad importante de antiguos siervos que solo han recibido una cuarta parte de los lotes asignados, pero los han recibido libres de cargas y con títulos de

propiedad privada. En el año 1890, se inició entre ellos un movimiento (en las provincias de Kursk, Riazán, Tambov y otras) cuya finalidad era poner en común sus parcelas sobre la base de la posesión comunal. «Los agricultores libres» que fueron emancipados de la servidumbre por la ley de 1803 y que *compraron* sus *nadiely* por separado, han pasado casi todos al sistema comunal libremente introducido por ellos. Todos estos movimientos datan de una época muy reciente, y en ellos participan también los campesinos de otras nacionalidades. Así por ejemplo los búlgaros del distrito de Tiráspol, que poseyeron la tierra durante sesenta años bajo régimen de propiedad privada, introdujeron la posesión comunal entre los años 1876 y 1882. Los menonitas alemanes del distrito de Berdiansk lucharon en el año 1890 por la introducción de la posesión comunal, y los pequeños campesinos-propietarios (*Kleinwirthschaftliche*) entre los baptistas alemanes hicieron propaganda en sus aldeas para la adopción de la misma medida. Un ejemplo más para concluir: en la provincia de Samara, el gobierno ruso creó en el año 1840, a modo de ensayo, ciento tres aldeas bajo el régimen de posesión privada de la tierra. Cada jefe de familia recibió un excelente *nadiel* de cuarenta y dos hectáreas. En el año 1890, en setenta y dos aldeas de estas ciento tres, los campesinos expresaron su deseo de pasar a la posesión comunal. Tomo todos estos hechos del excelente trabajo de «V. V.», quien a su vez se limitó a clasificar los que las estadísticas territoriales señalaron durante los censos por hogar anteriormente citados.

Tal movimiento en favor de la posesión comunal va directamente en contra de las teorías económicas modernas según las cuales el cultivo intensivo de la tierra es incompatible con la comuna aldeana. Pero lo más amable que se puede decir de estas teorías es que nunca pasaron la prueba de la experiencia práctica: pertenecen enteramente al dominio de la metafísica política. Los hechos que tenemos ante nuestros ojos demuestran por el contrario que en todas partes donde los campesinos rusos, gracias

al concurso de circunstancias favorables, fueron menos afectados por la miseria, y allí donde hallaron entre sus vecinos hombres experimentados y con iniciativa, la comuna aldeana se convertía en el mejor medio para introducir las diferentes mejoras necesarias en la agricultura y en la vida de la comunidad. Aquí, como en todas partes, la ayuda mutua conduce al progreso más rápidamente y mejor que la guerra de cada uno contra todos, como podrá comprobarse en los hechos que se relatarán a continuación. Podemos ver (apéndice XVI) que los campesinos ingleses de nuestro tiempo, allí donde la comuna se conservó intacta, convirtieron el campo de barbecho en campos de leguminosas y tuberosas. Lo mismo empieza a hacerse también en Rusia.

Bajo Nicolás I, muchos funcionarios del Estado y terratenientes obligaban a los campesinos a introducir el cultivo comunal en las pequeñas parcelas que pertenecían a la aldea con el fin de llenar los depósitos comunales de grano. Tales cultivos, que en el espíritu de los campesinos están unidos a los peores recuerdos de la servidumbre, fueron abandonados después de la caída del régimen servil, pero ahora los campesinos comienzan a establecerlos por iniciativa propia en algunas zonas. En el distrito de Ostrogozhsk, en la provincia de Kursk, fue suficiente la iniciativa de una única persona para introducir tales cultivos en las cuatro quintas partes de las aldeas del distrito. Lo mismo se observa también en muchas otras localidades. En el día fijado, los comuneros se reúnen para el trabajo: los ricos con arados o carros, y los más pobres aportando sus propias manos al trabajo común. Pero no se hace intento alguno de calcular cuánto trabaja cada uno. Luego, lo recaudado por el cultivo comunal es destinado a préstamo para los comuneros más pobres —la mayoría de las veces sin devolución—, o bien se utiliza para mantener a los huérfanos y viudas, reparar la iglesia o la escuela, o para el pago de cualquier deuda de la comuna.[334]

---

334 Existen cultivos semejantes, que nosotros sepamos, en 159 aldeas, de las 195 del

Todos los trabajos que entran, por así decirlo, en la rutina de la vida de la aldea (la reparación de caminos y puentes, la construcción de diques y caminos de fajina, la desecación de pantanos, los canales de riego y pozos, la tala de bosques, la plantación de árboles, etc.) son realizados por toda la comuna; lo mismo que a menudo la tierra se arrienda en común y los prados son segados por todo el *mir*. Los ancianos y los jóvenes, los hombres y las mujeres, van todos al trabajo tal y como ha descrito magníficamente Tolstói, y como es de esperar de todos aquellos que viven bajo un sistema de propiedad comunal.[335] Tal género de trabajo es algo cotidiano en toda Rusia. Pero la comuna aldeana no elude en modo alguno las mejoras de la agricultura moderna cuando puede hacer frente a los gastos correspondientes y cuando el conocimiento, que ha sido hasta hace poco privilegio de los ricos, penetra por fin en la choza de la aldea.

Hemos indicado ya que los arados perfeccionados se extienden rápidamente en el sur de Rusia, y está probado que en muchos casos las comunas aldeanas cooperaron en esta difusión. Sucedía a menudo que cuando el arado era comprado por la comuna, después de probarlo en la parcela de la tierra comunal los campesinos indicaban los cambios necesarios a aquellos a quienes habían comprado el arado; o incluso ellos mismos se prestaban ayuda para organizar la producción artesana de arados más baratos. En el distrito de Moscú, donde la compra de arados por los campesinos se extendió rápidamente, el impulso fue dado por

distrito de Ostrogozhsk. En 150 de las 188 aldeas del distrito de Slavianosiérbsk, en 107 comunas aldeanas del distrito de Alexandrovsk, en 93 del distrito de Nicoláievsk y en 35 del distrito de Elisabetgrad. En una colonia alemana, el cultivo comunal se efectúa para el pago de la deuda de la comuna, y todos trabajan a pesar de que la deuda fue contraída solamente por 94 jefes de familia de los 115.

335 Véase la enumeración de tales trabajos, hechos en común, y observados por las estadísticas territoriales en la obra de «V. V.»: *La comuna campesina*, págs. 459-600.

aquellas comunas que arrendaban la tierra en común con el fin de mejorar sus cultivos.

En el nordeste de Rusia, en la provincia de Viatka, pequeñas asociaciones de campesinos que viajaban con sus aventadoras (fabricadas por los artesanos de uno de los distritos en que abundaba el hierro) extendieron el uso de estas máquinas también a las provincias vecinas. La amplia difusión de las trilladoras en las provincias de Samara, Sarátov y Jersón es el resultado de la actividad de las asociaciones de campesinos que pueden comprar una máquina cara mientras que al campesino aislado le resulta imposible. Y mientras que en casi todos los tratados económicos se afirma que la comuna aldeana está condenada a desaparecer cuando el sistema de tres amelgas es reemplazado por el cultivo rotativo, observamos que en Rusia muchas comunas aldeanas han tomado la iniciativa de introducir este mismo sistema de cultivo rotativo, y que lo mismo ha sucedido en Inglaterra. Pero antes de pasar a él, los campesinos habitualmente reservan una parte de los campos comunales para efectuar ensayos de siembra artificial de pastos con semillas compradas por el *mir*.[336] Si el ensayo tiene éxito, los campesinos no encuentran impedimento en hacer una nueva repartición de los campos y pasar a la economía de cuatro, cinco y aun seis amelgas.

Este sistema se practica ahora en *cientos* de aldeas de las provincias de Moscú, Tver, Smolensk, Viatka y Pskov.[337] Y allí donde

---

336 En la provincia de Moscú el ensayo generalmente se hace en el campo reservado para el cultivo comunal arriba mencionado.

337 Algunos ejemplos de estas mejoras y otras similares fueron citados en *El Mensajero Oficial* (*Pravitilnyi Vèstnik*) (1894, números 256-258). Empiezan a encontrarse asociaciones entre los «sin caballo» también en Rusia meridional. Constituye otro hecho extraordinariamente interesante el desarrollo súbito, en la Siberia suroccidental, de numerosas cooperativas de lechería para la producción de manteca; centenares de esas cooperativas surgieron en las provincias de Tobolsk y Tomsk, y al principio no se podía determinar quién fue el iniciador. La iniciativa perteneció, según parece, a las cooperativas danesas que habitualmente expor-

el posible separar cierta cantidad de tierra las comunas reservan parcelas para el cultivo de frutales.

Además, las comunas emprenden a menudo constantes mejoras, por ejemplo en el drenaje y la irrigación. Así por ejemplo, en tres distritos de la provincia de Moscú de carácter marcadamente industrial, durante toda una década (1880-1890) se efectuaron trabajos de drenaje a gran escala en entre ciento ochenta y doscientas aldeas diferentes, y los comuneros mismos trabajaron con el pico. En el otro extremo de Rusia, en las estepas áridas del distrito de Novouzen, más de mil diques para estanques y fosos fueron construidos por la comuna, y fueron excavados algunos centenares de pozos profundos. Al mismo tiempo, en una rica colonia alemana del sureste de Rusia, los comuneros —hombres y mujeres sin distinción— trabajaron cinco semanas consecutivas en la construcción de un dique de tres kilómetros de largo destinado al riego. Y es que ¿cómo podrían luchar contra el clima seco los hombres aislados? ¿A dónde podrían llegar únicamente con el esfuerzo personal en aquella época en que el sur de Rusia sufría por la plaga de marmotas, y todos los agricultores, ricos y pobres, comuneros e individualistas, tuvieron que ponerse manos a la obra para conjurar esa calamidad? Llamar a la policía no sirve de nada en tales circunstancias, y el único remedio posible es la asociación.

Como es sabido, bajo el reinado de Nicolás II el ministro Stolypin hizo una tentativa a gran escala para destruir la posesión comunal de la tierra y trasladar a los campesinos a parcelas de granjas separadas. Mucho esfuerzo y mucho dinero del Estado fue

---

taban su propia manteca, de elevada calidad, y que para el consumo doméstico compraban manteca siberiana, de clase inferior. Después de algunos años de relaciones comerciales, introdujeron las cooperativas lecheras en Siberia. Ahora, gracias a sus esfuerzos, surgió de estas empresas una importante rama de la producción, que alcanzó, antes de la guerra, las 90.090 toneladas, de las cuales 81.900 iban a la exportación: parte a la Rusia europea y el resto (70.434 toneladas) al exterior.

gastado en este plan que según parece tuvo éxito en algunas provincias, especialmente en Ucrania. Pero la guerra y la revolución que siguió sacudieron tan profundamente toda la vida de la aldea que en el momento presente es imposible dar una idea precisa sobre los resultados de esta campaña del Estado contra la comuna.

Y AHORA, después de haber hablado tanto de la ayuda y del apoyo mutuos practicados por los agricultores de los países «civilizados», veo que podría aún llenar un tomo bastante voluminoso con ejemplos tomados de la vida de los centenares de millones de hombres que aun viviendo bajo la autoridad o la protección de Estados más o menos civilizados continúan ellos mismos fuera de la civilización y de las ideas modernas. Podría describir por ejemplo la vida interior de la aldea turca, con su red de asombrosos hábitos y costumbres de ayuda mutua. Consultando mis cuadernos de apuntes con respecto a la ayuda campesina del Cáucaso, hallo hechos muy conmovedores de apoyo mutuo. Los mismos hábitos hallo en mis notas sobre la *djemmâa* árabe, la *purra* afgana, las aldeas de Persia, India y Java, la familia extensiva de los chinos, los seminómadas del Asia Central y los nómadas del lejano norte. Consultando las notas, tomadas en parte al azar, de la riquísima literatura sobre África, encuentro que están llenas de hechos similares; aquí también se convoca a la «ayuda» para recoger la cosecha; las casas también se construyen entre todos los habitantes de la aldea (a veces para reparar el estrago ocasionado por las incursiones de bandidos «civilizados»); pueblos enteros se prestan ayuda en la desgracia o bien protegen a los viajeros, etc. Y cuando recurro a trabajos como el compendio del derecho común africano hecho por Post, empiezo a comprender por qué, a pesar de toda la tiranía, las opresiones, los saqueos y las incursiones, a pesar de las guerras internacionales, los reyes antropófagos, los hechiceros charlatanes y los sacerdotes, a pesar de los cazadores de esclavos, etc., la población

de estos países no se ha extinguido sino que incluso ha conservado un determinado grado de civilización. E igualmente empiezo a comprender por qué estos «salvajes» siguieron siendo, a pesar de todo, hombres, y no descendieron al nivel de familias errantes como los orangutanes. El caso es que los cazadores de esclavos europeos y americanos, los ladrones de marfil, lo reyes belicosos y los «héroes» matabeles y malgaches desaparecen dejando tras de sí únicamente huellas marcadas con sangre y fuego; pero el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua creadas primero por la tribu y luego por la comuna aldeana permanece y mantiene a los hombres unidos en sociedades abiertas al progreso de la civilización y prestas a aceptarla cuando llegue el día en que, en lugar de balas y aguardiente, comiencen a recibir de nosotros la verdadera civilización.

Lo mismo puede decirse de nuestro mundo civilizado. Las calamidades naturales y las provocadas por el hombre pasan. Poblaciones enteras son periódicamente reducidas a la miseria y al hambre; las fuentes de la vida son despiadadamente aplastadas en millones de hombres reducidos al pauperismo de las ciudades; el pensamiento y los sentimientos de millones de seres humanos están emponzoñados por doctrinas urdidas en interés de unos pocos. Todos estos fenómenos constituyen sin duda una parte de nuestra existencia. Pero el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua continúa existiendo en millones de hombres. Este núcleo los une, y los hombres prefieren aferrarse a esos hábitos, creencias y tradiciones antes que aceptar la doctrina de una guerra de cada uno contra todos ofrecida en nombre de una pretendida ciencia que en realidad no tiene nada que ver con la ciencia.

CAPÍTULO VIII

La ayuda mutua en la sociedad moderna

(continuación)

Crecimiento de las uniones obreras después de la destrucción de los gremios por el Estado — Su lucha — La ayuda mutua en las huelgas — La cooperativa — Uniones libres con diferentes fines — Espíritu de sacrificio — Las innumerables sociedades para la acción común con toda clase de fines — La ayuda mutua entre la población más pobre de las ciudades — La ayuda personal

OBSERVANDO LA VIDA COTIDIANA de la población rural de Europa comprobamos que, a pesar de todos los esfuerzos de los Estados modernos para destruir la comuna aldeana, la vida de los campesinos está atravesada por hábitos y costumbres de ayuda y apoyo mutuo. Hemos visto que se han conservado hasta ahora restos de la posesión comunal de la tierra; que esta se encuentra ampliamente difundida; y que apenas fueron suprimidos los obstáculos legales a la asociación rural una gran red de asociaciones libres con fines económicos surgió por todas partes entre los campesinos. Este joven movimiento demuestra la tendencia a restablecer un género determinado de unión semejante a la que existía desde antiguo en la comuna aldeana. Tales fueron las conclusiones a las que llegamos en el capítulo precedente; y por eso nos toca ahora examinar las instituciones de apoyo mutuo que se forman en la época presente entre la población industrial.

Durante los tres últimos siglos, las condiciones para la elaboración de dichas asociaciones han sido tan desfavorables en las ciudades como en las aldeas. Es sabido que cuando las ciudades medievales fueron sometidas en el siglo XVI al dominio de los por entonces nacientes estados militares, todas las instituciones que asociaban a los artesanos, los maestros y los mercaderes en gremios y en comunas ciudadanas fueron aniquiladas violentamente. La autonomía y la jurisdicción propia, tanto en los gremios como en la ciudad, fueron destruidas; el juramento de fidelidad entre hermanos de los gremios comenzó a ser considerado como una manifestación de traición hacia el Estado; los bienes de los gremios fueron confiscados al igual que las tierras de las comunas aldeanas; y la organización interior y técnica de cada ramo del trabajo cayó en manos del Estado. Las leyes, cada vez más severas, trataban de impedir cualquier tipo de asociación artesana. Durante algún tiempo se permitió la existencia de ciertos restos de los viejos gremios: los gremios comerciales fueron autorizados a existir siempre y cuando otorgaran generosos subsidios a los reyes; y se toleró la existencia de algunos gremios de artesanos a los que se utilizaba como órganos de administración. Algunos de estos gremios todavía arrastran su inútil existencia. Pero lo que antes fue una fuerza esencial de la vida y de la industria medievales, hace mucho que ha desaparecido bajo el peso abrumador del Estado centralizado.

En Gran Bretaña, que puede ser tomada como el mejor ejemplo de la política industrial de los estados modernos, vemos que ya en el siglo XV el Parlamento inició la destrucción de los gremios. Sin embargo, las medidas decisivas no fueron tomadas hasta el siglo siguiente. Enrique VIII no solo destruyó la organización de los gremios sino que en el momento oportuno confiscó sus bienes «con menos escusas y modales —dijo Toulmin Smith— que los que demostró cuando confiscó los monasterios».[338] Eduardo VI

338 Toulmin Smith: *English Guild*, Londres, 1879, introducción, pág. XLIII.

terminó su obra.[339] Y ya en la segunda mitad del siglo XVI hallamos que el Parlamento se encargó de resolver todas las divergencias entre los artesanos y los comerciantes que anteriormente eran resueltas en cada ciudad por separado. El Parlamento y el rey no solo se apropiaron del derecho de legislación en todas estas disputas, sino que teniendo en cuenta los intereses de la corona ligados a la exportación al extranjero, rápidamente comenzaron a determinar el número necesario de aprendices para cada oficio y a regularizar detalladamente la técnica misma de cada producción: el peso del material, el número de hilos por centímetro de tela, etc. Se debe decir, sin embargo, que estas tentativas no tuvieron demasiado éxito, ya que las discusiones y dificultades técnicas de todo tipo que durante siglos fueron resueltas mediante el acuerdo entre los gremios estrechamente unidos y entre las ciudades federadas, escapaban completamente al control del Estado centralizado. La intromisión constante de los funcionarios no permitía a los oficios vivir y desarrollarse, y llevó a la mayoría de ellos a una completa decadencia. Los economistas del siglo XVIII que se rebelaban contra la regulación de la producción por el Estado en realidad no hicieron más que recoger un descontento ampliamente extendido por entonces. La abolición de esta injerencia realizada por la Revolución francesa fue saludada como un acto de liberación, y pronto otros países siguieron su ejemplo.

El Estado no pudo tampoco jactarse de obtener un mayor éxito en la determinación del salario. En las ciudades medievales, cuando en el siglo XV comenzó a agudizarse la distinción entre los

339 La ley de Eduardo VI (la primera ley de su reinado) ordenaba entregar a la corona «todas las cofradías, hermandades y gremios que se encuentran en los límites de Inglaterra, Gales y otros dominios del rey, y también todos los dominios, tierras, arriendos y otras heredades pertenecientes a ellos o a uno de ellos» (*English Guild*, introducción, pág. XLIII). Véase también, Ochenkowski: *Englands wirtschaftliche Entwicklung im Ausgange des Mittelalters*, Jena, 1879, caps. II-V.

maestros y sus oficiales o jornaleros, los oficiales opusieron sus uniones (*Gesellenverbände*), que a veces tenían carácter internacional, a las uniones de maestros y comerciantes. Entonces el Estado se encargó de resolver las discusiones, y según el estatuto de Isabel de 1563 la obligación de establecer la proporción del salario se confirió a los jueces de paz con el fin de que aseguraran una existencia «decorosa» para jornaleros y aprendices. Los jueces de paz, sin embargo, resultaron completamente impotentes para conciliar los intereses opuestos de amos y obreros, y no consiguieron obligar a los maestros a someterse a la resolución judicial. Así, la ley sobre los salarios se convirtió poco a poco en letra muerta, y fue derogada al final del siglo xviii.

Pero al mismo tiempo que el Estado se vio obligado a renunciar a establecer el salario, continuó prohibiendo severamente todo género de acuerdo entre los jornaleros y los maestros destinado a mantenerlo o aumentarlo. Durante todo el siglo xviii, el Estado emitió leyes contra las uniones obreras, y en el año 1799 prohibió finalmente todo género de acuerdo de los obreros bajo la amenaza de severos castigos. En realidad, el Parlamento británico solo estaba siguiendo el ejemplo de la Convención revolucionaria francesa, que dictó en 1793 una ley draconiana contra las coaliciones obreras. Los acuerdos entre un determinado número de ciudadanos eran considerados por esta asamblea como un atentado contra la soberanía del Estado que en teoría protegía por igual a todos sus súbditos.

De este modo fue consumada la destrucción de las uniones medievales. Ahora, tanto en la ciudad como en la aldea, el Estado reinaba sobre los grupos de personas aisladas, y estaba dispuesto a prevenir con las medidas más severas todas sus tentativas de restablecer cualquier tipo de unión entre ellos.

Tales fueron las condiciones en que tuvo que abrirse paso la disposición a la ayuda mutua en el siglo xix. ¿Es necesario añadir

que todas estas medidas no pudieron destruir una tendencia que se caracteriza por su vocación de perdurar en el tiempo? Durante todo el siglo XVIII las uniones obreras eran constantemente reconstruidas.[340] Ni siquiera las crueles persecuciones que comenzaron al amparo de las leyes de 1797 y 1799 pudieron detener su nacimiento y desarrollo. Los obreros aprovechaban cada fallo de la vigilancia y cada demora de los maestros en su obligación de informar de la constitución de las uniones para ligarse entre sí. Bajo la apariencia de sociedades amistosas (*friendly societies*), de clubs de entierros o de hermandades secretas, las uniones se extendieron por todas partes: en la industria textil, entre los trabajadores de las cuchillerías de Sheffield, entre los mineros... También se formaron poderosas organizaciones federales para apoyar a las uniones locales durante las huelgas y persecuciones.[341] A principios del siglo XIX, después de la conclusión de la paz de 1815, se produjeron gran cantidad de revueltas obreras que obligaron a derogar definitivamente las leyes de 1797 y 1799.

En 1825, la derogación de las leyes contra las coaliciones [*Combination Laws*] dio un nuevo impulso al movimiento. En todas las ramas de producción se organizaron inmediatamente uniones y federaciones nacionales,[342] y cuando Robert Owen comenzó la organización de su Gran Unión Nacional Consolidada de Sindicatos, en pocos meses reunió a medio millón de miembros. No obstante,

---

340 Véase Sidney y Beatrice Webb: *History of Trade-Unionism*, Londres, 1894, págs. 21-38.

341 Véase en la obra de Sidney Webb sobre las uniones de aquella época. Se supone que los artesanos londinenses de 1810-1820 estaban mejor organizados que nunca.

342 La Asociación Nacional para la protección del trabajo incluía en su organización alrededor de ciento cincuenta uniones distintas, que pagaban cuotas cuantiosas y sumaban en conjunto cerca de cien mil miembros. Las uniones de los obreros de la construcción y de los mineros de carbón también eran organizaciones importantes (Webb, obra citada, pág. 107).

este período de relativa libertad duró poco. Las persecuciones comenzaron de nuevo en 1830, y en el intervalo entre 1832 y 1844 se produjeron condenas judiciales feroces contra las organizaciones obreras, con destierro a trabajos forzados a Australia. La Gran Unión Nacional de Owen fue disuelta, y este hubo de renunciar a sus intentos de crear una Unión Internacional, es decir, a la Internacional. Por todo el país, tanto las empresas particulares como el Estado en sus talleres, comenzaron a obligar a sus obreros a romper todos los lazos con las uniones y a firmar una renuncia explícita a asociarse conocida como *the document*. Los unionistas fueron perseguidos en masa y detenidos mediante la ley «sobre los amos y sus sirvientes», en virtud de la cual la simple declaración del patrono de la fábrica sobre la supuesta mala conducta de sus obreros era suficiente para arrestarlos en masa y juzgarlos.[343]

Las huelgas fueron sofocadas del modo más despótico, y fueron pronunciadas condenas increíblemente severas simplemente por haber convocado una huelga o por participar como delegado en ella, sin hablar ya de las represiones por vía militar de los más pequeños desórdenes, o de los juicios que seguían a las frecuentes manifestaciones de violencia de diverso tipo por parte de los obreros. La práctica de la ayuda mutua, bajo tales circunstancias, estaba lejos de ser sencilla. Y sin embargo, a pesar de todos aquellos obstáculos de cuyas proporciones nuestra generación ni siquiera puede hacerse una idea, ya desde el año 1841 comenzó el renacimiento de las uniones obreras, y la asociación de los obreros se ha prolongado incansablemente hasta el presente. Finalmente, después de una larga lucha que duraba ya más de cien años, fue conquistado el derecho de pertenecer a las uniones. En el año 1900 casi una cuarta parte de los trabajadores que tenían

343 Me guío aquí por la obra de Webb, que aporta abundante documentación, a pesar de que debo añadir que los conocedores del movimiento obrero no aceptan todas sus conclusiones como correctas.

ocupación fija, es decir, alrededor de 1.500.000 hombres, pertenecían a las uniones obreras (*trade unions*),[344] y en la actualidad este número casi se ha triplicado.

En cuanto a los demás Estados europeos, baste decir que hasta épocas muy recientes todo género de uniones era perseguido como conspiración; en Francia, la formación de las uniones (sindicatos) con más de diecinueve miembros no fue permitida por la ley hasta 1884. Pero a pesar de esto, las uniones obreras existían por doquier, si bien a menudo debían tomar la forma de sociedades secretas. Al mismo tiempo, la difusión y la fuerza de las organizaciones, en especial la de los «Caballeros del trabajo» en los Estados Unidos y la de las uniones obreras de Bélgica, se manifestó claramente en las huelgas de 1890.

Sin embargo, es necesario recordar que el hecho mismo de pertenecer a una unión obrera, además de las posibles persecuciones, exige del obrero sacrificios importantes en dinero, tiempo y trabajo no remunerado, y que igualmente implica un riesgo constante de perder el trabajo por el mero hecho de pertenecer a la

---

344 Desde 1840 se produjeron grandes cambios en las relaciones de las clases más acomodadas con las uniones obreras. Sin embargo, ya en el año 1860 los empleadores trataron de aplastar a las uniones por las buenas o por las malas, privando de trabajo a la población de distritos enteros. Hasta el año 1860, la simple decisión de ir a la huelga y su declaración por medio de pasquines, sin hablar ya de la acción de «disuadir a los trabajadores» para que se unieran a ella, se penaba muy a menudo como una «intimidación a la población pacífica». La ley «sobre los patronos y sus servidores» fue derogada solamente en 1875 (año en que se dejó penar como delito el acto de disuadir pacíficamente a los trabajadores que iban al trabajo durante una huelga declarada) y la «violencia e intimidación» durante las huelgas cayó bajo el dominio del derecho común. Por otra parte, durante la gran huelga de los trabajadores de los *docks*, en 1887, hubo de gastarse el dinero recaudado en apoyo de la huelga en defensa del derecho de *pieckeTing* (disuadir de ir al trabajo). Por último, las persecuciones de 1900-1910, iniciadas por el gobierno conservador que lleva veinte años en el poder en Inglaterra, amenazan reducir a la nada todos los derechos conquistados, puesto que los tribunales han comenzado a condenar a uniones obreras enteras a pagar de sus cajas las pérdidas (a veces de millones) sufridas por los patronos durante la huelga.

unión.[345] Además, el unionista tiene que enfrentar continuamente la posibilidad de huelga, y la cruda realidad de la huelga es que cuando se ha agotado el limitado crédito que da el panadero y el prestamista, lo que recibe por la caja de resistencia no alcanza para alimentar a la familia, y el hambre pronto hace mella en sus propios hijos. Para los hombres que viven en estrecho contacto con los obreros, una huelga prolongada constituye uno de los espectáculos que más oprimen el corazón. Así, lo que significaba una huelga hace cuarenta años en Inglaterra, y lo que sigue significando en todos los países de Europa, excepto en los más ricos, puede entenderse mejor. Continuamente, aun en la época presente, la huelga termina con la ruina completa y la emigración forzosa de casi toda la población de la localidad. El fusilamiento de los huelguistas por la menor causa, e incluso sin causa alguna, sigue siendo un fenómeno corriente en la mayoría de los Estados europeos.[346]

Y sin embargo cada año, en Europa y América, se producen miles de huelgas y despidos en masa, y las llamadas huelgas «por simpatía», provocadas por el deseo de los trabajadores de apoyar a los compañeros despedidos del trabajo o bien para defender los derechos de sus uniones, son las que más destacan por su duración y severidad. Pero mientras la prensa reaccionaria suele expli-

345 En Inglaterra, la cuota semanal de seis peniques para un salario de dieciocho chelines semanales, o la de un chelín para un salario de veinticinco chelines semanales significan considerablemente más de nueve libras sobre un ingreso anual de trescientos. Para pagar semejante cuota el obrero tiene que descuidar la alimentación de su familia, y en caso de huelga de una unión de camaradas, la cuota llega a duplicarse. La buena representación gráfica de la vida del sindicalista, hecha por un obrero de fábrica y publicada en el libro ya citado del señor y la señora Webb (páginas 431 y ss.) permite hacerse una idea clara del trabajo que se exige al miembro de una unión obrera inglesa.

346 Véase, por ejemplo, los debates en el Reichstag de Austria sobre la huelga en Falkenau del 10 de mayo de 1894. Durante estos debates tanto el Ministerio como el dueño de las minas reconocieron casos de un género semejante. Véase también la prensa inglesa de aquella época.

car tales huelgas como una «intimidación», los hombres que viven entre huelguistas hablan con admiración de la ayuda y el apoyo mutuo practicado entre ellos. Probablemente, muchos han oído hablar del trabajo colosal realizado por los trabajadores voluntarios para organizar la ayuda y la distribución de comida durante la gran huelga de los obreros de los muelles de Londres en la década de 1880; o de los mineros que, habiendo estado sin trabajo durante semanas enteras, en cuanto regresaron al trabajo volvieron a pagar cuatro chelines por semana al fondo de huelga; o de la viuda del minero que durante los disturbios obreros de Yorkshire, en 1894, aportó todos los ahorros de su difunto esposo al fondo de huelga; o de cómo durante la huelga los vecinos se repartían siempre el último trozo de pan; o de los mineros de Radstock, que poseían vastos huertos e invitaron a cuatrocientos camaradas de Bristol a llevarse gratuitamente coles, patatas, etc. Todos los corresponsales de los diarios, durante la gran huelga de los mineros de Yorkshire, en 1894, conocían un sinfín de hechos semejantes, pero no podían informar de semejantes «minucias» en sus respetables diarios.[347]

El unionismo no constituye, sin embargo, la única forma en que se encauza la necesidad de ayuda mutua del obrero. Además de las uniones obreras existen las asociaciones políticas, cuya acción, según consideran muchos obreros, conduce mejor al bienestar público que las uniones profesionales que en la actualidad suelen limitarse a sus fines específicos. Naturalmente, no es posible considerar el simple hecho de pertenecer a una corporación política como una manifestación de la tendencia a la ayuda mutua. La política, como es sabido, constituye precisamente el campo donde los elementos más egoístas de la sociedad entran en las más complicadas combinaciones con los hombres más altruistas. Pero todo político experimentado sabe que todos los grandes movimientos

347 La información sobre muchos hechos semejantes se puede encontrar en *Daily Chronicle*, y, en parte, en *Daily News*, octubre y noviembre de 1894.

políticos surgieron a partir de objetivos amplios y a menudo lejanos, y los más poderosos de estos movimientos fueron precisamente aquellos que provocaron el entusiasmo más desinteresado.

Todos los grandes movimientos históricos tenían este carácter, y el socialismo brinda a nuestra generación un ejemplo de este tipo. Aquello de que «es obra de agitadores a sueldo» es sin duda la consigna de los que no saben nada de estos movimientos. En realidad —y hablo solo de hechos que conozco personalmente— si durante los últimos treinta y cinco años hubiera llevado un diario y hubiera anotado en él todos los ejemplos de abnegación y sacrificio con que he tropezado en el movimiento socialista, la palabra «heroísmo» no abandonaría nunca los labios del lector. Pero los hombres acerca de los cuales tendría que hablar en él estaban muy lejos de ser héroes; tan solo eran gente corriente inspirada por una gran idea. Todo periódico socialista —y solo en Europa existen varios cientos— repite la misma historia de largos años de sacrificio sin la más mínima esperanza de recompensa, y en la inmensa mayoría de los casos, sin ni siquiera la posibilidad de satisfacción de la ambición personal, en el caso de que la tengan. He visto como familias enteras vivían sin saber si tendrían un trozo de pan al día siguiente al haber sido el esposo boicoteado por su participación en un periódico, y cómo la esposa debía mantener a toda la familia con su trabajo de aguja a veces durante meses o años, hasta que finalmente la agotada familia se retiraba sin una palabra de reproche diciendo a los nuevos compañeros: «Continuad, nosotros ya no tenemos fuerzas para resistir». He visto a hombres que se morían de tisis y lo sabían correr bajo la llovizna helada y la nieve para organizar mítines, les he visto hablar en los mítines hasta pocas semanas antes de su muerte y finalmente, al ir al hospital, decirnos: «Bueno amigos, se acabó para mí: los médicos han decidido que me quedan solo pocas semanas de vida. Decid a los camaradas que me harán feliz si alguno viene a visitarme». Conozco hechos que serían considerados «una fabulación» por mi parte si los refiriera a

mis lectores, y los nombres de estas personas, que apenas son conocidos más allá del círculo de sus amigos, serán pronto olvidados cuando estos también dejen de existir.

De hecho, no sé qué admirar más: si la ilimitada abnegación de estos pocos o la suma total de los pequeños actos de abnegación de las masas tocadas por el movimiento obrero. La venta de cada paquete de números de un diario obrero, cada mitin, cada centenar de votos ganados en favor de los socialistas en las elecciones son el resultado de una masa de energía y de sacrificios tal que los que están fuera del movimiento no pueden hacerse la menor idea. Y así como obran los socialistas, obraba en el pasado todo partido popular y progresista, político y religioso. Todo el progreso realizado en el pasado fue el resultado de un trabajo y una abnegación semejantes.

A menudo, especialmente en Gran Bretaña, el cooperativismo es presentado como un «individualismo por acciones», y es indudable que en su aspecto presente puede contribuir a desarrollar el egoísmo no solamente con respecto a la sociedad general, sino entre los mismos cooperativistas. Sin embargo, es sabido que al principio este movimiento tenía un marcado carácter de ayuda mutua. Aun en la época presente, los más ardientes partidarios de dicho movimiento están firmemente convencidos de que la cooperación conducirá a la humanidad a una forma superior y más armoniosa de relaciones económicas; y después de haber estado en algunas localidades del norte de Inglaterra donde el cooperativismo está muy desarrollado, es imposible no llegar a la conclusión de que un número importante de los participantes de este movimiento sostienen la misma opinión. La mayoría de ellos perdería todo interés en el movimiento cooperativo si perdiera esta fe. Es necesario decir también que en los últimos años han comenzado a evidenciarse entre los cooperativistas ciertos ideales más amplios de bienestar público y de solidaridad entre los productores. Igualmente, no se puede negar la inclinación manifes-

tada en ellos por mejorar las relaciones entre los propietarios de las cooperativas y sus obreros.

La importancia del cooperativismo en Inglaterra, Holanda y Dinamarca es bien conocida, y en Alemania, especialmente en el Rin, las sociedades cooperativas son ya una fuerza poderosa de la vida industrial.[348] Pero quizá Rusia constituya el mejor campo para el estudio del cooperativismo en su infinita variedad de formas. En Rusia, la cooperativa, es decir, el *artel*, creció de forma natural; fue una herencia de la Edad Media y mientras la sociedad cooperativa constituida oficialmente habría tenido que luchar contra un cúmulo de dificultades legales y contra la suspicacia de la burocracia, la forma de cooperativa no oficial —el *artel*— constituye la esencia misma de la vida campesina rusa. Toda la historia de la «creación de Rusia» y la colonización de Siberia es en realidad la historia de los *arteles* o gremios de cazadores y de industriales, inmediatamente después de los cuales se extendieron las comunas aldeanas. En la actualidad podemos encontrar el *artel* por todas partes: en cada grupo de campesinos de una misma aldea que va a ganarse la vida a la fábrica, en todos los oficios de la construcción, entre los pescadores y cazadores, entre los presos que viajan o residen ya en Siberia, entre los mozos de cuerda de los ferrocarriles, los agentes de cambio o los obreros de la aduana, en muchas de las industrias los artesanos (que dan trabajo a siete millones de hombres), etc. En una palabra, de una punta a otra del mundo del trabajo, hallamos *arteles*: permanentes y temporales, para la producción o el consumo y en todas las formas posibles. Hasta nuestros días las secciones de las pesquerías, en los ríos que afluyen al mar Caspio, son arrendadas por colosales *arteles*.

---

348 El gasto anual de las 31.473 asociaciones de productores y consumidores en el Rin medio ascendió, en 1890, a 18.437.500 libras; de estas, 3.675.000 libras esterlinas fueron dados en préstamo durante el año. Desde entonces, estas cifras se duplicaron o triplicaron.

El río Ural pertenece a los cosacos, quienes dividen y reparten sus pesquerías —quizá las más ricas del mundo— entre las aldeas sin intromisión alguna por parte de las autoridades. En el Ural, el Volga y en todos los lagos del norte de Rusia, la pesca es realizada por los *arteles* (véase el apéndice XIX). Las tentativas hechas por el ministro de la Guerra en 1890 para negociar directamente con los *arteles* de artesanos creados para empresas concretas con el objetivo de encargarles zapatos y todo género de artículos de cobre y hierro para los uniformes de los soldados dieron, a juzgar por los informes, resultados enteramente satisfactorios; y la entrega de una fábrica de hierro (*Votkinsk*) en arriendo a los *arteles* de obreros estuvo acompañada durante una época de un éxito innegable.

De tal modo, podemos asegurar que en Rusia las antiguas instituciones medievales que habían evitado la intromisión del Estado (en sus manifestaciones informales) han sobrevivido íntegras hasta el presente y han tomado las más diferentes formas de acuerdo con las exigencias de la industria y el comercio modernos. En cuanto a la península balcánica, el Imperio turco y el Cáucaso, los viejos gremios se conservaron allí con pleno vigor. Los *esnaf* serbios mantuvieron plenamente su carácter medieval: en su constitución entran tanto los maestros como los jornaleros; regulan la industria y son los órganos de apoyo mutuo tanto en el campo del trabajo como en caso de enfermedad;[349] mientras que los *amkari* georgianos del Cáucaso, y en especial de Tiflis, no solo cumplen los deberes de las uniones profesionales sino que ejercen una influencia importante sobre la vida de la ciudad.[350]

349 *British Consular Report*, abril de 1889.

350 La investigación capital sobre esta cuestión fue publicada por Eghiazaroff en *Memorias de la Sociedad Geográfica Caucasiana*, Tiflis, 1891, t. VI, pág. 2.

En relación con el cooperativismo, debería mencionar la existencia en Inglaterra de las sociedades amistosas de apoyo mutuo (*friendly societies*), las logias de protección (*oddfellows*), los clubs de las aldeas y ciudades para sufragar la asistencia médica, los clubs para entierros o para la adquisición de ropas, los pequeños clubs organizados a menudo entre las muchachas de las fábricas que abonan algunos peniques semanales y luego sortean entre sí la suma de una libra que les da la posibilidad de realizar alguna compra más o menos importante, y muchas otras sociedades similares. El día a día de la clase trabajadora de Inglaterra está impregnada de tales prácticas. En todas estas sociedades y clubs se puede observar una gran reserva de sociabilidad y alegre camaradería a pesar de que se lleva cuidadosamente la cuenta del «crédito» y el «débito» de cada miembro. Pero aparte de estas instituciones, existen tantas uniones basadas en la disposición a sacrificar si fuese necesario el tiempo, la salud y la vida, que podemos extraer de su actividad ejemplos de las mejores formas de apoyo mutuo.

En primer lugar debemos citar la Sociedad de Salvamento Marítimo de Inglaterra, que tiene varias instituciones hermanas en el resto de Europa. La sociedad inglesa tiene más de trescientos botes de salvamento a lo largo las costas de Inglaterra, y tendría dos veces más si no fuera por la pobreza de los pescadores, quienes no siempre pueden comprar por sí mismos los caros botes de salvamento. La tripulación de estos botes se compone siempre de voluntarios, cuya disposición a sacrificar la vida para salvar a hombres que les son completamente desconocidos es sometida cada año a una dura prueba: todos los inviernos algunos de los más valientes mueren en las aguas. Y si preguntáis a estos hombres qué fue lo que los incitó a arriesgar la vida, a veces en condiciones tales que no parecía haber posibilidad alguna de éxito, os contestarán probablemente con un relato parecido a este que escuché yo mismo en la costa meridional: Una furiosa tormenta de nieve

soplaba sobre el canal de la Mancha rugiendo sobre las llanas orillas arenosas de una pequeña aldea de Kent. El mar arrojó sobre las arenas una embarcación de un solo mástil cargada de naranjas. En aguas tan poco profundas solo el bote salvavidas de fondo chato se mantiene a flote, y salir con él durante tal tormenta significaba ir a un desastre seguro. Y sin embargo, los hombres se decidieron y fueron. Horas enteras lucharon contra la tormenta de nieve; dos veces el bote volcó. Uno de los remeros se ahogó, y los restantes fueron arrojados a la playa. A la mañana siguiente, hallaron a uno de estos últimos —un guarda aduanero con algunos estudios— gravemente herido y medio helado en la nieve. Yo le pregunté por qué se habían decidido a hacer aquella tentativa tan desesperada. «Yo mismo no lo sé —me respondió—. *Allí*, en el mar, la gente perecía; la aldea entera estaba en la orilla, y todos decían que hacerse a la mar era una locura ya que nunca superaríamos la rompiente. Veíamos cinco o seis hombres en el barco que se aferraban al mástil y hacían señales desesperadas. Todos sentíamos que era necesario emprender algo, pero, ¿qué podíamos hacer? Pasó una hora, otra, y permanecíamos aún en la playa, teníamos todos el alma oprimida. Luego, de repente, nos pareció oír como a través de los aullidos de la tempestad nos llegaban unos lamentos... Había un niño con ellos. No pudimos resistir más la tensión: todos dijimos: ¡Hay que salir! Las mujeres decían lo mismo, y nos hubieran considerado unos cobardes si nos hubiéramos quedado a pesar de que al día siguiente ellas mismas nos dijeron que estábamos locos. Como un solo hombre nos arrojamos al bote salvavidas y partimos. El bote volcó, pero conseguimos volver a enderezarlo. Lo peor de todo fue cuando el desdichado N. se ahogó, aferrado a una cuerda del bote, y nada pudimos hacer por salvarlo. Luego nos azotó una ola enorme, el bote voló de nuevo y nos arrojó a todos a la playa. Los hombres del buque náufrago fueron salvados por un bote de Dungeness, y nuestro bote fue recogido a muchos kilómetros al oeste. A mí me hallaron a la mañana siguiente sobre la nieve».

El mismo sentimiento movía también a los mineros del valle de Rhondda cuando salvaron a sus camaradas de un pozo de la mina que había sufrido una inundación. Tuvieron que atravesar una capa de carbón de treinta metros de espesor para llegar hasta los compañeros enterrados vivos. Pero cuando solo les faltaba perforar dos metros y medio, les sorprendió el grisú. Las lámparas se extinguieron y los mineros tuvieron que retirarse. Trabajar en tales condiciones significaba correr el riesgo de volar por los aires en cualquier momento. Pero todavía se oían los golpes de los enterrados. Estaban vivos y clamaban ayuda, y algunos mineros se propusieron voluntariamente para salvar a sus camaradas, arriesgando sus vidas. Cuando descendieron al pozo, las mujeres los acompañaban con lágrimas silenciosas, pero ninguna pronunció una palabra para detenerlos.

Tal es la esencia de la psicología humana. A no ser que los hombres hayan enloquecido en el campo de batalla, «no pueden aguantar» peticiones de ayuda sin responder a ellas. El héroe acude, y tras del héroe *todos* sienten que deben seguir su ejemplo. Los sofismas de la mente no pueden frenar al sentimiento de ayuda mutua, pues este sentimiento ha sido educado durante miles de años por la vida social humana y por cientos de miles de años de vida prehumana en las sociedades animales.

Sin embargo, quizá todos preguntarán: «¿Pero qué pasa con esos hombres que se ahogaron recientemente en el lago de Hyde Park en presencia de una multitud de espectadores y a los que nadie ayudó?». O bien: «¿Cómo es que el niño que cayó al agua en Regent's Park, también en presencia de una multitud de espectadores, solo fue salvado gracias a la valentía de una joven, criada de una casa vecina, que azuzó a un perro Terranova para que lo rescatara?». La respuesta a estas preguntas es simple. El hombre constituye una mezcla no solo de instintos heredados, sino también de educación. Entre los mineros y marinos, gracias a sus ocupaciones comunes y al contacto cotidiano entre sí, se crea un sentimiento

de reciprocidad, y los peligros que los rodean educan en ellos el coraje y el ingenio audaz. En las ciudades, por el contrario, la ausencia de intereses comunes educa la indiferencia; y el coraje y el ingenio, que raramente hallan aplicación, desaparecen o toman otra dirección.

Además, la tradición de las hazañas heroicas en las minas y en el mar sobrevive en las aldeas de los mineros y de los pescadores rodeada de una aureola poética. Pero, ¿qué tradición puede existir en la abigarrada multitud de Londres? Toda tradición común ha de ser creada por la literatura o la palabra, pero en la gran ciudad apenas existe una literatura equivalente a la épica de las aldeas. El clero, en sus sermones, se empeña tanto en demostrar lo pecaminoso de la naturaleza humana y el origen sobrehumano de todo lo bueno que reside en el hombre que en la mayoría de los casos oculta aquellos hechos que no se pueden exhibir en calidad de testimonios de una gracia divina enviada del cielo. En cuanto a los escritores laicos, su atención se dirige principalmente a un único aspecto del heroísmo, a saber, aquel que promueve la idea del Estado. Admiran al héroe romano, o al soldado en la batalla, mientras hacen oídos sordos al heroísmo del pescador. El poeta y el pintor, es cierto, se maravillan con la belleza del corazón humano, pero solo en raras ocasiones conocen la vida de las clases más pobres. Por ello, si es cierto que son capaces de cantar o pintar al héroe romano o militar en escenarios convencionales, son incapaces de mostrar al héroe que actúa en ese modesto ambiente de la vida popular que les es desconocido. Y cuando lo intentan, solo producen piezas de pura retórica.[351]

---

351 Fugarse de una cárcel «central» francesa es extraordinariamente difícil: no obstante, en 1884 o 1885, un preso logró escapar de una de ellas. Consiguió ocultarse durante un día entero a pesar de la alarma producida y de la persecución iniciada. A la mañana del día siguiente se hallaba en una zanja, en las proximidades de una pequeña aldea. Quizá confiara en sustraer algunos víveres y ropas para cambiar su traje de preso. Pero mientras estaba en la zanja, vio a un hombre joven que

Es tal la cantidad de sociedades, clubs y asociaciones para el disfrute de la vida, para el estudio, la investigación, la educación, etc., que se constituyeron y se extendieron en los últimos tiempos, que se necesitarían muchos volúmenes para hacer su inventario. Todos ellos constituyen la manifestación de la misma fuerza eternamente activa que incita a los hombres a la asociación y al apoyo mutuo. Algunas de estas sociedades, como las asociaciones para la cría de aves que se reúnen en otoño, persiguen como único objetivo el goce de la vida en común. Casi todas las aldeas de Inglaterra, Suiza, Alemania, etc., tienen sus sociedades de juego de críquet, fútbol, tenis o bolos, sus clubs de palomas, sus asociaciones musicales y de canto. Otras destacan por el número de sus miembros, como las sociedades de ciclistas, que en los últimos tiempos se han desarrollado en proporciones inusitadas. A pesar de que los miembros de estas asociaciones no tienen nada en común excepto su afición por desplazarse en bicicleta, han conseguido formar entre ellos una especie de francmasonería con fines de ayuda mutua, especialmente en los lugares apartados donde todavía no se encuentran muchos ciclistas.

---

salía de una casa acompañado por su esposa, y se encaminaba, seguramente, al trabajo. Inmediatamente después estalló un incendio y la misma mujer huyó de la casa presa de las llamas y la oyó él clamar desesperadamente que ayudaran a su hijo que se hallaba en el piso superior. Pero nadie respondió a estos clamores. Entonces el preso fugitivo salió de su refugio, penetró en la casa incendiada y con el rostro chamuscado y sus ropas ardiendo sacó al niño del fuego y lo entregó a la madre. Como es natural, el gendarme de la aldea, que no dejó de aparecer en esta ocasión, lo arrestó inmediatamente y lo envió de nuevo a la cárcel. Sobre este hecho se informó en todos los diarios franceses, pero ni uno de ellos inició un movimiento a favor de la liberación del heroico preso. Si hubiera defendido a un carcelero del ataque de un compañero de cárcel, naturalmente lo hubiera proclamado héroe. Pero su gesto fue un acto de simple filantropía; no podía servir para glorificar el ideal del Estado. El preso mismo no lo explicó como obra de la gracia divina o don del cielo, y esto fue suficiente para que lo olvidaran. Además, quizá aumentaron su condena seis meses o un año por «robo de bienes del Estado»; es decir, por el robo de la ropa de preso con la que huyó. En Francia no se considera delito la fuga misma, pero llevarse la camisa del fisco constituye un «robo».

Los miembros consideran al club de ciclistas de cualquier aldea como si fuera su propia casa, y en el campamento de ciclistas que se reúne todos los años en Inglaterra se entablan sólidas relaciones de amistad. Los *Kegelbrüder*, es decir, las sociedades de bolos alemanas, constituyen el mismo tipo de sociedad; exactamente igual que las sociedades gimnásticas (que cuentan con trescientos mil miembros en Alemania), las hermandades informales de remeros francesas, los clubs de yates, etc. Es evidente que semejantes asociaciones no cambian la estructura económica de la sociedad, pero ayudan a nivelar las diferencias sociales sobre todo en las ciudades pequeñas, y puesto que ellas tienden a unirse en grandes federaciones nacionales e internacionales, contribuyen al desenvolvimiento de las relaciones amistosas personales entre toda clase de hombres diseminados en las diferentes partes del globo.

Los clubs alpinos, la unión para la protección de la caza (*Jagdschutzverein*) de Alemania, que tiene más de cien mil miembros entre cazadores, guardabosques, zoólogos profesionales y simples amantes de la naturaleza; y la Sociedad Ornitológica Internacional, formada por zoólogos, criadores de aves y simples campesinos de Alemania, tienen el mismo carácter. En unos pocos años consiguieron no solo realizar una enorme obra de utilidad pública que únicamente está al alcance de las sociedades más importantes (el trazado de cartas geográficas, la construcción de refugios y la apertura de caminos en las montañas; el estudio de los animales, de los insectos nocivos, de la migración de aves, etc.), sino que han creado también nuevos lazos entre los hombres. Dos alpinistas de diferentes nacionalidades que se encuentran en una cabaña de refugio construida por el club en la cima de las montañas del Cáucaso, o el profesor y el campesino ornitólogo que han vivido bajo un mismo techo, no han de sentirse ya dos hombres completamente extraños. Igualmente, es indudable que la Sociedad del Tío Toby de Newcastle, que ha persuadido a más de trescientos mil niños y niñas de que no destruyan los nidos de pájaros y sean buenos con

todos los animales, ha hecho bastante más en pro del desarrollo de los sentimientos humanos y de la afición al estudio de las ciencias naturales que el conjunto de predicadores de todo género y la mayoría de nuestras escuelas.

En nuestro breve repaso no podemos omitir los millares de sociedades científicas, literarias, artísticas y educativas. Hasta la época presente, las corporaciones científicas, bajo el control del Estado y con frecuencia recibiendo sus subsidios, se han movido en un círculo muy reducido. Los hombres de carrera a menudo consideran a las sociedades científicas como meros medios para ingresar en las filas de sabios a sueldo del Estado, mientras que la dificultad de ser miembro de algunas sociedades privilegiadas indudablemente conduce a suscitar mezquinas envidias. Pero con todo, es indudable que tales sociedades nivelan hasta cierto punto las diferencias de clases creadas por el nacimiento o la pertenencia a tal o cual estrato social, a tal o cual partido político o creencia. En las pequeñas ciudades apartadas, las sociedades científicas, geográficas, musicales, etc., especialmente aquellas que incitan a la actividad de un círculo de aficionados más o menos amplio, se convierten en pequeños centros y en eslabones que unen a la pequeña ciudad con un mundo más vasto, y también en el lugar en que se encuentran en pie de igualdad hombres que ocupan las posiciones más diferentes en la vida social. Para apreciar la importancia de tales centros es necesario conocerlos, por ejemplo, en Siberia.

Por último, una de las manifestaciones más importantes de este espíritu lo constituyen las innumerables sociedades que tienen como fin la difusión de la educación, y que solo ahora comienzan a destruir el monopolio de la Iglesia y el Estado en este aspecto tan importante de la vida. De ellas se puede decir sin temor a equivocarse que en muy poco tiempo adquirirán una papel dominante en el campo de la educación popular. Debemos ya a la Asociación Froebel el sistema de jardines de infancia, y a una serie entera de sociedades oficializadas y no oficializadas debemos el alto nivel

que ha alcanzado la educación femenina en Rusia.[352] En cuanto a las diferentes sociedades pedagógicas de Alemania, a ellas les corresponde, como es sabido, una gran parte de influencia en la elaboración de los métodos modernos de enseñanza en las escuelas populares. Tales asociaciones son también el mejor sostén de los maestros. ¡Cuán infeliz se sentiría sin su ayuda el maestro de aldea, abrumado por el peso de un trabajo mal retribuido![353]

¿Todas estas asociaciones, sociedades, hermandades, uniones e institutos que se pueden contar por decenas de miles solo en Europa, y que representan una cantidad enorme de trabajo voluntario, desinteresado, no pagado o retribuido muy pobremente, no son acaso manifestaciones, en formas infinitamente variadas, de aquella necesidad, eternamente viva en la humanidad, de ayuda y apoyo mutuos? Durante casi tres siglos se ha impedido que los hombres se tendieran mutuamente las manos, ni aun con fines literarios, artísticos o educativos. Las sociedades podían formarse solo con el conocimiento y bajo la protección del Estado o de la Iglesia, o debían existir en calidad de sociedades secretas semejantes a la francmasonería; pero ahora que esta resistencia ha sido

352 El Instituto Femenino de Medicina (que dio a Rusia la mayor parte de sus primeras setecientas mujeres médicos); cuatro instituciones denominadas Cursos Femeninos Superiores, en las cuales había alrededor de mil estudiantes en 1887, año en que fueron cerradas (fueron abiertas de nuevo en 1895); y la Escuela Comercial Superior para Mujeres fueron *íntegramente* resultado del trabajo de tales sociedades privadas. A estas mismas sociedades debemos el elevado nivel que alcanzaron los gimnasios femeninos desde su fundación, en el año 1860. Alrededor de cien gimnasios, diseminados por todo el imperio, y que contaban alrededor de setenta mil estudiantes, corresponden a las «escuelas superiores» para niñas de Inglaterra, con la diferencia de que todos los maestros de los gimnasios rusos deben poseer educación universitaria, lo que no ocurre en Inglaterra.

353 La Unión Alemana para la Difusión de los Conocimientos Útiles (Verein für Verbreitung gemeinnutzlicher Kenntnisse), a pesar de que en total cuenta solo con cinco mil quinientos miembros, ya en los primeros años después de su apertura (1895) abrió más de mil bibliotecas públicas y escolares, organizó miles de conferencias y editó un gran número de libros útiles.

rota surgen por todas partes, abarcando los más distintos aspectos de la actividad humana. Empiezan a adquirir un carácter internacional, e indudablemente contribuyen —en una grado que aún no hemos apreciado plenamente— al quebrantamiento de las barreras levantadas por los estados entre las naciones. A pesar de la envidia provocada por la competición comercial y las incitaciones al odio que fomentan fantasmas de un pasado en descomposición, la conciencia de la solidaridad internacional crece tanto entre los hombres avanzados como entre las masas obreras desde que estas conquistaron su derecho a las relaciones internacionales. No hay duda de que este espíritu de solidaridad ejerció cierta influencia al conjurar la guerra europea durante los últimos treinta años. Y después de esa cruel lección recibida por Europa y en parte por América en la última guerra de cinco años, no hay duda de que la voz del sentido común, al poner freno a la explotación de unos pueblos por otros, impedirá por mucho tiempo otra guerra semejante.

Por último, es necesario mencionar también las sociedades de beneficencia que, a su vez, constituyen todo un mundo aparte. No hay la menor duda de que la inmensa mayoría de los miembros de estas sociedades se mueven por los mismos sentimientos de ayuda mutua que son inherentes a toda la humanidad. Por desgracia, nuestros maestros religiosos prefieren atribuir un origen sobrenatural a tales sentimientos. Muchos de ellos afirman que el hombre no puede inspirarse conscientemente en las ideas de ayuda mutua mientras no esté iluminado por las doctrinas de aquella religión especial de la cual ellos son los representantes, y siguiendo a san Agustín, la mayoría de ellos no reconocen la existencia de esos sentimientos en los «salvajes paganos». Además, mientras el cristianismo primitivo, como todas las religiones nacientes, era un llamado al sentimiento de ayuda mutua y de solidaridad, la Iglesia ha ayudado al Estado a destruir todas las instituciones de apoyo y ayuda mutua que eran anteriores o que se desarrollaban al margen de él. En lugar de la *ayuda mutua* que todo salvaje consideraba

como el cumplimiento de un deber hacia sus congéneres, la Iglesia cristiana comenzó a predicar *la caridad*, que constituía, según su doctrina, una virtud inspirada por el cielo, y por consiguiente atribuye una cierta superioridad a aquel que da sobre el que recibe, en lugar de reconocer la igualdad común al género humano, en virtud de la cual *la ayuda mutua es un deber*. Con estas limitaciones, y sin intención alguna de ofender a aquellos que se consideran entre los elegidos mientras cumplen una exigencia de simple humanitarismo, nosotros podemos considerar al enorme número de sociedades caritativas diseminadas por todas partes como una manifestación de la misma inclinación a la ayuda mutua.

Todos estos hechos demuestran que la búsqueda irrazonada de la satisfacción de intereses personales, con completo desprecio de las necesidades de los demás hombres, no es el rasgo característico de la vida moderna. Junto a esta corriente egoísta que orgullosamente reclama su papel dominante en los asuntos humanos, observamos la incansable lucha que sostiene la población rural y obrera con el fin de reintroducir las firmes instituciones de ayuda y apoyo mutuos. No solo eso: descubrimos en todas las clases de la sociedad un movimiento ampliamente extendido que tiende a establecer instituciones infinitamente variadas, más o menos estables, con el mismo fin. Pero, cuando de la vida pública pasamos a la vida privada del hombre moderno, descubrimos otro amplio mundo de ayuda y apoyos mutuos, ante el que la mayoría de los sociólogos pasan de largo probablemente porque está limitado al círculo de la familia y de la amistad personal.[354]

354 Muy pocos sociólogos prestaron atención a este fenómeno. Uno de ellos fue el Dr. Ihering, y su obra sobre este tema es muy instructiva. Cuando este gran jurista alemán inició su obra filosófica *Der Zweck im Rechte*, se disponía a analizar «las fuerzas activas hombre social». Ante todo, consideró la influencia de las

Bajo el moderno sistema de vida social, todos los lazos de unión entre los habitantes de una misma calle o barrio han desaparecido. En las zonas ricas de las grandes ciudades, los hombres viven juntos sin saber quién es su vecino. Pero en las calles y callejones densamente poblados de esas mismas ciudades, todos se conocen bien y están en contacto permanente. Naturalmente, en los callejones, lo mismo que en todas partes, las pequeñas rencillas son inevitables, pero se desarrollan también relaciones según las inclinaciones personales, y dentro de estas relaciones se practica la ayuda mutua en proporciones que las clases más ricas no pueden siquiera imaginar. Si nos detenemos por ejemplo en los niños de un barrio pobre que juegan en la plazuela, en la calle o en el viejo cementerio (en Londres esto se ve a menudo) observaremos en seguida que entre estos niños existe una estrecha unión, a pesar de las peleas que se producen, y esta unión preserva a los niños de numerosas desgracias de todo tipo. Basta que algún chico se incline curiosamente sobre el orificio abierto de un sumidero para que su compañero de juego le grite: «¡Sal de ahí, que en ese agujero habita la fiebre!». «¡No trepes por esta pared; si caes del otro lado el tren te destrozará!». «¡No te acerques a la zanja!». «¡No comas de estas bayas: es veneno, te morirás!». Tales son las primeras lecciones que el chico recibe cuando se une

---

«fuerzas egoístas», incluyendo el sistema moderno de salario y coerción, «en toda la variedad de nuestras leyes políticas y sociales". Y de acuerdo con el plan de su trabajo cuidadosamente elaborado, se disponía a dedicar el último capítulo a las fuerzas morales —al sentimiento del deber y del amor mutuo— que contribuyen al mismo fin. Pero cuando empezó a juzgar la importancia social de estas dos fuerzas activas, se vio obligado a consagrarles, en lugar de un capítulo, todo el segundo tomo, dos veces más voluminosos que el primero; y solo logró considerar los factores *personales*, a los que dedicamos en los capítulos precedentes nada más que algunas líneas. L. Dargun basó su obra *Egoismus und Altruismus in der Nationalökonomie*, Lepzig, 1885, sobre la misma idea, agregando algunos hechos nuevos. *Liebe*, de Büchner, y las paráfrasis de este libro aparecidas en Inglaterra y América sin indicación de su fuente, se refieren al mismo tema.

con sus compañeros de calle. ¡Cuántos niños a quienes las calles recientemente construidas de las «viviendas modelo para obreros» o las riberas y puentes de los canales sirven de lugar de juego perecerían bajo las ruedas de los carros o en el agua turbia de la corriente si entre ellos no existiera este género de ayuda mutua! Si a pesar de todo algún chiquillo cae en un foso sin parapeto, o una niña resbala y cae en el canal, la horda callejera arma tal griterío que todo el vecindario corre a ayudarlos. Para decir todo esto me baso en observaciones personales.

Viene luego la unión de las madres: «No puede usted imaginarse —me escribe una doctora que vivía en un barrio pobre de Londres, y a la cual había pedido que me comunicara sus impresiones—, cuánto se ayudan entre sí. Si una mujer no ha preparado, o no puede preparar, lo necesario para el niño que espera —¡y cuán a menudo sucede esto!— todas las vecinas traen algo para el recién nacido. Al mismo tiempo, una de las vecinas se hace cargo en seguida del cuidado de los niños, y otra del hogar, mientras la parturienta permanece en cama». Es este un fenómeno corriente que mencionan todos los que tuvieron que vivir entre los pobres de Inglaterra, y en general entre la población pobre de cualquier ciudad. Las madres se apoyan mutuamente haciendo miles de pequeños servicios y cuidan de los niños ajenos. Es necesario que la dama perteneciente a las clases ricas tenga una cierta disciplina —buena o mala, que lo juzgue ella misma— para poder pasar por la calle al lado de niños hambrientos que tiritan de frío sin inmutarse. Pero las madres de las clases pobres no poseen tal disciplina. No pueden soportar la vista de un niño hambriento: *deben* alimentarlo; y así lo hacen. «Cuando piden pan los niños que van a la escuela raramente, o más bien nunca, reciben una negativa», me escribe otra amiga que trabajó durante algunos años en Whitechapel en contacto con un club obrero. Pero mejor será transcribir algunos fragmentos de su carta:

Es regla general entre los obreros cuidar a un vecino o una vecina enfermos sin buscar ninguna clase de retribución. Del mismo modo, cuando una mujer que tiene niños pequeños se va al trabajo, siempre se los cuida una de las vecinas.

Si los obreros no se ayudaran mutuamente, no podrían vivir. Conozco familias obreras que se ayudan constantemente entre sí con dinero, alimento, combustible, o vigilancia de los niños en caso de enfermedad y en casos de muerte.

Entre los pobres, lo «mío» y lo «tuyo» se distingue bastante menos que entre los ricos. Se prestan constantemente botines, vestidos, sombreros, etc. —en una palabra, todo lo que se necesita en un momento dado— y lo mismo sucede con todo tipo de efectos del hogar.

Durante el invierno pasado (1894), los miembros del United Radical Club reunieron una pequeña suma de dinero y después de Navidad empezaron a suministrar gratuitamente sopa y pan a los niños que iban a la escuela. Gradualmente, el número de niños que alimentaban alcanzó hasta los mil ochocientos. Las donaciones llegaban de fuera, pero todo el trabajo recaía sobre los miembros del club. Algunos de ellos —aquellos que entonces estaban sin trabajo— venían a las cuatro de la mañana para lavar y limpiar legumbres; cinco mujeres venían a las nueve o diez de la mañana (después de haber terminado el trabajo de su hogar) a vigilar la preparación de la comida y se quedaban hasta las seis o siete de la tarde para lavar la vajilla. Durante la hora del almuerzo, entre las doce y doce y media, venían de veinte a treinta obreros a ayudar a repartir la sopa, para lo cual debían robar tiempo a su propia comida. Tal trabajo se prolongó durante dos meses, y siempre fue hecho completamente gratis.

Mi amiga cita también diferentes casos particulares, de los cuales menciono los más típicos:

La niña Anita W. fue entregada por su madre en pensión a una anciana de la calle Wilmot. Cuando murió la madre de Anita, la anciana, que vivía ella misma en la mayor indigencia, crio a la niña a pesar de que no recibía un penique. Cuando murió también la anciana, la niña, que tenía entonces cinco años quedó sin cuidado alguno e iba en andrajos; pero entonces le ofreció asilo la señora S.,

la esposa de un zapatero que tenía ya seis hijos. Más tarde, cuando el zapatero cayó enfermo, todos ellos tuvieron que sufrir hambre.

Hace unos días, la señora M., madre de seis niños, atendía a su vecina la señora Mg. durante su enfermedad, y llevó a su casa al niño más grande... Pero, ¿necesita usted estos hechos? Constituyen el fenómeno más corriente... También conozco a la señora D. (Oval, Hackney Road) que tiene una máquina de coser y continuamente cose para los demás, no aceptando retribución alguna por el trabajo a pesar de que debe cuidar a cinco niños y al esposo..., etc.

Para todo aquel que tenga al menos una ligera idea de la vida de las clases obreras resulta evidente que sin la práctica a gran escala de la ayuda mutua no podrían vencer jamás sus dificultades. Solo gracias a la suerte la familia obrera puede pasar la vida sin atravesar por momentos duros como los que fueron descritos por el tejedor Joseph Gutteridge en su autobiografía.[355] Y si no todos los obreros caen hasta los últimos grados de miseria se lo deben precisamente a la ayuda mutua. Una vieja nodriza que vivía en la pobreza más extrema ayudó a Gutteridge en el instante mismo en que su familia se acercaba a un desenlace fatal: les consiguió a crédito pan, carbón y otros artículos de primera necesidad. En otros casos era otro el que ayudaba, o bien los vecinos se unían para arrebatar a la familia de las garras de la miseria. Pero, si los pobres no acudieran en ayuda de los pobres, ¡cuántos serían llevados a la ruina más irreparable todos los años![356]

355 *Light and Shadows in the Life of an Artisan*, por Joseph Guttridge, Coventry, 1893.

356 Los ricos a menudo no alcanzan a comprender de qué modo los pobres pueden ayudarse ente sí, puesto que no se imaginan de qué cantidad insignificante de alimento o dinero depende a menudo la existencia misma del pobre. Lord Shaftesbury comprendió plenamente esta terrible verdad cuando fundó su Fondo de Floristas y Vendedoras de Berro. De este fondo se concedían préstamos, a razón de una y, raramente, hasta de dos libras esterlinas (diez y, a veces, veinte rublos) para proporcionar a la muchacha caída en la miseria al comienzo del invierno la posibilidad de comprarse un cesto y algunas flores e iniciar su comercio. Los préstamos se concedían a las muchachas que, según Shaftesbury, «no tenían ni siquiera una moneda de seis peniques y sin embargo, encontraban siempre fia-

Samuel Plimsoll (conocido en Inglaterra por su campaña en contra de la práctica de enviar al mar embarcaciones podridas e inútiles con la esperanza de que se hundieran para cobrar la prima de seguro), después de haber vivido algún tiempo entre pobres gastando solamente siete chelines y seis peniques por semana se vio obligado a reconocer que los buenos sentimientos hacia los pobres que tenía cuando comenzó este género de vida «se tornaron en sentimientos de sincero respeto y admiración» cuando vio hasta qué punto sus relaciones están imbuidas de ayuda y apoyo mutuos, y cuando conoció los sencillos medios con que se prestan este apoyo. Después de muchos años de experiencia llegó a la conclusión de que «si se piensa, resulta que semejantes hombres constituyen la inmensa mayoría de las clases obreras».[357] En cuanto a la crianza de huérfanos practicada hasta por las familias más pobres, es un fenómeno tan ampliamente difundido que se puede considerar regla general. Así, después de la explosión de gas de las minas de Warren Vale y Lund Hill, descubrió que «casi un tercio de los mineros muertos, según las investigaciones de la comisión, mantenía además de sus esposas e hijos a otros parientes pobres». «¿Habéis pensado —agrega Plimsoll— lo que significa este hecho? No dudo que semejante fenómeno sea frecuente entre los ricos o hasta entre personas acomodadas. Pero, pensad bien en la diferencia». Y, realmente, vale la pena pensar qué signi-

---

dores entre los pobres». «De todos los movimientos en que tuve oportunidad de participar —escribió más adelante— considero este como el de más éxito... Comenzó en el año 1872 y concedimos de ochocientos a mil préstamos, y durante todo este tiempo no perdimos ni siquiera cincuenta libras esterlinas; perdimos cantidades despreciables, y eso por causas tan disculpables como las muerte o enfermedad, pero nunca debido a engaño (*The life and Work of the Sevent Earl of Shaftesbury*, por Edwin Hodder, t. III, pág. 322, Londres 1885-86). Sobre algunos hechos semejantes véase Ch. Booth, *Life and Labour in London*, t. I; en *Pages from a Work Girl's Diary*, de Miss Beatrice Potter (*Nineteenth Century*, septiembre de 1888, pág. 310), etc.

357 Samuel Plimsoll, *Our Seamen*, edición popular, Londres, 1870, pág. 110.

fica, para el obrero que gana dieciséis chelines por semana y que alimenta con estos módicos recursos a la esposa y a veces cinco o seis hijos, gastar un chelín en ayudar a la viuda de un camarada o sacrificar medio chelín para el entierro de uno tan pobre como él. Pero semejantes sacrificios son un fenómeno corriente entre los obreros de cualquier país, aun en ocasiones más habituales que la muerte, y ayudar con trabajo es la cosa más natural en su vida.[358]

La misma práctica de ayuda y apoyo mutuos se observa, naturalmente, también entre las clases más ricas, con la misma sedimentación en capas que señala Plimsoll. Naturalmente, cuando se piensa en la crueldad que los empleadores más ricos muestran hacia los obreros, uno se siente inclinado a tratar la naturaleza humana con suma desconfianza. Muchos probablemente recuerden la indignación provocada en Inglaterra por los dueños de las minas durante la gran huelga de Yorkshire, en 1894, cuando se procesó a los viejos mineros por recoger carbón de un pozo abandonado. Y aun dejando de lado los períodos agudos de lucha y de guerra social cuando por ejemplo decenas de miles de obreros fueron fusilados después de la caída de la Comuna de París, ¿quién puede leer sin estremecerse las revelaciones de las comisiones reales sobre la situación de los obreros en 1840 en Inglaterra, o las palabras

358 Samuel Plimsoll: *Our Seamen*, pág. 110. A esto Plimsoll agrega: «No es mi intención despreciar a los ricos, pero pienso que existen fundamentos suficientes para dudar del desarrollo pleno de semejantes cualidades en ellos. A pesar de que pocos desconocen las exigencias que los parientes pobres tienen justa o injustamente, hablamos aquí de un asunto diferente. Las cualidades altruistas de los ricos no están sometidas a un ejercicio constante. Parece que la riqueza, en muchos casos, actúa como corruptora: no es que se restrinjan las simpatías de los poseedores de riquezas, sino que adquieren, por así decirlo, tinte de clase: se estratifican. Se reservan solamente para los sufrimientos de su propia clase y también para las preocupaciones de los hombres que ocupan una posición superior. Los ricos raramente prestan atención a las capas inferiores, y están inclinados a admirar más bien un acto de coraje que las manifestaciones cotidianas de virilidad y de bondad que caracterizan la vida de los obreros ingleses», y de los obreros de todo el mundo, agrego yo.

de Lord Shaftesbury sobre «el espantoso despilfarro de vida humana en las fábricas donde trabajan niños sacados de los orfanatos, cuando no directamente comprados en toda Inglaterra para ser vendidos a las fábricas». ¿Quién puede leer todo esto sin sorprenderse por la bajeza de que es capaz el hombre en su afán de lucro? Pero es necesario decir que sería erróneo atribuir tal fenómeno exclusivamente a la criminalidad de la naturaleza humana. ¿Acaso hasta una época reciente los hombres de ciencia, e incluso una parte importante del clero, no difundían doctrinas que inculcaban desconfianza y desprecio, y casi odio a las clases más pobres? ¿Acaso los hombres de ciencia no decían que desde que fue abolida la servidumbre nadie es pobre sino a causa de sus propios vicios? ¡Y qué pocos representantes de la Iglesia se han atrevido a vituperar estos infanticidios, mientras la mayoría del clero enseñaba que los sufrimientos de los pobres y hasta la esclavitud de los negros eran cumplimiento de la voluntad de la Providencia Divina! ¿Acaso el inconformismo anglicano no era en esencia una protesta popular contra el cruel trato que la Iglesia establecida daba a los pobres?

Con tales guías espirituales no es de extrañar, como observó M. Plimsoll, que los sentimientos de las clases pudientes más que desparecer tomaran carácter de clase. Los ricos raramente se rebajan hasta los pobres, de quienes están separados por el modo de vida y de quienes ignoran por completo el mejor lado de su existencia cotidiana. Pero dejando de lado la mezquindad y los gastos irracionales, también entre los ricos se observa, en el círculo de la familia y los amigos, la misma práctica de ayuda y apoyo mutuos que entre los pobres. Ihering y Dargun tenían razón al señalar que si se hiciera un resumen estadístico del dinero que pasa de mano en mano en forma de préstamo amistoso y de ayuda, la suma general resultaría colosal aun en comparación con las transacciones del comercio internacional. Y si se agrega a esto —y necesario es agregarlo— los gastos de hospitalidad, los pequeños servicios mutuos prestados entre sí, la ayuda para arreglar asuntos ajenos, el

regalo y la beneficencia, indudablemente nos asombraremos de la importancia que tales gastos tienen en la economía nacional. Aun en el mundo dirigido por el egoísmo comercial, la conocida frase: «Esta firma nos ha tratado duramente» demuestra que hasta en ese ambiente existen relaciones amistosas, opuestas a las duras, es decir a las relaciones basadas exclusivamente en la ley. Todo comerciante sabe cuántas firmas se salvan al año de la ruina gracias al apoyo amistoso prestado por otras firmas.

En cuanto a la beneficencia y a los trabajos de utilidad pública realizados voluntariamente, tanto por los representantes de la clase acomodada como por los obreros y, en especial, por los profesionales, todos saben qué papel desempeñan estas dos categorías de benevolencia en la vida moderna. A pesar de que el verdadero carácter de esta benevolencia suele estar manchado por la tendencia a adquirir fama, poder político o distinción social, es indudable que en la mayoría de los casos el impulso proviene del mismo sentimiento de ayuda mutua. Muy a menudo, los hombres, adquiriendo riquezas, no hallan en ellas las satisfacciones que esperaban. Otros descubren que a pesar de todo lo que han difundido los economistas acerca de que la riqueza es la recompensa a las capacidades, su recompensa es demasiado elevada. La conciencia de la solidaridad humana se despierta en ellos. Aunque la vida social está construida para sofocar este sentimiento mediante miles de métodos astutos, con frecuencia se sobrepone, y entonces los hombres del tipo arriba indicado tratan de hallar una salida para esta necesidad alojada en la profundidad del corazón humano, entregando su fortuna o sus fuerzas a algo que según su opinión contribuirá al desarrollo del bienestar general.

En resumen, ni las fuerzas abrumadoras del Estado centralizado, ni las doctrinas de mutuo odio y de lucha despiadada que, adornadas con los atributos de la ciencia, nos llegan a través de los filósofos y sociólogos serviciales, han logrado desarraigar los sentimientos de solidaridad humana profundamente enraizados

en la conciencia y el corazón humanos y que fueron originados por todo nuestro desarrollo anterior. Aquello que ha sido resultado de la evolución, partiendo desde sus más primitivos estadios, no puede ser destruido por una de las fases transitorias de esa misma evolución. Y la necesidad de ayuda y apoyo mutuos que se ha refugiado quizá en el círculo estrecho de la familia, entre los vecinos de las calles y callejuelas más pobres, en la aldea o en las uniones secretas de los obreros, renace de nuevo incluso en nuestra sociedad moderna y proclama su derecho a ser, como siempre ha sido, el principal impulsor en el camino del progreso futuro.

Tales son las conclusiones a las cuales llegamos inevitablemente después de un examen cuidadoso de los hechos enumerados brevemente en los dos últimos capítulos.

Conclusión

Si tomamos ahora lo que nos enseña el examen de la sociedad moderna en relación con los hechos que demuestran la importancia de la ayuda mutua en el desarrollo gradual del mundo animal y de la humanidad, podemos extraer de nuestras investigaciones las siguientes conclusiones:

En el mundo animal hemos comprobado que la gran mayoría de las especies viven en sociedades y que encuentran en la sociabilidad la mejor arma para la lucha por la existencia, entendiendo este término en el amplio sentido darwiniano, es decir, no como una lucha por los medios directos de subsistencia sino como lucha contra todas las condiciones naturales desfavorables para la especie. Las especies animales en las que la lucha entre los individuos ha sido reducida al mínimo y en las que la práctica de la ayuda mutua ha alcanzado el máximo desarrollo son, invariablemente, las especies más numerosas, las más florecientes y más aptas para el progreso. En tales casos la protección mutua lograda, la posibilidad de alcanzar la vejez y acumular experiencia, el alto desarrollo intelectual y el máximo crecimiento de los hábitos sociales aseguran la conservación de la especie, su expansión y un mayor grado evolutivo. Por el contrario, las especies insociables, en la inmensa mayoría de los casos, están condenadas a la decadencia.

Pasando al hombre, lo hemos visto viviendo en clanes y tribus ya en la aurora de la Edad de Piedra; hemos visto también una serie de instituciones y costumbres sociales formadas dentro del clan ya en el estrato más bajo de desarrollo de los salvajes; y hemos comprobado que los más antiguos hábitos y costumbres tribales dieron a la humanidad el embrión de todas aquellas insti-

tuciones que más tarde actuaron como los elementos impulsores más importantes del progreso. Del régimen tribal de los salvajes nació la comuna aldeana de los «bárbaros», y un nuevo círculo aún más amplio de hábitos, costumbres e instituciones sociales, gran parte de los cuales han subsistido hasta nuestra época, se desarrolló a la sombra de la posesión común y defensa de la tierra, bajo la jurisdicción de la asamblea comunal aldeana y mediante la federación de la aldeas pertenecientes, o supuestamente pertenecientes, a una determinada tribu y que se defendían así de los enemigos empleando sus fuerzas en común. Cuando las nuevas necesidades incitaron a los hombres a dar un nuevo paso en su desarrollo, formaron el derecho popular de las ciudades libres que constituían una doble red: de unidades territoriales (comunas aldeanas), y de gremios surgidos del desempeño común de un arte u oficio concreto o para la protección y el apoyo mutuos. Ya hemos considerado en dos capítulos, el quinto y el sexto, cuán enormes fueron los éxitos del saber, el arte y la educación en las ciudades medievales en las que se reconocían los derechos populares.

Finalmente, en los dos últimos capítulos se han reunido hechos que muestran cómo la formación de los estados según el modelo de la Roma imperial destruyó violentamente todas las instituciones medievales de apoyo mutuo y creó una nueva forma de asociación, sometiendo toda la vida de la población a la autoridad del Estado. Pero el Estado, apoyado en grupos de individuos poco vinculados entre sí y asumiendo la tarea de ser único principio de unión, *no respondió a su objetivo*. La tendencia de los hombres al apoyo mutuo rompió sus cadenas y nuevamente se manifestó en una infinidad de sociedades que ahora tienden a abarcar todas las manifestaciones de vida y a tomar posesión de todo lo necesario para la existencia humana y para reparar los males de la vida: crear un cuerpo viviente, en lugar del mecanismo muerto sometido a la voluntad de los funcionarios.

Probablemente se observará que la ayuda mutua, a pesar de constituir una de las grandes fuerzas activas de la evolución, es decir, del desarrollo progresivo de la humanidad, es solo una de las diferentes formas de las relaciones de los hombres entre sí; que junto con esta corriente, por poderosa que fuera, existe y siempre ha existido otra corriente de autoafirmación del individuo, no solo en sus esfuerzos por alcanzar la superioridad personal o de casta en la relación económica, política y espiritual, sino también en la necesidad más importante pero menos evidente de romper los lazos que el clan, la comuna aldeana, la ciudad o el Estado imponen sobre el individuo y que siempre tienden a anquilosarse. En otras palabras, en la sociedad humana la autoafirmación de la personalidad también constituye un elemento de progreso.

Es evidente que ningún esquema de la evolución de la humanidad puede pretender ser completo si no tiene en cuenta estas dos corrientes dominantes. Pero el caso es que la autoafirmación de la personalidad o grupos de personalidades en su lucha por la superioridad y los conflictos que se derivan de ella ya fueron analizados, descritos y glorificados en épocas inmemoriales. En realidad, hasta la época actual solo esta corriente ha gozado de la atención de los poetas épicos, cronistas, historiadores y sociólogos. La historia, tal y como ha sido escrita hasta ahora, es casi íntegramente la descripción de los métodos y medios con cuya ayuda la teocracia, el poder militar, la monarquía política y más tarde las clases pudientes establecieron, promovieron y conservaron su gobierno. La lucha entre estas fuerzas constituye la esencia de la historia. Podemos considerar, por esto, que la importancia del factor individual en la historia de la humanidad es de sobra conocida, a pesar de que en este dominio quede mucho que hacer en el sentido anteriormente indicado.

Al mismo tiempo, otra fuerza activa —el apoyo mutuo— ha sido relegada hasta ahora al olvido. Los escritores de la generación actual y de las pasadas simplemente la negaron o se burlaron de

ella. Darwin, hace ya medio siglo, señaló brevemente la importancia de la ayuda mutua para la conservación y el desarrollo progresivo de los animales. Pero, ¿quién se ocupó de esta idea desde entonces? Sencillamente se empeñaron en olvidarla. Debido a esto, fue necesario mostrar en primer lugar el enorme papel que desempeña el apoyo mutuo tanto en el desarrollo del mundo animal como de las sociedades humanas. Y solo después de que esta importancia sea plenamente reconocida será posible comparar la influencia de una y otra fuerza: la social y la individual.

Evidentemente, es imposible efectuar siquiera una apreciación grosera de su importancia relativa a través de un método más o menos estadístico. Una simple guerra, como todos sabemos, puede producir, ya sea directamente o bien por sus consecuencias, más daños que beneficios pueden producir centenares de años de acción, libre de obstáculos, del principio de ayuda mutua. Pero cuando vemos que el desarrollo progresivo y la ayuda mutua van de la mano en el mundo animal, y la guerra interna en el seno de una especie, por el contrario, va acompañada del desarrollo regresivo, es decir, de la decadencia de la especie; cuando observamos que para el hombre hasta el éxito en la lucha y la guerra es proporcional al desarrollo de la ayuda mutua en cada una de las partes en conflicto, sean éstas naciones, ciudades, tribus o solamente partidos; y que el proceso de la guerra misma (en la medida en que puede dirigirse en este sentido) se somete a los objetivos finales del progreso de la ayuda mutua dentro de la nación, ciudad o tribu; obtenemos ya una idea de la influencia predominante de la ayuda mutua como factor de progreso.

Pero también vemos que la práctica de la ayuda mutua y su desarrollo subsiguiente crearon las condiciones mismas de la vida social, sin las cuales el hombre nunca hubiera podido desarrollar sus oficios, sus artes, su ciencia, su inteligencia o su espíritu creador; y vemos que aquellos períodos en que la tendencia a la ayuda mutua alcanzó su más elevado desarrollo fueron siempre perío-

dos de grandes progresos en el campo de las artes, la industria y la ciencia. De hecho, el estudio de la vida cotidiana de las ciudades de la antigua Grecia, y más tarde de las ciudades medievales, revela que precisamente la combinación de la ayuda mutua tal y como se practicaba dentro del gremio, la comuna o el clan griego —con la amplia iniciativa permitida al individuo y al grupo en virtud del principio federativo—, dio a la humanidad los dos grandes períodos de su historia: el período de las ciudades de la antigua Grecia y el período de las ciudades de la Edad Media; mientras que la destrucción de las instituciones y costumbres de apoyo mutuo realizada durante los períodos estatales de la historia corresponde en ambos casos a épocas de rápida decadencia.

Probablemente se nos replicará haciendo mención al súbito progreso industrial que se produjo en el siglo XIX y que corrientemente se atribuye al triunfo del individualismo y de la competencia. No obstante este progreso, fuera de toda duda, tiene unas causas mucho más profundas. Después de los grandes descubrimientos del siglo XV, y en especial el de la presión atmosférica y otros semejantes en el campo de la física *realizados en las ciudades medievales*, la invención de la máquina a vapor y toda la revolución industrial provocada por la aplicación de la nueva fuerza fue una consecuencia necesaria. Si las ciudades medievales hubieran subsistido para poder desarrollar sus descubrimientos hasta ese punto, las consecuencias éticas y sociales de la revolución provocada por la aplicación del motor a vapor podrían haber tomado, y probablemente hubieran tomado, otro carácter; pero la misma revolución en el campo de la técnica de la producción y de la ciencia habría resultado inevitable. Queda sin respuesta pues un interrogante: ¿No fue acaso retrasada la aparición de la máquina de vapor y la revolución subsiguiente en el campo de las artes por la decadencia general de los oficios que siguió a la destrucción de las ciudades libres y que se notó especialmente en la primera mitad del siglo XVIII?

Considerando la rapidez asombrosa del progreso industrial en el período que se extiende desde el siglo XII hasta el siglo XV en el tejido, el trabajo de metales, la arquitectura y la navegación, y reflexionando sobre los descubrimientos científicos a los que este progreso industrial condujo a finales del siglo XIX, tenemos derecho a formularnos esta pregunta: ¿No se retrasó la humanidad en la utilización de todas estas conquistas científicas cuando en Europa comenzó la decadencia general en el campo de las artes y de la industria tras la caída de la civilización medieval? Evidentemente, la desaparición de los artistas artesanos como los que construyeron Florencia, Núremberg y muchas otras ciudades, así como la decadencia de las grandes ciudades y la interrupción de las relaciones entre ellas no podían favorecer la revolución industrial. Sabemos por ejemplo que James Watt, el inventor de la máquina a vapor moderna, tuvo que emplear alrededor de doce años de su vida para hacer su invento utilizable, ya que no pudo hallar en el siglo XVIII aquellos ayudantes que hubiera hallado fácilmente en Florencia, Núremberg o Brujas durante la Edad Media; es decir, artesanos capacitados para realizar su invento en el metal y darle la terminación y finura artística que requiere la máquina de vapor.

De tal modo, atribuir el progreso industrial del siglo XV a la guerra de uno contra de todos significa conducirse como aquél que sin saber las verdaderas causas de la lluvia la atribuye a la ofrenda hecha al ídolo de arcilla. Para el progreso industrial, lo mismo que para cualquier otra conquista en el campo de la naturaleza, la ayuda mutua y las relaciones estrechas sin duda fueron siempre más ventajosas que la lucha mutua.

Sin embargo, la gran importancia del principio de ayuda mutua aparece principalmente en el campo de la ética, o en los estudios sobre los sistemas morales. Es evidente que el apoyo mutuo es la base de todas nuestras concepciones éticas. Pero cualesquiera que sean las opiniones que sostuviéramos con respecto al origen primitivo del sentimiento o instinto de apoyo mutuo —sea que

lo atribuyamos a causas biológicas o sobrenaturales— debemos reconocer que se puede observar su existencia ya en los niveles más inferiores del mundo animal. Desde estos niveles elementales podemos seguir su desarrollo ininterrumpido y gradual a través de todas las clases del mundo animal, a pesar de la cantidad enorme de influencias que se le opusieron, y a través de todos los grados de la evolución humana hasta la época presente. Aun las nuevas religiones que nacen de tiempo en tiempo —siempre en épocas en que el principio de ayuda mutua ha decaído en los Estados teocráticos y despóticos de Oriente, o durante la caída del Imperio Romano—, nunca fueron otra cosa que la afirmación de ese mismo principio. Hallaron sus primeros continuadores en las capas humildes, inferiores, oprimidas de la sociedad, donde el principio de la ayuda mutua era la base necesaria de la vida cotidiana. Así, las nuevas formas de unión que fueron introducidas en las antiguas comunas budistas y cristianas primitivas, en las hermandades moravas y otras similares adquirieron el carácter de *retorno a las mejores formas de ayuda mutua que se practicaban en el primitivo período tribal.*

Finalmente, cada vez que se hacía una tentativa para volver a este venerado y antiguo principio, *su idea fundamental se extendía.* Desde el clan se prolongó a la tribu, de la federación de tribus abarcó a la nación, y por último —al menos en su ideal—, a toda la humanidad. Al mismo tiempo, tomaba gradualmente un carácter más elevado. En el cristianismo primitivo, en las obras de algunos predicadores musulmanes, en los primitivos movimientos del período de la Reforma, y muy especialmente en los movimientos éticos y filosóficos del siglo XVIII y de nuestra época, se ha ido eliminando progresivamente toda idea de venganza o de «retribución merecida», de «bien por bien y mal por mal». La elevada concepción de «no vengarse de las ofensas», así como el principio «Da al prójimo más de lo que piensas recibir» son proclamados como verdaderos principios de moral; como principios

que ocupan un lugar más elevado que la simple equivalencia, la imparcialidad, la fría justicia; y como principios que conducen más rápidamente y mejor a la felicidad. El hombre es incitado a tomar por guía de sus actos no solo el amor, que siempre tiene carácter personal o en el mejor de los casos carácter tribal, sino la *idea de su unidad con todo ser humano*, y, por consiguiente, la idea de una *igualdad de derecho general*. Además, en sus relaciones hacia los otros debe entregarse sin calcular la actividad de su razón y de su sentimiento y hallar en esto una felicidad superior.

En la práctica de la ayuda mutua, cuyas huellas podemos seguir hasta las más antiguas fases de la evolución, hallamos el origen positivo e indudable de nuestras concepciones éticas; y podemos afirmar que el principal papel en la evolución ética de la humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua. En la amplia difusión de sus principios, incluso en la época presente, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más elevada del género humano.

Apéndices

I. Enjambres de mariposas, libélulas, etc.

M. C. Piepers publicó en *Natuurkunding Tijdschrift voor Neederlandsch Indië*, 1891, parte I, pág. 198 (resumida en *Naturwissenchaftliche Rundschau*, 1891, t. VI, pág. 573), interesantes observaciones sobre los vuelos en masa de mariposas que se producen en las Indias Orientales Holandesas. Tales vuelos en masa suelen tener lugar durante los primeros meses después del comienzo de los monzones, y en ellos participan generalmente individuos de ambos sexos pertenecientes a los *Captosilia* (*Callidryas*) *crocale*, Cr. Pero a veces los enjambres «están compuestos por individuos pertenecientes a tres géneros diferentes de *Euphoea*». Aparentemente, uno de los fines de tales vuelos es la cópula. Es muy posible que estos vuelos no sean resultado de una acción concertada, sino más bien consecuencia de la imitación o del deseo de seguir a los demás.

Bates ha visto en el Amazonas a *Callidryas* amarillas y anaranjadas «reunirse en masas densas, a veces de dos a tres metros de circunferencia, con sus alas levantadas de modo que la orilla parece cubierta por abigarrados matorrales de crocus». Sus colonias migratorias, que atravesaban el río de norte a sur, «no se interrumpían desde las primeras horas de la mañana hasta la puesta del sol» (*Naturalist on the Amazon*, pág. 131).

Las libélulas, durante sus grandes migraciones por las pampas, se reúnen en cantidades enormes y sus colosales enjambres están compuestos por individuos pertenecientes a diferentes especies (Hudson, *Naturalist in the La Plata*, pág. 130 y ss.).

Los grillos campestres (*Zoniopoda tarsata*) destacan por su extraordinaria sociabilidad (Hudson, obra citada, pág. 125).

II. Las hormigas

Las investigaciones sobre las hormigas de Pierre Huber (*Recherches sur les moeurs des fourmis*, Ginebra, 1810; Cherbuliez publicó una edición barata y popular en 1861 en la Bibliotèque Genevoise bajo el título de *Les fourmis indigènes*) constituyen no solo el mejor trabajo sobre esta mate-

ria, sino también un modelo de investigación verdaderamente científica. Darwin tenía plena razón al considerar a Pierre Huber un naturalista más grande aún de lo que lo fue su padre. Convendría que todo joven naturalista tuviera este libro, no solo por su contenido, sino como lección de método de investigación científica, y sus traducciones deberían gozar de la mayor difusión en ediciones asequibles. La cría de hormigas en nidos artificiales de vidrio y los experimentos de comprobación hechos por los más recientes investigadores, incluyendo entre ellos también a Lubbock, se hallan ya en la magnífica obra de Huber. Los lectores de los libros del profesor Forel y de Lubbock sabrán que los trabajos críticos de ambos científicos estaban destinados en un principio a refutar las afirmaciones de Huber sobre los asombrosos instintos de ayuda mutua entre las hormigas; pero que sin embargo, después de cuidadosas investigaciones científicas, no pudieron hacer otra cosa que confirmarlas. Por desgracia, es propio de la naturaleza humana aceptar con plena confianza todo género de afirmaciones sobre la capacidad del hombre para cambiar a voluntad la acción de las fuerzas naturales, y al mismo tiempo no reconocer hechos científicos plenamente probados cuando disminuyen la distancia entre el hombre y sus hermanos del mundo animal.

Es evidente que Sutherland (*Origin and Growth of Moral Instinct*) comenzó su libro con intención de demostrar que todos los sentimientos morales tienen su principio en la solicitud paternal y en el amor familiar que solo se pueden hallar en los animales de sangre caliente. Debido a esto, trató también de reducir al mínimo la importancia de la simpatía y de la cooperación entre las hormigas. Cita el libro de Büchner, *La inteligencia de los animales*, y conoce las experiencias de Lubbock. En cuanto a los trabajos de Huber y Forel, liquida cuentas con ellos mediante la siguiente frase: «pero todos ellos [los ejemplos traídos por Büchner en demostración de la existencia de la simpatía entre las hormigas], o casi todos, están desfigurados por un cierto sentimentalismo... que los hacen más propios de libros escolares que de trabajos científicos cuidadosos, *y lo mismo se puede observar* [las cursivas son mías] con respecto a las *anécdotas* más conocidas de Huber y Forel» (t. I, pág. 298).

Sutherland no indica cuáles son estas «anécdotas» a las que alude, pero me inclino a pensar que simplemente nunca tuvo oportunidad de leer con atención las obras de Huber y Forel. Los naturalistas que conocen estas obras saben que en ellas no aparece ninguna «anécdota». Evidentemente, si Sutherland hubiera hecho sobre las hormigas la «inves-

tigación científica modelo» (por usar las palabras de Darwin) que Huber hizo, no hubiera escrito una frase tan imprudente.

Es necesario citar aquí la obra del profesor Goltfried Adlerz sobre las hormigas en Suecia (*Myrmecologiska Studier: Svenska Myror och des Lefnadsförhallanden*, publicada en *Bihan till Svenska Akademiens Handlingar*, t. XI, n.° 18, 1886). Apenas es necesario decir que las observaciones de Huber y Forel, que tanto asombran a los profanos en esta materia, son plenamente confirmadas por el profesor sueco (págs. 136-7).

El profesor G. Adlerz expone también una serie de interesantes experiencias que realizó con el objetivo de comprobar la hipótesis de Huber de que las hormigas de dos hormigueros diferentes no siempre se atacan. Hizo una de estas experiencias con las hormigas *Tapinoma erraticum*, y otra con la especie de hormigas comunes *Rufa*. Cogió un nido entero en un saco y lo vació a una distancia de dos metros del otro hormiguero. Esto no provocó peleas entre las hormigas, sino que las hormigas del segundo hormiguero comenzaron a transportar las larvas de las hormigas llevadas hasta allí. En general, cuando Adlerz reunía a hormigas obreras de diferentes hormigueros que traían consigo larvas no se producían peleas, pero si reunía obreras sin larvas la batalla comenzaba (págs. 185-6).

Esta trabajo completa también las observaciones de Forel y MacCook respecto a las «naciones» de hormigas compuestas de muchos hormigueros, y tomando como base sus propios cálculos —según los cuales en cada hormiguero desarrollado existen hasta trescientas mil hormigas *Formica exsecta*—, llega a la conclusión de que semejantes «naciones» pueden llegar a decenas o incluso cientos de millones de individuos.

El libro de Maeterlinck sobre las hormigas, admirablemente escrito, a pesar de que no contiene observaciones nuevas, podría ser muy útil si no estuviese malogrado por sus metafísicas «palabras».

Un buen resumen de las últimas obras sobre las hormigas agricultoras se halla en la edición francesa de *Vida de los animales*, de Brehm, hecho por J. Künckel d'Herculais.

III. La ayuda mutua entre los gorriones

Durante los últimos años tuve ocasión de observar sociedades de gorriones en el jardincillo de nuestra casita de Bromley. Es sabido que los gorriones son grandes pendencieros de complexión sanguínea, y que a menudo disputan por pequeñeces. No obstante, se defienden entre sí vigorosamente, y entonces es tal el alboroto que arman que aunque no se quiera hay que prestarles atención. Así por ejemplo, una pareja de gorriones aprovechó el desprendimiento de una teja en el ángulo del techo de la casita vecina a la nuestra y se construyó allí un nido.

Los «blackbirds» (mirlos comunes) viven en invierno junto con los gorriones sin pelearse y se alimentan juntos. Sin embargo, parece que a veces arrojan de sus nidos a los pichones de gorrión. Pero he ahí que un mirlo solía asustar a una pareja. Llegaba volando, se posaba sobre el canalón del techo cerca de su cueva y trataba de escurrirse en el nido por el pasaje bajo las tejas, demasiado estrecho para él. Entonces todos los gorriones de nuestro jardincillo armaban un alboroto desesperado, acudían furiosamente y se arrojaban sobre el mirlo obligándole a alejarse. Nosotros siempre nos enterábamos de la llegada del mirlo al nido de los gorriones, pues era imposible no advertir tal alboroto.

El mismo bullicio, pero de otro carácter, armaban los gorriones cuando caía un pichón de uno de sus nidos. En tales casos el parloteo y la excitación eran descomunales, y rápidamente nos enterábamos del suceso. La colonia solo se tranquilizaba cuando recogíamos al pichón (de lo contrario se lo hubieran comido los gatos) y lo poníamos en la ventana de la habitación, que permanecía abierta. Entonces la madre acudía, se posaba en el alféizar y si no recuerdo mal a veces hasta penetraba en la pieza. Por la tarde, o al día siguiente, le atraía hacia el techo de la construcción que se hallaba próxima a la ventana. Entonces numerosos gorriones, sin que pueda asegurar de dónde salían, se reunían inmediatamente a su alrededor y todos alborotaban frenéticamente, seguramente de alegría. El pichón, reuniendo coraje, se las ingeniaba entonces para lanzarse desde el techo y así aprendía a volar.

Los diarios de Audubon (*Audubon and his Journals*, Nueva York, 1898), especialmente aquellos que se refieren a su permanencia durante 1830 en las orillas del Labrador y del río San Lorenzo, incluyen excelentes descripciones de las asociaciones de anidamiento de las aves acuáticas. Hablando de La Roca, uno de los islotes de la Magdalena, escribió: «A las once pude distinguir perfectamente su cima desde el puente, y me pareció que estaba cubierta de una capa de nieve de varios metros de espesor que recubría tanto las partes lisas como los salientes». Pero no era nieve sino cormoranes posados tranquilamente sobre los huevos o sobre las crías más jóvenes, en líneas rectas y casi tocándose entre sí. Las cabezas de todas estaban vueltas en la dirección del viento. El espacio sobre la roca y alrededor de ella en una distancia de noventa metros «estaba lleno de cormoranes volando, y parecía que nos hallábamos en medio de una tormenta de nieve». Las gaviotas *rissa* y los estúpidos *guillemots* criaban también en este mismo peñasco (*Journals*, t. I, pág. 360-3).

Junto a la Isla Anticosti, el mar «estaba literalmente cubierto de *guillemots* y pequeños pingüinos». Más lejos, el espacio estaba lleno de alcas comunes (*Alca torva*). En las rocas del golfo empollaban las gaviotas arenqueras, las golondrinas marítimas (grandes, árticas y probablemente de la especie *fosteri*), los gansos salvajes canadienses, el zambullidor de pecho colorado, pingüinos, cormoranes, etc. En especial había muchas gaviotas marítimas; «perseguían siempre a las demás aves, rompían y sorbían sus huevos y devoraban sus pichones, desempeñando aquí el papel de las águilas y los buitres».

En el Misuri, al norte de Saint Louis, Audubon tuvo oportunidad de ver en 1843 buitres y águilas que anidaban en colonias. Mencionó las «largas líneas de la elevada orilla rodeada por enormes rocas calizas en las que había un gran número de curiosas aberturas hacia donde, como comprobamos por la tarde, volaban los buitres y las águilas», es decir, las auras gallipavo (*Cathartes aura*) y águilas calvas (*Haliaëtus leucocephalus*) de acuerdo con la nota de E. Couës (t. I., pág. 458).

Las observaciones de Audubon son especialmente valiosas, ya que era un naturalista destacado, uno de los fundadores de la zoología descriptiva y visitó América del Norte en la época en que la vida animal de ese continente aún no había sido aniquilada por el hombre.

Uno de los mejores lugares de empolladura de las costas británicas son las islas Farne, y en la obra de Charles Dixon titulada *Anmong the Birds in Northen Shores* se puede hallar una descripción excelente de este lugar en el que decenas de miles de gaviotas, golondrinas marítimas, patos, cormoranes, chorlitos, ostreros, *guillemots* y frailecillos se reúnen todos los años. «Al aproximarse a uno de estos islotes, se tiene en principio la impresión de que toda la superficie está monopolizada por las gaviotas (de una especie menor, con dorso negro). El aire parece repleto de ellas, así como el terreno y las rocas desnudas. Pero cuando nuestro bote finalmente llega a la orilla rocosa y saltamos a tierra con alegría, las aves caen en una excitación ruidosa y alrededor de nosotros ruge una auténtica babilonia de aves que protestan a gritos hasta que partimos». (pág. 219).

Respecto a la relación entre el desarrollo de la familiaridad en las zancudas y la disminución del número de pichones empollados por ellas, mi difunto amigo y cámara de la expedición Oliókminsk-Vitínsk, I. S. Poliakóv, hizo interesantes observaciones en la Sociedad de Naturalistas de la Universidad de San Petersburgo (Acta de la reunión de la Sess. Zool. del 17 de diciembre 1874).

V. ¿Ayudan las aves grandes a las pequeñas durante las migraciones?

Sé que algunos zoólogos —casi la mayoría— toman a broma toda mención a esta materia. Pero puesto que al hacer esta pregunta me sumo a varios investigadores naturalistas, incluyendo entre ellos a un zoólogo como Heiglin, me permito llamar la atención de los investigadores sobre el particular. Para aquellos que *hayan estudiado* la vida social de las aves, la cuestión no resultará del todo insólita.

Uno de los naturalistas y zoólogos ingleses, Harting (James Ed. Harting: *Recreatinos of a Naturalist*, Londres, 1906), afirmó, en un capítulo especial de su libro de citas, que en las migraciones las aves grandes a veces ayudan a las pequeñas, y que en tal caso se las posan sobre el lomo. Acerca de esto *no existen pruebas concluyentes*, ya que durante la migración es casi imposible ver a un pájaro posado sobre otro desde abajo. Pero algunos experimentados naturalistas ornitólogos consideran el hecho *verosímil*.

He aquí los hechos reunidos por Harting. El conocido investigador ártico doctor J. Rae, en su informe para la Sociedad de Linneo, dice que las tribus indias cree, de York Factory y de Moose Factory (en la Tierra de Hudson) afirmaban que una de las pequeñas aves migratorias, para descansar, se posa durante la migración sobre el ganso canadiense.

Los indios de esta tribu practican la caza a gran escala de este ganso, al que encuentran cuando emigra al sur de sus territorios. Lo mismo afirmaron al doctor Rae los indios de las orillas de Atabaski y del Gran Lago del Esclavo, que viven alrededor de mil seiscientos kilómetros al noroeste de los anteriores.

El doctor Lenner, en su libro *Bible Customs in Bible Lands*, menciona una serie de pequeñas aves que emigran de Palestina a Arabia y Egipto sobre el dorso de las grullas. Cuando las últimas viajan del norte hacia el sur, vuelan a baja altura y las aves pequeñas se elevan hasta ellas. A veces se escucha el piar de los pájaros pequeños que ya están posados sobre el lomo de los grandes. Así lo afirman por lo menos los habitantes del lugar; pero es necesario recordar que nadie duda de que las aves pequeñas realizan sus emigraciones junto con las grandes. Es cierto también que el piar de las aves pequeñas tampoco es prueba fehaciente de que estén posadas sobre las grandes.

Sin embargo, el profesor americano Claypole dice que él mismo se convenció personalmente, durante su permanencia en la isla de Creta, de que las lavanderas comunes y otros pequeños pájaros se posan sobre el dorso de las grullas durante su emigración desde Europa hacia el sur. Al principio no quiso creerlo, pero cuando un pescador disparó en su presencia contra una bandada de grullas que pasaba volando, el mismo Claypole vio que estos pájaros se elevaban desde la bandada y desaparecían (publicado en el conocido periódico científico inglés *Nature*, el 24 de febrero de 1881).

Un escritor alemán, Adolfo Ebelin, oyó a menudo lo mismo en El Cairo, y el conocido viajero y ornitólogo Heiglin le dijo que consideraba el hecho enteramente probable a pesar de no haber tenido oportunidad de comprobarlo personalmente.

Hedenborg, conocido viajero sueco, afirma que él mismo oyó a menudo, en la isla de Rodas, las voces de los pajarillos que realizaban migraciones con las cigüeñas y cierta vez vio a algunos pájaros que se separaban del dorso de las cigüeñas cuando habían alcanzado la isla.

T. H. Nelson escribió en la revista inglesa *Zoologist* (febrero 1882, pág. 73) que el inspector del rompeolas del estuario del Tees, en Inglaterra, estando el 16 de octubre en el extremo del rompeolas con tiempo frío y claro, vio una lechuza que volaba cansada desde el mar; y que en cuanto se posó, saltó de su dorso un pájaro y voló a lo largo del rompeolas. Antes de que echara mano a la escopeta, la lechuza huyó, pero mató al pájaro y el zoólogo del lugar lo definió como un reyezuelo.

Un ave tan pequeña y que vuela tan mal como esta difícilmente podría atravesar el mar del Norte contra el fuerte viento. Y sin embargo, emigra y vuela regularmente hacia Inglaterra siempre antes que la becada; por eso se la llama en Inglaterra «el piloto de la becada» [*Woodcock pilot*]. Los pescadores de estas costas han observado a este pájaro a menudo posado en sus botes.

Resumiendo lo que sabemos sobre esta materia podemos decir lo siguiente: los zoólogos no han hecho observaciones positivas y concluyentes. Pero los habitantes de los lugares que se relacionan con las aves cuando estas llegan a sus orillas, en general están seguros de que los pájaros pequeños que emigran junto con los grandes, se posan *—tal vez solo al final de su vuelo a través del mar—* sobre el dorso de los grandes.

VI. Número de animales sociables en el África ecuatorial

Por fortuna, todavía existe una región en la que la vida animal se ha conservado, hasta hace algunos años, tal cual era antes de la aparición del hombre provisto de armas de fuego. Es el África ecuatorial, sobre el cual tenemos la hermosa obra del escritor, bien conocido entre los zoólogos como autoridad en la fauna de África y como experto naturalista, C. G. Schilling (*With Flashlight and Riffle*, dos tomos, Londres, 1906; utilicé la traducción inglesa; el original está en alemán). En el África meridional, nos cuenta Schilling, los habitantes blancos y los del lugar, provistos de armas de fuego, aniquilaron una cantidad innumerable de animales salvajes, de modo que varias especies desaparecieron por completo cambiando enteramente el aspecto mismo de la fauna. «Así desaparecieron el ñu de cola blanca (*Connochaetes gnu*), el gamo bontebok (*Damaliscus pygargus*), el blesbok (*Damaliscus pygargus phillipsi*), la cebra común

(*Equus quagga*), la cebra de montaña (*Equus zebra*), el hermoso antílope azul (*Hippotragus leucophaeus*), el búfalo cafre (*Syncerus caffer*), el elefante, el rinoceronte blanco (*Ceratotherium simum*), el rinoceronte negro (*Diceros bicornis*), la jirafa, el hipopótamo y el avestruz; con excepción de algunos individuos que se conservan de las tres primeras especies y por completo en cuanto a las restantes». Aquí es necesario recordar que se encontraban en cantidades innumerables hasta el primer tercio del siglo XIX, y eran aún más numerosos en una época anterior.

Hasta en el África ecuatorial su número disminuye, y las cebras no se encuentran en rebaños, como las vio el profesor G. Meyer (véase su libro *Kilimandjaro*) algunos años antes de la expedición de Schilling. Las manadas de elefantes y búfalos se han vuelto muy raras. Y aun así, masas de animales continúan hoy viviendo en grandes sociedades, y las asociaciones de especies distintas, citadas por Schilling, son asombrosas.

En las mesetas del África ecuatorial, después de las grandes lluvias, enormes extensiones quedan inundadas en tres semanas por el agua y todas las cavidades se convierten en grandes pantanos o lagos que atraen a innumerables cantidades de todos los animales posibles desde todas las tierras secas y elevadas (el *velt*).

«Innumerables bandadas de gansos y ánades cubrían la superficie de los lagos —escribe Schilling—; en las orillas pacían miles de ñus y cebras; y desde los más lejanos límites del *velt* venían a reunirse los rinocerontes en sus habituales abrevaderos entre las cañas. También aparecían diferentes especies de gamos y antílopes, gacelas y algunos búfalos» (págs. 91-2).

Las descripciones de la vida en las orillas de estos lagos temporales hechas por Schilling, y sus notables fotografías —alguna de las cuales fueron tomadas durante la noche con ayuda del magnesio—, son asombrosas, pues muestran las enormes cantidades de diferentes animales que se reúnen en estos lugares y cómo solo gracias a la atención y la prudencia de sus exploradores y guardianes consiguen acercarse de noche en rebaños al abrevadero sin ser destrozados por los leones que allí se reúnen. Comenzando desde la puesta del sol hasta la mañana siguiente, centenares de miles de aves diferentes vuelan hacia el lago y se aproximan a beber junto a las más distintas clases de mamíferos. Lo curioso es que en sus primeras expediciones Schilling observó que los leones cazan en grupos, cosa que puede comprobarse en sus fotografías nocturnas. En una de ellas aparecen tres leones que se habían deslizado hasta la presa.

Schilling no vio más de siete leones juntos (pág. 133); pero no bien un león rugía de noche, casi inmediatamente otros le contestaban. Así, después de haberse hartado de oír durante la noche los rugidos de muchos leones en la orilla de un lago estacional donde se reunían muchos animales de todas clases, Schilling empezó a examinar por la mañana sus huellas; «me convencí —escribe— de que por lo menos treinta leones habían estado en este lugar» (pág. 132). «Un respetable observador inglés —agrega (pág. 345)— vio una vez veintisiete leones juntos». En la época en que Schilling realizaba sus expediciones era cosa corriente entre los leones reunirse para cazar.

VII. La sociabilidad de los animales

La hipótesis de que la sociabilidad de los animales es mayor allí donde el hombre no los persigue se puede confirmar gracias a la gran cantidad de hechos que demuestran que los animales que ahora viven solitarios en los países habitados por el hombre continúan viviendo en rebaños en los territorios deshabitados. Así, en las mesetas áridas y desiertas del norte del Tíbet, Prjevalsky halló osos que vivían en sociedad, y cita explícitamente numerosos «rebaños de yakos, kulanes, antílopes y hasta de osos». Los últimos —dice— se alimentan preferentemente de los pequeños y extraordinariamente numerosos roedores, y se multiplican en cantidades que «tal y como me aseguraron los indígenas, se podían encontrar de cien a ciento cincuenta durmiendo en una misma cueva» (*Informe Anual de la Sociedad Geográfica Rusa*, año 1885, pág. 11). Alrededor de 1820, los osos blancos eran tan numerosos y vivían en rebaños tan grandes que Scoresby, que era un gran observador, los comparó con rebaños de ovejas. Las liebres (*Lepus lehmani*) viven en grandes sociedades en el territorio transcaspiano (N. Zarudnyi, *Recherches zoologiques dans la contrée transcaspienne*, en *Bulletin de la Société des Naturalistes de Moscou*, 1889, pág. 4). Los pequeños zorros californianos que viven, según dice E. C. Holden, cerca del Observatorio de Lick «siguiendo la dieta mixta de bellotas indígenas y sobras de pollo de los astrónomos» (*Nature*, 5 de noviembre DE 1891), parecen destacarse también por su gran sociabilidad. Hasta los leones, como hemos visto en el apéndice anterior, cazan en sociedades en la parte todavía salvaje de África ecuatorial.

Algunos ejemplos muy interesantes del amor de los animales por la sociedad fueron ofrecidos en el trabajo de C. J. Cornish (*Animals at Work and Play*, Londres, 1896). Todos los animales, según la justa observación de este autor, odian la soledad. Da también una divertida descripción de la costumbre que tienen las marmotas de apostar centinelas. Esta costumbre está tan arraigada entre ellas que apostan centinelas hasta en el Jardín Zoológico de Londres y en el Jardín de Aclimatación de París (pág. 46).

El profesor Kessler tenía plena razón al señalar que las crías jóvenes de aves desarrollan su sentido de sociabilidad debido a que pasan juntas el otoño.

Cornish (*Animals at Work and Play*) citó algunos ejemplos de juegos entre mamíferos jóvenes, como por ejemplo los corderos que aman apasionadamente el juego de «seguir al guía» y el de «soy el dueño de la casa», así como las carreras de obstáculos. Los cervatillos gustan de jugar al «tú la llevas» y se tocan con los hociquillos. Un gran número de ejemplos de tales juegos entre animales se pueden hallar en la excelente obra de Karl Gross, *The Play of Animals.*

VIII. Los orangutanes fueron más sociables en otros tiempos

De la obra del profesor Eduardo Beccari, botánico italiano que ha viajado por Sarawak (Borneo), se desprende que los salvajes del lugar exterminan cruelmente a los orangutanes con ayuda de las flechas venenosas que, emboscados, soplan por una larga caña. No es de extrañar que en tales condiciones los orangutanes prefieran llevar una vida solitaria, pero existen hechos que indican que antes no eran reacios a la sociabilidad, pues aún ahora se reúnen a veces en pequeños grupos cuando el durión está maduro. «La mejor época para la caza del orangután —escribe Beccari— es cuando el fruto madura. Entonces es fácil encontrarlos sobre un árbol en grupos de cinco, seis o más. Cuando estuve en Marop, los *mai* (es decir, los orangutanes) vagaban por los bosques en busca de alimento, y no era fácil encontrarlos, sobre todo en grupos. Sin embargo, pude ver ocho en un día, cuatro de ellos sobre un árbol». Hasta la variedad *tiaping*, que es de menor tamaño que las variedades *kassa*, aparece en grupos, y los dayakos dicen que muchos de los primeros suelen ser

vistos alrededor de las aldeas cuando el durión está maduro (*Viaje por los grandes bosques de Borneo*, edición inglesa, pág. 204).

Beccari vio también numerosos nidos o guaridas. «La palabra nido —escribe— es perfectamente aplicable a los lechos o lugares de descanso temporales que se preparan sobre los árboles. Hacen su guarida con ramas que rompen del mismo árbol y la colocan en el lugar en que las ramas forman un nudo. No se percibe intento alguno de arreglar bien las ramas o hacer un alero. Simplemente disponen una plataforma sobre la que el animal puede yacer. Los nidos de orangután que he visto eran claramente para un solo individuo. Tal vez las parejas se construyan nidos más cómodos, pero no he encontrado nada que indicara costumbres domésticas en estos monos» (pág. 143). Además, a veces se reúnen varios orangutanes para aprovisionarse.

IX. Obstáculos a la supermultiplicación

Hudson, en su excelente libro *Naturalist on the La Plata* (cap. III), transcribe relatos muy curiosos sobre la multiplicación súbita de una especie de ratones y de las consecuencias que tuvo esta repentina «ola de vida».

«Los meses de verano del año 1872 y 1873 —escribe— se distinguieron por la abundancia de luz solar y por lluvias frecuentes y de corta duración, de modo que no se produjo la escasez de flores silvestres que se produjo en los años precedentes». La estación era muy favorable para los ratones y «estas pequeñas y prolíficas criaturas pronto aparecieron en tal cantidad que los perros y los gatos se alimentaban casi exclusivamente de ellos. Los zorros, las comadrejas y los didélfidos los devoraban hasta saciarse; e incluso el insectívoro armadillo se entregó a la caza de ratones». El ave doméstica se convirtió en ave de rapiña y «los bienteveos (*Pitangus*) y los cucos guira cazaban exclusivamente ratones». En otoño apareció una cantidad innumerable de cigüeñas y de búhos de orejas cortas con el objeto de participar en el banquete. A continuación llegó el invierno y una prolongada sequía. La hierba seca era devorada o se convertía en polvo, y los ratones, privados de refugio y alimento, comenzaron a perecer. Los gatos volvieron a las casas; la especie errante de búhos de orejas cortas se alejó y los pequeños búhos, que se ocultaban en cuevas, adelgazaron tanto que apenas podían volar «y permanecían todo

el día junto a las viviendas esperando alimentarse con algún desperdicio abandonado». Durante ese mismo invierno pereció una increíble cantidad de ovejas y de ganado cornúpeto durante el frío mes que siguió a la sequía. En cuanto a los ratones, según dice Hudson, «después de este gran exterminio, apenas sobrevivió una pequeñísima cantidad de ellos para prolongar la especie».

El ejemplo arriba citado tiene además un interés especial porque demuestra cómo en las llanuras y mesetas la multiplicación súbita de una especie atrae inmediatamente a sus enemigos desde otras partes de las llanuras, y cómo las especies privadas de la defensa que procura la vida social deben convertirse inevitablemente en presa de sus enemigos.

Sobra decir que la evolución de las formas animales, *y mucho más la evolución progresiva*, no se afirmó sobre tales breves períodos de súbita multiplicación y la subsiguiente lucha por la existencia.

El mismo autor da otro excelente ejemplo de sus observaciones hechas en la República Argentina. Uno de los más extendidos roedores allí era el coipú (*Myopotamus coypú*), parecido por su aspecto a la rata pero de tamaño similar al de la nutria. Por sus costumbres es un animal acuático que se distingue por su gran sociabilidad. «Por las tardes —escribe Hudson— nadan y juegan en el agua, conversando entre sí por medio de extraños chillidos que suenan como si fueran quejidos y lamentos de un hombre herido. Los coipús, que tienen una piel fina debajo de su tosco pelaje, se exportaban en otros tiempos a Europa en grandes cantidades; pero alrededor de 1840 el dictador Rosas emitió un decreto prohibiendo su caza. El resultado fue que se multiplicaron en cantidad inusitada y, abandonando sus costumbres acuáticas, comenzaron a vivir en tierra firme y a emigrar, apareciendo por doquier en grandes cantidades en busca de alimento. Súbitamente cayó sobre ellos una misteriosa epidemia por la que perecieron, y actualmente casi se han extinguido» (pág. 12).

Así, el exterminio a mano del hombre y las enfermedades contagiosas son las principales barreras que obstaculizan la multiplicación de las especies, y de ningún modo la competencia por obtener los medios de subsistencia, competencia que puede faltar por completo, y que cuando existe se suele evitar hasta cierto punto por medio de las migraciones o por el cambio de dieta.

Podrían citarse innumerables hechos que demuestran que regiones que gozan de un clima bastante más favorable que Siberia se distinguen sin embargo por su escasez de población. Pero en el conocido trabajo de

Bates (*The Naturalist on the Amazon*) encontramos que se puede decir lo mismo acerca de la región tropical que se encuentra a orillas del río Amazonas.

«Realmente —escribe Bates— se encuentra aquí gran variedad de mamíferos, aves y reptiles, pero están diseminados sobre una gran extensión y muestran gran timidez hacia el hombre. Toda esta región es tan extensa y está tan uniformemente cubierta de bosques que solo a grandes intervalos pueden verse animales en abundancia, cuando aparece algún lugar especialmente atractivo» (*The Naturalist on the Amazon*, 6.ª edición, pág. 31). Lo mismo escribí yo de la taiga de Oliókminsk-Vitímsk y de la meseta de Vitímsk.

Este hecho es más asombroso en tanto que la fauna brasileña, pobre en mamíferos, está lejos de ser pobre en aves, y los bosques de Brasil pueden procurar bastante alimento para los pájaros, como puede comprobarse de una cita ya recogida en una página anterior acerca de las comunidades de pájaros. A pesar de esto, los bosques del Brasil, al igual que los bosques de Asia y de África, no solo no sufren superpoblación, sino que más bien se distinguen por un reducido nivel de población animal. Lo mismo ocurre en las pampas de América del Sur, las cuales, observa Hudson, producen asombro porque en tan extenso territorio, cubierto de hierbas y tan apto para residencia de los cuadrúpedos herbívoros, solo vive una especie de pequeños rumiantes. Como es sabido, en algunas partes de estas praderas pacen ahora millones de ovejas, ganado cornúpeto y caballos criados por el hombre. Las aves de las pampas son pocas, tanto por la cantidad de especies como por su número.

X. Adaptaciones para evitar la lucha por la existencia

Numerosos ejemplos de estas adaptaciones pueden hallarse en las obras de todos los naturalistas que han estudiado la vida de los animales en la naturaleza salvaje. Entre ellos, puede citarse el interesante caso del armadillo, del cual W. H. Hudson dice que «escogió un modo de vida conveniente para él y por ello florece mientras sus congéneres se extinguen rápidamente. Su alimentación se distingue por su extraordinaria diversidad. Caza toda clase de insectos, descubriendo los gusanos y larvas que se encuentran a varios centímetros de profundidad de la superficie. Gus-

ta mucho de los huevos y de los pichones; se alimenta de carroña al igual que el buitre, y si se produce escasez de alimento animal, se conforma con una dieta vegetal: trébol e incluso granos de maíz. Por esto, mientras que los demás animales pasan hambre, el peludo armadillo está siempre gordo y lleno de energía» (*Naturalist on the La Plata*, pág. 71).

La adaptabilidad del avefría contribuye a la amplia difusión de esta especie. En Inglaterra, el avefría «se siente en su casa tanto en los campos arados como en los lugares salvajes». Y acerca de las aves de rapiña, C. Dixon dice en su libro *Birds of Northern Shires* (pág. 67) que «la diversidad de alimento es la regla general entre ellas». De tal modo nos enteramos por el mismo autor (págs. 60-5) de que «los milanos de los pantanos británicos se alimentan no solo de pequeños pichones, sino también de polillas, ratones, sapos, lagartos e insectos, mientras que los halcones de menor tamaño se alimentan principalmente de insectos».

El muy instructivo el capítulo que W. H. Hudson dedica a la familia de aves trepadoras suramericanas es también una excelente ilustración de los medios gracias a los cuales gran parte de la población animal evita la competencia y al mismo tiempo alcanza una multiplicación muy importante en dicha región sin poseer arma alguna, lo que generalmente se considera esencial para una lucha exitosa por la existencia. La familia de trepadoras anteriormente citada se extiende sobre una superficie inmensa, desde el sur de México hasta la Patagonia, y se han descrito ya no menos de doscientas noventa especies pertenecientes a cuarenta y seis géneros diferentes. Así, el rasgo más notable de esta familia es la sorprendente diversidad de costumbres de sus miembros. No solo los diferentes géneros y especies poseen costumbres propias, sino que a menudo hasta unas mismas especies varían de modo de vida según los lugares. «Algunas especies de *Xenops* y *Margarornis* como los pájaros carpinteros trepan verticalmente por los troncos de los árboles en busca de insectos, pero también, como los paros, exploran las ramas chicas y el follaje en los extremos de las ramas. De este modo inspeccionan todo el árbol desde las raíces hasta la misma cima. El *Sclerurus*, a pesar de que habita en los bosques más tenebrosos y de que está provisto de agudas garras curvadas, nunca busca alimento en los árboles, sino exclusivamente entre las hojas caídas y en descomposición; esto resulta más extraño cuando se comprueba que si se le molesta vuela al tronco del árbol más próximo, al cual se aferra en posición vertical permaneciendo todo el tiempo inmóvil y sin emitir sonido, evitando de este modo el

peligro de ser descubierto gracias a la protección que le proporciona su color oscuro». En cuanto a la manera de construir sus nidos, se distingue igualmente por su variedad. Así, en un mismo género, tres especies construyen nidos de arcilla que recuerdan por su forma a un horno, un cuarto género construye su nido con palitos en los árboles, y un quinto cava nidos en las orillas de los ríos como el martín pescador.

Es notable que esta vasta familia, sobre la cual Hudson dice que «toda Sudamérica está llena de ella ya que no existe clima, terreno o vegetación que no posea alguna especie de estas aves», pertenezca según sus palabras a «las aves más indefensas». Como los patos citados por Sévertsov (véase en el texto) no poseen pico incisivo ni garras; «son tímidos, no ofrecen resistencia y no poseen fuerza ni armas; sus movimientos son menos rápidos y menos enérgicos que los de las otras aves, y su vuelo se distingue por su extraordinaria debilidad». Pero poseen, como observara Hudson y también Asara hace mucho tiempo, «el instinto social en grado considerable», a pesar de que «el hábito social es mantenido por ellos en un nivel bajo debido a las condiciones de una vida que demanda soledad». No pueden organizar aquellas vastas asociaciones para la cría de sus pichones que hemos visto en las aves marinas ya que se alimentan de los insectos de los árboles y deben inspeccionar cuidadosamente cada árbol, trabajo que realizan de un modo extraordinariamente hábil; pero en el bosque constantemente se llaman «manteniendo conversaciones entre sí a grandes distancias»; y se reúnen en esas «bandadas errantes» que tan bien conocemos gracias a las pintorescas descripciones de Bates. Hudson pensaba que «en toda Sudamérica los *Dendrocolaptidae* son los primeros que se asocian para actuar en común, y las aves de otras familias los siguen en sus marchas y entran en sociedad con ellos, sabiendo por experiencia que se pueden hacer con una buen botín». Apenas es necesario agregar que Hudson tiene una opinión muy elevada de su ingenio. La sociabilidad y la inteligencia van siempre de la mano.

XI. Origen de la familia

En la época en la que escribí el capítulo correspondiente de este libro, parecía que se había establecido entre los antropólogos cierto acuerdo sobre la aparición comparativamente tardía de la familia patriarcal tal y

como la conocemos entre los hebreos o en la Roma imperial. Pero desde entonces aparecieron obras en las cuales se ponían en duda las opiniones expuestas por Bachofen y MacLenna, y que fueron sistematizadas especialmente por Morgan y desarrolladas y confirmadas por Post, Maxim Kovalevsky y Lubbock. Las obras más importantes de esta tendencia son: el trabajo del profesor danés C. N. Starcke (*Primitive Family*, 1889) y el del profesor de Helsingfors, Edward Westermarck (*The History of Human Marriage*, 1891, 2.ª edición, 1894). Con la cuestión de las formas del matrimonio sucedió lo mismo que con la primitiva forma de posesión de la tierra. Cuando las ideas de Maurer y Nasse sobre la comuna aldeana fueron desarrolladas por toda una escuela de investigadores de talento, y cuando las ideas de los antropólogos modernos sobre la primitiva constitución comunista del clan se ganaron un reconocimiento casi general, comenzó la aparición de trabajos como los de Fustel de Coulanges en Francia; Seebohm en Inglaterra y muchos otros, en los cuales se hacía un intento —que se caracterizó más por su brillantez que por la profundidad real de la investigación— de refutar estas ideas y arrojar una sombra de duda sobre las conclusiones a las que llegaron los investigadores modernos (véase el prefacio del profesor Vinogradov a su notable *Villainage in England*). De igual modo, cuando la idea de la ausencia de la familia en el estadio primitivo del desarrollo de la humanidad fue aceptada por la mayoría de los antropólogos e investigadores del derecho antiguo, provocó trabajos como las obras de Starcke y Westermack, en las que, de acuerdo con la tradición hebrea, se representaba al hombre como un ser que apareció de golpe, ya provisto de la familia (evidentemente patriarcal), y sin haber pasado nunca por el estado de desarrollo de la familia gregaria descrito por MacLennan, Bachofen o Morgan. Estas obras, entre las cuales la brillantemente escrita *Historia del matrimonio humano* de Westermack alcanzó un público amplio, produjeron cierta impresión: aquellos que no habían tenido la posibilidad de conocer la voluminosa literatura sobre esta controvertida materia comenzaron a vacilar; y al mismo tiempo algunos antropólogos que conocían bien la materia, como el profesor francés Durkheim, tomaron una posición conciliadora pero un tanto indefinida.

Esta controversia no tiene relación directa con los problemas especiales de un trabajo consagrado a la cuestión de la ayuda mutua. El hecho de que los hombres hayan vivido en *clanes* desde los estadios más antiguos del desarrollo de la humanidad no es puesto en duda ni aun por aquellos a quienes choca la idea de que el hombre haya podido pasar

por un estado de desarrollo en que la familia —en el sentido vulgar de la palabra— no existía. Pero la materia de la controversia tiene un interés profundo y merece ser mencionada, a pesar de que para una consideración completa de ella haría falta dedicarle un tomo entero.

Cuando tratamos de levantar el velo que nos oculta estas antiguas instituciones, especialmente las que predominaron en la primera aparición del género humano, nos vemos obligados —debido a la carencia de testimonios directos— a realizar un enorme y fatigoso trabajo para seguir en orden ascendente todos los indicios de la existencia de cada institución. Observamos cuidadosamente primero las más pequeñas huellas de las costumbres, hábitos, tradiciones, canciones, folklore, etc.; resumimos luego los resultados de cada uno de estos estudios separados y finalmente reconstituimos mentalmente una sociedad que responde a la coexistencia de todas estas instituciones. Es comprensible por tanto la cantidad de hechos y de estudios minuciosos de la cuestión que se requieren para llegar a cualquier conclusión sólida. Precisamente tal género de estudios detallados se puede hallar en los trabajos monumentales de Bachofen y sus continuadores, mientras que no aparece en los trabajos de la escuela contraria. La cantidad de hechos recogidos por el profesor Westermack es sin duda remarcable, y su trabajo tiene gran valor como obra crítica, pero difícilmente logrará que aquellos que conocen los trabajos originales de Morgan, Mac Lennan, Post, Kovalevsky, etc., y están familiarizados con la escuela de la comuna aldeana, cambien sus opiniones y acepten la teoría de la familia patriarcal.

Me atrevo a decir que las conclusiones extraídas por Westermarck de los hábitos familiares de los primates (monos superiores) no tienen el valor que este les atribuye. Nuestro conocimiento de las relaciones familiares de las especies sociables de monos de nuestro tiempo se distingue por su extrema insuficiencia, y además dos especies insociables —orangutanes y gorilas— no pueden ser tomados como ejemplo ya que ambas, como señalé en el texto, pertenecen a especies en vías de extinción.

Menos aún conocemos las relaciones existentes entre los machos y las hembras de los primates hacia el final del período terciario. Probablemente, todas las especies que vivían entonces se extinguieron, y no sabemos a partir de cuál de ellas surgió el hombre. Todo lo que podemos decir con certeza es que debían existir distintas relaciones familiares y tribales entre las diferentes especies de monos que por entonces eran *sumamente* numerosas, y que desde esas lejanas épocas debieron pro-

ducirse importantes cambios en los hábitos de los primates semejantes a los que tuvieron lugar hasta los dos últimos siglos en muchos otros mamíferos que dejaron de vivir en sociedades.

Debido a esto, la controversia debe reducirse exclusivamente a las instituciones humanas. En el examen detallado de cada huella concreta de toda institución antigua, en *conexión con todo lo que sabemos de las otras instituciones del mismo pueblo o del mismo clan*, reside la fuerza principal de las pruebas de la escuela que sostiene que la familia patriarcal es una institución de origen relativamente tardío.

En realidad existe en las tribus primitivas un *conjunto completo de instituciones y hábitos* que se hacen enteramente comprensibles si aceptamos las ideas de Bachofen y Morgan, y que sin ellas no se pueden entender. Estas son: la vida comunista del clan hasta que se dividió en familias paternales separadas; la vida en las *casas largas* y en *clases* que ocupan diferentes casa largas de acuerdo con la edad y el grado de iniciación de los jóvenes en la composición del clan (M. Maclay, H. Schurz); las limitaciones a la acumulación personal de bienes, de las cuales di ejemplos en el texto y en uno de los apéndices; el hecho de que las mujeres tomadas de otro clan antes de pasar a ser propiedad privada debían ser propiedad de todo el clan, así como muchos otros hábitos semejantes analizados por Lubbock. Este amplio círculo de instituciones y hábitos, que gradualmente decayeron y desaparecieron en la fase siguiente del desarrollo humano caracterizado por la comuna aldeana, se halla en completo acuerdo con la teoría del «matrimonio tribal». Pero la escuela de la familia patriarcal pasa de largo frente a ellos sin prestarles atención.

Evidentemente, tal modo de examinar la cuestión es incorrecto. En los hombres primitivos no existía la superposición o supervivencia de hábitos de diferentes épocas que existe ente nosotros. Tenían solo *una* institución, el clan, que incluía a *todas* las relaciones mutuas de sus miembros. Las relaciones matrimoniales y las relaciones ligadas a la propiedad son relaciones tribales. Y por esto podríamos, al menos, esperar que los defensores de la teoría de la familia patriarcal nos señalasen de qué modo el arriba citado círculo de hábitos establecidos (que desaparecieron más tarde) pudo existir en sociedades que vivieron bajo un sistema que contradecía a tales instituciones, es decir, bajo el sistema de familias nucleares gobernadas cada una por su *pater familias*. ¿De dónde surgió el comunismo primitivo si el sistema de las familias independientes lo contradecía?

De nuevo resulta imposible reconocer valor científico a las explicaciones con que los defensores de la teoría patriarcal tratan de vencer las serias dificultades que se ofrecen a sus argumentos. Así por ejemplo Morgan demostró, con un número importante de hechos, que en muchas tribus primitivas existe un «sistema de clasificación de grupos» estrictamente observado, y que todos los individuos de una misma categoría se llaman mutuamente como si fueran hermanos y hermanas, mientras que los individuos jóvenes llaman madre a sus tías, etc. Afirmar que esto solo era una forma de hablar —es decir, un modo de expresar respeto a los ancianos— es una forma fácil de deshacerse de la necesidad de explicar por qué justamente este modo de expresar respeto y no otro ha predominado de tal forma entre numerosas tribus de origen diferente y por qué en muchas de ellas se ha conservado hasta la actualidad. Naturalmente, es muy posible que «ma» y «pa» sean las sílabas más fáciles de pronunciar para un niño, pero la cuestión es: ¿por qué este «lenguaje infantil» es utilizado por los adultos y se aplica a cierta categoría de personas estrictamente definida?

¿Por qué en tantas tribus en que la madre y su hermana son llamadas «ma», se llama al padre «tiatia» (lo que es parecido a «diádia» es decir, tío), «dad», «da» o «pa»? ¿Por qué el nombre de «madre», que antes se daba a las tías por parte materna, fue reemplazado más tarde por un nombre distinto? Y así sucesivamente. Pero cuando nos enteramos de que entre muchos salvajes la hermana de la madre participaba en la educación del niño tanto como la madre misma hasta el punto de que si la muerte se llevaba al niño, la otra «madre» (la hermana de la madre) estaba dispuesta a sacrificarse para acompañarlo en su viaje al otro mundo, indudablemente nos sentimos inclinados a ver en estos nombres algo más profundo que la simple «manera de hablar» o el modo de expresar respeto. Y después de conocer la existencia de una serie completa de reminiscencias que apuntan todas en la misma dirección (consideradas detalladamente por Lubbock, Kovalevsky y Post) nos afirmamos aún más en esta convicción. Naturalmente, se puede afirmar que se sigue el parentesco por línea materna «debido a que el niño permanece más con la madre»; o bien puede quizá argumentarse el hecho de que los niños de un padre y distintas esposas, pertenecientes a diferentes clanes, se consideran pertenecientes al clan de sus madres por la circunstancia de que los salvajes son «ignorantes en el campo de la fisiología»; pero tales respuestas ni de lejos harán justicia a la seriedad de las cuestiones planteadas, en especial si se presta atención al conocido hecho de que la obligación del hijo de llevar el nombre de la

madre implica la pertenencia al clan de la madre en todos los sentidos, es decir, incluye el derecho a todo lo perteneciente al clan de la madre, a gozar de su protección, a no ser perseguido por nadie que pertenezca a dicho clan y la obligación de vengar las ofensas inferidas a este clan.

Aun si admitiéramos por un instante que semejantes explicaciones fueran satisfactorias, pronto nos convenceríamos de que en tal caso habríamos de buscar una explicación diferente para cada categoría de hechos semejantes, y estos son muy numerosos. Mencionando solo algunos de ellos, sería necesario explicar: la división de los clanes en clases en un tiempo en que no existía ninguna división según las condiciones de fortuna o a la posición social; la exogamia, es decir, la obligación de tomar esposa de otro clan y nunca del propio, así como todos los hábitos enumerados por Lubbock; los lazos de sangre y el conjunto de hábitos que tienen por objeto atestiguar la unidad de origen; la existencia de dioses tribales que precedieron a la aparición de los dioses familiares; el cambio de esposas que existe no solo entre los esquimales en épocas de calamidades (véase el texto), sino que también está muy difundido entre muchas otras tribus de origen completamente diferente; el descenso de lazos maritales cuanto más bajo es el nivel de civilización; los matrimonios compuestos —cuando varios hombres se casan con una mujer, que pertenece por turno a cada uno de ellos—; la abolición de las restricciones maritales en el período de las festividades, o cada quinto o sexto día, etc.; la cohabitación de las familias en las «casas largas»; la obligación de educar a los huérfanos que recaía, aun en un período más tardío, sobre el tío por línea materna; el número considerable de formas intermedias que indican la transición gradual de la genealogía por línea materna a la genealogía por la paterna; la limitación de tener niños por el clan (y no por la familia), y la supresión de esta severa limitación durante las épocas de abundancia; el hecho de que las restricciones en la familia aparezcan más tarde que las restricciones en el clan; el autosacrificio practicado por los parientes ancianos en interés de la tribu; la venganza tribal de sangre y muchas otras costumbres y hábitos que tomaron el carácter de «asuntos de familia» solo cuando se estableció la familia en el sentido moderno de la palabra; muchas ceremonias nupciales y prenupciales, cuyos ejemplos asombrosos se pueden hallar en el trabajo de Lubbock y en las obras de algunos investigadores rusos modernos; la ausencia del ceremonial nupcial allí donde la genealogía se lleva por línea materna y la aparición de tal ceremonial en tribus que siguen la línea paterna

de origen... Todos estos hechos y muchos otros[359] indican que según la observación de Durkheim el matrimonio, en el sentido moderno de la palabra, «solo era tolerado y debía enfrentarse a fuerzas hostiles». Por último, la destrucción de todos los bienes personales después de la muerte, así como la enorme cantidad de reminiscencias,[360] mitos (señalados por Bachofen y muchos de sus continuadores), folklore, etc., apuntan igualmente en el mismo sentido.

Naturalmente, nada de todo esto demuestra que alguna vez haya existido un período en que la mujer fuera colocada por encima del hombre o considerada jefe del clan, tal y como afirmó Bachofen. Es esta una cuestión completamente distinta, y me siento inclinado a pensar que tal período no ha existido nunca. De igual modo, estos hechos no demuestran que haya existido una época en que no existiera ninguna restricción tribal a la unión sexual, ya que tal suposición contradice directamente todos los hechos conocidos. Pero si se toman en consideración todos los hechos revelados por las más recientes investigaciones, y luego se examinan sus relaciones de dependencia, es imposible no llegar a la conclusión de que aunque fuera posible la existencia de parejas aisladas con sus niños en el clan primitivo, tales familias incipientes eran *toleradas únicamente como excepción* y no eran instituciones típicas de aquella época.

XII. Destrucción de la propiedad privada sobre la tumba

En la notable obra de J. M. de Groot (*The Religious Systems of China*, 1892-97, Leyden) hallamos confirmación de la idea expuesta en el texto. En China (como también en otros países) hubo una época en la que todas posesiones del difunto se destruían sobre su tumba: sus bienes muebles, sus esclavos, sus amigos y vasallos, y por supuesto su viuda. Los moralistas tuvieron que luchar incansablemente antes de que se pusiera término a esta costumbre.

---

359 Véase *Marriage Customs in many Lands*, por H. N. Hutchison, Londres, 1897.

360 Muchas formas nuevas e interesantes de estas reminiscencias han sido recogidas por Wilhem Rudeck: *Geschichte der öffentlichen Sittlichkeit in Deutschland*. Un resumen fue hecho por Durkheim en *Annuaire Sociologique*, t. II, pág. 312.

Entre los gitanos ingleses la costumbre de destruir todos los efectos personales sobre la tumba del difunto se ha conservado hasta la época presente. Todas las posesiones de la reina gitana muerta en el año 1896, en los alrededores de la ciudad de Slough, fueron destruidos sobre su tumba. En primer lugar, mataron a su caballo y lo enterraron. Luego rompieron y quemaron el carro en que viajaba, la pechera del caballo y las pequeñas pertenencias de su hogar. En su época varios diarios informaron acerca de ello, y yo conservé los recortes.

XIII. La familia nuclear

Varias obras valiosas acerca de la *zadruga* o «familia compuesta» de los eslavos del sur han aparecido desde que fue editado por primera vez este libro: la obra de Ernest Miler (en *Jahrbuch der Internationaler Vereinung für vergleichende Rechtwissenschaft und Volkswirthschaftslehre*, 1879), y las hermosas obras de I. E. Geszow, *La zadruga en Bulgaria* y *La posesión y el trabajo de la zadurga en Bulgaria* (ambas en lengua búlgara). Debo recordar también el serio y bien conocido trabajo de Bogisic (*De la forme dite «inokosna» de la famillle rurale chez les Serbes et les Croates*, París, 1884), que no se cita en el texto.

XIV. Origen de los gremios

El origen de los gremios ha sido objeto de muchas controversias. No hay duda de que gremios o «colegios» de artesanos existían ya en la antigua Grecia y la antigua Roma; y a juzgar por un pasaje de Plutarco, bajo Numa ya se habían emitido leyes para regularlos: «Dividió al pueblo en oficios —dice Plutarco— ordenándoles tener hermandades, festividades y reuniones, y les indicó a qué dioses debían rendir culto de acuerdo con la dignidad de cada oficio». Pero es casi seguro que los colegios de artesanos no fueron inventados o fundados por el rey romano puesto que ya existían en la antigua Grecia. Con toda probabilidad, bajo Numa fueron simplemente sometidos a la legislación real, como hizo quince siglos más tarde Felipe el Hermoso sometiendo los oficios de Francia, para su

mal, a la supervisión y a la legislación real. Respecto a uno de los herederos de Numa, Servio Tullio, se ha conservado noticia de que también dictó algunas leyes relativas a los colegios.[361]

Debido a esto, es perfectamente natural que los historiadores formulasen la pregunta acerca de si los gremios que tan vigorosamente se desarrollaron en el siglo XII e incluso en el X y XI, no eran un realidad sido un renacimiento de los antiguos «colegios» romanos, habida cuenta de que según la cita arriba mencionada estos últimos parecerían ser prácticamente iguales a los gremios medievales.[362] Es sabido que las corporaciones del tipo romano existieron en el sur de la Galia hasta el siglo V. Además, una inscripción hallada durante las excavaciones en París muestra que existía una corporación de *nautae* en Lutecia bajo Tiberio, y en la carta otorgada a los aguadores parisinos en el año 1170 se habla de sus derechos como existentes *ab antiquo*, es decir, desde los tiempos antiguos (mismo autor, pág. 51). De tal modo, nada tiene de asombroso que las corporaciones se conservaran en la antigua Francia medieval después de la invasión de los bárbaros.

Pero aun admitiendo esto, no hay fundamento alguno para afirmar que las corporaciones holandesas, los gremios normandos, los *arteles* rusos, los *amkari* georgianos, etc., tuvieran también origen romano o al menos bizantino. Naturalmente, las relaciones entre los normandos y la capital del Imperio Romano de Occidente eran muy activas, y los eslavos (como han demostrado los historiadores rusos, especialmente Rambaud) tomaron parte en estas relaciones. Así, los normandos y los rusos pudieron importar a sus tierras la organización romana de las corporaciones de trabajo. Pero cuando vemos que ya en el siglo X el *artel* es la esencia misma de la vida cotidiana del pueblo ruso trabajador, y que a pesar de la carencia hasta la época presente de cualquier legislación que lo regulara posee los mismos rasgos que el colegio romano o el gremio occidental, nos sentimos aún más inclinados a pensar que el gremio oriental tiene un origen todavía más antiguo que el colegio romano. Los romanos sabían que sus *sodalitia* y *collegia* eran «lo mismo que los grie-

---

361 *A Servio Tullio populus romanus relatus in censum digestus in clases, curiis ataque collegiis distributus* (E. Martin-Saint-Léon: *Histoire des corporations de métiers depuis leurs origines jusqu'à leur suppression en 1791*, etc., París, 1897).

362 La *sodalitia* romana, hasta donde podemos juzgar (véase el mismo autor, pág. 9) correspondía a los *çofs* de los cabilios.

gos llamaban *hetairiai*» (Martin-Saint-Léon, pág. 2), aunque las *hetairiai* estaban estrechamente ligadas al sistema tribal. Así, por lo que sabemos de la historia de Oriente, podemos afirmar casi sin temor a equivocarnos que las grandes naciones de Oriente, y de igual modo Egipto, poseían igualmente organizaciones gremiales.

Donde quiera que encontremos estas organizaciones, sus rasgos esenciales son siempre los mismos. Se trata de una unión de hombres que se dedican a una misma profesión u oficio. Tal unión, al igual que el clan primitivo, tiene sus dioses y su ceremonial propio que siempre encierra algún misterio distinto para cada unión. Considera a todos sus miembros como *hermanos* y *hermanas*, y tal vez (en un principio) con todas las consecuencias que eran impuestas por semejantes relaciones en el clan o, por lo menos, con ceremonias que indicaban o simbolizaban las relaciones entre hermano y hermana existentes en el clan primitivo. Por último, existían todas las obligaciones de apoyo mutuo que existían en el clan; a saber: la eliminación de la misma posibilidad de homicidio dentro de la hermandad, la responsabilidad tribal de todos los hermanos ante la justicia y la obligación, en caso de surgir malentendidos de menor carácter, de someter estos a la consideración de los jueces o, más exactamente, de árbitros escogidos entre la hermandad. De tal modo, puede decirse que el gremio está formado según el *modelo del clan*, y con toda probabilidad tiene en él su origen.

Debido a esto, me inclino a pensar que las observaciones que fueron hechas en el texto respecto al origen de la comuna aldeana pueden ser aplicadas igualmente al gremio, al *artel* y a las fraternidades de artesanos o vecinos. Cuando todos los lazos que antes unían a los hombres en sus clanes se debilitaron debido a las migraciones, la aparición de la familia paterna y la creciente diferencia de ocupaciones, el hombre elaboró una nueva *unión territorial* en forma de comuna aldeana, y otra unión más, la *unión según los oficios*, se elaboró sobre la base de una hermandad imaginada. Se creó el *clan imaginario*, el cual se expresaba entre dos o varios hombres en la «hermandad de sangre» (el *pobratimstvo* eslavo), y entre un número mayor de hombres de origen distinto (es decir, que provenían de diferentes aldeas o ciudades) en forma de *phratry*, *hetairiai*, *amkari*, *arteles*, gremios, etc.[363]

363 Asombra la claridad con que esta misma idea está expresada en el conocido pasaje de Plutarco, concerniente a la legislación de Numa sobre los colegios de

En cuanto al carácter y la forma de semejante organización, sus elementos fueron ya marcados desde la época de los salvajes, y se transmitieron hasta los tiempos más recientes. Sabemos que en todo clan salvaje existen distintas organizaciones secretas de guerreros, hechiceros, jóvenes, etc., y también misterios o secretos a través de los los cuales se comunican el conocimiento sobre la caza, los métodos de conducir una guerra y los correspondientes exorcismos y ritos (danzas con máscaras, etc.). Este género de misterios profesionales, a los que Miklukho-Maclay llamó «clubs», fueron con toda probabilidad el modelo de los futuros gremios.[364]

---

trabajadores. «Y de tal modo —escribió Plutarco— fue el primero que expulsó de la ciudad aquel espíritu que llevaba a la gente a hacer declaraciones tales como: "soy sabino", "soy romano", "soy súbdito de Tácito", o "soy súbdito de Rómulo"». En otras palabras, *con el colegio se destruyó la idea de origen diferente.*

364 La obra de H. Schurtz consagrada «a la clase según la edad» y a las uniones secretas durante los estadios bárbaros de la civilización (*Altersklassen und Männerverbände; eine Darstellung der Grundformen der Gesellschaft*, Berlín, 1902) que me llegó cuando leía las pruebas del presente libro, incluye una cantidad importante de hechos que confirman la hipótesis arriba expuesta sobre el origen de los gremios. El arte de construir una gran casa comunal sin ofender al hacerlo a los espíritus de los árboles cortados; el arte de forjar los metales de tal modo que apaciguara a los espíritus hostiles que los protegen; los secretos de la caza y también los secretos de las ceremonias y de las danzas enmascaradas que contribuyen al éxito de la caza; el arte de enseñar a los muchachos los rudimentos de las artes y los oficios; los métodos secretos de lucha contra la hechicería de los enemigos y, por consiguiente, el arte de la guerra; el arte de hacer botes, redes para la pesca, cepos para animales y trampas para pájaros con los conjuros necesarios; y por último, el arte de las mujeres en el hilado y teñido... todo esto era en épocas antiguas «artes» que requerían del secreto para ser realizadas con éxito. En Inglaterra, «oficio» y «hechicería» hasta ahora se denominan con una misma palabra: *craft*. Debido a esto, todos estos conocimientos eran transmitidos desde las épocas antiguas por sociedades secretas o «misterios» solo a aquellos que consentían someterse a un rito de iniciación difícil y en ocasiones doloroso. H. Schurtz mostró cómo la vida de los salvajes está imbuida de sociedades secretas y «clubes» (de guerreros, cazadores), que tienen un origen tan remoto como las clases matrimoniales en los clanes, y contienen ya todos los gérmenes de los futuros gremios: el secreto, la independencia con respecto a la familia y a veces al clan, la adoración común de dioses especiales, los festines comunes y la autojurisdicción dentro de la sociedad y de la hermandad. La herrería, y hasta la casa donde se guardan los botes, son generalmente lugares de reunión de los clubs de «hombres»; y las «casas largas» o *palavers* son construidas siempre por

En cuanto al trabajo arriba citado de E. Martin-Saint-Léon, agrego que contiene informaciones muy útiles respecto a la organización de los oficios de París (basadas en el conocido libro de Boileau, *Le Livre des métiers*) y una buena recopilación de informaciones respecto a las ciudades libres en diferentes partes de Francia, con todas las indicaciones bibliográficas pertinentes. No se debe olvidar, sin embargo, que París fue «ciudad real» (como Moscú o Westminster) y que debido a ello las instituciones libres de la ciudad medieval nunca alcanzaron en ella el desarrollo que alcanzaron en las ciudades libres. Las corporaciones de París presentan el «cuadro de la típica corporación nacida y desarrollada bajo la dirección directa del poder real», como dice Martin-Saint-Léon, pero no el de gremio de la ciudad libre. Y por esta misma causa (que el autor considera el motivo de su superioridad, mientras que en realidad fue la causa de su debilidad, como lo prueba el hecho de que él mismo, en diferentes partes de su obra, describe claramente cómo la intromisión del poder imperial en Roma y del poder real en Francia arruinó y paralizó la vida de los gremios de oficios), estas corporaciones nunca alcanzaron el asombroso crecimiento y la influencia sobre toda la vida de la ciudad que alcanzaron en el nordeste de Francia, en Lyon, Montpellier, Nimes, etc., o en las ciudades libres de Italia, Flandes, Alemania y el este eslavo.

XV. El mercado y la ciudad medieval

En la obra sobre la ciudad medieval (*Markt und Stadt in ihrem rechtlichen Verhältnis*, Leipzig, 1896), Rietschel desarrolló la idea de que se debe buscar el origen de las ciudades alemanas libres de la Edad Media en el *mercado*. El mercado local, puesto bajo la protección del obispo, monasterio o príncipe, reunía a su alrededor la población de comerciantes y artesanos, pero no a la población campesina. Los sectores (*kontsi*) en los cuales se dividían generalmente las ciudades, irradiando desde el mercado, y que estaban poblados cada uno por artesanos de oficios diferentes,

---

maestros artesanos especiales que saben cómo apaciguar los espíritus de los árboles cortados. Sobre misterios semejantes hay gran cantidad de indicaciones en las publicaciones del *Relieve Geológico de los Estados Unidos* consagradas a la Etnografía y a la Etnología.

sirven, según su opinión, de prueba de esta teoría: estos sectores constituían generalmente la «ciudad vieja», y la aldea agrícola, que pertenecía al príncipe o al rey, constituía la «ciudad nueva». La aldea y la ciudad se gobernaban por leyes diferentes.

Es indudable que el mercado desempeñó un papel importante en los estadios antiguos del desarrollo de todas las ciudades medievales, contribuyendo al aumento de la riqueza de los ciudadanos e infundiéndoles ideas de independencia; pero, como ha sido ya observado por Karl Hegel, autor de una obra muy valiosa de carácter general sobre las ciudades alemanes de la Edad Media (*Die Entstehung des deutschen Städtewesens*, Leipzig, 1898), la ley de la ciudad y la ley del mercado eran dos cosas distintas.

Hegel, en su extensa obra, y basándose en investigaciones detalladas, llegó a la misma conclusión que yo me he permitido exponer en el presente libro, es decir, que la ciudad medieval tenía un doble origen. En ella había, dice Hegel, «dos poblaciones que vivían juntas: la rural y la puramente urbana». La población rural, que vivía anteriormente bajo la organización de la *Almende* o comuna aldeana, fue incluida en la estructura de la ciudad.

En cuanto a los gremios comerciales, merece especial mención la nueva obra de Herman van der Linden («Les gildes marchandes dans les Pays-Bas au Moyen Age», Gand, 1896; en *Recueil de travaux publiés par la Faculté de Philosophie et Lettres*). El autor sigue el desarrollo gradual de la fuerza política y del poder que estos gremios, en especial los de los comerciantes de paños, fueron adquirieron poco a poco a partir de la población industrial, y describe la liga creada por los artesanos con el fin de oponerse a su creciente poder. De este modo, la idea desarrollada en el presente libro acerca de la aparición de los gremios comerciales en el período más tardío y casi coincidente con el período de decadencia de las libertades ciudadanas encuentra confirmación en las investigaciones de H. van der Linden.

XVI. La comuna aldeana en Inglaterra. Las huellas presentes

En la época en que preparaba la primera edición rusa de este libro, a principios del año 1907, recibí la notable obra del Belbert Slater *El cerca-*

miento de las tierras comunales considerado geográficamente, publicada por la Sociedad Geográfica de Londres, en el mes de enero de 1907. El doctor Slater estudió en esta obra no tanto el cercamiento de los terrenos incultos y las dehesas comunales como el cercamiento de las tierras laborales que continuaban —a veces hasta las épocas más recientes— siendo de usufructo común (en ocasiones transformadas en propiedad territorial). Para ilustrar su idea tomó como ejemplo la aldea de Castor y Ailsvors, cerca de Peterborough, en donde el cercamiento de la tierra comunal, que ha destruido finalmente la comuna, se efectuó solamente en 1892. En estas dos aldeas todas las casas, aparte de los molinos y la estación de ferrocarril, estaban concentradas alrededor de la iglesia y a lo largo del camino real. Más allá de las casas se encontraban los terrenos cercados que servían para proveer de pasto a los caballos y las dehesas [*paddocks*]. Luego, al norte y al sur, se extendían las tierras arables sin otro cerco que ciertas franjas de delimitación conservadas aquí y allá y cubiertas de arbustos en algunos puntos.

Las veinte familias de esta aldea poseían (hasta el año 1892) *franças*, exactamente igual que en las comunas rusas. Así por ejemplo, el rector (es decir, el sacerdote), que poseía cuarenta hectáreas de tierra en los campos arables, las tenía divididas en ciento cuarenta y cinco franjas [*strips*] diferentes, sin que nada las separara de las otras franjas más allá de los surcos producidos por el arado. En medio de estos campos arables quedaban algunas dehesas comunales. En el ángulo noroeste había un terreno inculto —del típico aspecto de los *commons* ingleses— y en el sur, a lo largo del río Nen, se extendían los prados comunales que estaban subdivididos en franjas aún menores que en los campos de laboreo. Todas las franjas, aun en los campos arables, estaban sometidas a los derechos comunales de las dehesas.

La obra del doctor Slater incluye el mapa de la aldea de Lackstone, que hasta ahora mantiene la posesión comunal, y que es sorprendentemente similar a los mapas de las comunas aldeanas rusas incluidos en el conocido libro de P. P. Semiónov sobre la comuna rural rusa.

La aldea y la comuna, y no el grupo campesino, era entonces la unidad agrícola —dice Slater—. El granjero no debía trabajar según su fantasía, sino según un plan elaborado en común por la comunidad. El sistema generalmente solía ser el de tres amelgas perfeccionado, es decir, una primera de trigo, la segunda de trigo de primavera y la tercera, en lugar de barbecho, de alubias, lentejas y otras papilionáceas y tuberosas.

(El nombre mismo de barbecho —*fallow*— se cambió por el de *follow crop*, es decir, siguiente cosecha).

Cada primavera todos los jefes de familia se reunían y determinaban los derechos correspondientes, juzgando según la cantidad que aportaba cada uno, medida por *stints*. En las dehesas comunales un *stint* aportado representaba el derecho al pastoreo para un caballo, dos vacas o diez ovejas. Los prados estaban abiertos para todas las familias desde el uno de agosto (según el calendario juliano) hasta el dos de febrero, es decir, hasta las candelarias; el campo de trigo de invierno y de trigo de primavera lo estaba desde la recolección hasta la siembra; y en cuanto al tercer campo, cada año se decidía qué sembrar y cuándo abrirlo para el pastoreo comunal del ganado.

Cuando fue destruida la propiedad comunal, toda la superficie se dividió en un determinado número de granjas, y cada granjero tuvo que cercar su tierra.

Tales son los interesantes hechos revelados por el doctor Slater, que emprendió luego una obra gigantesca, descubriendo que a pesar de que la usurpación de las tierras comunales se efectuó en el siglo XVIII y XIX en toda Inglaterra y Gales, sin embargo todavía se estaba muy lejos de haber cercado todas las *tierras laborables*. En muchos condados se cercaban solo los campos incultos y las dehesas. Entonces, el autor se dedicó a leer cada una de las actas de cercamiento por separado para saber, en cada caso particular, cuánto se había destruido de la posesión comunal sobre tierras *arables* (aparte de los prados y campos incultos), y confeccionó una lista de la superficie de cada condado que se hallaba en posesión de la comuna como campo arable. Descubrió entonces que en algunos condados constituía la cuarta parte (Berkshire, Warrick, Wiltshire), la tercera parte (Norfolk, Nottingham, Cambridge) o hasta la mitad (York, Oxford, Bedford, Rutland, Huntingdon, Northampton) *de toda la superficie de las tierras del condado, hábiles o inhábiles.*

Sin embargo, en todos estos casos ya no se producía *la división de la tierra*. Las franjas de diferentes campos pertenecían a un mismo dueño de generación en generación desde que cayeron en poder (a veces por medio de la compra) de algunos comuneros. Pero aun siendo ya propietarios privados de sus franjas, los comuneros prosiguieron manteniendo durante siglos la economía comunal, *y mejorando el sistema de agricultura.*

El sistema comunal de *división* anual de *las tierras*, conocido en Escocia y Gales con el nombre de *runrig* (rotación de franjas), *rundale* en

Irlanda y *rin ald rennal* en Keithness, existe todavía en Escocia y probablemente en algunos lugares de Irlanda.[365] A mediados del siglo XIX estaba ampliamente difundido, y de él habló también William Marshall, citado en el texto, al describir diferentes zonas de Inglaterra.

En general, la obra del doctor Slater, publicada en la revista de la Sociedad Geográfica y a la que consagró catorce años de su vida, está llena de datos interesantes sobre la arada comunal, el «arado compuesto», la franquía de cuatro familias en común,[366] y en general sobre los diferentes tipos de comunas aldeanas en las diferentes regiones de Inglaterra.

El artículo citado del doctor Slater fue incluido en su libro *The English Peasantry and the Enclosure of Common Fields*, editado por la Escuela de Economía en 1907, y está lleno de datos interesantes. De él se desprende por ejemplo que en 1873, según datos de la Comisión Real, todavía existían campos comunales (arables, laborados todavía) en novecientas cinco parroquias de Inglaterra y Gales que cubrían 67.563 hectáreas, y que en otras quinientas parroquias existían aún, según toda evidencia, alrededor de cuarenta mil hectáreas de tales tierras. Así, la propiedad comunal de campos arables se ha conservado en la décima parte de las parroquias de Inglaterra y Gales a pesar de todas las medidas tomadas por el Parlamento para acabar con esta forma de propiedad de la tierra.

XVII. Sobre la comuna aldeana en Suiza

La posesión comunal en Suiza tomó con el paso del tiempo algunas formas interesantes sobre las cuales el doctor Brupbacher llamó amablemente mi atención, enviándome las obras que nombro a continuación.

El cantón de Zug se compone de dos valles: el valle del Eger y la cuenca del valle del Zug. En su composición entran, usando la terminología del doctor Karl Rüttiman, diez comunas «políticas», es decir, comunas que constituyen unidades administrativas, y «en todas estas comunas

365 En Cumberland (Gales), las porciones se llamaban *dalle* o *dole*. La franja divisoria se llamaba *rane*. De ahí provienen *run-rig* y *run-dale*.

366 Recordaré, de paso, que en Canadá y los Estados Unidos cuatro granjeros establecidos en un kilómetro cuadrado a menudo se asocian para comprar en común segadoras, atadoras y otras máquinas rurales.

políticas del cantón del Zug —dice K. Rüttima—, aparte de Mensingen, Neuheine y Risch, existen vastas partes del territorio (campos y bosques) junto a las tierras de posesión privada que pertenecen a las corporaciones de comunas [*Allmend*] grandes y pequeñas, que administran estas tierras en común. Tales uniones comunales son conocidas ahora en el cantón de Zug con el nombre de corporaciones. En las comunas políticas del Oberaegeri, Unteraegeri Zug Walchville, Cham, Steinhausen y Hünebnerg, existe una corporación en cada comuna; pero, en la comuna de Baar existen hasta cinco corporaciones distintas».

La Tesorería valora la propiedad de estas corporaciones en 6.786.000 francos.

Los estatutos de estas corporaciones reconocen que las posesiones de las *Allmende* constituyen «su propiedad común e inalienable que no puede ser hipotecada».

Los miembros de estas corporaciones son las viejas familias de los *burgers*. Todos los otros miembros de las comunas que no pertenecen a las viejas familias no ingresan en las corporaciones y no gozan de derechos sobre las antiguas tierras comunales. Además, algunas familias de ciertas comunas del cantón son también *burgers* de la comuna rural de Zug. En tiempos pasados existía también una clase de forasteros establecidos [*beisassen*, inmigrantes], que ocupaban una posición intermedia entren los *burgers*, pero actualmente esta clase ha desaparecido. Solo los *burgers* tienen derechos corporativos sobre la *allmende*, aunque estos son distintos para cada comuna y en algunas de ellas se extienden hasta las casas construidas en tierra comunal. No obstante, estos derechos, llamados *gerechtikeiten*, pueden ser comprados incluso por los extranjeros.

De este modo la afluencia de forasteros produjo, en las comunas de la república de Zug, el mismo efecto que Miaskovski y M. Kovalevski comprobaron en otras partes de Suiza. Solo los sucesores de las antiguas comunas tienen derecho a las tierras comunales, bastante grandes incluso ahora. Todos los habitantes de la comuna, sin diferencia, componen solamente la «comuna política», es decir, el grupo administrativo que como tal no tiene derechos sobre los bienes comunales.

En cuanto al modo en que las tierras comunales fueron divididas a finales del siglo XVIII entre los comuneros, y las complejas formas de usufructo de la tierra que surgieron a continuación, se puede hallar una descripción detallada del proceso en la obra del doctor Karl Rüttiman, *Die Zugerischen Allmend Korporationen* en *Abhandlungen zum Schweize-*

rischen Recht del prof. Max Gaiür, 2.ª edición, Berna, 1904 (contiene también una bibliografía de la materia).

Otra obra que proporciona una excelente imagen de la antigua comuna aldeana en el Jura, en Berna, es la monografía del doctor Herman Rennefahrt, «Die Allmend iim Berner Jura», Breslau, 1905 (en *Untersuchungen zur Deutschen Staats und Rechts-Geschichte*, Dr. Otto Gierke, fasc. 74, pág. 227, contiene bibliografía). Aquí encontramos bien expuestas las relaciones existentes entre el señor y las comunas rurales, lo mismo que las reglas económicas de estas últimas. Se halla en ella una descripción de las medidas tomadas por los franceses durante la conquista de Suiza a fines del siglo XVIII para destruir la comuna rural, obligarla a dividir sus tierras y transferirlas, con excepción de los bosques, a la propiedad privada; y también de cómo estas leyes fracasaron. Otra parte interesante de la obra de Rennefahrt muestra cómo las comunas del Jura supieron extraer mayor beneficio de sus tierras en los últimos cincuenta años y aumentar su productividad sin destruir la propiedad comunal (páginas 165-175).

La monografía del doctor Ed. Graf, *Die Auftheilung der Allmend in der Gemmeinde Schaetz*, Berna, 1890, relata la misma historia de la comuna aldeana y de la repartición obligatoria de sus tierras en el cantón de Lucerna.

El doctor Brupbacher, que analizó excelentemente en la prensa suiza estos trabajos, me envió también los siguientes: *Die Ursprung de Eidgenossenschaft aus der Mark-Genossenschaft*, del doctor Karl Bürkli, Zúrich, 1891; así como la conferencia del profesor Kar Bücher, *Die Allmende in ihrer wirtchschaftlichen und sozialen Bedeuntung*, Berlín, 1902 («Soziale Streitfragen», XII) y otra del doctor Martin Fassbender sobre el mismo tema.

Para informarse sobre la situación actual de la propiedad comunal en Suiza se puede indicar, entre otros, al artículo «Feldgemeinschaft», en el *Diccionario de la economía popular suiza, de la política social y de la administración*, del doctor Reichsberg, t. I, Berna, 1903.

XVIII. Más ejemplos de la ayuda mutua que existe actualmente en las aldeas de Holanda

El informe de la Comisión Rural Holandesa contiene muchos ejemplos relativos a esta materia, y mi amigo el señor Cornelissen ha sido tan

amable de hacerme una selección de los pasajes correspondientes de los voluminosos tomos del informe (*Uitkomsten van het Onderzoek naar den Toestand van den Landbouw in Nederland*, dos tomos, 1890).

La costumbre de tener una batidora que recorre varias granjas, alquilándola por turno, goza de una difusión muy amplia en los Países Bajos, como en todas partes. Pero a veces se encuentran comunas que mantienen una batidora para toda la comuna (t. I., XVIII, pág. 31).

Los granjeros que no poseen suficiente caballos para el arado toman en préstamo los del vecino. La costumbre de mantener un buey o un caballo común está muy difundida.

Cuando la aldea necesita elevar el terreno (en los distritos bajos) para construir una escuela comunal, o cuando un campesino quiere construir una nueva casa, generalmente se convoca a la «ayuda» (*bede*). Lo mismo ocurre cuando el granjero tiene que mudarse. En general el *bede* es una costumbre ampliamente difundida, y pobres y ricos acuden a él con sus caballos y carros.

El arrendamiento entre varios trabajadores agrícolas de un prado para sus vacas se halla difundido en muchas partes del país, y no es raro que el granjero que posee un arado y caballos are la tierra para sus trabajadores a sueldo (t. I., XXII, pág. 18, etc.).

Las uniones de granjeros para la compra de semillas, la exportación de verduras a Inglaterra, etc., se han vuelto universales. Lo mismo se observa en Bélgica. En 1896, solo siete años después de que se empezaran a fundar los gremios campesinos —primero en la parte flamenca del país y solo cuatro años después en la parte valona de Bélgica—, se contaban ya doscientas siete de estas agrupaciones, con cerca de diez mil miembros (*Annuaire de la Science Agronomique*, t. 1, 2, 1896, págs. 148-9).

XIX. LA COOPERATIVA EN RUSIA

La cooperativa en Rusia, que se ha desarrollado vigorosamente en los últimos años, ha tomado nuevas formas. Rechazando el pago de los dividendos de las empresas a sus miembros, los cooperativistas rusos decidieron utilizar todos sus beneficios para ampliar sus negocios y para la puesta en marcha de empresas comunales útiles. Así lo hacían ya antes de la guerra, creando centros culturales en sus almacenes aldeanos de

consumo y a veces proponiéndose directamente como objetivo la difusión de la educación, la mejora los medios de comunicación y la introducción en las aldeas de distintas instituciones sociales. En una palabra, encarando problemas que antes se consideraban de incumbencia de las administraciones municipales o del Estado.

Más tarde, cuando al terminar la guerra se presentó ante Rusia el problema del renacimiento y la reconstrucción de la producción agrícola e industrial, especialmente la industria doméstica tan necesaria a la aldea rusa, los cooperativistas se impusieron rápidamente un amplio programa de desarrollo cultural. Ante todo, buscaban elevar la economía rural, y en este caso demostraron claramente que «no es factible ninguna organización agraria si no acude en su ayuda el trabajo conjunto de la población rural de Rusia por medio de sus instituciones cooperativas» (*Not. Lib. para los Miemb. de las Coop.*). Se necesitaban cientos de miles de campos de ensayo, la mejora de las semillas y del abono, el cultivo de plantas más valiosas y la mejora de la calidad de los productos. Los cooperativistas introdujeron lúcidamente todo esto en su programa.

Pero sus planes fueron más lejos. Se buscaba el aprovechamiento de las «riquezas aún dormidas de Rusia» no por medio de concesiones a los capitalistas, sino por medio de la *construcción local*. Era necesario no solamente el aprovechamiento de las riquezas forestales y de la pesca en ríos y lagos que habían comenzado a pasar a manos de ciertos extranjeros que practicaban una economía rapaz, sino también el de la industria de elaboración, los establecimientos fabriles de la gran industria, la construcción de vías de acceso, etc.

En el siglo XX, ante la enormidad de la población campesina de Rusia, corresponde desempeñar a la cooperativa entendida según su fundador Robert Owen el mismo papel de honor que desempeñaron *los gremios y las ciudades libres* a finales de la Edad Media.

Charles Darwin

Piotr Kropotkin[1]

1 Publicado en *Le Révolté (Organe socialiste)*. Cuarto año. N.º 5; 29 de abril de 1882.

La humanidad acaba de perder en la persona de Charles Darwin a un sabio que no solo dio una dirección verdaderamente científica y racional a las investigaciones sobre la ley del desarrollo de los seres organizados, sino también a aquel que contribuyó más eficazmente, quizá sin quererlo, a derribar los prejuicios religiosos y que ejerció una mayor influencia sobre el desarrollo del espíritu crítico y de demolición de nuestro siglo.

En su obra *El origen de las especies* y en toda la serie de trabajos que la siguieron, Darwin demostró y estableció científicamente que la inmensa variedad de formas animales y vegetales que podemos observar sobre nuestro globo terrestre no es la obra de un creador que se habría divertido en crear hoy un polípero, mañana un pez y pasado mañana un mono o un hombre. Darwin demostró que toda esta variedad de formas fue el resultado natural de la acción de fuerzas físicas actuando durante miles y millones de siglos, primero sobre las células más simples, después sobre las aglomeraciones de células y más tarde sobre los vegetales y los animales —simples al principio y cada vez más complejos conforme pasaban los siglos—, diversificándose según los diversos climas y medios en los que vivían y se propagaban.

Darwin demostró que el hombre, que siempre ha querido situarse fuera y por encima del mundo animal, ha tenido exactamente el mismo origen que el resto de los animales. La especie humana no es más que una especie de animales perfeccionados en relación con sus antepasados —no siendo este perfecciona-

miento sino una mejor adaptación al medio ambiente y un desarrollo de facultades y de estructuras favorables en la lucha por la existencia—. Durante un período de muchos centenares de siglos, el hombre y el mono tuvieron por antepasado común una especie animal que, al desarrollarse en direcciones diferentes, desembocó por un lado en el mono y por otro en el hombre. De este modo, el hombre y el mono son primos hermanos como lo son el caniche y el terranova. Pero lo que el arte ha logrado realizar con estas dos razas de perro lo ha hecho el desarrollo natural al producir estas otras dos especies: el hombre y el mono.

Hace veinte años, cuando los ateos discutían con los creyentes, estos últimos formulaban una pregunta que resultaba muy difícil de responder recurriendo a la ciencia. ¿Cómo es posible explicar que los animales y las plantas estén tan admirablemente adaptados al medio que habitan? ¿Cómo es posible que la garza esté tan bien hecha para habitar las marismas, el águila para la caza, el camello al desierto, el pez al agua, etc.? Darwin demostró que esta organización, adaptada al medio, es una consecuencia de la «selección natural», ayudada por la «lucha por la existencia». La influencia del medio produce primero ciertos cambios de organización; estos cambios se transmiten luego a las crías y en ellos se acentúan. La gacela que es un poco más ágil que las otras, el águila que tiene un ojo un poco más preciso o el camello un poco más capaz de soportar la sed tienen más posibilidades de sobrevivir en la lucha por la existencia y de dejar una descendencia que, al heredar sus cualidades, las desarrollará más ampliamente. Si hoy en día el camello está tan bien hecho para el desierto y la garza para la marisma es porque todos los que nacen mal adaptados al medio ambiente perecen o tiene menos oportunidades de dejar descendencia, mientras que los mejor adaptados sobreviven y dejan a sus pequeños, que se les parecen. El espíritu de un creador o de la naturaleza no tiene ningún papel aquí. Es el simple resultado de causas naturales.

La burguesía ha buscado convertir la «lucha por la existencia» en un argumento contra el socialismo. Es comprensible: suele hacer leña de todo árbol caído. Pero —sin entrar en desarrollos que el formato de *Le Révolté* no admite— baste decir que los hechos establecidos por Darwin son absolutamente contrarios a las teorías que pretende sostener la burguesía. «Los mejor adaptados al medio son aquellos que mejor sobreviven en la lucha por la existencia» dice la ciencia. Pero ¿quién está mejor adaptado al medio? ¿El que lo produce todo, el que inventa, el que es capaz de trabajar con sus manos y la cabeza, de dominar su existencia y desarrollarse —el obrero, en una palabra—, o bien ese ser abyecto que no sabe hacer otra cosa que reproducirse, que desprecia el trabajo, que no sabe hacer otra cosa que despilfarrar lo que otros han producido? Este ser está condenado por la naturaleza a morir, y morirá, ya está muriendo. Esto es lo que dice la ciencia.

Por otra parte, si bien Darwin no lo dijo él mismo, otros, aplicando sus métodos y desarrollando sus ideas, han demostrado que las especies sociables, en las que todos los individuos son solidarios los unos con los otros, son precisamente las que más prosperan, se desarrollan y se propagan, mientras que las especies que viven del robo, como por ejemplo el halcón, están en decadencia en toda la superficie del globo. La solidaridad y el trabajo solidario es lo que consolida a las especies en la lucha que deben mantener contra las fuerzas hostiles de la naturaleza para asegurar su existencia. Esto es lo que nos dice la ciencia. Las investigaciones de Darwin y de sus sucesores, lejos de justificar la explotación —lo cual les resultaría imposible—, son por el contrario un excelente argumento para demostrar que el mejor modo de organización de una sociedad animal es la organización comunista-anarquista.

Como sabio y como inglés, Darwin no llegó por sí mismo hasta las últimas consecuencias de sus investigaciones. Pero otros han desarrollado sus ideas y han explicado su auténtica significación, y sus ideas han dado un nuevo empuje al movimiento ateo.

En Rusia han contribuido poderosamente (en la medida en que una idea científica puede contribuir) al desarrollo del movimiento revolucionario y a conformar el espíritu crítico del nihilismo.

Analizar la influencia de Darwin sobre el desarrollo de las ciencias naturales no es nuestro campo. Sin embargo aún nos quedan dos hechos que dar a conocer en nuestra pequeña nota.

El primero concierne a la influencia nociva de los «sabios» oficiales sobre la ciencia. Cuando Darwin publicó su libro en 1859, todos los sabios (con muy pocas excepciones) se pusieron en su contra; mientras que todo el público, la gran masa, se puso a su favor. Durante diez, quizá quince años, los sabios no dejaron de decir: «Las hipótesis del señor Darwin son muy ingeniosas, pero no tiene base científica». Las academias rechazaban abrirle sus puertas. Sin embargo la masa, el público, los jóvenes, obligaron a los sabios a aceptar las ideas de Darwin. Hoy sería difícil encontrar a diez de ellos que dudasen de la exactitud de sus ideas.

Darwin fue un gran trabajador. Al comprobar la inmensidad de las investigaciones que llevó a cabo, se comprende que tuvo que indagar duramente durante toda su vida para reunir ese acervo formidable de hechos sobre los cuales basó sus teorías. No en vano, tardó treinta años en recogerlos antes de publicar su obra. En la sociedad del futuro, cuando todo el mundo tenga la educación que Darwin tuvo al comienzo de sus estudios y la posibilidad de dedicarse a la ciencia, cuando cualquiera pueda concebir una hipótesis y necesite recoger grandes cantidades de datos para verificarla, este trabajo podrá llevarse a cabo en pocos años gracias a los esfuerzos colectivos. En una sociedad comunista no pasarán treinta años entre la enunciación de una hipótesis y sus constatación científica mediante las pruebas necesarias: se logrará en dos, tres años. Y la idea, lanzada al mundo, encontrará millones de cerebros dispuestos a hacerse con ella, a desarrollarla, a hacerla dar sus frutos.

Una última observación. Tenemos la vieja costumbre de decir: «Teoría de Darwin». Designar las teorías por el nombre de su

autor refleja la pervivencia de un lenguaje surgido del régimen de la propiedad privada. En efecto, sería un gran error creer que fue el cerebro de Darwin el que descubrió la bella teoría de la «selección natural». Como todo gran descubrimiento, esta teoría estaba ya en el ambiente de nuestro siglo. Los sabios de la Francia revolucionaria del siglo pasado la habían previsto, y en el mismo momento en que Darwin publicaba su libro, otro sabio, Wallace, publicaba una obra sobre el mismo tema y Spencer llegaba a conclusiones análogas por otras vías. Lo que debemos a Darwin es haber elaborado esta teoría bajo todos sus aspectos, haber elucidado hechos que parecían contradictorios y haber acumulado formidables masas de pruebas para apoyarla. Pero la teoría sobre el origen de las especies no es la obra de un solo individuo, es la obra del siglo XIX.

Epílogo

Kropotkin, Darwin y la evolución humana

Carlos Varea

Veinte años separan las dos obras de Piotr Alekséyevich Kropotkin incluidas en este volumen. Kropotkin tenía 40 años cuando escribió la nota necrológica sobre Charles Darwin que sigue a *El apoyo mutuo. Un factor de evolución* en esta edición. Entre un texto y otro la vida del exiliado ruso Kropotkin cambiará radicalmente, pasando esencialmente de ser la propia de un revolucionario a ser la de un intelectual. Científico prestigioso e influyente pensador revolucionario en vida, ambas facetas se entrelazarán durante su largo exilio en el Reino Unido entorno al evolucionismo y la poderosa influencia de Darwin, armónicamente, sin que hubiera de renunciar a una de ellas por la otra. Modelo de compromiso social y de rigor científico, regresar a Kropotkin es siempre estimulante y esperanzador.

El obituario que Kropotkin dedicó a Charles Darwin (inédito en castellano hasta esta edición)[1] fue publicado en la revista *Le Révolté* diez días después de que el científico británico falleciera, el 19 de abril de 1882, en su hogar de Down House. *Le Révolté* era una publicación anarquista («*Organe socialiste*», se leía en su cabecera) editada en Ginebra, fundada pocos años atrás por el propio Kropotkin y otros intelectuales revolucionarios gracias al apoyo financiero de Elisée Reclus. El obituario llevaba el título de «Charles Darwin» y ocupaba toda la primera página de la revista. Kropotkin

1 P. Kropotkin, 1882. «Charles Darwin». *Le Révolte*, 5: 1.

tenía entonces 40 años y —como decíamos— habrían de transcurrir veinte años hasta la publicación en 1902 de *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*. Como señala Girón,[2] hasta este breve texto de homenaje a Darwin «[n]o hay evidencia alguna de cómo la Biología y la Política se están articulando en la cabeza de Kropotkin en aquellos años». Sin embargo, debido a su sólida formación liberal, Kropotkin fue desde su juventud un evolucionista convencido y un admirador de Charles Darwin. En su autobiografía,[3] Kropotkin señala que antes de la aparición de *El origen de las especies* de Darwin (obra publicada en 1859) él y su hermano Alexander habían ya iniciado un debate sobre el origen, la transmisión y la perduración de la variabilidad biológica en las especies que mantendrían hasta el fallecimiento de Alexander en 1886, deportado en Siberia. Kropotkin tiene 17 años cuando Darwin publica su *El origen de las especies*, que califica en sus memorias como «obra inmortal [...] con la que Darwin revolucionaría todas las ciencias biológicas».[4] Dos años después, en 1862, Kropotkin, que había seguido los estudios en el elitista Cuerpo de Cadetes (o de Pajes) imperiales, elige como destino un regimiento de cosacos acantonado en el extremo oriental del Imperio ruso, en la región del río Amur. Hasta 1867 realizará expediciones de exploración militar y comercial por Siberia Oriental y el norte de Manchuria, recorriendo más de ochenta mil kilómetros de un territorio cuyos «mapas estaban llenos de espacios en blanco y de errores».[5] Como también lo fue para su her-

---

2 A. Girón, 2003. Kropotkin between Lamarck and Darwin: The impossible synthesis. *Asclepio* LV, 1: 189-213.

3 P. Kropotkin, 1899. *Memoirs of a Revolutionist*. Houghton Mifflin Company, Boston and New York. The Anarchist Library: theanarchistlibrary.org. (Versión en español *Memorias de un revolucionario*, Oviedo: KRK Editores, 2005).

4 P. Kropotkin, 1899, obra citada, págs. 58-59.

5 J. S. Keltie, 1921. «Obituary: Prince Kropotkin». *The Geographical Journal*, 57 (4): 316-319, pág. 317.

mano, asimismo oficial militar destinado en Irkutsk, su estancia en Siberia fue transcendental en su formación como naturalista y geógrafo, e igualmente en su concienciación política, el abandono del reformismo social y su adscripción definitiva al anarquismo: «Los cinco años que pasé en Siberia fueron para mí una educación excepcional respecto a la vida y la naturaleza humana».[6]

Tras abandonar el ejército y acceder a la universidad, Kropotkin consolida su reconocimiento como geógrafo con nuevas expediciones científicas dentro y fuera de Rusia, al tiempo que incrementa su compromiso político, hasta que en 1873 es detenido. Tras su evasión y salida de Rusia, Kropotkin forjará durante la siguiente década su perfil de *príncipe anarquista.* El punto de inflexión entre este período de revolucionario de la Primera Internacional y la definitiva etapa británica de intelectual lo constituye su detención en Lyon (Francia) en el mes de diciembre de 1882, pocos meses después de haber publicado su necrológica de Darwin. Así, como si se tratara de una anticipación de la nueva etapa que se agazapa en el futuro inmediato, el obituario de Darwin incluye por primera vez lo que será su empeño hasta su fallecimiento en 1921 y abordará en artículos y libros: la formulación de una ética o moral anarquista cimentada científicamente en el evolucionismo. Kropotkin asocia explícitamente a Darwin y al evolucionismo con el cambio social:

> La burguesía ha buscado convertir la «lucha por la existencia» en un argumento contra el socialismo. [...] La solidaridad y el trabajo solidario es lo que consolida a las especies en la lucha que deben mantener contra las fuerzas hostiles de la naturaleza para asegurar su existencia. Esto es lo que nos dice la ciencia. Las investigaciones de Darwin y de sus sucesores, lejos de justificar la explotación —lo cual les resultaría imposible— son, por el contrario, un excelente ar-

6 P. Kropotkin, 1899, obra citada, pág. 82.

> gumento para demostrar que el mejor modo de organización de una sociedad animal es la organización comunista-anarquista.[7]

Lejos de una transferencia antropocéntrica de su ideología revolucionaria al mundo animal, Kropotkin inicia en ese momento el recorrido inverso desde una cualificación científica y un compromiso intelectual incuestionables: otorgar a los seres humanos un fundamento natural —una «naturaleza humana perceptible»[8]— para la construcción de una sociedad libertaria, un sentido ético derivado de la evolución de la cooperación en especies sociales. Recurriendo a la expresión de Herbert Spencer, que Darwin —por recomendación de Alfred Russell Wallace— introduce en la quinta edición de su *El origen de las especies* (de 1868) para matizar el concepto de «selección natural», Kropotkin se pregunta en el obituario de Darwin «¿quién está mejor adaptado al medio?», y durante las siguientes cuatro décadas de su vida procurará contestar a esta pregunta demostrando solventemente que lo están los miembros de aquellas especies que cooperan en el seno de estructuras sociales, particularmente, los miembros de nuestra propia especie. Para ello, Kropotkin procurará desplazar de la centralidad del evolucionismo darwiniano y de su concepto germinal de «La lucha por la existencia» a Malthus y la competencia agresiva individual (que Kropotkin no niega), e introducir la cooperación intraespecífica —«el apoyo mutuo»— como el mecanismo esencial de evolución biológica por medio de la selección natural.

Kropotkin no utiliza aún el concepto de «apoyo mutuo» en el obituario de Darwin, que proviene de sus lecturas en la prisión de Clairvaux, en la que permanecerá cuatro años, hasta enero de 1886. En Clairvaux, una antigua abadía benedictina situada en el

7 P. Kropotkin, 1882, en esta edición, pág. 395.

8 P. Kropotkin, 1887. «The scientific bases of Anarchy». *The Nineteenth Century*, febrero: 238-252, pág. 243.

noreste francés, podrá desarrollar una intensa actividad intelectual, pero su salud se verá irreversiblemente afectada. Kropotkin escribirá allí sus entradas sobre geografía de la *Enciclopedia Británica*[9] y artículos para la revista británica *The Nineteenth Century*,[10] una publicación mensual de gran calidad dirigida por el arquitecto James Thomas Knowles, quien editará con entusiasmo los textos del exiliado ruso durante las tres década que vivirá en el Reino Unido hasta su retorno a Rusia en 1917, algunos de los cuales darán origen a obras centrales de Kropotkin, incluido *El apoyo mutuo. Un factor de evolución* (1902) y *Campos, fábricas y talleres* (1899). También en Clairvaux, Kropotkin podrá recuperar sus estudios sobre evolución. En su autobiografía, narra cómo en ese período de privación de libertad abordará la revisión del concepto de Darwin de «la lucha por la existencia», habida cuenta del uso perverso que sus seguidores (particularmente Thomas Henry Huxley)[11] hacían de él: «No hay infamia en la sociedad civilizada, en las relaciones de los blancos respecto de las así llamadas razas inferiores, o del fuerte respecto del débil, que no haya encontrado justificación en esta expresión».[12] Kropotkin tendrá la oportunidad de leer entonces (en 1883) la transcripción de la conferencia pronunciada en 1880 por el zoólogo ruso Karl Fiódorovich Kessler «Sobre la ley de la ayuda mutua», texto del que tomará el concepto de ayuda mutua (o apoyo mutuo), central a partir ese momento en su pensamiento, así como el de «evolución progresiva», como ha podido leerse en su Introducción a *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*.[13] Aso-

---

9 Que también recogerá la suya sobre «Anarquismo».

10 Desde 1901, *The Nineteenth Century and After*.

11 Su «Struggle for Existence and its Bearing upon Man» de 1888 motivará a Kropotkin a escribir la serie de artículos en *The Nineteenth Century* luego compilados en *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*.

12 P. Kropotkin, 1899, obra citada, pág. 225.

13 Véase también la nota 5 de la obra de Kropotkin, en esta edición, pág. 35.

ciada a esta lectura, Kropotkin revivirá asimismo su experiencia como naturalista durante sus expediciones por el extremo oriental de Rusia y Asia septentrional. Entonces, con *El origen de las especies* en su mochila, Kropotkin había buscado en vano evidencias de la competencia por los recursos darwiniana, como narró a su hermano en sus cartas y rememora en el primer capítulo de *El apoyo mutuo. Un factor de evolución.* Gracias a Daniel Todes[14] podemos comprender mejor a Kropotkin, vinculado a la corriente mayoritaria del evolucionismo ruso que, en claro contraste con el evolucionismo británico y europeo occidental, era muy crítico con Malthus y su preeminencia en la obra de Darwin, y ello tanto por la propia experiencia de los naturalistas rusos en sus ecosistemas naturales de tundra y taiga, como por el contexto político y social del país. Reseñando el artículo de Todes, el gran paleontólogo ya fallecido Stephen Jay Gould[15] señalaba que cuando regresamos a la obra de Kropotkin «a la luz de los descubrimientos de Todes sobre el pensamiento evolucionista ruso, debemos anular la tradicional percepción sobre su obra e interpretarla como expresión de la crítica rusa predominante [al maltusianismo], no como una irritación personal. El razonamiento central del argumento de Kropotkin es sencillo, directo y esencialmente convincente».[16]

Kropotkin sale de prisión el 15 de enero de 1886: tiene entonces 43 años. La tarea intelectual que asumirá en los años venideros se derivará directamente de la obra tardía de Darwin y se comprende adecuadamente bajo su luz. Pese a sus críticas a una

14 D. P. Todes, 197. «Darwin's Malthusian Metaphor and Russian Evolutionary Thought, 1859-1917», *Isis*, 78 (4): 537-551.

15 S. J. Gould, 1988. «Kropotkin was no crackpot». *Natural History*, 97 (7): 12–21, pág. 18.

16 Muy expresivamente, Gould tituló su artículo en *Natural History* (en el que recuperaba para el evolucionismo la figura de Kropotkin gracias a su lectura del texto de Todes) como «Kropotkin no era un chiflado».

interpretación sesgada e interesada de la selección natural y de la expresión «La lucha por la existencia», Kropotkin se mantendrá fiel a Darwin, otorgándole la inspiración esencial de su pensamiento. Antes que en el trabajo de Kessler, Kropotkin sitúa en la segunda gran obra de Darwin, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*,[17] publicada en 1871, concretamente en su capítulo IV, si no el origen del concepto de apoyo mutuo, sí el fundamento de la propuesta que desarrollará durante su exilio británico. Así lo señala en varios de sus textos de la primera década del siglo XX, primero en *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*,[18] después en *Ciencia moderna y Anarquismo* (1903)[19] y finalmente, más extensamente, en el artículo «La moralidad de la naturaleza», publicado en 1905 en *The Nineteenth Century and After*.[20] En contra de los temores de Darwin, su nuevo libro fue un éxito de ventas, como también lo será el siguiente, *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*,[21] de 1882, en realidad una continuación del anterior y que sorprendentemente Kropotkin no menciona. Pese a su amplia difusión y buena acogida, la carga de profundidad de la obra será ignorada, como señala acertadamente Kropotkin en *Ciencia moderna y Anarquismo*. Darwin plantea que el origen de

---

17 *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, nueva versión en español en Crítica, 2009, con prólogo y traducción de Joandomènec Ros.

18 P. Kropotkin, 1902, en esta edición, pág. 18

19 P. Kropotkin, 1903. *Modern Science and Anarchism*. The Social Science Club of Philadelphia (a partir de la edición original en ruso de 1901). The Anarchist Library: theanarchistlibrary.org. (Versión en castellano *La ciencia moderna y la anarquía*, La Malatesta Editorial, Tierra de Fuego y Editorial Eleuterio, 2016, con prólogo de Philippe Pelletier).

20 «The Morality of Nature», incluido como capítulo 3 («The Moral Principle in Nature (17th and 18th Centuries) (continued)») en su obra póstuma *Ethics: Origin and Development*, 1924., págs. 26-41, George G. Harrap and Co., Ltd., Londres, Calcuta y Sídney. The Anarchist Library: theanarchistlibrary.org.

21 *The Expression of the Emotions in Man and Animals*, edición en español de 2009 en Biblioteca Darwin, Laetoli, introducción y traducción de Xavier Bellés i Ros.

la moral humana se basa en la evolución de los instintos sociales de especies precursoras, «que no hay duda que fueron adquiridos por el hombre, al igual que por los animales inferiores, por el bien de la comunidad».[22] En clara respuesta a las consideraciones de Wallace incluidas en su reseña de la reedición del libro de Charles Lyell *Principios de Geología*,[23] Darwin sostiene que no hay Rubicón alguno entre nuestra especie y sus ancestros, tampoco en aspectos intelectuales o morales: «[L]a diferencia en mente entre el hombre y los animales superiores, con ser grande, es ciertamente una diferencia de grado, y no de clase». A una década de su muerte, el materialismo radical de Darwin suelta definitivamente amarras.

Kropotkin hace plenamente suya esta idea de Darwin y la revisa en profundidad en el mencionado artículo «La moralidad de la naturaleza»:[24]

> Darwin, que conoce bien la naturaleza, ha tenido audazmente el coraje de afirmar que de los dos instintos —el social y el individual— es el instinto social el más fuerte, el más persistente y el de permanente presencia. Y estaba incuestionablemente en lo cierto. Todos los naturalistas que han estudiado la vida animal en la naturaleza, especialmente en los continentes aun escasamente poblados, se posicionan incondicionalmente al lado de Darwin. [...] El instinto del apoyo mutuo se extiende por todo el mundo animal debido a que la selección natural opera a favor de su mantenimiento y mayor desarrollo, e inexorablemente destruye a aquellas especies en las cuales se debilita por alguna razón. El instinto social, innato en los hombres así como en todos los animales sociales: este es el origen de todas las concepciones éticas y de todo el posterior desarrollo de

---

22 Darwin, 1871, edición en español de 2009, pág. 160.

23 Publicado en 1869 en la revista *Quarterly Review*, 126: 359-394. Wallace recurre a «una Inteligencia Superior [en mayúsculas en el original]» que opera por encima de las leyes de la Naturaleza para explicar la inteligencia y moralidad humanas, una consideración que causó una gran decepción e irritación a Darwin, como le hizo saber por carta a Wallace.

24 P. Kropotkin, 1924, obra citada, págs. 32-33.

la moralidad. El punto de partida del estudio de la ética fue establecido por Darwin trescientos años después de los primeros intentos por parte de Bacon, y parcialmente de Spinoza y Goethe.

Esta es la consideración que le permite a Kropotkin vincular evolucionismo y anarquismo. En «Los fundamentos científicos de la Anarquía», un ensayo transcendental publicado en *The Nineteenth Century* un año después de salir de prisión, Kropotkin define el anarquismo «como la síntesis de las dos poderosas corrientes de pensamiento que caracterizan el siglo».[25] Por una parte, el anarquismo se inscribe en las corrientes socialistas emancipatorias que propugnan la propiedad colectiva de los medios de producción, en su caso, en una sociedad sin Estado o gobierno. Por otra, a diferencia de otras corrientes socialistas que Kropotkin caracteriza como «metafísicas», el ideal anarquista se fundamenta científicamente en el evolucionismo darwiniano,[26] una consideración que sorprenderá a quienes erróneamente asocian a Darwin con la defensa del capitalismo salvaje, con el *laissez-faire*:[27]

> Al mostrar que la lucha por la existencia debe ser concebida no meramente en su sentido restringido de la lucha entre individuos por los medios de subsistencia, sino en su más amplio sentido de adaptación de todos los individuos de la especie a la mejores condiciones de su supervivencia, así como por el mayor acúmulo posible de vida y felicidad para cada uno de ellos y para todos ellos, [el evolucionismo] nos permite deducir las leyes de la ciencia moral de la necesidades sociales y los hábitos de la humanidad.

---

25 P. Kropotkin, 1887, obra citada, pág. 243.

26 P. Kropotkin, 1887, obra citada, pág. 243.

27 Karl Marx coincidió con Kropotkin en su valoración del respaldo que la obra de Darwin podía aportar a los movimientos reformistas y revolucionarios europeos: véase J. Browne, 2009. *Charles Darwin* (dos volúmenes). Publicaciones de la Universitat de València.

«La naturaleza debe ser reconocida como el primer profesor de ética del hombre», asegura Kropotkin.[28] En su artículo previamente mencionado, Gould critica esta consideración de que la Naturaleza (o la Evolución) pueda aportar un sentido moral o ético a la humanidad, o incluso conducir inexorablemente al Socialismo. Sin embargo, como hemos podido leer en *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, Kropotkin equipara y rechaza tanto el pesimismo de Hobbes como el idealismo optimista de Rousseau sobre la naturaleza humana. Kropotkin considera que la potencialidad de la condición humana en todos sus sentidos solo puede expresarse socialmente, pues es el resultado de un proceso evolutivo en el que la articulación social fue central, una «cualidad elaborada y fortificada por las mismas condiciones de su dura lucha por la existencia».[29] Como había señalado en «Los fundamentos científicos de la Anarquía»:[30]

> [El evolucionismo] nos muestra la ínfima contribución jugada por el positivismo en la evolución de la moral y el inmenso papel jugado por el afianzamiento natural de los sentimientos altruistas, que se desarrollan tan pronto como las condiciones de vida favorecen su crecimiento, reforzando así la opinión de los reformadores sociales acerca de la necesidad de transformar las condiciones de vida para mejorar al ser humano, en lugar de tratar de mejorar la naturaleza humana por medio de la enseñanza de la moral, mientras la vida opera en la dirección opuesta.

Hoy expresamos esta idea con el término «biocultural», que hace referencia al doble hecho de que la cultura es el resultado de nuestra historia evolutiva y que la cultura modifica nuestra biología, en el sentido de que las condiciones materiales en las que vi-

---

28 P. Kropotkin, 1924, obra citada, pág. 32.

29 En esta edición, pág. 151.

30 P. Kropotkin, 1887, obra citada, pág. 243.

vimos afectan —de manera irreversible en etapas críticas del ciclo vital— a nuestro desarrollo cognitivo, emocional y físico, estableciendo la gran mayoría de las diferencias que podemos apreciar entre individuos, grupos sociales y poblaciones humanas. En tal sentido, en «Los fundamentos científicos de la Anarquía» Kropotkin utiliza ya los conceptos de «plasticidad» y «adaptabilidad», a los que hoy recurrimos en el ámbito de la Antropología Biológica para expresar la característica más trascendental de nuestra especie, precisamente aquella que nos permite comprendernos en términos evolutivos y, al mismo tiempo, nos compromete a proveer a cada nueva generación de las mejores condiciones de vida, a fin de que toda nuestra potencialidad individual pueda desplegarse óptimamente. Lo esencial para Kropotkin es explicar la sociabilidad que nos hace humanos tanto en términos filogenéticos (en perspectiva evolutiva) como ontogenéticos (en perspectiva de ciclo vital), siendo en ello de nuevo un contemporáneo nuestro. En *La moral anarquista*,[31] un opúsculo redactado en francés en la misma época que los artículos que darían origen a *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, Kropotkin formula esta consideración que es medular en nuestra comprensión contemporánea del surgimiento de nuestra especie:[32]

> En general los moralistas se equivocan al levantar sus sistemas sobre la pretendida oposición entre los sentimientos egoístas y los sentimientos altruista. Si esta oposición existiera en realidad, si el bien del individuo fuera realmente opuesto al de la sociedad, la especie humana no hubiera podido surgir. [...] Y cuando [Herbert] Spencer prevé un tiempo en el que el bien del individuo se confundirá

---

31 P. Kropotkin, 1891. *La Morale anarquiste*. París. http://www.atramenta.net/lire/la-morale-anarchiste/36112. (Versión en español *La moral anarquista*, Pequeña Biblioteca Calamus Sriptorivus, Barcelona, Palma de Mallorca, 1977, 2.ª edición, traducción de A. Cruz).

32 P. Kropotkin, 1891, obra citada, pág. 52.

con el de la especie, olvida que si ambos no hubieran sido siempre idénticos no hubiera podido cumplirse la evolución misma del reino animal.

Kropotkin rechaza el dualismo que contrapone instinto y raciocinio, egoísmo y altruismo, esa «antigua presunción» (como lo denominó Hannah Arendt en su aguda crítica a los etólogos de su época)[33] que presenta a nuestra especie como un *animal racional*, cuya naturaleza violenta y competitiva apenas está domeñada por la ligera pátina de la cultura y las normas sociales. E igualmente rechaza la consideración utilitaria («positivista») de una actuación aparentemente desinteresada que esconde sin embargo un cálculo adaptativo de costes y beneficios, lo que Trivers definió en 1971[34] como «altruismo recíproco», concepto sobre el que se construirá la Sociobiología y su derivación, la Psicología Evolutiva. Ambas perspectivas, más ideológicas que científicas, serán reelaboradas una y otra vez a lo largo del siglo xx y hasta el presente en diversas propuestas, de tal manera que comprendemos muy bien la admiración que muestra Ashley Montagu (1905-1999) hacia Kropotkin en su prólogo a la reedición de 1955 de *El apoyo mutuo. Un factor de evolución* (muy pertinentemente incluido en la presente edición), pues el exiliado ruso y el biólogo británico compartieron la misma preocupación por el impacto social de determinadas propuestas supuestamente científicas, particularmente las relativas a la agresividad humana.[35] Con anterioridad, en 1952, Montagu había dedi-

---

33 H. Arendt, 1969. «Reflections on violence». *Journal of International Affairs* 23, 1: 1-35. (Versión en español Sobre la violencia Alianza Editorial, 2005, traducción de Guillermo Sola).

34 R. L. Trivers, 1971. «The evolution of reciprocal altruism». *The Quarterly Review of Biology*, 46 (1): 35-57.

35 Algunas de las obras de Montagu —siempre muy recomendables y plenamente actuales— están traducidas al español, entre ellas, *La naturaleza de la agresividad humana*, Alianza Editorial, Madrid, 1.ª edición de 1978.

cado póstumamente a Kropotkin su libro *Darwin: Competition and Cooperation*,[36] obra de explícito título en la que señalaba que Kropotkin había aportado la primera elaboración exhaustiva y rigurosa sobre la contribución de la cooperación a la evolución humana.

En la actualidad, contamos con claras evidencias paleoantropológicas que confirman que el apoyo mutuo fue esencial en nuestra historia evolutiva. Estamos seguros de que Kropotkin habría leído emocionado el artículo que en 1978 publicó Glynn L. Isaac en *Scientific American*.[37] El arqueólogo sudafricano describió en su artículo los cúmulos de carcasas de mamíferos devorados y de útiles líticos manufacturados *in situ* que aparecen en yacimientos de África del Este hace al menos dos millones de años. Isaac argumentó que evidenciaban nuevas pautas cooperativas de reparto alimentario entre los miembros de las primeras poblaciones de *Homo*, una conducta inédita entre nuestros parientes primates. Las piezas capturadas (y otros alimentos recolectados) y los cantos rodados (los «núcleos») con los que se construían estas primeras herramientas eran transportados hasta un campamento base, donde se fabrican los útiles con los que se procesaba el alimento, que era compartido. Esta pauta de compartir alimentos diversificados y de alto valor energético fue esencial para soportar el esfuerzo de las hembras gestantes y lactantes, y para nutrir a crías que crecían cada vez más lentamente a medida que el cerebro aumentaba de tamaño. El incremento en cerebralización del siguiente millón y medio de años fue, sin duda, una opción adaptativa *acertada*, al conferir las capacidades de innovación y previsión a nuestros ancestros. Lo significativo de este proceso es que se inició en el tránsito entre el

---

36 A. Montagu, 1952. *Darwin: Competition and Cooperation*. Publisher: Henry Schuman, New York.

37 G. L. Isaac, 1978. «The food sharing behavior of proto-human hominids». *Scientific American*, 238: 90-108. (Versión en español «Cómo compartían su alimento los homínidos protohumanos», *Investigación y Ciencia*, junio de 1978, 21: 52-66).

Plioceno y el Pleistoceno, una época de empeoramiento climático global. Mientras que los linajes de otros primates de nuestra misma familia (chimpancés, gorilas y orangutanes) permanecieron en los lindes de selvas cada vez más reducidas, el nuestro optó por ocupar la sabana, un ecosistema muy duro, de fuerte presión depredadora y en el que los alimentos y el agua están dispersos y sometidos a ciclos estacionales, a veces imprevisibles. En este contexto ecológico tan exigente, fue la cooperación y no la agresividad o la coacción (como afirmaban Dart, Ardrey o Morris en los años 60 y 70 del pasado siglo) lo que permitió a nuestros ancestros llegar a ser *Homo sapiens* mucho tiempo después, hace tan solo doscientos mil años.

Como el propio Darwin antes que él, Kropotkin procuró explicar la fijación de pautas cooperativas a través de la educación y la costumbre por medio del mecanismo de la herencia de los caracteres adquiridos,[38] un recurso al lamarckismo tan fallido como innecesario, de igual manera que la reflexión de ambos científicos sobre la articulación de la selección individual y de grupo permanece abierta en la actual Biología Evolutiva. En su vigencia, el concepto de «apoyo mutuo» de Kropotkin puede hoy identificarse plenamente con el de «intencionalidad compartida» propuesto por Michael Tomasello y sus colaboradores,[39] definido como la habilidad para participar con otros individuos en actividades colaborativas en las que se comparten objetivos e intenciones comunes; o con el de «reproducción biocultural» de Barry Bogin y Holly Smith,[40] un compromiso de protección común que invo-

38 Girón, 2003, obra citada.

39 M. Tomasello, M. Carpenter, J. Cal, T. Behne, H. Moll, 2005. «Understanding and sharing intentions: The origins of cultural cognition. *Behavioral and Brain Sciences*, 28 (5): 675–691.

40 Bogin, B. H. Smith, 2012. «Evolution of the Human life cycle». En Sara Stinson,

lucra a miembros no emparentados genéticamente (a diferencia de la llamada «crianza cooperativa» de otros mamíferos y del resto de primates) y que incrementa la capacidad de supervivencia tanto colectiva como individual, desde bebés muy inmaduros y tempranamente destetados a ancianos longevos. Recientemente,[41] se han propuesto modelos de selección biológica que permiten considerar que las pautas de «hipercooperación» que caracterizan a nuestra especie surgieron a partir de las aptitudes prosociales de especies primates, tal y como anticiparon Darwin y Kropotkin. Como si de un eco de nuestra propia historia se tratara, estudios en primates[42] muestran que la tolerancia social que permite la observación y el aprendizaje de una innovación cultural desarrollada por algún miembro del grupo y que favorece la supervivencia (por ejemplo, usar un útil para abrir un fruto) es el factor clave que potencia la selección y expansión de cualidades cognitivas que asociamos con la curiosidad, con la inventiva y, finalmente, con la inteligencia. Posteriormente, ya en nuestro propio linaje, la evolución del lenguaje satisfizo la necesidad de articular una complejidad social creciente[43] que permitió la diversificación de habilidades y talentos, así como el intercambio de bienes y servicios en redes cada vez más amplias, como Kropotkin también adelantó revisando cuidadosamente las fuentes etnográficas disponibles

---

Barry Bogin y Dennis O'Rourke, editors *Human Biology: An Evolutionary and Biocultural Perspective*, 2.ª edición, Nueva York: Wiley: 515-586.

41 J. M. Burkart, O. Allon, F. Amici, C. Fichtel, C. Finkenwirth, A. Heschl, J. Huber, K. Isler, Z. K. Kosonen, E. Martins, E. J. Meulman, R. Richiger, K. Rueth, B. Spillmann, S. Wiesendanger, C. P. van Schaik CP 2014. «The evolutionary origin of humanhyper-cooperation». *Nature Communications*, 5, 4747.

42 Por ejemplo, en orangutanes de Sumatra: C. P. van Schaik, G. R. Pradhan, 2003. «A model for tool-use traditions in primates: implications for the coevolution of culture and cognition», *Journal of Human Evolution*, 44 (6): 645-664.

43 Véase por ejemplo M. Pagel, 2012. *Wired for Culture. Origins of the Human Social Mind*. Nueva York, Londres: W. W. Norton & Peguin Press.

en su época. Recientes investigaciones[44] sobre los niveles de cooperación en sociedades de cazadores-recolectores confirman sus apreciaciones y permiten considerar que la creciente complejidad de las redes sociales humanas coevolucionó con la expansión de la cooperación en nuestra especie, un proceso que ciertamente no tiene réplica entre nuestros parientes primates, como tampoco lo tienen los niveles de imitación y aprendizaje, de colaboración e interés recíproco que muestran niños y niñas de dos a tres años,[45] quizás indicio de aptitudes sociales seleccionadas en nuestros ancestros. Hoy sabemos que en nuestra especie hay una muy temprana (incluso en bebés pre-lingüísticos) modulación ambiental de habilidades cognitivas y aptitudes prosociales que se manifestarán a lo largo de toda vida y que, como en la época de Darwin y Kropotkin, reabren el debate sobre la base innata o la inducción ambiental muy temprana de lo que podemos denominar valores éticos o moralidad en los humanos.[46] Incluso en relación al desarrollo de la empatía, la tolerancia y la aceptación de los desconocidos, comienzan ya a describirse[47] los mecanismos neurales y

---

44 Por ejemplo, C. L. Apicella, F. W. Marlowe, J. H. Fowler, N. A. Christakis, 2012. «Social networks and cooperation in hunter-gatherers». *Nature*, 481: 497-501.

45 L. G. Dean, R. L. Kendal, S. J. Schapiro, B. Thierry, K. N. Laland, 2012. «Identification of the social and cognitive processes underlying human cumulative culture». *Science*, 335: 1114-1118. Una aproximación más directa y vívida puede encontrarse en las memorias de Biruté M. F. Galdikas, *Reflejos del Edén. Mis años con los orangutanes de Borneo*, (editadas en español por Pepitas de calabaza ed., 2013), cuando compara la conducta e intereses de su primer hijo, Binti Paul, con los de orangutanes de su misma edad criados en cautividad.

46 J. M. Cowell y J. Decety, 2015. «Precursors to morality in development as a complex interplay between neural, socioenvironmental, and behavioral facets». *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 112 (41): 12657-12662.

47 G. Hein, J. E. Engelmann, M. C. Vollberg, P. N. Tobler, 2015. «How learning shapes the empathic brain». *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 113 (1): 80-85, pág. 80.

psicológicos a través de los cuales la experiencia y el aprendizaje durante la temprana infancia construyen la base neurobiológica que modulará la conducta en sociedad. Valga lo comentado: Kropotkin estaría muy satisfecho de comprobar cómo las actuales Neurobiología y Neuropsicología, así como los estudios del desarrollo infantil, niegan cualquier determinismo genético, pero igualmente vinculan las condiciones familiares y sociales con el desenvolvimiento plástico de las capacidades de los individuos desde etapas muy tempranas de nuestra vida.

Kropotkin murió a los 78 años en su Rusia natal, profundamente defraudado por la deriva leninista de la Revolución rusa —aunque quisiéramos imaginarlo conservando su confianza en la naturaleza humana—. Sus colegas geógrafos británicos le despidieron describiéndole como un hombre de «singular y atractiva personalidad, naturaleza comprensiva, corazón cálido aunque quizás demasiado tierno, y con un amplio conocimiento de la literatura, la ciencia y el arte».[48] Kropotkin estuvo dotado de una gran intuición científica y de una gran capacidad de síntesis, como él mismo caracterizó a Darwin en las últimas frases de su obituario. «El argumento central de Kropotkin es correcto», concluía Gould[49] en el artículo con el que le rescató nuevamente (como antes Montagu) del olvido académico. Sin lugar a dudas, la obra de Kropotkin trasciende «su afán por que la vida de los hombres sea más feliz», como señalaba condescendientemente el autor de la reseña que la revista *Nature* incluyó tras la publicación de *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*. Desde un punto de vista estrictamente científico, lo que conocemos hoy sobre el origen de nuestra especie un siglo después de su muerte respalda plenamente sus ideas y le revalida como un científico de primer orden, cuyo com-

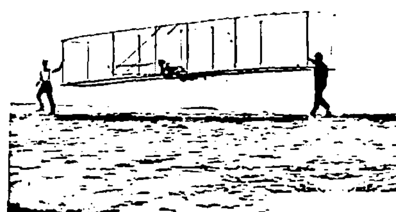
48 Keltie, 1921, obra citada, pág. 319.

49 Gould, 1988, obra citada, pág. 21.

promiso social y político ennobleció su faceta intelectual, al igual que esta alentó su confianza en un futuro mejor para los seres humanos, así como su resuelta implicación para hacerlo posible.

(Carlos Varea es profesor de Antropología Física del Departamento de Biología de la Universidad Autónoma de Madrid).

Índice



Otros títulos publicados

Lewis Mumford

El mito de la máquina

Técnica y evolución humana (vol. 1)

Traducción de Arcadio Rigodón

tercera edición | isbn: 978-84-937671-2-9 | 2016 | 560 págs. | 21 x 14,5 cm

En *Técnica y evolución humana*, primero de la serie de dos volúmenes titulada *El mito de la máquina*, Lewis Mumford da cuenta de las fuerzas que han venido dando forma a la tecnología desde la prehistoria y que han desempeñado un papel cada vez más destacado en la conformación de la humanidad contemporánea.

Mumford se remonta a los orígenes de la cultura, pero en lugar de aceptar el punto de vista según el cual el progreso del hombre se debió a su dominio de las herramientas y la conquista de la naturaleza, demuestra que las herramientas no se desarrollaron, ni podrían haberse desarrollado en ninguna medida relevante, sin el concurso de una serie de significativas invenciones como los rituales, el lenguaje y la organización social. Esta es solo una de las reinterpretaciones radicales que Mumford hace de la evolución del hombre primitivo —desde la utilización de energía a gran escala en el inicio de la civilización, hasta la evolución de mecanismos complejos durante la Edad Media—. Todas ellas han arrojado luz sobre la tecnología totalitaria de la época moderna.

«Una reinterpretación radical o una filosofía de la ecología humana. [...] [Un] estudio sobre la humanidad, a la vez de una magnitud inmensa y elegantemente conformado, que abarca desde la era prehistórica hasta el umbral de la edad contemporánea. [...] Es un libro estimulante, rebosante de erudición y espíritu de empatía».

—Eliot Fremont-Smith, *The New York Times*

«En la raíz del pensamiento de Mumford hallaremos, no la sociología, sino una honda sensibilidad estética ante la psicobiología del hombre y

sus obras. [...] La suya es la mente de un artista, quizá, más que de un erudito: se recrea en las formas y los símbolos y aborda lo humano con el sentido de lo divino. [...] Da gusto acompañarle en esta imaginativa aventura en pos de los orígenes de la conciencia humana, el lenguaje, la magia, los rituales y el arte...».

—Theodore Roszak, *Peace News*

«[Mumford] ocupa un puesto singular como teórico medioambiental de su tiempo. Ningún otro investigador del hábitat físico y social del hombre se ha aproximado siquiera a la magnitud y profundidad de su obra de toda una vida como historiador de la técnica y la cultura urbana».

—Allan Temko, *Harper's Magazine*

•

LEWIS MUMFORD

El pentágono del poder

El mito de la máquina (vol. 2)

Traducción de Javier Rodríguez Hidalgo

SEGUNDA EDICIÓN | ISBN: 978-84-937671-3-6 | 2016 | 804 págs. | 21 x 14,5 cm

En *El pentágono del poder*, segundo y último volumen de *El mito de la máquina*, concluye el balance radical que Lewis Mumford hace de rancias y trasnochadas concepciones acerca del progreso humano y tecnológico. Ofrece una explicación histórica completa de las irracionalidades y las devastaciones que han socavado las grandes conquistas de todas las civilizaciones. Mumford demuestra cómo los imperativos cuantitativos de la técnica moderna —velocidad, producción en masa, automación, comunicación instantánea y control remoto— han acarreado inevitablemente la contaminación, los deshechos, las perturbaciones ecológicas y el exterminio de seres humanos en una escala inconcebible con anterioridad.

Lejos de ser un ataque contra la ciencia y la técnica, *El pentágono del poder* pretende establecer un orden social más orgánico, basado en los inmensos recursos tecnológicos del organismo humano. Semejante orden, según demuestra Mumford, es fundamental para que la humanidad pueda superar las fantasías y agresiones deshumanizadas que amenazan con destruir nuestra civilización por entero.

«Una obra inmensamente importante, un logro señero [...] despeja el camino para comprender mejor la ingente tarea a la que nos enfrentamos si queremos salvarnos».

—Harold Clurman, *Life*

·

LEWIS MUMFORD

La ciudad en la historia

Sus orígenes, transformaciones y perspectivas

SEGUNDA EDICIÓN | ISBN: 978-84-939437-8-3 | 2012 | 1.168 págs. | 15 x 22 cm.

«Más que una historia de la ciudad, es filosofía moral de alto nivel y poesía trágica». *The New York Times Book Review*

«*La ciudad en la historia* debería figurar como una de las principales obras de erudición del siglo xx». *The Christian Science Monitor*

En *La ciudad en la historia* Lewis Mumford arranca de una interpretación radicalmente innovadora sobre el origen y la naturaleza de la ciudad, y sigue su evolución en Egipto y Mesopotamia pasando por Grecia, Roma y la Edad Media hasta llegar al mundo moderno. En lugar de aceptar que el destino de la ciudad sea la tendencia a la congestión metropolitana, la expansión descontrolada de los suburbios y la desintegración social, Mumford esboza un orden que integre las instalaciones técnicas con las necesidades biológicas y las normas sociales. Tan convincente como exhaustiva, esta obra de Mumford «es mucho más que el estudio de la cultura urbana a lo largo de los siglos, es una revitalización de las civilizaciones» (*Kirkuk Reviews*).

Este libro, que nunca antes se había editado en España, fue reconocido como una obra excepcional desde el momento de su publicación en 1961 y fue ampliamente laureado y galardonado con diversos premios, entre ellos el National Book Award de 1962. Es un libro fundamental, una de las obras más importantes del siglo xx.

·

LEWIS MUMFORD

Historia de las utopías

Traducción de Diego Luis Sanromán

SEGUNDA EDICIÓN | ISBN: 978-84-15862-06-2 | 2015 | 304 págs. | 21 x 14,5 cm

En este hermoso y valioso volumen, Lewis Mumford hace balance crítico del pensamiento utópico: su historia, sus fundamentos básicos, sus aportaciones positivas, sus cargas negativas y sus debilidades.

Releyendo las utopías más conocidas e influyentes y los mitos sociales que han desempeñado un papel de primer orden en Occidente, y contrastándolos con las utopías sociales parciales todavía recientes, Mumford valora el impacto que todas estas ideas podrían tener en cualquier nuevo camino hacia Utopía que estemos dispuestos a emprender.

Presentamos por primera vez en castellano el primer libro que publicó Lewis Mumford, escrito con apenas veintisiete años, y que no dejó de reeditar a lo largo de toda su prolífica vida. La edición que presentamos cuenta además con un prólogo que el propio Mumford redactó casi cincuenta años después de su edición original.

En un momento en el que cada vez se escuchan más voces que hablan de la necesidad de que la sociedad cambie de rumbo, y en un tiempo en el que todas las brújulas parecen irremediablemente rotas, este libro se antoja una lectura básica por su fino análisis, por su anticipación y por la lucidez propia del pensamiento de Mumford.

•

LEWIS MUMFORD

Ensayos

Interpretaciones y pronósticos

Traducción de Diego Luis Sanromán

ISBN: 978-84-15862-57-4 | 2016 | 856 págs. | 15 x 22 cm

«Un libro inmenso y conmovedor, rico en conocimientos, en el poder para establecer continuidades, en la afirmación de los valores humanos. Nos ofrece una manera de volver a hacer comprensible nuestro mundo».

New York Times Book Review

Esta antología, preparada por el propio Mumford —y nunca antes traducida al español—, recoge sus aportaciones esenciales al pensamiento contemporáneo. Y «resume» en una compacta colección de ensayos su pensamiento a lo largo de medio siglo en todos los campos a los que se acercó, con excepción del urbanismo y la arquitectura a los que dedicó otros volúmenes específicos.

En este volumen, publicado originalmente en 1979, y que presentamos en traducción de Diego Luis Sanromán, Mumford reunió sus más notables estudios literarios, históricos, biográficos, tecnológicos y sobre la sociedad contemporánea. Cinco maravillosos libros titulados: «Horizontes del Nuevo Mundo», «Personalidad e historia», «El mito de la máquina», «Los errores de la "Civilización"» y «Las transformaciones del hombre».

•

William Morris

La Era del Sucedáneo

y otros textos contra la civilización moderna

Edición de Olivier Barancy

Traducción de Javier Rodríguez Hidalgo

ISBN: 84-940296-7-7 | 2016 | 184 págs. | 21 x 14,5 cm

Este volumen reúne algunas de las más luminosas ideas de William Morris contra las *nocividades* de la civilización moderna.

La arquitectura, la restauración de los monumentos antiguos, la función de las artes aplicadas, la visión utópica de la sociedad futura, la apuesta por que el trabajo sea una fuente de felicidad y no el *mal de males* o la denuncia sin paliativos de los sucedáneos que nos ofrecen como las formas acabadas de la felicidad, son algunas de las cuestiones sobre las que William Morris, con su habitual tino, argumenta. Lo sorprendente es que, casi ciento cincuenta años después de ser escritos, los textos de Morris siguen dando aliento a la crítica del espantoso mundo que la civilización de la mercancía está dejando a su paso.

•

[pepitas ed.]

Una editorial con menos proyección que un cinexín

[...] Las especies animales en las que la lucha entre los individuos ha sido reducida al mínimo y en las que la práctica de la ayuda mutua ha alcanzado el máximo desarrollo son, invariablemente, las especies más numerosas, las más florecientes y más aptas para el progreso.

[...] En la práctica de la ayuda mutua, cuyas huellas podemos seguir hasta las más antiguas fases de la evolución, hallamos el origen positivo e indudable de nuestras concepciones éticas; y podemos afirmar que el principal papel en la evolución ética de la humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua. En la amplia difusión de sus principios, incluso en la época presente, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más elevada del género humano.



Pepitas (152) · Ensayo, 62

ISBN: 978-84-15862-72-7



IBIC: JH · PS · JPFB
21 6